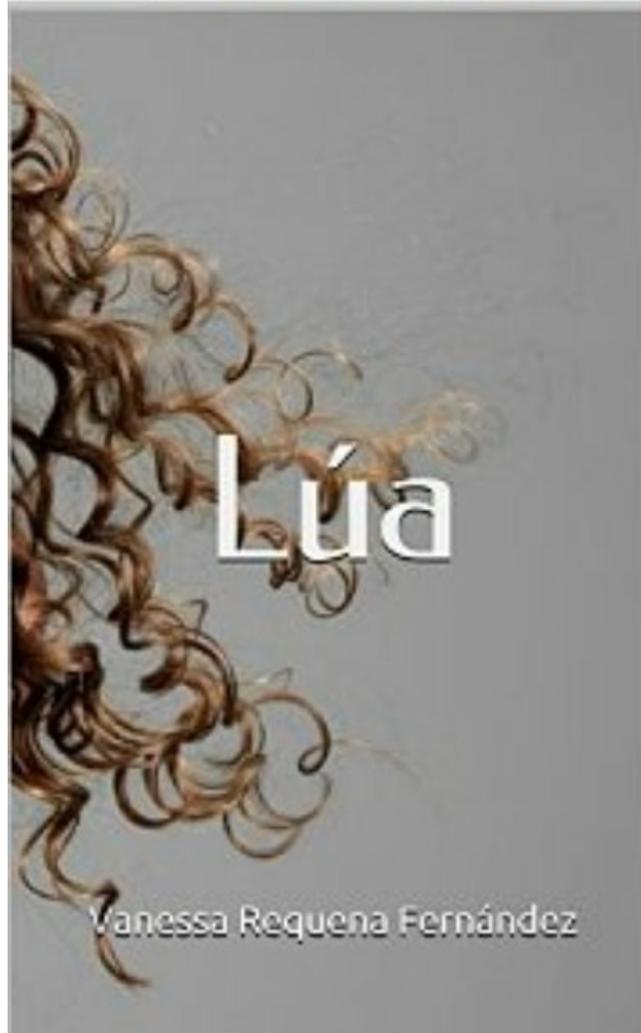


# Lúa

Vanessa Requena Fernández



# LÚA

Por

Vanessa Requena Fernández

Copyright © 2015 Vanessa Requena Fernández

Todos los derechos reservados

<http://alotroladodelasllamas.wordpress.com>

@ReQueFer

## AGRADECIMIENTOS

Antes que nada, quiero dar las gracias a mí familia: a Alex por aguantarme, como siempre, y a Laia, que es más buena que el pan con nutela. Gracias a los dos por ser como sois.

También quiero dar las gracias a mis dos primeras lectoras y estilistas literarias, Miriam y Chelo, por sus consejos, sus ánimos y sus discusiones bizantinas sobre qué es o no es una gominola, un tema del que poco se ha hablado en las tertulias de la tele.

Por último, muchísimas gracias a todos los que han ido siguiendo las aventuras de Lúa a través del blog, por la paciencia que han tenido y porque me han dado ese empujoncito para sacar adelante este proyecto.

¡Disfruta de la novela!

*Para Laia:*

*Saco de la risa,*

*Monstruo de los abrazos,*

*Congrio de mis entretelas.*

El tiempo parecía haberse detenido. Lúa contemplaba las luces de la ciudad que se extendía a sus pies como si las viera por primera vez. Los coches se movían perezosamente, pequeñas luciérnagas desfilando por las calles. Desde allí arriba no se oían los motores ni los insultos que un hombre encorbatado le estaba dedicando al conductor del coche de delante, todo parecía estar en perfecta armonía. Incluso el olor era distinto desde la azotea del edificio. Era como si la polución no pudiera llegar tan arriba y solo quedara el suave aroma a primavera.

Se levantó un poco de viento y Lúa se cerró la cremallera de la chaqueta. Por la noche la temperatura bajaba bastante en Lleida. La chica se asomó por el borde y vio la acera, seis pisos más abajo, de color mortecino por la iluminación nocturna. Aquello no podía seguir así. Era la tercera vez que subía allí arriba en lo que iba de año y todavía estaba a principios de marzo. Siempre se asomaba con la idea de lanzarse al vacío y enviarlo todo a tomar por el culo. Repasó su vida una vez más. Con veinticuatro años y una carrera de arquitectura que con el estallido de la burbuja inmobiliaria era tan útil como una nevera en el polo norte, podía darse con un canto en los dientes por haber encontrado trabajo en una biblioteca. Había tenido que enchufarla su tío, claro, que trabajaba en el ayuntamiento. Total, por un sueldo que no le daría ni para pipas si no estuviera viviendo todavía con sus padres...

Lúa suspiró. Ella, que se jactaba de que en cuanto terminara la carrera se iría de casa y todas esas normas sobre la hora de llegada, el día de limpieza y pedir audiencia con una semana de antelación para poder subir amigos a casa se iban a terminar, al final se había tragado sus palabras letra por letra. Tal vez tendría que haberse ahorrado todas las butifarras que les había hecho a sus padres a cuenta de su emancipación, ahora su vida sería un poco menos penosa. Había tenido que guardarse su orgullo y apechugar con los tapetes de hilo que cubrían el respaldo del sofá. Con todos menos con uno que, en un arranque de ira, había tomado como rehén y había quemado con un mechero en el balcón de casa mientras discutía a grito pelado con su madre. La cara de idiota que se le había quedado a la pobre mujer había sido deliciosa, y había hecho que valiera la pena perder su chupa de cuero a cambio. La muy cabrona se la había cortado con unas tijeras.

La vida de Lúa se reducía a trabajar en la biblioteca, que era como una fiesta para comatosos, y encerrarse en su cuarto a escuchar música. Apenas salía con sus amigos. Así llevaba ya medio año y no lo soportaba más. O su vida se daba la vuelta como un calcetín o se decidía de una vez y se lanzaba al vacío. Lanzarse al vacío era más fácil, solo tenía que saltar... Aunque si no se mataba con la caída, menuda putada, ¿no? Lúa miró por última vez hacia abajo y, ya que estaba allí, lanzó un escupitajo a la calle a modo de suicidio simbólico. ¡Chof!, lapo muerto. No le acertó a nadie de milagro.

Lúa se metió las manos en los bolsillos y se marchó a casa, ya había hecho suficiente por hoy.

La escalera de su casa olía a repollo, como siempre. ¿Qué clase de degenerado cenaría repollo

cada noche? Un perturbado, seguro... A medida que subía los pisos pudo oír un fragmento de las noticias, una madre llamando a su hijo para la cena, una discusión muy acalorada y un perro ladrando. Lúa sacó las llaves de casa del bolsillo y abrió la puerta. Había pasado un día más sin que su padre cumpliera la promesa de poner silicona en la cerradura para que no pudiera entrar. Un cuadro horrible de una bailarina en tonos azulados y sepia la recibió nada más entrar. Aquel cuadro le ponía los pelos de punta.

- Hola...- saludó sin mucho entusiasmo cuando pasó por delante de la cocina, donde su madre removía una olla de caldo.

- Llegas tarde- contestó ella sin levantar la vista de la olla-. Lávate las manos y ven a cenar.

La madre de Lúa era una mujer menuda y enclenque. Tenía el pelo gris muy corto, casi al estilo militar, y unos ojos castaños cansados y arropados por unas cuantas arrugas que ella se empeñaba en disimular a base de ampollas *flash*. Llevaba puesta una bata gris de lo más sexy para un geriátrico y unas pantuflas con un estampado de camuflaje sobre felpa. Primoroso.

Cuando llegó al comedor se encontró con su padre sentado en la mesa, que ya estaba preparada para la cena. El padre de Lúa era calvo y estaba gordo hasta decir basta. Llevaba el poco cabello rizado que le quedaba en las sienes excesivamente largo, y parecía que acabara de bajarse de una montaña rusa. Estaba mirando las noticias en la tele mientras mordisqueaba un trozo de pan.

- Hola, papá.

- *Hogga...*

Lúa se fue a su cuarto y dejó la chaqueta en un colgador tras la puerta. Luego se miró al espejo un momento y se recogió su larga melena oscura y rizada con las manos en un moño. Lúa era más bien bajita, y como siempre iba con zapatos planos todavía lo parecía más. Tenía una cara agradable de facciones suaves y unos ojos grandes y verdes que le devolvieron una mirada como de pescado hervido desde el otro lado del espejo. Algo había pasado con la Lúa alegre y vivaz que se vestía siempre con colores brillantes, como si fuera un anuncio de detergente para ropa de color. Ahora se vestía con ropa oscura, marrón o negra. Alguna vez violeta, cuando se sentía peligrosa. La ropa de colores estaba metida en una caja debajo de su cama y no tenía pinta de que fuera a salir de allí en mucho tiempo. La Lúa alegre se había largado a alguna isla paradisíaca y se había dejado su sombra en Lleida, trabajando en la biblioteca para pagarle las caipiriñas.

- ¡La cena!- gritó su madre desde el comedor.

- ¡Ya va!- contestó irritada.

La cena consistió en sopa y judías verdes hervidas. Su madre estaba a régimen otra vez y con ella, toda la familia. Aquello era como una tortura china, Lúa estaba tentada de pagarle una liposucción de su bolsillo solo para que le hiciera unas croquetas de vez en cuando.

- Te ha llamado Sebastián- dijo la mujer lacónicamente.

Su padre no abría la boca más que para meterse dentro más judías verdes de las que podía masticar.

- ¿Sebas?- la cara de Lúa se iluminó por un momento- ¿Qué quería?

Sebas era su primo por parte de padre y se llevaba muy bien con él. Era un par de años mayor que ella y ya hacía tres que se había ido a vivir a Barcelona, convirtiéndose en su ídolo.

- No sé, si hubieras llegado a tu hora lo sabrías- contestó su madre con retintín.

- Podría haber llamado al móvil...

Pero claro, Lúa tenía una tarifa plana de internet en su móvil que se le terminaba en tres días, y hasta el siguiente mes ni *Whatsapp*, ni mail, ni hostias en vinagre, así que Sebas llamaba de fijo a fijo para no gastar, que la vida estaba muy cara.

El padre de Lúa se encogió de hombros y masticó trabajosamente la masa verde de judías a medio triturar que asomaba entre sus dientes.

- ¡Cierra la boca al masticar, Miquel!- le recriminó la madre de Lúa, suave como un cactus.

Miquel obedeció mansamente.

Después de cenar y meter los platos en el lavavajillas, Lúa se encerró en su habitación y marcó el número de Sebas desde el fijo. Mientras daba señal le dijo a su madre que colgara el otro teléfono. La muy fisgona siempre se quedaba colgada del auricular de uno de los múltiples teléfonos que había repartidos por toda la casa, a ver de qué se enteraba...

- ¿Sí?

- ¡Sebas! Soy...

- Un momento, ahora se pone...- la chica se quedó un poco cortada y esperó en silencio.

De fondo pudo oír “Sebas, es para ti.” Lúa distinguió la voz de su primo preguntando que quién era y luego se hizo un silencio en el que casi oyó un encogimiento de hombros.

- ¿Sí?

- ¡Sebas, soy Lúa! ¿Me has llamado?

- ¡Hombre, ya era hora, parrandera! A saber lo que estarías haciendo tú por ahí a estas horas...

- Nada bueno, ya me conoces- sonrió ella.

Técnicamente no estaba mintiendo.

- Pues nada, que hace dos semanas que no sé nada de ti, ya no te acuerdas de llamarme, ni nada, y he pensado: “¿Estará viva?”

- Claro que estoy viva, idiota- por los pelos, pensó-. ¿Qué tal por Barcelona?
- Buf, mucho curro, mucha fiesta y mucha birra. Tendrías que venirte un día, fliparías.
- Me encantaría- Lúa puso tanto énfasis en sus palabras que Sebas se echó a reír-. Pero no puedo, no tengo vacaciones hasta agosto, tengo que trabajar...
- Madre mía, ¿me estás hablando de ese curro en la biblioteca que te consiguió mi padre? ¡Si es una mierda, yo también trabajé allí un año y lo dejé, era un asco!

Lúa se echó a reír. Decir que era un asco era quedarse muy corto, aquello era la muerte.

- ¿Aún está el vigilante ese bizco?
- ¿El Camaleón? Claro, sin él no sería lo mismo...
- Te digo una cosa, Lúa, cuando te decidas a darle puerta a la biblioteca, llámame y vente a pasar unos días aquí. Tengo una habitación vacía en el piso, aunque no sé por cuánto tiempo...
- Parece que estés intentando venderme algo, chaval, qué prisas. Bueno, me lo pensaré.
- Venga, que tengo muchas ganas de verte. Vaaaa...
- Uy...- Lúa entrecerró los ojos con suspicacia- Has roto con Julia, ¿verdad?
- ¿Cómo lo sabes?- preguntó él, sorprendido.
- Porque cuando tienes novia no te acuerdas de llamar, y ahora te veo demasiado solícito...
- ¡Joder, chica, eres Sherlock Holmes! Bueno, sí estoy un poco mal, y necesito que me saques por ahí y me emborraches.
- También doy consejos.
- Puede, pero estoy tan borracho que luego ya no me acuerdo.

Los dos se echaron a reír.

- Veré que puedo hacer. Un beso, guapo.
- Un beso.

Lúa colgó el teléfono y se tiró encima de su cama. En la pared había un poster de los *Backstreet Boys* tan viejo que estaba igual de sepia que el cuadro de la entrada. Le dio vueltas toda la noche a la conversación que había tenido con su primo, pero en el fondo sabía que ya había tomado una decisión antes de colgar.

Lúa habló con su tío, no quería dejar el trabajo sin decírselo. Al principio se enfadó, pero cuando le dijo que lo hacía para ponerse en serio a buscar trabajo de lo suyo, lo entendió. Como si hubiera trabajado para una arquitecta sin experiencia...

Como tenía que avisar con quince días de antelación antes de dejar el trabajo, las siguientes dos semanas fueron un verdadero suplicio. De repente le entraron tantas ganas de lanzarle libros a la gente, escupirle y patearle el culo que temió haber visto *El exorcista* demasiadas veces. Sus padres no se tomaron muy bien que dejara el trabajo y se largara dos semanas a Barcelona para dejarse pervertir por el tarambana de su primo, pero tampoco podían atarla a la pata de la cama. Al final claudicaron y dejaron de convertir las cenas en un campo de batalla dialéctico.

Pasados los quince días Lúa se plantó en Barcelona por primera vez. Al bajar del tren se encontró en medio de una marea de personas y maletas con ruedas. Lúa siguió al resto de gente y, después de subir por unas escaleras mecánicas, llegó al gigantesco vestíbulo de la estación de Sants. Un letrero electrónico enorme mostraba las próximas salidas de trenes hacia los destinos más dispares. La pobre se sintió insignificante como una pelusa de ombligo y se preguntó cómo iba a encontrarse con su primo allí. Por fortuna, Sebas la encontró a ella, y la chica soltó las maletas para saltar sobre él y abrazarle con brazos y piernas. Sebas tenía el cabello rubio y largo para ocultar unas incipientes entradas que le hacían gastarse medio sueldo en potingues anticaída. Sus ojos eran tan verdes como los de Lúa, pero su cara era mucho más afilada. No era demasiado guapo, pero tenía cierto encanto.

- ¡Lúa, que esto no es un pueblo! No dejes las maletas tiradas.

- Yo también te quiero, ¿eh?- le dijo Lúa con sarcasmo mientras bajaba al suelo.

Sebas le revolvió el pelo con una mano mientras con la otra le cogía una maleta.

- Tengo unas ganas de ver dónde vives...

- Pues vas a tener suerte, hoy es la jornada de puertas abiertas. Oye...- Sebas le pasó el brazo por el cuello y la atrajo hacia sí sin mirarla- De lo que veas ni media a mis padres, ¿eh?

- ¿Por quién me tomas?

Lúa miraba las calles como si jamás hubiera pisado una. Los edificios eran antiguos y regios, y tenían algo de decadente bajo la luz del mediodía. La gente caminaba apresuradamente, la mitad absorta en su móvil.

- ¿Falta mucho para llegar?

- No, es la siguiente calle a la derecha y ya estamos.

Sebas giró por una calle tranquila y estrecha y pararon un poco más allá, en una portería de aspecto antiguo.

- Es aquí.

La escalera era vieja y sin ascensor, pero Lúa ya estaba acostumbrada a subir escaleras. No unas tan gastadas como aquellas, pero al final, todas eran iguales. Las escaleras eran angostas y olían a humedad, y Sebas vivía en el último piso. Los dos llegaron resoplando por el esfuerzo de subir las maletas y Lúa se apoyó en sus rodillas mientras trataba de recuperar el aliento.

- Estás hecha un asco- dijo él riéndose entre dientes mientras empujaba la puerta con el hombro.

Lúa se vio en un pequeño recibidor que daba a un pasillo largo y luminoso al final. En un tramo del pasillo había un par de bicis amontonadas contra una pared y la zona de paso se hacía un poco estrecha. Sebas la llevó a una de las puertas que había a ambos lados y la abrió.

- Ésta será tu habitación. Puedes dejar las maletas aquí.

Lúa entró y vio una cama de matrimonio con canapé cubierta por un edredón a cuadros de Ikea. Encima había una ventana con una sencilla cortina de un color a medio camino entre el azul y el morado. A su lado había una mesita de noche y una lámpara de pantalla. A los pies de la cama un armario, también de Ikea, se comía casi todo el espacio disponible, y en un rincón todavía se las habían ingeniado para meter un pequeño escritorio. Sobre el escritorio había unas cuantas estanterías vacías cubiertas por una fina capa de polvo, y en las paredes todavía quedaban las marcas de los libros que se habían apoyado contra ellas. Pequeños agujeros y restos de cinta adhesiva demostraban que las paredes no habían estado siempre tan desangeladas.

- Está muy bien- dijo ella dejando la maleta que llevaba y el macuto en el centro de la habitación.

- Ven, que te enseñe el resto.

Sebas le indicó que la siguiente puerta en el pasillo era la habitación de Dani, su compañero de piso.

- Si se entera de que te la he enseñado, me matará, es muy celoso de su intimidad. Será para que no vea los cadáveres que guarda bajo la cama- dijo Sebas mientras abría la puerta para enseñarle el cuarto de su compañero.

Lúa echó un ojo dentro y vio una habitación como la suya, pero con más vida. Las estanterías estaban repletas de libros, había un portátil sobre el escritorio y una guitarra encima de una silla. Las paredes lucían un par de posters graciosos y en la mesita de noche había una foto con lo que parecía un equipo de fútbol. Sobre la silla del escritorio había tirados unos pantalones de camuflaje.

Sebas cerró la puerta.

- No le digas que te lo he enseñado. Ven.

Sebas le enseñó su propia habitación, un homenaje al paso de un tornado. Había ropa tirada por todas partes, zapatos esturreados por el suelo, el escritorio estaba cubierto de papeles y la cama estaba deshecha.

- Una habitación con personalidad- comentó Lúa.

Después Sebas le enseñó un pequeño trastero y el baño, que era antiguo y tenía algo a medio camino entre una bañera y una ducha, una especie de barreño cuadrado de obra. La grifería parecía sacada de la época de la luz de gas y en el suelo de baldosas blancas y negras se veían pelillos y otros restos orgánicos. Una pequeña ventana daba a un patio de luces y dejaba entrar una luz mortecina. La chica pensó que podría ser peor.

La cocina era más moderna, cuadrada y funcional, con una mesa pegada a una pared. Sebas abrió

la nevera.

- Los dos estantes de arriba son míos, los de en medio, de Dani. Tú puedes coger lo que quieras de los míos, y si te quieres comprar algo, los dos estantes de abajo son tuyos. El congelador también tiene tres cajones, uno para cada uno.

- ¿No cocináis juntos?

Sebas parpadeó.

- No, cada uno se hace lo suyo.

- ¿Y cómo has sobrevivido hasta ahora?- se rio ella.

- Oye, me he espabilado bastante, ya sé meter una pizza en el horno y todo...

Sebas le explicó dónde estaban las cosas, los cacharros, etc. La cocina tenía salida a un lavadero con vistas a una pared descascarillada. Había ropa tendida y una lavadora al fondo. También había un par de hamacas plegadas en un rincón y una macetita con una planta de marihuana.

- Veo que no pierdes los viejos hábitos- comentó Lúa acariciando las hojas de marihuana.

- Si quieres luego nos hacemos un canuto. Dentro no se puede fumar, pero con un par de caladas, este lavadero parece el palacio de Buckingham.

Por fin llegaron al comedor, estaba al final de todo. No tenía balcón, pero sí una amplia ventana por la que entraba la luz. Un sofá cubierto con una manta dominaba la estancia, y delante había una mesita de cristal y una tele. Bajo el cristal de la mesita había un estante lleno de diarios y revistas más viejos que Matusalén. Una pared estaba cubierta por una estantería de obra hasta el techo y rebosaba libros. También había películas y CD's en un rincón. Todo estaba cubierto por una fina capa de polvo.

- Va a ser que no limpiáis mucho, ¿no?

Sebas se ofendió.

- ¡Qué dices! Tenemos turnos de limpieza y los llevamos a rajatabla. Esta semana me toca hacer el comedor...

Sebas fue hasta la mesita donde descansaba la tele y puso un dedo en un extremo. Luego lo desplazó lateralmente hasta la otra punta del mueble, llevándose el polvo acumulado y dejando una estrecha franja limpia. Cuando terminó puso el dedo un poco más allá y repitió la misma operación, dejando la franja limpia un poco más ancha. Cuando comenzó a hacer lo mismo por tercera vez Lúa le dio un manotazo en el hombro.

- ¡Eres un cerdo!- le recriminó.

- Últimamente los hombres de esta casa estamos un poco de capa caída... Tal vez nos venga bien un toque femenino.

- Si con *toque femenino* te refieres a que lo limpie yo todo, lo llevas claro- bufó ella.

- Vale, vale, no te enfades. Bueno, ¿qué te parece la casa?

- Está muy bien. No sabes la envidia que me das, aquí puedes hacer lo que te dé la gana sin que nadie te diga nada...

- Bueno, tenemos unas normas. A ver si te crees que esto es una orgía continua. Las orgías son los martes y los viernes. ¿Tienes hambre?

Los dos fueron a la cocina y Sebas abrió la nevera.

- ¿Qué te apetece? Tenemos huevos, bistecs de ternera, alguna verdurilla...- el joven la miró de reojo- Espero que no te importe que lo cocine todo a lo bonzo.

- Anda, quita...- Lúa le apartó de la nevera de un empujón.

La prima de Sebas hizo un arroz a la cubana con su huevo frito que hizo que al chico se le saltaran las lágrimas.

- Es como el arroz a la cubana de tu madre...- dijo con los carrillos llenos.

Lúa le sonrió con algo de tristeza y se preguntó de qué se habría estado alimentando para ponerse así por un plato que no tenía nada de especial.

- ¿Tu compañero no viene a comer?

Sebas se encogió de hombros.

- A veces sí, a veces no...

- No habláis mucho, ¿no?

- Bueno, cada uno hace su vida, pero es buen pavo.

Los dos primos hicieron la sobremesa en el sofá del comedor y Sebas la puso al día de su vida sentimental.

- Joder, estaba tan colgado de ella... Pero no quería dejar esto, aquí tengo mi independencia.

- ¿Cuántos años tiene Julia?

- Treinta y dos.

- Ahí lo tienes, esa chica está ya en otra fase. Es normal que se quiera ir a vivir contigo y...- Lúa se mordió la lengua, pero se le notó tanto que Sebas se dio cuenta.

- ¿Y...?

Ella se echó el cabello hacia atrás con énfasis.

- Que su reloj biológico va corriendo, tío.

- ¿Qué quieres decir, que quería tener un hijo?- Sebas se estremeció de pensarlo- ¡Solo tengo veintiséis años!

- Seguramente antes de un año te hubiera empezado a presionar con eso- Lúa se descalzó y se sentó con las piernas cruzadas sobre el sofá-. Mira, es mejor haberlo dejado ahora que alargarlo más para terminar cortando.

Sebas asintió, pero apoyó un brazo sobre el respaldo del sofá y luego apoyó la cabeza sobre el brazo con la mirada perdida.

- Vamos...- Lúa le cogió la mano- Dime cosas malas de ella.

Sebas parpadeó.

- ¿Qué?

- Que me digas cosas malas. Empiezo yo, si quieres.

- ¡Pero si no la conocías!

- Pero hablé un día con ella por teléfono y tiene voz de pito.

Sebas sonrió a su pesar.

- Es verdad... ¡Y a la hora de comer siempre dejaba los cubiertos apoyados en el plato y la mesa, me sacaba de quicio!

- ¿Lo ves? No es tan perfecta como creías. Más cosas.

- A veces se ponía un vestido estampado que le quedaba como el culo. Y encima yo le decía que estaba preciosa, ¡seré imbécil...! Y siempre se metía conmigo porque no saco la cucharilla de la taza del café con leche para bebérmelo.

- Bueno, es que un día te vas a sacar un ojo, Sebas...- dijo Lúa enarcando una ceja.

- ¡Ése es mi problema!- exclamó él, indignado- Y nunca podía compartir un croissant con ella porque se pasaba la vida a dieta. Y cuando se quedaba a dormir en casa, por la mañana monopolizaba el baño y se pasaba horas poniéndose guarradas en la cara. Un día tuve que ir a mear al... Bueno, eso no viene a cuento- Lúa se echó a reír y él también-. ¡Oye, esto funciona!

- Solo por un ratito, pero esta noche me tienes que llevar de fiesta y beberemos hasta que no podamos subir las escaleras de casa y tengamos que dormir en un contenedor de basura.

- Mmm, eso suena irresistible.

- Son las cosas que luego se recuerdan con cariño...- dijo Lúa pellizcándole un escualido moflete.

Efectivamente, después de cenar Sebas y Lúa salieron a tomar algo. Sebas quería ir primero a un bar que había cerca de casa y luego a bailar, pero después de unas cuantas cervezas se apalancaron y decidieron quedarse allí. Era un lugar agradable y tranquilo, e invitaba a hablar. Con el alcohol Sebas comenzó a soltarse y terminó llorando a lágrima viva sobre el hombro de su prima.

- No voy a encontrar a otra mujer como ella...- Sebas se sorbió los mocos ruidosamente- Será hijaputa...

Lúa le consolaba como podía, y recurrió al repertorio típico de “tú vales mucho”, “ya verás, pronto conocerás a alguien”, “ella no era para ti”... Después de una hora y media las lágrimas remitieron y dieron paso a leves sollozos racheados de fuerza dos y algunos insultos aislados.

- Bueno, ¿no me vas a contar lo que te pasa a ti?- le preguntó Sebas a altas horas, ya bastante perjudicado.

- ¿Qué me pasa a mí?

Sebas se le acercó para hablarle en tono confidencial, y un tufo de cerveza inundó las fosas nasales de Lúa.

- Sonríes demasiado, a ti te pasa algo. Estás triste.

Ella se hundió un poco en su silla y cogió el vaso de cerveza con las dos manos, haciéndolo girar sobre la mesa.

- No creo que sea el mejor momento para llenarte la cabeza con mis penas...

- Va, va, no me vengas con chorradas. Suéltalo.

- Nada, Sebitas, que mi vida es una mierda...- Lúa hizo girar el vaso con demasiada fuerza y se volcó, vaciando todo su contenido sobre la mesa- ¡Mierda!

- Eso ibas diciendo, sí...- dijo Sebas cogiendo rápidamente un puñado de servilletas de papel para absorber la cerveza.

- Que tengo veinticuatro años ya, una carrera con la que jamás voy a encontrar trabajo, aún vivo con mis padres, acabo de quedarme en paro...

- El curro que tenías no te gustaba- objetó él.

- Es verdad, pero el caso es que no tengo trabajo, ni pareja, ni nada...

- Eso le pasa a la mayoría de gente de tu edad, es normal.

- A veces me dan ganas de terminar con todo y a tomar por el culo, ya...- Lúa hizo un gesto de barrido con la mano que volvió a volcar el vaso, ya vacío, y lo cogió de milagro antes de que se cayera al suelo- ¡Puto vaso!

Sebas se acercó a ella un poco y extendió sus brazos, moviendo las manos para indicarle que se acercara.

- Anda, dame un abrazo de oso, tontaina... No quiero que digas eso ni en broma, ¿me oyes?- se abrazaron con ciertas dificultades porque la mesa se interponía entre los dos- Ni en broma. Si tienes toda la vida por delante, eres joven, tienes fuerza, eres simpática...

- Y muy guapa- añadió Lúa frunciendo el ceño con un enfado fingido.

- Y muy guapa. Lo tienes todo, solo tienes que poner un poco de empeño y conseguirás lo que quieras. ¿Qué quieres?

- Quiero... No lo sé... Quiero tener una vida propia. Quiero hacer como tú, independizarme, tener un trabajo, ¿es mucho pedir?

Sebas sacudió la cabeza y se tuvo que agarrar a la mesa para no caerse.

- Claro que no. ¿De qué quieres trabajar?

- De arquitecta.

- ¡Pues a por ello!

Lúa se despertó al día siguiente y miró su móvil con ojos legañosos para ver qué hora era. Las once y media, pensaba que sería más tarde... No recordaba cómo había llegado hasta casa la noche anterior ni recordaba haberse puesto el pijama, que consistía en un pantalón de chándal gastado y una camiseta de tirantes, pero allí estaba, ¿no? Lo habría conseguido de alguna manera. Lúa tenía una gran virtud: por más que se emborrachara nunca tenía resaca. Podía estar un poco cansada, tener sed... lo típico cuando bebes, pero nada de dolor de cabeza. Se levantó y fue al baño. En el espejo vio un cruce entre un matojo del oeste y el león del zoo. Llevaba una melena leonina rizadísima que puso más o menos a raya con un peine, aunque le habría venido mejor un látigo. Luego se fue a la cocina.

Quería sorprender a Sebas preparándole el desayuno, era lo menos que podía hacer después de que la hubiera invitado a su casa, así que se metió en la cocina y preparó tostadas, café y zumo de naranja que exprimió ella misma, y sacó mantequilla, mermelada y miel. Mientras ponía leche a calentar oyó unos pasos en el pasillo y sonrió.

- Qué madrugador te has vuelto, no es ni mediodía... Te he preparado el d...

Se calló en seco cuando se giró y se encontró con un desconocido en la puerta de la cocina. Era un hombre joven que no estaba nada mal, de cabello moreno y algo greñudo. Tenía una barba de tres días y unos ojos oscuros que la miraban fijamente. Seguramente su cara de perplejidad era la misma que tenía él, y le dio la risa.

- Supongo que tú eres Dani. O si no, habrás entrado a robar, no sé...

- Sí, soy Dani. ¿Has venido con Sebas?

- Sí. He preparado el desayuno, coge lo que quieras, hay de sobras para todos. Voy a despertarle.

Dani fue a servirse un café con leche y ella de mientras fue a despertar a su primo. Llamó a su puerta flojito.

- ¿Sebas? Seeeebaaaas- canturreó-. Voy a entrar, espero que se te haya pasado aquella manía de dormir en pelotas...

Lúa abrió la puerta con cuidado y se encontró con Sebas tirado boca abajo sobre la cama. Todavía llevaba los tejanos de la noche anterior pero la camisa había desaparecido. Ella se sentó al borde de la cama y le acarició un brazo.

- Sebas...

- ¿Mmm...?

- Te he preparado el desayuno...

Sebas abrió los ojos automáticamente.

- ¿Qué es?

- Tendrás que levantarte y verlo tú mismo. Si tardas mucho Dani y yo nos lo comeremos todo...

Mientras Sebas se desperezaba y se llevaba las manos a la cabeza, Lúa volvió a la cocina.

- Gracias por el desayuno- dijo Dani mientras se comía una tostada con mantequilla y mermelada de melocotón.

- Qué menos, después que me dejáis quedarme aquí...

Dani se terminó la tostada y se lamió el pulgar.

- Bueno, cada uno duerme con quien quiere, yo no me meto en esas cosas.

Lúa le miró con cara entre extrañada y divertida mientras se servía un café con leche con mucho azúcar.

- ¿No sabes quién soy?

- No sé, supongo que estás con Sebas. Es la primera vez que te veo.

Ella se echó a reír y negó con la cabeza.

- ¡Soy su prima! He venido de visita dos semanas, ¿es que no te lo ha dicho?

Dani le dio un sorbo a su café con leche.

- Pues no. ¿Duermes en la habitación vacía?

Ella asintió.

- Espero que no te importe...- dijo con cautela.

- Bueno, me hubiera gustado que me avisara- dijo él, y Lúa no estuvo segura de si se había molestado de verdad o solo era un comentario sin importancia.

Sebas entró en la cocina masajeándose las sienes y fue directo a la jarra de agua, que se terminó vaso tras vaso en menos de un minuto.

- Dani, ésta es mi prima Lúa. Lúa, éste es mi compi de piso, Dani- dijo entre trago y trago.

- Podrías haberme dicho que ibas a meter a alguien en la habitación vacía- dijo él con voz neutra.

- Se me olvidó. ¿Me pasas una tostada?

Joder con Sebitas, vaya jeta, pensó Lúa.

Dani terminó de desayunar y se marchó, y Lúa no volvió a verle en todo el día. Ella comió con Sebas en casa.

- ¿Se habrá molestado? Es que se ha ido y aún no ha vuelto.

- No te preocupes por eso, a veces no le veo durante una semana entera. Entra y sale a su aire. Bueno, en realidad el que no para en casa soy yo... No está enfadado, te lo puedo asegurar.

- ¿Cómo lo sabes?- Lúa no quería tener problemas con Dani nada más instalarse y estaba un poco preocupada.

- Porque si se hubiera enfadado, la habría liado parda. Tiene muy mala leche, pero no es mal tío. Ya le conocerás.

- Es un poco raro...

- No has estado nunca en Barcelona, ¿verdad?- dijo él cambiando de tema.

- Pues no.

- Es una pena que mañana tenga que ir a trabajar, pero esta tarde iremos a pasear por las ramblas, y te enseñaré la Sagrada Familia, y... bueno, lo que dé tiempo. El itinerario estándar para guiris.

La cara de Lúa se iluminó.

- ¡Qué bien! ¡Venga, vamos a recoger esto y nos vamos!

- Joder, cómo se nota que eres mujer... La mierda no se va a ir a ninguna parte, nos estará esperando cuando volvamos...

Ella ya había comenzado a llevarse los platos y no le contestó, pero le miró de una manera que hizo que se levantara como un resorte y comenzara a recoger.

Al día siguiente era lunes y Lúa se quedó sola en casa, tanto Sebas como Dani tenían que ir a trabajar. A primera hora la despertó el trájín de los dos correteando como si fueran niños pequeños que no supieran dónde estaban las cosas. ¿Cómo podían ser tan ruidosos? Trató de dormirse otra vez, pero al final se dio por vencida y se levantó. Nada más salir se topó con Sebas.

- Vaya, si te has peinado y todo- le dijo con sorna.

- Sí, es algo que deberías probar- le contestó él con una mueca burlona.

Ella se tocó el cabello y fue al baño a verse. Nada más abrir la puerta vio luz dentro y volvió a cerrar precipitadamente.

- ¡Perdón, perdón, perdón! ¡No he visto nada!

Lúa esperó pacientemente en la puerta del baño unos minutos. Luego llamó a la puerta con prudencia.

- ¿Te falta mucho...?

No obtuvo respuesta. Una voz detrás de ella la sobresaltó.

- Oye, ¿te importa si paso....?- Dani surgió detrás de ella y señaló el baño mientras, de hecho, se

colaba delante y se metía dentro.

Ella se sintió como una completa idiota. El baño estaba vacío. Sebas se había dejado la luz encendida, eso era todo. Cuando la puerta se volvió a abrir, ella estaba con los brazos en jarras.

- ¡Oye, estaba yo primero!- le soltó mientras él se pasaba las manos por el pelo para terminar de ponérselo bien.

- Ya, pero te vi tan entretenida hablando con la puerta que pensé que no te importaría que pasara yo antes.

Dani pasó de largo y la dejó con la palabra en la boca. Al final ella resopló y entró al baño.

Cuando los dos chicos se marcharon se hizo un silencio casi sobrenatural. Lúa desayunó tranquilamente en la cocina y se paseó por la casa fijándose en los detalles. Casi podía imaginarse que aquella era su casa, aunque ella nunca permitiría que estuviera tan sucia. Como no tenía nada mejor que hacer y no le apetecía salir sola, decidió ponerse a limpiar, sería su manera de agradecerles que la dejaran quedarse allí unos días. Al final le iba a salir bien la jugada a Sebas.

La verdad era que desde que había llegado a Barcelona se sentía mucho mejor, como si hubiera estado conteniendo la respiración mucho tiempo y por fin pudiera coger aire. Se sentía tan adulta, tan independiente, tan ella... Lúa se puso sus auriculares y puso en marcha una mezcla de música que abarcaba desde Offspring hasta los Chichos. Eso sí, todas eran canciones marchosas. Se puso una camiseta vieja y un culotte y se sujetó su selva de rizos poniéndose un pañuelo en la cabeza. Luego cogió los bártulos de limpieza y se puso manos a la obra. Pronto se dio cuenta de que aquello iba a ser más duro de lo que creía. En el comedor había zonas que no se habían limpiado desde los tiempos de Julio César. Lúa tuvo que emplearse a fondo con el trapo, dale que te pego a los estantes, a los marcos de fotos, a las figuritas decorativas... ¿Quién había puesto aquella horrible figurilla de una pastora con una oveja? A medida que iba avanzando fue abriendo todas las ventanas para que se aireara el piso. Después del comedor se fue a la habitación de Sebas y aquello fue la guerra. Era como si el armario hubiera vomitado sobre el resto de la habitación. Armándose de paciencia, separó la ropa sucia de la limpia y la llevó al cesto de la ropa sucia, en el lavadero. Luego cambió las sábanas de la cama, sacó el polvo, lo ordenó todo lo mejor que supo, barrió y fregó el suelo. La cocina también la tuvo entretenida un buen rato, incluso hizo algo de músculo frotando la encimera con saña. Mientras hacía todo esto iba escuchando su música y cantaba, daba gritos, bailaba o se ponía a saltar, según la canción. Era su manera de entretenerse.

Ya casi estaba terminando, solo le quedaba barrer y fregar el pasillo y el recibidor. En su mp4 sonaba "*We will rock you*" de Queen y utilizaba la escoba, ahora como micro, ahora como guitarra. Lúa iba avanzando hacia la entrada combinando los barridos de la escoba con una coreografía que incluía saltos y gritos. Dio un giro y entonces vio una figura en el recibidor, apoyada contra la pared. Lúa gritó aterrada y dio un salto instintivo hacia atrás que la hizo tropezar con la escoba y caer de culo al suelo. La figura se puso derecha y fue hacia ella.

- ¿Te has hecho daño?- preguntó Dani acercándose a toda prisa.

Lúa se puso roja como un tomate y se llevó las manos al tobillo izquierdo, que le dolía bastante.

- Me he torcido el tobillo, pero estoy bien...

Dani se puso a su lado y la cogió de las manos para ayudarla a levantarse. Al apoyar el pie izquierdo en el suelo, un rayo de dolor le atravesó el tobillo y si él no la hubiera estado sujetando se habría caído otra vez.

- ¡Au!- dijo dando saltitos sobre el pie bueno para mantener el equilibrio.

- Vamos al sofá- dijo Dani pasando el brazo izquierdo de Lúa sobre sus hombros para ayudarla a caminar.

- ¿Llevabas mucho rato mirando?- preguntó ella sin atreverse a mirarle a la cara.

Dani la ayudó a sentarse en el sofá, le descalzó el pie malo y se lo puso en el regazo para examinarlo. Estaba un poco hinchado.

- Mucho, mucho, no...- dijo él tratando de disimular una sonrisa- No sé qué ha sido más gracioso, si el baile, el grito que has pegado cuando me has visto o el salto mortal que has dado. ¿Esto va a ser así cada día?

Ella se puso más colorada, si era posible. Adiós a su imagen de mujer elegante y enigmática... Dani le cogió el pie con cuidado y lo giró en varias direcciones arrancándole algún quejido de dolor.

- Oye, ¿ya sabes lo que haces?- le dijo mirando su pie con aprensión- Solo estaba limpiando un poco... ¿Qué haces aquí, no trabajas?

- ¿Me estás echando de mi propia casa? Es mediodía, siempre vengo a comer a casa entre semana. Y hoy es lunes.

Lúa miró el reloj del comedor.

- ¡Pero si ya es la hora de comer! Se me ha pasado la mañana volando. Qué pena, quería hacer algo especial para comer los tres juntos.

- ¿Los tres? Sebas no come aquí nunca, no le da tiempo. Oye, ¿a qué huele?- preguntó el joven aspirando el aire a su alrededor.

- ¿A ambientador?- preguntó a su vez ella, asombrada- ¿A limpio?

- No sabía que tuviéramos ambientador...- Dani se levantó con cuidado y dejó el pie de Lúa sobre un cojín- Pues va a ser verdad que has limpiado, si casi no parece la misma casa... Espera aquí, te traeré algo frío para que te alivie un poco el dolor.

Lúa se dio cuenta de la poca ropa que llevaba y se tapó con la manta que había sobre el respaldo del sofá. Al cabo de un momento volvió Dani con una bolsa de guisantes congelados envuelta en un trapo y se lo aplicó en el tobillo. Ella soltó un suspiro involuntario.

- ¿Te alivia?- Ella asintió- Oye, siento haberte asustado. Para compensarte te haré yo la comida,

¿vale?

- Vale.

Lúa vio a Dani irse a la cocina y le pareció un chico encantador. Luego recordó cómo se había puesto a cantar y a mover el culo y volvió a sonrojarse.

- ¿Te gusta la pasta?- le preguntó él desde la cocina.

- ¡Sí!

Lúa se levantó y apoyó el pie con cuidado en el suelo. Ya no le dolía tanto. Fue caminando despacio hasta la cocina y pilló a Dani abriendo una lata de tomate triturado.

- ¿Te ayudo?

Él se giró y frunció el ceño.

- Pero bueno, ¡no te levantes! A ver si te lo vas a fastidiar de verdad...

- Ya no me duele tanto- dijo ella mientras se acercaba a la encimera con precaución-. ¿De qué trabajas?

- Trabajo en una tienda de instrumentos musicales.

- Qué interesante... ¿Tú tocas algún instrumento?

Dani la miró de reojo.

- ¿Has entrado en mi habitación?

Lúa aprovechó para ponerse una medalla, Sebas le había advertido que Dani era muy reservado con sus cosas.

- No, no sabía si te molestaría. Si quieres te la puedo limpiar luego, me sabe mal...

- No, no, está bien. Prefiero hacerlo yo.

Como lo haga igual que el resto de la casa, podría haber un pantano con cocodrilos ahí dentro, pensó ella.

- Bueno, ¿tocas algo o no?

- Toco la guitarra, básicamente. También el piano, un poco. Y el saxo.

- ¿En serio? ¿Tocarías algo para mí?

Dani echó el tomate en una sartén y se giró, un poco incómodo.

- No sé, me da un poco de cosa...

- ¿No tocas para nadie?

- Sí, pero cuando tengo más confianza. No te lo tomes a mal, pero casi no te conozco y la música

es algo muy personal para mí.

Lúa apenas pudo disimular su decepción.

- No pasa nada.

Los dos comieron en la mesa de la cocina y estuvieron charlando un rato. Luego Dani lo recogió todo, lavó los platos y se despidió.

- Tengo que volver a la tienda.

- ¿Dónde está?

- Está en el centro, toma una tarjeta...- Dani se sacó el billetero de un bolsillo y cogió una tarjeta que le tendió a Lúa- Hasta mañana.

- Bueno, nos veremos por la noche, ¿no?

- Esta noche he quedado, no creo que nos veamos. Cuídate.

- Vale...

El tiempo se le pasó volando a Lúa. Por las mañanas se levantaba temprano y se marchaba a visitar la ciudad. Estuvo en el parque Güell y le encantó ver los mosaicos en los que podían distinguirse pedazos de platos y tazas. Le parecía muy fuerte que algo así se le hubiera ocurrido a Gaudí tantos años atrás, cuando podría ser arte de vanguardia. Las vistas de Barcelona eran impresionantes. También estuvo en el barrio gótico, en el puerto, en la playa... Paseó por la arena descalza y dejó que las olas lamieran sus pies. La hacía sentirse viva. Incluso un día se acercó hasta la tienda de Dani, pero estaba llena de gente y no quiso molestarle. De repente le dio vergüenza que la viera allí, qué tontería. Tal vez se estaba colgando de él un poquito. Solo un poquito de nada, es que era tan mono... Cada día comían juntos y pasaban un rato hablando antes de que él se tuviera que marchar al trabajo. Por las noches, en cambio, apenas le veía. No se atrevía a preguntar si tenía novia, pero lo sospechaba. Un tío así no estaba mucho tiempo sin que le echaran el guante. En cambio, a media tarde aparecía Sebas y la mantenía entretenida hasta la hora de ir a dormir.

Sebas, por cierto, se enfadó muchísimo cuando vio su habitación ordenada, y corrió a comprobar que no sé qué tontería siguiera en su sitio, pero luego tuvo que reconocer que así estaba mejor. De todas maneras le prohibió tajantemente que volviera a hacerlo. Aparte de eso, se le notaba que se esforzaba porque Lúa estuviera a gusto, pero ella notaba que estaba mal. A veces se quedaba mirando al infinito y ella sabía que estaba pensando en Julia. En esos momentos, Sebas solía invitarla a salir al lavadero y compartía un porro con ella.

- ¿Estás en contacto con ella?- le preguntó Lúa una noche mientras le pasaba el canuto medio consumido.

Desde el lavadero se veía un trocito de cielo anaranjado por la contaminación lumínica de la ciudad y Sebas se lo quedó mirando.

- No.

- Vamos, Sebas, no me mientas- le dijo ella con paciencia.

- A veces me paso por el café donde trabaja y la veo desde la calle- el primo de Lúa le dio una buena calada al canuto y sonrió-. Es de tarado, ¿no?

- No, claro que no- bueno, un poco, pensó-. Pero sería mejor que no la vieras más, así te va a costar un huevo superarlo.

- Es que no quiero superarlo, ¿para qué? No voy a liarme con nadie más. Las tías son una mierda...- se inclinó hacia delante rápidamente y le puso una mano en la rodilla a su prima- Tú no, cariño.

- Eso lo dices porque estás mal, pero seguro que encontrarás a alguien pronto. Este finde nos vamos a ir de fiesta y no te voy a dejar volver a casa hasta que no te lées con una tía buena. Anda, pásame el canuto, abusón.

Sebas se lo pasó, ella le dio una calada y se le escapó la risa.

- Bueno, y tú, ¿qué? ¿Cómo es que estás tan sola?

- Porque me sale del chichi- dijo ella, y se echó a reír.

Luego le dio otra calada al porro.

- Venga, en serio, ¿no te gusta nadie?

- No encuentro a nadie en el que vea el reflejo de mi padre calvo con su barriga cervecera...- Lúa miró hacia la cocina con aire clandestino- Si te digo algo, ¿me guardas el secreto?

- Claro, tonta.

- Dani es muy mono.

A Sebas se le borró la sonrisa de la cara.

- No, tía, olvídate.

- ¿Por qué?

Sebas le dio una última calada al canuto, del que solo quedaba una colilla ridícula, y lo apagó en un cenicero improvisado con el envase de un yogur.

- Dani no habla mucho de sus cosas, pero por lo poco que yo sé, tenía una novia. Nora, creo que se llamaba. Sí, Nora. Iban muy en serio, se iban a casar y todo. Chica, yo no sé lo que pasó pero de la noche a la mañana cortaron y Dani se vino a vivir aquí. Llevaban cinco años viviendo juntos...

- Ah, entonces le conocías antes de que viniera a vivir aquí.

- Sí, éramos conocidos. Cuando cortó, se quedó hecho polvo y coincidió que se marchó un

colombiano del piso, así que le ofrecí su habitación. Entonces todavía éramos tres machotes en el piso.

- Vale, ha salido de una relación intensa, ¿y qué?

- Pues que no levanta cabeza. No le verás salir con ninguna chica en serio. De vez en cuando sube con alguna tiparraca, pero nunca repite, y se ha vuelto muy cerrado con las tías. No quiero que te lo haga pasar mal.

- A mí me parece muy simpático.

- Oye, te voy a presentar a un amigo mío que te va a encantar, deja a Dani tranquilo- ella miró hacia la cocina con preocupación y Sebas se dio cuenta de que estaba levantando un poco la voz. No te preocupes, no está.

Lúa se levantó de la hamaca y se estiró.

- ¿Nos vamos a dormir?

Sebas la imitó y le dio un beso en la mejilla.

- Vamos.

Lúa se encerró en su habitación, pero no se fue a dormir. A veces, por la noche se conectaba con sus amigos de Lleida con el portátil de Sebas y charlaba con ellos a través de la webcam. Un día se conectaba con uno, otro día con otro, a veces quedaba todo el grupo y les veía competir por salir en pantalla... Eran un encanto y les echaba de menos. Había tenido que largarse para darse cuenta de los buenos amigos que tenía, menuda idiota. Esa noche se conectó con Katia, su mejor amiga. Cada vez que hablaba con ella le tenía que contar con pelos y señales todo lo que había hecho.

- ¿Y el buenorro del cuarto de al lado, qué?- le preguntó Katia.

Lúa se arrepintió por momentos de haberle contado nada de Dani, pero ya era tarde.

- ¡Chst, que se oye todo! No sé, antes me ha dicho Sebas que no quiere saber nada de tías, que está superando una relación.

- ¿Nada de nada?- Katia enarcó una ceja, incrédula.

- Nada serio.

- Bueno, pues perfecto. Un polvete y para casa.

- ¿Para casa? ¡Ya lo tengo en casa! Eres tan romántica...- Lúa puso los ojos en blanco- No, paso de rollos de una noche.

Se oyó una voz de fondo a través del altavoz y Katia se giró hacia un lado.

- ¡Ya voy!- volvió a mirar a cámara- Tía, tengo que dejarte. El deber me llama. Un besito, guapa.

- Otro para ti.

La segunda semana de Lúa en Barcelona estaba tocando su fin y solo de pensar en volver a casa de sus padres le cogieron todos los males. No quería irse, no quería y no quería. El viernes cuando llegó Dani a mediodía le había preparado unos canelones con bechamel para chuparse los dedos. Estaba tratando de conquistarle por el estómago, una técnica de lo más capulla que llevaba funcionando desde tiempos inmemoriales, pero él no parecía más cercano ni más interesado en ella que el primer día que se habían visto.

- Hoy es el último día que comeremos juntos- le informó Lúa.

- ¿No te vas el domingo?- preguntó Dani extrañado.

- Sí, pero supongo que tendrás planes para el fin de semana y no nos veremos mucho ya...

Él se centró en el canelón que estaba cortando y no contestó.

- Esta noche voy a ir a bailar con Sebas, ¿te gustaría venirte?

- Ya veremos- dijo él, esquivo.

Lúa apretó su tenedor y se preguntó qué pasaría si se lo clavara a aquel pedazo de sieso en un ojo. ¿Es que no tenía sangre en las venas? ¡Joder, nene, estoy intentando ligar contigo!, pensó. Un silencio pesado se instaló entre los dos como un hipopótamo perezoso.

- Tal vez me pase a verte por tu tienda esta tarde...- dijo ella como quien no quiere la cosa.

- ¿Y eso?- Dani levantó la vista de su plato y pareció prestarle atención por primera vez.

- Tenía pensado pasar por el centro y me pilla de paso. Pero no es seguro, *ya veremos*- donde las dan las toman, cabronazo...

- Tú misma- dijo él encogiéndose de hombros con total indiferencia.

Jaque mate.

Lúa dejó el tenedor en el plato con más fuerza de la necesaria, haciendo un ruido desagradable. Él volvió a mirarla con extrañeza.

- ¿Estás bien?

- Claro, ¿por?

- Estás un poco rara...

Lúa miró a su alrededor y se levantó de la silla.

- No es nada, es que me repatea volver a Lleida- Dani sonrió y también se levantó-. ¿De qué te ríes?

- No me río...

Lúa quitó la mesa y se puso a lavar los platos. Estaba esperando que él la cogiera por la cintura, la hiciera girar y le diera un beso que la dejara al borde de la inconsciencia, pero no, el macho alfa se fue al comedor, el muy tontaina. Ella terminó de fregar los cacharros o, más bien, frotarlos con saña imaginando que era la cara en carne viva de Dani, y fue al comedor mientras se secaba las manos en el culo del pantalón. Tenía tantas ganas de patearle la cara por ser tan seta y luego matarlo a polvos, que creía que le iba a dar algo. Sin embargo, se sentó en el sofá con la dignidad de una princesa y respiró hondo.

- ¿Volverás por aquí pronto?

- No lo sé- dijo ella, un poco cortante.

- Lo digo porque alquilaremos tu habitación y ya no podrás estar aquí. A menos que no te importe dormir con Sebas...

- Claro, no iba a dormir contigo- Lúa se rio de su chiste y su propia risa le sonó chirriante-. No, supongo que podré permitirme una pensión durante unos días, la próxima vez que venga... Lo justo para empaparme de Sebas para una buena temporada. Total, si vengo es *por él*.

- Pues nada, si no volvemos a vernos espero que todo te vaya muy bien. Tengo que irme a trabajar ya...

Dani se levantó y Lúa se sintió un poco estúpida. Ella también se levantó. Él se adelantó y le dio dos besos.

- Me ha gustado mucho conocerte, Lúa.

Ya, seguro...

- A mí también. Suerte con la tienda.

Dani sonrió y se marchó. En cuanto se cerró la puerta de la calle, Lúa se fue a su habitación y se dio varios cabezazos contra la pared.

Lúa se dejó arrastrar por Sebas a un antro de mala muerte con luces láser y música a toda hostia. Era lo que necesitaba, bailar hasta perder el conocimiento. Dani no había vuelto a aparecer por casa, así que intuyó en un alarde de poder deductivo que había declinado su invitación. Podría haberse apuntado, el muy cabrón... Sebas le había propuesto salir con sus amigos, pero ella no estaba de humor para conocer a más gente.

Sebas le seguía el ritmo muy bien, también necesitaba desfogarse. Le pareció que bailaba con rabia, que muy bien podía haberse puesto delante de un saco de boxeo y darle puñetazos en lugar de estar allí moviéndose al ritmo de la música.

- Voy al baño- le dijo él al cabo de un rato.

Lúa asintió y su primo desapareció entre la gente. A Lúa no le gustaba mucho quedarse sola bailando, se le antojaba un poco de autista, pero su soledad duró poco. Un tío de barbita recortada

y aspecto cuidado se le acercó en tiempo récord.

- Hola- la saludó.

- Hola...

- ¿Cómo es que te han dejado aquí solita?

Lúa sonrió.

- No estoy sola, lo que pasa es que llevo guardaespaldas de incógnito.

- Vaya, qué chica tan importante. Yo me llamo Santi, ¿y tú?

- Lúa.

- ¿Qué?- Santi se acercó más a ella para oír mejor y aprovechó para posar una mano en su cintura.

- ¡Lúa!- repitió ella más alto.

- Lúa... Qué nombre más original.

- Ya, puedes felicitar a mis padres de mi parte- dijo ella, haciéndose la graciosa.

Santi se echó a reír.

- ¿Te apetece tomar algo?

Ella negó con las manos.

- Estoy bien, gracias. Que luego digo tonterías.

Santi le cogió un rizo y jugueteó con él.

- Me encanta tu pelo.

- ¿Sí? Pues no pienso dártelo, olvídale- sonrió ella.

Él también sonrió.

- Eres muy graciosa, ¿sabes?- Santi se acercó más para hablarle al oído y aprovechó para posar su otra mano en su espalda, abrazándola- Me caes bien.

Lúa contempló la posibilidad de enrollarse con él, pero... no podía, estaba demasiado rayada. Solo podía pensar en Dani y en que tenía que volver a su casa y terminar con su breve sueño de libertad... Le puso una mano en el pecho y se separó con suavidad.

- Lo siento, Santi, es que no tengo un buen día. Mejor lo dejamos aquí, ¿vale?

Santi pareció contrariado.

- No irás a darme plantón...- le dijo con cara de cordero degollado.

- Eres un encanto pero...- Lúa puso cara de circunstancias y Santi se marchó.

Alguien la cogió por detrás.

- No te puedo dejar sola ni un segundo, nena- le dijo Sebas al oído-. ¿Quién era ese pavo?

- Uno que quería intercambiar fluidos- Lúa se giró y se abrazó a su primo con fuerza-. No quiero irme, Sebas...

- Vamos, cariño, verás que no es tan malo. Además, aquí siempre tendrás un sitio para ti.

- Dice Dani que alquilaréis la habitación y ya no podré estar con vosotros.

- Pues le echaremos a él, ¿no te jode? ¿Cómo se le ocurre decirte eso, será borde, el tío? ¿Ves cómo no te conviene?

Lúa asintió sin mucha convicción y se dejó llevar por el torbellino de luces que la bombardeaban sin cesar. Hacia las cuatro de la madrugada estaba hecha polvo, pero a Sebas parecía que le habían dado cuerda y no quiso cortar el rollo, así que aguantó hasta que cerraron, a las seis. A su primo le dio tiempo de subirse al podio y arrastrarla con él, comenzar una conga en la que terminó enrolando a toda la discoteca, convencer a la camarera para que les invitara a un cubata y media docena de chupitos y enrollarse con una chica que estaba bastante potable. Aunque Sebas insistió en ir a un after, Lúa estaba demasiado cansada, así que volvieron a casa en el bus nocturno y Sebas no paró hasta que convenció a su prima para subirla a casa a cuestas.

- Ya me explicarás qué desayunas, macho...- dijo ella cuando su primo la dejó en la puerta de casa, aparentemente como una rosa.

- Te estás haciendo vieja.

Lúa se puso el pijama y fue a lavarse los dientes. Al terminar se encontró con Dani, que se había levantado para ir al baño, y se cruzaron en la zona donde estaban aparcadas las bicis, así que él le puso las manos en la cintura y la puso a un lado, contra la pared, mientras él pasaba, también de lado. Por un momento quedaron uno frente al otro, muy cerca. Dani se paró y la miró fijamente, y Lúa creyó que se le paraba el corazón. Incluso el pitido que le estaba fusilando los oídos desde que había salido de la discoteca pareció remitir. Él se inclinó un poco sobre ella y entreabrió los labios...

- Sí que eres bajita- dijo, y siguió adelante.

Lúa se lo quedó mirando, todavía apoyada contra la pared, y de pronto le entraron unas ganas irresistibles de lanzarle una bici por la cabeza. De alguna manera consiguió contenerse y se fue a su habitación arrastrando los pies.

El sábado pasó en un suspiro, entre reponerse de la noche anterior y salir a dar una vuelta, se hizo de noche. El domingo por la mañana, en cambio, Lúa se levantó temprano. No había podido pegar ojo en toda la noche. Se sentó un rato a ver la tele y luego se puso a preparar el desayuno para todos. Total, no podía estarse quieta de los nervios... Dani se levantó al cabo de un cuarto de

hora, y al cabo de nada apareció Sebas con un nido de cigüeñas en la cabeza en lugar de pelo.

Cuando los tres se sentaron en torno a un plato de tostadas, Lúa les miró, insegura.

- Chicos...- los dos levantaron la vista de sus cafés y la miraron- He estado dándole muchas vueltas y he pensado que- Lúa comenzó a hablar cada vez más rápido- podría alquilar la habitación que os sobra y quedarme a vivir aquí con vosotros, ¿qué os parece? Ya hemos convivido dos semanas y creo que congeniamos bastante bien. Bueno, ¿qué decís? Es que me lo he pasado muy bien aquí, y me siento como en casa, y me encantaría encontrar un trabajo en Barcelona, me pondré a buscar un curro mañana mismo- apenas era consciente de los grandes aspavientos que hacía con las manos-. ¿Cuánto cuesta el alquiler? ¿Os parece bien? Tengo ahorros y estoy cobrando el paro, así que el dinero no es problema. Al menos de momento- se rio nerviosa perdida-¿No decís nada?

Al final se calló, consciente de que se había extendido demasiado.

- Yo creo que es genial que te quedes- Sebas le dio un buen mordisco a su tostada para reafirmar su postura.

Dani no dijo nada al principio, se limitó a mirar su café con leche. Al final levantó la cabeza y habló.

- A mí no me parece bien- dijo.

Después de que le partiera el corazón, Lúa esperó que añadiera algo más, pero al no hacerlo le tuvo que dar un empujoncito.

- ¿Por qué no? ¿No vais a alquilar la habitación igualmente?

- Vosotros dos sois familia, no me gusta la idea de que hagáis piña cuando haya que decidir cualquier cosa. Estaría en inferioridad de condiciones.

- ¿Qué parida es esa?- exclamó Sebas con la boca llena- Nosotros dos no estamos de acuerdo en todo solo por llevar el mismo apellido, cada uno tiene sus preferencias.

- Además, este piso siempre ha sido ocupado por hombres, no quiero que haya una mujer en casa.

Lúa frunció el ceño.

- Oye, he estado aquí quince días y creo que no puedes tener ninguna queja de mí, al contrario. Este piso nunca había estado tan limpio como ahora.

Dani la miró.

- Ya, pero cuando somos todos tíos puedo ir en pelotas si me da la gana y no molesto a nadie, ni me da vergüenza. Y si se tercia podemos entrar juntos al baño, y...

- ¡Eh, eh, eso no ha pasado nunca, tío!- intervino Sebas- ¿Tú te drogas o qué?- se giró hacia ella- Lúa, estás admitida. Te adoro y me encanta que estés aquí conmigo. Y a Dani también, solo que es un poco imbécil.

- ¡Oye, que estoy aquí!- se quejó el aludido.

Lúa los miró a los dos alternativamente.

- Entonces, ¿puedo quedarme?- la pregunta era para los dos, pero ella miró a Dani con aprensión.

- Está bien...- dijo él sin entusiasmo.

- ¡Gracias!

Lúa saltó de la silla y abrazó a Dani con tanto ímpetu que casi lo tiró al suelo. Luego fue hacia Sebas y también le dio un gran abrazo y se sentó en su regazo.

- Ya verás cuando se lo diga a mis padres...- se rio solo de pensarlo- Hoy subiré a Lleida con las maletas vacías y volveré con el resto de mis cosas. ¡Os quiero!

Lúa se levantó y se fue a su cuarto dando saltos.

Cuando Lúa llegó a casa de sus padres y les explicó que se marchaba de casa para ir a vivir con su primo Sebas a Barcelona, se montó un pollo impresionante. Su padre le dijo que era una inconsciente por marcharse así, sin tener trabajo ni nada. A su madre le preocupaba que estuviera tan lejos, en una ciudad que era “un antro de perversión”. Lúa no comprendía por qué ahora se ponían así, si siempre le estaban echando en cara que no se fuera de casa. Al final, su madre se echó a llorar y le pidió que la llamara todas las semanas mientras la abrazaba entre sollozos. Si al final iba a resultar que le importaba y todo...

Lúa se fue a su habitación y comenzó la ardua tarea de escoger las cosas imprescindibles que iba a llevarse. Su nueva habitación no era tan amplia como para comenzar a llenarla de mierda nada más instalarse, así que cogió la ropa que le quedaba, un par de libros, su portátil y una foto con sus amigos de Lleida. Últimamente había estado tan deprimida que apenas había salido con ellos, pero les llamó para verles aquella tarde antes de volver a Barcelona y poder despedirse de ellos. El grupo de amigos que tenía era de lo más variopinto, pero en conjunto parecían unos perroflautas recién salidos de una manifestación. Como siempre, hablaban todos a la vez, y le costó un poco hacerles callar para explicarles que se mudaba. Algunos se sorprendieron de su decisión de abandonar Lleida y le dijeron que era mil veces mejor que Barcelona, pero la mayoría comprendió que Lúa necesitaba un cambio urgente. Solo había que verla: estaba radiante y volvía a vestirse de colores vivos.

Sus amigos insistieron en acompañarla a la estación de tren y una vez allí desplegaron una pancarta que habían improvisado en cinco minutos donde ponía: “¡A por ellos, Lúa!” A ella se le saltaron las lágrimas y pensó que tal vez no había valorado suficiente a las amistades que tenía allí. Miró a Willy, con sus rastas recogidas en una coleta, que la miraba con ojos húmedos. Estaba loco por ella desde que iban al cole. Alguna vez se habían acostado juntos, la verdad era que funcionaban muy bien en la cama, pero sin compromiso. Lúa no se sentía implicada emocionalmente. A él le dedicó su último abrazo de despedida y Willy se agarró a ella como si fuera un salvavidas en medio del océano.

- ¡Venid a verme cuando queráis!- les invitó mientras subía al vagón.

Se sentó en un asiento con ventanilla y les vio saludarla con la mano y gritar su nombre hasta que el tren arrancó y se fueron alejando junto con su pasado y un pedacito de su corazón.

El objetivo estaba claro: conseguir un trabajo de arquitecta. El lunes se levantó incluso más temprano que Sebas y Dani y se instaló en el comedor con su portátil para buscar ofertas de empleo y empresas de arquitectura en Barcelona. Se hizo un moño improvisado y desgreñado con una goma de pelo y puso al día su currículum.

- Sí que estás hacendosa...- le dijo su primo mientras le daba un beso en la frente a modo de

despedida.

- Buena suerte, Lúa- la animó Dani desde la puerta del comedor antes de marcharse.

Sí, iba a necesitarla. Durante la mañana envió su currículum a todas las ofertas de empleo que encontró por internet, y luego estuvo llamando a estudios de arquitectura. La mayoría de ellos la escucharon educadamente y le explicaron que en este momento no estaban cogiendo a nadie, pero consiguió concertar algunas entrevistas que repartió durante la semana. Había tenido que llamar a casi todos los estudios de arquitectura de la ciudad, pero... había valido la pena. Cuando llegó Dani corrió a explicarle lo que había conseguido.

- Sí que te mueves rápido, chica- dijo él, admirado.

- No he tenido tiempo de hacer la comida, pero podemos cocinar algo juntos.

- Yo había pensado comer pasta.

Lúa le miró de refilón y luego lo hizo abiertamente, poniendo los brazos en jarras. Qué guapo era, el desgraciado...

- Oye, ¿tú sabes cocinar algo que no sea pasta?

- También sé hacer hamburguesas a la plancha.

Se hizo un silencio que al final rompió Lúa con un ataque de risa.

- No sé muy bien cómo habéis sobrevivido aquí metidos... Venga, te voy a enseñar a hacer un risotto con verduras.

- Pero no tengo mucho tiempo- objetó él.

- No te preocupes, se hace en el microondas y está en un plis- dijo Lúa abriendo la nevera.

Dani la cerró.

- Oye, da igual, yo me haré un par de hamburguesas y tú hazte lo que quieras.

- Pero...

- Ya me enseñarás otro día, ¿vale?

Lúa se quedó cortada y vio cómo su compañero de piso se ponía a cocinarse sus hamburguesas. En cinco minutos ya había terminado. Lúa todavía trajinaba con una sartén cuando le vio salir de la cocina con su plato.

- ¿Adónde vas?- le preguntó atónita.

- Me lo comeré en el comedor.

Cuando Lúa terminó de cocinar su plato y fue al comedor, él ya casi había terminado. De hecho, le

pareció que se lo terminaba más rápido cuando la vio aparecer y en seguida se levantó para llevarse el plato a la cocina. Ella todavía iba por el tercer bocado.

- Oye...- le llamó ella en un tono reprobador.

Dani se giró y la miró como si no pasara nada.

- ¿Sí?

- ¿Me estás evitando?

- ¿Por qué habría de hacerlo?- preguntó él con cara de inocencia.

- No lo sé, dímelo tú...- Lúa se cruzó de brazos y le miró desafiante.

- Mira, si vamos a vivir juntos será mejor que te quede esto claro: aquí cada uno va a su bola. Esto de comer juntos estuvo bien unos días, lo hice para hacerte compañía porque estabas de visita, pero este rollo no me va.

- ¿Qué rollo? ¿Comer con otro ser humano que vive en tu misma casa?

- Oye, cuando me apetece compañía como con mis amigos.

Lúa se quedó tan cortada que había abierto la boca para replicar, pero no emitió sonido alguno. Volvió a cerrar la boca lentamente y le miró con decepción. ¿Qué mosca le había picado? ¿Por qué se comportaba como un idiota? ¿Cómo había podido fijarse en semejante anormal? Después de unos instantes eternos se concentró en su plato y se puso a comer en silencio. Ella no lo vio, pero a Dani le afectó más aquella reacción que si le hubiera insultado. Se quedó plantado en la puerta del pasillo con el plato en la mano, solo entonces se dio cuenta de que se había pasado tres pueblos. Él solo quería marcar un poco las distancias, pero se lo había montado fatal. Se había comportado como un estúpido. Trató de pensar en algo que pudiera decir para arreglar el destrozo que había hecho, pero no se le ocurrió nada, así que se fue a lavar su plato. Cuando terminó, volvió al comedor y justo se levantó ella para ir a lavar el suyo. Qué tontería, podía haber esperado un poco y haberse ofrecido para lavárselo. Lúa pasó por su lado sin mirarle y se metió en la cocina. Él se quedó mirando el suelo durante un minuto entero y luego se marchó a trabajar sin despedirse.

Aquella noche Lúa cenó con Sebas y luego salieron a tomar algo para celebrar las cinco entrevistas de trabajo que había conseguido. Fueron al mismo bar de la otra vez, aunque en esta ocasión les costó más encontrar una mesa libre.

- ¿Cuándo tienes la primera?- se interesó él.

- Mañana a las nueve. Luego tengo dos pasado mañana, una a las diez y otra por la tarde, a las cinco. Otra el viernes y la última, dentro de quince días. Ésta es la que me interesa más, la empresa es la más importante y han hecho proyectos bastante chulos. Tengo un CD con varios proyectos que hice cuando estaba terminando la carrera.

- Te irá muy bien, estoy seguro.

Ella le dio un trago a su cerveza y le miró enarcando una ceja.

- Me sorprendería que me contrataran a la primera de cambio pero la esperanza es lo último que se pierde. También he enviado mi currículum a... no sé, unas ocho mil empresas más, pero no sé. ¿Te imaginas que me contratan?- le miró con una cara de felicidad extrema- Podrías presentarme a esos compañeros tuyos y llevarnos a todos de fiesta.

- ¿Ahora quieres que te presente a mis compis?- Sebas entrecerró los ojos- ¿Ya no te interesa Dani?

Lúa puso los ojos en blanco.

- Tenías razón, que se lo quede otra. No sé cómo puedes vivir con él bajo el mismo techo. ¿Me dijiste que erais amigos? ¿Amigos de qué?

- En realidad era un conocido, el amigo de un amigo mío. Pero no tengo problemas con él, cada uno va a lo suyo y cuando nos apetece echamos una partida de póker, o vemos una peli.

- Qué romántico... Oye, ¿te importa si vamos volviendo? No me gustaría tener ojeras mañana.

- Venga, tira... Yo invito. Ya me invitarás tú a salmón y caviar cuando te contraten.

- Por cierto, no había tenido la oportunidad de decirte que menudo pedazo de pava te agenciaste la otra noche, bandido.

Sebas se subió la solapa de la camisa con un gesto chulesco.

- ¿Acaso lo dudabas, nena?

- ¿Ya estás un poquito mejor por lo de Julia?

La cara de él se ensombreció un poco.

- Bueno, hago lo que puedo. Por la noche la cosa se complica. Menos cuando salgo, claro.

- Oye, si lo pasas muy mal puedes venirte conmigo a mi habitación, llámame a cualquier hora.

- Lúa, que somos familia...

Ella le soltó un manotazo en el hombro.

- ¡Gilipollas, es para hacerte compañía!

- Ya lo sé, tonta, es que me gusta oírte...

Lúa se levantó tempranísimo para arreglarse. Se puso un traje chaqueta de color gris y se hizo un moño muy elegante que la hacía parecer más alta. Se pasó cerca de una hora en el baño arreglándose y maquillándose, algo ligero que realizara sus rasgos. No quería aparecer pintada

como una puerta. Luego se puso unos zapatos de tacón y cogió un pequeño bolso de piel negro. Para terminar se puso unos pequeños pendientes de plata con un colgante a juego, muy finos.

Cuando los chicos se levantaron la encontraron en el comedor, tomándose un café con leche mientras consultaba su email en el portátil. Tenía las piernas cruzadas en una postura muy femenina.

- ¡Joder, si ha venido la directora del banco a casa!- exclamó Sebas al verla.

Ella se miró a sí misma.

- ¿Me he pasado?

- A ver, levántate...- Lúa se levantó y giró sobre sí misma graciosamente- Madre mía, te van a tomar por la dueña de la empresa. Estás impresionante.

Dani estaba apoyado en el marco de la puerta del comedor, todavía en pijama.

- Estás muy elegante- dijo, pero ella estaba demasiado ocupada bromeando con Sebas y ni siquiera supo si le había oído.

En cualquier caso no le prestó atención. Volvió a sentarse en la mesa y se terminó su café con leche mientras curioseaba alguna cosa en internet.

Lúa llegó a la dirección que le habían indicado un cuarto de hora antes de las nueve. Después de subir a la séptima planta en ascensor, empujó una puerta de cristal y se vio en un vestíbulo enorme con un mostrador bastante largo de madera. Tras él, una recepcionista la miró un momento y se concentró en algo que no se veía desde donde estaba Lúa. Ella se acercó al mostrador.

- Buenos días, tengo cita con el señor Alberto Manzano.

- Espere ahí, por favor. En seguida le atenderá- la recepcionista le indicó un sofá de cuero gris oscuro y Lúa se sentó en él, obediente.

Como no tenía nada mejor que hacer, cogió una revista especializada en arquitectura de un montón que había en una mesita auxiliar. Al cabo de lo que le pareció una eternidad apareció un hombre de unos cuarenta y tantos años alto y regordete que trataba de cerrarse la chaqueta de su traje en vano mientras se acercaba a ella con la mano extendida. Lúa se levantó y le dio la mano.

- Tú debes de ser Lúa. Alberto Manzano.

- Encantada.

- Acompañame, por favor.

Lúa siguió a Alberto a través de un pasillo que tenía puertas a ambos lados y abrió una de ellas, apartándose para hacerla pasar.

- Por favor...

Lúa pasó a una sala espaciosa en la que había una larga mesa de reuniones. Al fondo había un ventanal a través del cual se veían unas fantásticas vistas de la avenida Diagonal. Alberto entró tras ella y le indicó que se sentara.

- Bueno, vamos a ver...- dijo Alberto mientras se sentaba al otro lado- Estás buscando trabajo como arquitecta...- ojeó brevemente el currículum que ella le había tendido- Dime, ¿qué experiencia tienes en el sector?

La cosa no empezaba bien. Sin embargo, Lúa habló con aplomo.

- Terminé la carrera hace dos años y he estado trabajando en Sytech Lineal, una empresa de Lleida en la que estuve nueve meses colaborando en el proyecto de un edificio de oficinas. Le he traído...- abrió el bolso y sacó el CD con sus trabajos- algunos de los planos que hice durante la carrera, creo que se ajustan bastante al tipo de trabajos que llevan a cabo en Boceto.

Alberto se inclinó hacia delante con interés.

- ¿Qué tipo de trabajos llevamos a cabo en Boceto?

Vaya, así que era un hijo de puta...

- He estado viendo algunos de sus trabajos por internet y veo que tienen un estilo sencillo y moderno. Usan líneas minimalistas y funcionales, limpias. Creo que puedo encajar bien con esa filosofía.

- Muy bien... Eres una chica muy decidida. En esta empresa nos comprometemos con nuestros clientes y siempre cumplimos con los plazos de entrega. Lo que pedimos a todos nuestros empleados es que tengan el mismo nivel de compromiso con Boceto.

O sea, que la harían trabajar de sol a sol.

- Entiendo- dijo ella con naturalidad-. Eso no es un problema para mí. No me gusta quedar mal con el cliente.

- Mira, te voy a ser sincero. Me gusta tu estilo, aunque te falta experiencia. Creo que puedes aportar valor a esta empresa, pero en este momento no estamos cogiendo a nadie. Ya sabes que estamos en un momento complicado y que apenas salen nuevos proyectos. Si Boceto sigue adelante es porque aquí ofrecemos un servicio de calidad a un precio razonable. Hemos tenido que recortar gastos, como todo el mundo. De todas maneras voy a quedarme con tu currículum y si surge una plaza nos pondremos en contacto contigo.

Vamos, que no la iba a contratar ni de coña.

- Muchas gracias por el tiempo que me has dedicado, Alberto- vete a tomar por el culo.

- Gracias a ti por interesarte en Boceto- no me hagas perder más el tiempo, niñata.

Los dos se levantaron y Alberto acompañó a Lúa al vestíbulo. Allí le dio la mano y se despidió de ella. Lúa se marchó con la certeza de que su CD ya estaba en una papelera.

El resto de entrevistas no fue mejor que aquella. En alguna le dijeron directamente que no iban a coger a una pipiola sin experiencia, en una le ofrecieron un contrato de prácticas a tiempo completo sin cobrar que ella rechazó educadamente... Un desastre. De los currículos que había enviado por internet no le dijeron nada, pero claro, esas cosas llevan tiempo. No era nada que Lúa no esperara, pero se deshinchó un poco. Sebas le ofreció salir de fiesta el sábado por la noche, había quedado con unos amigos, pero ella declinó su ofrecimiento y se quedó viendo una peli en casa. Se despanzurró en el sofá del comedor con un bol gigante de palomitas y se puso a ver una película de los años setenta sin verla. Dani entró en el comedor al poco de sentarse ella. Qué raro, Lúa creía que había salido.

- ¿Me dejas un trocito de sofá?- le pidió.

Por toda respuesta, Lúa, que estaba estirada ocupando todo el sofá, encogió las piernas y dejó una plaza libre.

- Gracias.

Dani se sentó con una coca-cola a los pies de la chica.

- ¿Puedo cogerte una palomita?

Ella puso los ojos en blanco y le tendió el bol rebosante.

- Una- repitió ella a modo de advertencia.

Dani cogió su palomita y se la comió. Los dos se quedaron en silencio mirando la peli.

- ¿Qué tal las entrevistas de trabajo?- Dani ya sabía que no habían ido muy bien por las conversaciones que le había oído mantener con Sebas.

- Bien- mintió ella.

Otro silencio. En la pantalla, una persecución con coches pasadísimos de moda terminó con uno de ellos volando por los aires al más puro estilo *Equipo A*.

- Quería pedirte disculpas por lo del otro día- Dani se giró en el sofá para quedar sentado de cara a ella-. Solo pretendía que comer juntos no se convirtiera en una obligación.

- Quedó clarísimo- dijo Lúa, cortante, sin mirarle.

- ¿No vas a perdonarme?

- No estoy enfadada- mintió otra vez ella, y se abrazó a un cojín.

- Sí que lo estás... ¿Puedo hacer algo para que me perdones?

Ella le miró con un destello de interés.

- Toca la guitarra para mí.

Dani se removió en su asiento, incómodo.

- No me pidas eso, por favor. Sabes que no me gusta...

Lúa apretó los labios en una fina línea.

- Ah, claro, solo tocas para tus amigos. Ya veo.

- No te lo tomes a mal, es que es algo muy personal para mí. ¿Por qué no me pides otra cosa?

- Sí, déjame ver la peli tranquila- Lúa se arrebujo bien en el sofá y agarró con fuerza el cojín, tratando de asfixiarlo.

Dani se quedó mirándola un rato y luego se marchó. Lúa le observó salir del comedor y le supo mal haber desperdiciado aquella oportunidad para hacer las paces. Cuando terminó la película, a la cual no había prestado la más mínima atención, se fue a su cuarto y se paró en la puerta de Dani. Levantó una mano para llamar a la puerta y se quedó parada con los nudillos a escasos centímetros de la madera, sin acabar de decidirse a llamar. Al final cogió aire y dio tres rápidos golpes, flojito. Dani no contestó. Lúa iba a volver a llamar, pero pensó que tal vez estuviera dormido. Estaba a punto de irse cuando se abrió la puerta y Dani apareció al otro lado.

- Está bien, te perdono- dijo Lúa.

Él esbozó una sonrisa.

- Gracias Lúa. Me encanta comer contigo, de verdad, solo es que no quiero que se convierta en una...

Ella levantó una mano y la agitó delante del chico para que se callara.

- Oye, estamos hablando de comer juntos, no de casarnos. Si un día no te apetece o no te va bien, no pasa nada. A lo mejor a mí tampoco me apetece un día. A veces tengo mis momentos antisociales, ¿qué te crees?

- No sé si creerme eso...- Dani miró dentro de su habitación, indeciso- Oye, ¿te apetece una timba de póker para sellar la paz?

- Bueno, pero no tengo mucha idea- dijo ella.

- No importa, es solo para pasar el rato.

Dani sacó una cajita de un cajón de su escritorio y volvieron al comedor. Dentro había una baraja de cartas, un tapete verde y fichas como las de los casinos.

- Oye, qué profesional... Yo creía que íbamos a jugar con garbanzos.

Dani comenzó a barajar con aire experto. Estaba para comérselo.

- Estás hablando con un profesional, pequeña- dijo con chulería-. Cuando juego con Sebas normalmente nos apostamos algo.

- ¿Dinero?- preguntó ella inocentemente.

- No, nada de eso. Mira, comenzaremos los dos con la misma cantidad de fichas y el que se quede

sin tendrá que hacer algo por el otro.

- ¿Algo como qué?

- No sé, como hacer el siguiente turno de limpieza del baño del otro, o hacer la comida... cosas así.

- Mmm... Lo del baño me ha gustado. ¿Hace?

Dani sonrió de forma lobuna.

- Vale.

Comenzaron a jugar y él ganó las primeras manos con facilidad. Luego cambiaron las tornas.

- Oye, ¿seguro que no tienes mucha idea?- le preguntó Dani viendo cómo se alejaba un montón de fichas hacia el lado de Lúa.

Ella se rio y le miró de forma enigmática.

- Nunca lo sabrás.

Al final, en la última mano, Dani se quedó sin dinero para seguir subiendo la apuesta y puso una chancla sobre la mesa. Ella se moría de risa.

- ¿Qué es eso? ¿Me vas a pagar con una chancla roñosa?

- Oye, de roñosa nada, y esta chancla vale por... Hacer la comida mañana.

- Joder, ¿otra vez pasta?

Dani se encogió de hombros.

- O carne a la plancha, no dirás que no te doy a escoger.

- Venga, vale.

Los dos mostraron sus cartas y ganó ella ante el estupor de su compañero de piso, que estaba seguro de que ganaría. Dani miró bajo la mesa mientras ella extendía los brazos y arramblaba con todo lo que había sobre la mesa, incluida la chancla.

- La chancla me la quedo hasta que cumplas con tu deuda...- dijo Lúa cogiéndola escrupulosamente con dos dedos.

En ese momento se oyó la puerta de la calle y ella se levantó de un salto.

- ¿Sebas? Qué pronto ha vuelto...- miró el reloj del comedor y puso cara de sorpresa- ¡Pero si son las seis y cuarto de la mañana!

- Hostia, no me había dado cuenta de la hora- dijo Dani rascándose la cabeza y comenzando a recoger las fichas.

Sebas apareció en la puerta del comedor con un aspecto deplorable. Tenía un ojo hinchado que

comenzaba a ponerse amoratado, del labio le bajaba un hilillo de sangre seca y tenía una ceja partida. Le faltaban varios botones de la camisa y su cabello estaba revuelto y apelmazado. Aunque estaba a un metro de distancia, les llegó un pestazo a alcohol que tiraba de espaldas.

- Joder, Sebas... Veo que te lo has pasado pipa- comentó Dani mientras terminaba de meterlo todo en la caja.

Lúa soltó una exclamación.

- ¿Pero qué te ha pasado? ¡Ven siéntate...!

Sebas no se movió de donde estaba.

- Tranquila, estoy bien. Estoy bien. Solo he tenido una agradable conversación con un segurata de la discoteca...- hablaba arrastrando las letras y por momentos no se le entendía nada.

- Tengo que curarte la ceja y el labio, vamos al baño- Lúa se puso a su lado y le puso las manos en la cintura para dirigirle suavemente hacia el baño, pero él se revolvió de malos modos y estuvo a punto de darle un codazo en la cara sin querer.

- ¡Que me sueltes, coño! ¡No necesito que me hagas de madre!- le espetó, y se marchó tambaleándose a su habitación.

Ella fue detrás y se paró en la puerta, detrás de él.

- Estoy de tu parte, Sebas. Solo intento ayudar...- le dijo con toda la dulzura de la que fue capaz.

- ¡Piérdete!- la puerta se cerró de golpe, haciéndola saltar del susto.

Lúa apoyó las dos manos, una a cada lado de la puerta y bajó la cabeza, desmoralizada. ¿Qué mosca le había picado? Notó una mano sobre su hombro y al incorporarse vio a Dani.

- Es mejor que le dejes solo. Mañana será otro día.

- Pero no puedo dejarle así...

Él la guio hacia su habitación y le abrió la puerta.

- Estás hecha polvo, vete a dormir. No te hagas mala sangre.

Dani la dejó y se metió en su habitación, y ella hizo lo mismo. Él tenía razón, al día siguiente lo vería todo de otro color. O no...

Sebas se levantó pasadas las cuatro de la tarde. Dani y Lúa ya habían comido, y este había recuperado su chancla después de hacer pasta para los dos. Lúa llevó a su primo al cuarto de baño a rastras y le limpió las heridas con alcohol y mercromina. Sebas no dejaba de quejarse y de apartar la cara como un niño pequeño. Tenía chorretones de sangre seca que le caían de la ceja y del labio, y Lúa se los lavó con cuidado.

- ¿Sueles meterte en líos a menudo?- le preguntó mientras le ponía una tirita en la ceja.

- ¡Yo no me he metido en ningún lío, ese tío vino a por mí sin más!

Ella le miró con aire de inspector de policía.

- ¿Dices que era el portero de una discoteca?

- Un segurata de los de dentro. Hijo de puta, como lo pille...

Lúa le cogió por la barbilla y le obligó a mirarla.

- No quiero que vuelvas a pelearte con nadie, ¿entendido?

Sebas frunció el ceño y le apartó la mano de la cara.

- Oye, no me digas lo que tengo que hacer, soy mayor que tú.

- No lo parece- dijo ella concentrándose en el labio partido otra vez-. No sé qué hacer con tu ojo, me da miedo tocarlo. Iré a por algo frío para que te lo pongas en la cara...

Lúa fue a por una bolsa de guisantes congelados y la envolvió con un trapo para que no estuviera tan fría al contacto. En aquella casa no ganaban para congelados... Sebas se la puso sobre el ojo y se fue al lavadero a liarse un canuto.

Lúa salió de su última entrevista con el ánimo por los suelos. Todos eran tan educados, tan amables, con esas sonrisas llenas de dientes mientras la barrían hacia la salida como a una vulgar bola de papel de plata... Ella sabía leer entre líneas y sabía que no iban a contratarla ni en sueños. Estaba en el centro, pensando en una venganza que incluía una bolsa llena de abono y un petardo, y de repente se le ocurrió pasar a ver a Dani por su tienda. Después de dar un par de vueltas buscando por fin la encontró. Vaya, la otra vez que había pasado por delante no le había costado tanto dar con ella, se habría movido... Era una tienda pequeña con un escaparate atiborrado de todo tipo de instrumentos, algunos rarísimos. Lúa entró en la tienda sintiendo que los zapatos de tacón que llevaba la estaban matando. Menos mal que ya había previsto que iría a dar una vuelta y se había traído un repuesto en el enorme bolso. Nada más entrar se dio cuenta de que el estrecho escaparate de la tienda engañaba mucho. Por dentro era enorme, con baterías y pianos expuestos a mano izquierda y un largo mostrador a mano derecha. Una pared estaba cubierta completamente

por guitarras colgadas de lado. En el mostrador había dos dependientes. Dani, que estaba atendiendo a un hombre barbudo, y otro chico con coleta, bien parecido, que se acercó a ella desde el otro lado del mostrador.

- Hola, ¿en qué puedo ayudarte?- se ofreció con una sonrisa.

- He venido a ver a Dani- dijo ella, señalándole.

El chico de la coleta la miró con recelo.

- ¿Vienes a vender algo?

Lúa se miró y se le escapó la risa. Llevaba una camisa azul celeste, una falda de tubo negra hasta la rodilla y aquellos malditos zapatos de tacón de aguja que iban a terminar con sus pies. Entre eso, el moño altísimo que se había hecho y el maquillaje, debía de parecer una comercial de cualquier tontería.

- No, no, soy amiga suya... Oye, ¿tenéis baño por aquí?

- Claro, es aquella puerta del fondo- el chico de la coleta señaló la puerta con la mano.

- Gracias- dijo Lúa desabrochándose el primer botón de la camisa, luego el segundo.

Mientras se dirigía al fondo iba desabrochándose la camisa y el chico de la coleta no pudo evitar seguirla con la vista con la mandíbula desencajada. Incluso se inclinó un poco por si se le veía algo, pero ella se alejaba dándole la espalda y privándole de cualquier tipo de vistas. Dani y el cliente también se la quedaron mirando como dos idiotas. Cuando llegó al baño incluso se sacó la camisa por fuera con un gesto y vieron cómo el faldón colgaba libremente, totalmente abierto. Luego desapareció tras la puerta.

El chico de la coleta vigiló la puerta hasta que ella volvió a salir y fue como si fuera otra persona. Llevaba unos tejanos gastados, una camiseta naranja con un gran sol granate en la zona del ombligo y unas zapatillas. El moño había desaparecido y mientras volvía se metió una mano entre los rizos y la sacudió enérgicamente para soltarlos bien. Lúa se acercó a él y sonrió al ver su cara sorprendida. Dani todavía estaba atendiendo, pero también le dedicó una mirada de reojo.

- No pensarías que me iba a quedar todo el día disfrazada de azafata, ¿verdad?- le dijo apoyándose sobre el mostrador con los codos e inclinándose hacia delante para ver a través del cristal la colección de púas de guitarra que había debajo- Es que vengo de una entrevista de trabajo- explicó.

- ¿De qué era?- se interesó él.

- De arquitecta.

- ¿Y qué tal te ha ido?

Ella desvió la vista. Dani aún estaba con el cliente, pero la miró fugazmente y le sonrió, haciendo que a ella el corazón le diera un brinco.

- Mal...- dijo volviendo a mirar al chico de la coleta con una sonrisa un tanto lastimera.

- Vaya, pues yo te habría contratado. Se te veía muy profesional- el chico pareció darse cuenta de que se había olvidado de algo-. Por cierto, soy Toni.

- Yo soy Lúa.

- ¿Cómo?

- Lúa.

- Lúa...- repitió él, como valorando si era nombre de princesa o de perro. Luego se inclinó sobre el mostrador y le dio dos besos- Encantado de conocerte.

- Igualmente.

- ¿Quieres que te enseñe la tienda?- Lúa miró hacia su compañero de piso, que seguía hablando con el cliente- Creo que Dani tiene para un rato, no te preocupes.

- Vale.

Toni la llevó de punta a punta de la tienda explicándole con todo lujo de detalles las características de cada instrumento. Lo hacía de una forma muy didáctica así que a pesar de que ella no tenía ni idea lo encontró muy interesante, e incluso le hizo varias preguntas. Cuando llegaron a un inmenso piano de cola Lúa tocó una tecla y escuchó su sonido.

- ¿Te gusta el piano? -le preguntó Toni.

- Te vas a reír de mí, pero de pequeña tenía un órgano Casio y me pasaba el día tocándolo. Me chiflaba... A mi padre, no -se quedó mirando el teclado, distraída-. ¿Puedo?

- Claro, siéntate en el banco- Toni sacó el banco que había escondido debajo del piano y ella se sentó y tocó una musiquilla con una sola mano que él en seguida reconoció.

- ¡Es la canción de *La historia interminable*!

Lúa le miró orgullosa.

- ¡Sí! Todavía me acuerdo un poco...

- Mira...- Toni la hizo correrse a un lado y se sentó con ella en el banco.

Luego puso las dos manos en el teclado y tocó la misma canción, pero con tal riqueza de acordes que dejó la versión de Lúa a la altura del betún. Ella le miró encantada.

- ¡Tocas el piano!

Él asintió sin dejar de tocar. La miró.

- Estudié en el conservatorio con Dani. Tenemos una habitación insonorizada para ensayar y a veces tocamos en algún bar.

- ¡No me digas!- Lúa le miró sorprendida.

- Sí, en el Philadelphia, casi siempre- el joven dejó de tocar y la miró-. ¿No te lo ha dicho?

- No, ni siquiera me ha dejado...

- Hola, Lúa, ¿qué haces por aquí?

Los dos se volvieron a mirar a Dani.

- Tenía una entrevista de trabajo aquí al lado y pensé en pasar a verte. ¡Me encanta esta tienda!

Ella se levantó y le dio dos besos. Se sintió un poco rara porque le veía cada día y nunca lo hacía, pero había que aprovechar la ocasión. La barba de Dani tenía el tacto de la piel de un armiño... De acuerdo, Lúa tuvo que admitir que no estaba siendo cien por cien objetiva.

- Gracias. ¿Quieres que te la enseñe?- se ofreció él.

- Toni me ha estado enseñando esta parte de aquí, pero podrías enseñarme las guitarras.

Lúa se levantó y acompañó a Dani hasta la pared cubierta de guitarras mientras Toni volvía al mostrador. Él comenzó a enseñárselas y a explicarle la diferencia entre unas y otras.

- Esa es para jugadores de baloncesto- dijo ella-, porque con lo grande que es yo no podría cogerla.

Dani se echó a reír.

- Claro que sí, tonta. Mira- Alargó las manos y descolgó la guitarra.

Luego se la colgó a Lúa en bandolera con la correa. Ella asió el mástil y rasgó las cuerdas sin ton ni son. Luego hizo ver que tocaba algo inclinándose hacia delante y haciendo volar su cabello como si fuera una estrella de rock hasta que se le enganchó el pelo con una clavija y tuvo que interrumpir su actuación para desenredarlo, avergonzada.

- Mira, pero si eres toda una profesional- se rio Dani.

Ella le miró fijamente.

- Todavía no te he oído tocar...- dijo en un tono que era una petición.

- Ahora no voy a tocar, estoy en el trabajo- se excusó Dani.

- Pues Toni ha tocado el piano. Y muy bien, por cierto- Lúa miró al fondo de la tienda- ¿Qué es aquello?- dijo señalando una puerta con una pequeña ventana de cristal.

- Ah, es la sala de ensayo. Ven, te la enseño.

Dani la llevó hasta la puerta y la hizo pasar a una habitación totalmente gris con las paredes cubiertas de relieves triangulares. En un extremo había una mesa de mezclas y también había un par de teclados, una guitarra, micros... De todo. Ella lo miró todo embobada.

- Qué pasada...- comentó acariciando uno de los teclados.

Luego se puso en uno de los micros y dijo “un, dos, tres, probando”, pero estaba apagado.

- Espera.

Dani le dio a un par de botones y asintió. Lúa volvió a decir la misma tontería y esta vez oyó su voz a través de los altavoces. Sonrió como una niña.

- ¿Y tú sabes tocar los teclados?

- Toco el piano, la guitarra y el saxo.

Ella se cruzó de brazos y enarcó una ceja. Desde luego, no le hubiera importado practicar saxo con él.

- ¿Estás intentando impresionarme?

- No- dijo Dani levantándose y yendo hasta la puerta-, es lo que hay.

Dani salió de la habitación como el correccaminos y un coyote derrotado de pelo rizado le siguió con las orejas gachas. Los dos volvieron a la parte delantera de la tienda con Toni.

- ¿Qué te ha parecido la sala de ensayo?- le preguntó este a Lúa.

- Está muy bien. Ya me ha dicho Dani que aquí es donde graban los U2.

Toni se echó a reír.

- Oye, ¿de qué os conocéis vosotros dos?

Lúa miró a Dani brevemente.

- Compartimos piso- dijo ella.

- Vaya, pues sí que te lo tenías callado...- Toni miró a Dani con media sonrisa canalla.

- La trajo Sebas, es su prima- explicó Dani con una mueca de desagrado hacia su compañero. Luego se volvió hacia Lúa-. Oye, tengo trabajo. ¿Te parece si nos vemos luego en casa?

- Claro. Ya nos veremos, Toni...

- Vuelve cuando quieras.

Lúa se marchó y fue a coger el metro hasta casa. A pesar de todo le había encantado pasar un ratito con Dani, y una sonrisilla tontuna la acompañó todo el trayecto para dar fe.

Cuando llegó a casa subió las escaleras de dos en dos hasta llegar a su piso y entró en tromba.

- ¡Sebas...!

Lúa oyó un ruido en la habitación de su primo y fue corriendo hacia allí.

- ¡Sebas...!- repitió mientras entraba en la habitación.

Su primo, de espaldas a ella, se inclinó hacia delante apresuradamente tapando algo y un paquetito

se le cayó al suelo. Él lo recogió a la velocidad del rayo y lo metió en un cajón de su mesita antes de que Lúa pudiera ver lo que era.

- ¡Joder, Lúa! ¡Llama antes de entrar!

Ella ya estaba a su lado y se paró en seco.

- Lo siento, es que tenía ganas de hablar contigo... ¿Qué es eso?

- ¡Nada que te importe, sal de aquí!

Lúa dio un paso atrás, asustada. Sebas nunca la había tratado así, ni le había visto con esa mirada tan agresiva. Casi temió que fuera a pegarla. Se quedó mirándole un instante y luego salió de su habitación a toda prisa. ¿Qué mosca le había picado? Si le hubiera pillado practicando sexo con un gato, lo habría entendido, pero aquello no tenía sentido. Lúa se encerró en su cuarto y no volvió a salir hasta la hora de la cena. Sebas, ni eso, no se dejó ver en toda la noche. Ella estuvo a punto de ir a buscarle para saber qué le pasaba, pero al final pensó que era mejor dejarle solo. Cuando se le pasara el enfado ya hablaría con él.

Cuando Sebas volvió a hablar con ella, al día siguiente, se comportó como si no hubiera pasado nada, y Lúa no quiso levantar ampollas mencionando el tema.

- Preciosa, me voy a la playa con mis amigos, ¿te apuntas?

- ¿A la playa? Todavía hace un poco de frío para ir a la playa...

- Vamos a jugar a vóley.

A Lúa se le iluminó la cara.

- ¡Vale, me apunto! ¿Te quieres venir, Dani?- preguntó volviéndose hacia el aludido.

- No, paso...- dijo él mientras levantaba la mano en señal de negación.

Lúa se levantó a dejar su vaso en el fregadero y le pasó los brazos por el cuello desde detrás. Su cabello cayó en una cascada rizada sobre el pecho de Dani.

- Va, no seas aburrido...

Él le apartó los brazos para quitársela de encima con gesto cansado.

- No, de verdad, id vosotros.

Lúa se separó de él, contrariada. Joder, parecía que le hubieran metido un palo por el culo, era tan... tan...

- Eres una seta- le dijo, y comenzó a recoger la mesa del desayuno.

A Sebas se le escapó la risa y se tapó la boca con la mano para reprimirla. Dani se levantó y se encaró a Lúa.

- ¿Qué me has llamado?

Lúa se rascó la frente con un dedo con el ceño fruncido, como si estuviera meditando, y puso los brazos en jarras.

- Seta- dijo desafiante- ¿Te lo delecto?

Sin previo aviso Dani la cogió por las piernas y se la echó encima como si fuera un saco de patatas.

- ¡Eh, suéltame!- Lúa comenzó a patear el aire con las piernas mientras Dani salía de la cocina con ella a cuestas. Se la llevó al baño y la depositó en la pequeña bañera, ignorando los gritos de la chica.

Cuando ella se incorporó, Dani empuñaba la alcachofa de la ducha contra ella.

- Mira lo que hace esta seta- dijo, y a continuación abrió el grifo a toda potencia, dándole a Lúa en el pecho con el chorro de agua.

Ella gritó de la impresión. El agua estaba helada.

- ¡Serás hijo de mala madre...!

En seguida reaccionó y cogió la alcachofa para dirigirla contra él. Comenzaron un forcejeo con gritos y risas en el que salpicaron todo el cuarto de baño y al final Lúa consiguió cerrar el agua. Los dos estaban empapados.

- ¡Se te va la olla, tío!- dijo ella escurriendo su camiseta sin quitársela.

- Eso por llamarme seta- dijo él tranquilamente mientras se miraba en el espejo lleno de salpicaduras y se pasaba los dedos por el cabello mojado.

- Bueno, al menos te he dejado como un pollo mojado a ti también- comentó ella mientras se secaba con una toalla-. Va, ¿por qué no te vienes? Te lo pasarás bien.

- No, de verdad. No me apetece- dijo mientras Lúa abría la puerta para salir-. Ah, y la próxima vez que vengas a la tienda no te desnudes ahí en medio, que desconcentras al pobre Toni.

- ¡No me estaba desnudando, llevaba la otra camiseta debajo!- se defendió ella mientras le daba un pellizco en el brazo y luego cerró la puerta del baño dejándole solo.

Sebas y Lúa llegaron a la playa y a ella le sorprendió la cantidad de gente que había, porque aunque luciera un día soleado corría un vientecillo helado de vez en cuando que congelaba el hipotálamo.

- Mira, ahí están- le dijo su primo señalando un grupo de ocho personas que había montado una especie de campamento base con toallas, neveras con cerveza, bolsas de patatas y otras chucherías. La concentración de mierda a su alrededor era importante-. ¡Chavales!

Algunos de los del grupo se volvieron a mirarles sin mucho afán. Lúa se fijó en que solo había una chica en el grupo. Cuando llegaron Sebas fue haciendo las presentaciones.

- Chicos, ésta es Lúa, mi prima. Lúa, estos son Carlos, Eddie, el Flaco, Fran, María, Zoco, Marc y Jose.

- Ahora tienes que repetir todos los nombres en el orden inverso- la retó Fran.

Lúa sonrió.

- Sí, bueno, no soy muy buena para los nombres, así que seguramente os lo volveré a preguntar veinte veces. Con Sebas también me pasa...- se volvió hacia su primo- Era Sebas, ¿verdad?

A nadie pareció hacerle mucha gracia su chiste, todos se limitaron a levantarse y caminar por la arena hasta una zona donde había una red colgada. Se oyeron un par de grillos en la lejanía. Lúa les siguió con cara de circunstancias. Iba a ser una mañana muy larga...

Se dispusieron la mitad a cada lado de la red y comenzaron a jugar a vóley. Ella se dio cuenta en seguida de que eran muy competitivos. Cuando alguien fallaba una bola, los demás le echaban bronca como si estuvieran en la final de un campeonato. Ella no lo hacía mal, pero también se llevó algún que otro rapapolvo cuando no le daba bien a una pelota y la enviaba a Cuenca. La primera vez se mordió la lengua, pero la segunda no se calló.

- Oye, chaval, solo es un juego, tómate una tila- le soltó de mal humor a Carlos mientras le lanzaba la pelota con más fuerza de la necesaria.

Al cabo de tres cuartos de hora, Lúa estaba ya hasta las narices. Por suerte, el partido se terminó al cabo de poco y volvieron a las toallas. A pesar de la temperatura se quedó en bikini, todos los demás iban en bañador y ella no iba a ser menos. No iba a ser menos gilipollas, claro, porque iba a pillar un trancazo de campeonato. Lúa cogió la crema solar y comenzó a ponérsela por todo el cuerpo. El sol no pegaba muy fuerte, pero era la primera vez que iba a la playa en todo el año y no quería quemarse. Solo le faltaba quemarse y congelarse a la vez, menuda tontería.

- ¿Te pongo crema en la espalda?- se ofreció Sebas.

- Bueno...- aprovechando que estaban un poco apartados de los demás, Lúa le habló en tono confidencial- No me gustan mucho tus amigos.

- Bah, eso es porque todavía no les conoces.

- Si los conozco un poco más, tendré que sacar la sierra mecánica de la mochila... Ponme un poco de crema ahí, que te lo has dejado.

Cuando pilló al Flaco y a otro más mirándola de reojo casi le dieron ganas de vomitar. Ella iba a hacer topless, como siempre, pero en vista de que las hienas del Rey León estaban al acecho, se abstuvo.

Se echó a tomar el sol y se mantuvo al margen de las conversaciones, aunque tenía un oído puesto en lo que decían. Estaban comentando la última vez que habían salido de fiesta. Al parecer el Flaco había intentado ligar infructuosamente con una pelirroja toda la noche y al final se había

quedado a dos velas. Lúa sonrió para sus adentros. Abrió un ojo para mirar a su alrededor y vio que Sebas se había alejado un poco con el tal Zoco. Parecían estar discutiendo, aunque desde donde estaba Lúa no podía distinguir las palabras.

- Qué callada estás...

Eddie se sentó a su lado a tomar el sol.

- ¿Qué quieres que diga, si estáis hablando de una fiesta en la que yo no estuve?

- Podrías haberte venido, Sebas te invitó.

- Ah, quieres decir cuando le dieron la paliza... Ya podríais haberle ayudado un poco, le dejaron hecho un Picasso.

- Bueno, bueno, tampoco fue para tanto...- Eddie se echó a reír enseñando unos dientes perfectos y blanquísimos- Estábamos todos bastante puestos.

- ¿Puestos? ¿Puestos de qué?

Eddie la miró divertido pero no contestó.

- Dime, Lúa, ¿a qué te dedicas?

Lúa miró a Sebas y se preocupó. ¿Se estaba drogando? Últimamente estaba un poco agresivo... Eddie se acercó a ella y le dio un beso en el hombro, haciéndola volver a la realidad.

- ¿Pero qué haces?- exclamó ella apartándose con brusquedad, como si se le hubiera posado un bicho en el hombro.

Él la miró sorprendido.

- Relájate un poco. Sebas me dijo que eras más divertida- le dijo frunciendo el ceño.

Lúa puso los ojos en blanco.

- Si con *divertida* quieres decir *facilona*, estás muy equivocado. Como me toques un pelo, te va a faltar camino para correr, niño.

Miró hacia Sebas otra vez, que continuaba discutiendo con Zoco, y decidió que no aguantaba allí ni un minuto más. Se incorporó y comenzó a vestirse.

- ¿Qué haces?- le preguntó Eddie.

- Me piro.

- ¿Tan pronto?

- Fíjate, hago posible lo imposible- Lúa se levantó, recogió la toalla y la metió en su mochila.

Dejó a Eddie plantado y se fue hacia Sebas, que se calló en cuanto la vio acercarse.

- ¿Qué haces con la mochila, ya te vas?

- Sí, ¿te vienes conmigo?

Sebas miró a Zoco, indeciso. El otro desvió la mirada y le dio una calada al cigarro que se estaba fumando.

- Yo me quedo un poco más. ¿Por qué no te esperas un rato y nos vamos los dos juntos?

- No, yo me voy ya. Adiós, Zoco.

- Ya nos veremos- dijo Zoco con un movimiento de cabeza.

Espero que no, pensó ella, y se marchó.

Cuando Sebas llegó a casa, ella le estaba esperando desde hacía rato. Estaba sola en casa y se dedicaba a dar vueltas arriba abajo por el pasillo.

- Sebas, me gustaría hablar contigo.

- ¿Ha pasado algo en la playa? Te has ido así, tan de repente...

- Vamos al lavadero- dijo ella.

Los dos salieron fuera y se sentaron en las hamacas. El ambiente era fresco y sombreado, muy agradable. Sebas volvió dentro un momento y regresó con dos cervezas, pero Lúa declinó el ofrecimiento.

- ¿Qué te han parecido mis amigos?- le preguntó él.

- ¿De qué los conoces?- le preguntó ella a su vez, sin contestar a su pregunta.

Él hizo un gesto vago.

- De salir por ahí...

- No me caen bien. ¿De qué discutías con Zoco?

- De nada importante...

- Sebas...- Lúa se inclinó hacia adelante para acercarse más a él- ¿Te estás drogando?

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

- ¿Qué dices?- Sebas se levantó de un salto y se asomó por el patio de luces. Luego se volvió hacia ella susurrando- ¿Te has vuelto loca, decir eso aquí, para que lo oiga todo el mundo? ¡Claro que no me meto nada! Solo algún canuto de maría de vez en cuando. *Contigo*.

- ¿Nada más?- insistió ella- ¿Seguro?

- Seguuuuuro- dijo él con cansancio.

Lúa se levantó y se metió la mano en el bolsillo.

- ¿Entonces qué es esto?- dijo sacando un paquetito lleno de pastillas.

Sebas sacó los ojos de sus órbitas y se abalanzó sobre ella para arrebatarse el paquete de las manos, pero Lúa ya se lo esperaba y le esquivó.

- ¡Dame eso ahora mismo!- le gritó Sebas con la cara desencajada- ¡No tienes ni puta idea de lo que estás haciendo, devuélvemelo antes de que me cabree!

Lúa corrió hasta la cocina y cerró la puerta del lavadero. Sebas llegó justo después y forcejeó con la maneta de la puerta para abrirla, pero ella la sujetaba con fuerza desde dentro y no le dejaba entrar. Estaba asustada.

- ¡Abre la puerta!- gritaba Sebas tratando de girar la maneta y dando puñetazos a la puerta como un loco- ¡Que me abras, gilipollas de mierda!

- ¡Sebas, abriré la puerta cuando te calmes!- gritó ella desde dentro- Joder, ¿no ves que no eres tú?

- ¡Eso que tienes vale un pastón y no es mío, como no me lo des en seguida...! ¡Te mataré, Lúa! ¡Te juro por dios que te mato!

Sebas cada vez trataba de abrir la puerta con más fuerza y de forma más abrupta, y al final lo consiguió, empujando a su prima hacia la mesa de la cocina.

- ¡Sebas!- gritó Lúa mientras él se abalanzaba sobre ella y la cogía por las muñecas, haciéndole daño- ¡Ah! ¡Sebas, para!

Sebas la zarandeó con fuerza y Lúa se golpeó con la encimera de la cocina en la cadera. Soltó un grito de dolor y se le saltaron las lágrimas.

Él la registró y encontró el paquete de pastillas en uno de los bolsillos de su pantalón. Después de arrebatárselo, la soltó dándole un empujón que la envió un par de metros más allá y ella se llevó una mano a la cadera mientras se doblaba por la mitad.

- ¡Me has hecho daño, subnormal!- balbuceó entre lágrimas.

Sebas comprobó que el paquete no tuviera ningún agujero y se lo metió en el bolsillo. Luego se acercó a Lúa y levantó un dedo ante ella a modo de advertencia.

- Que sea la última vez que te metes en mis cosas, Lúa. Como vuelvas a hacer algo así, te tiro por el patio de luces, te lo prometo.

Él se marchó rápidamente y se encerró en su habitación dando un portazo que la sobresaltó. Lúa se quedó llorando en el suelo, hecha un ovillo. Estuvo así largo rato. Cuando consiguió dejar de llorar, se puso en pie y se levantó un poco la camiseta para verse la cadera dolorida. Se le estaba formando un buen moretón. ¿Qué podía hacer? No podía dejar que Sebas siguiera por aquel camino. Armándose de valor, fue a la habitación de su primo y llamó a la puerta.

- Sebas...

Dentro no se oía nada. Ella volvió a llamar.

- Sebas, ábreme por favor. Estoy preocupada por ti...

La puerta se abrió y apareció Sebas con la cara desencajada.

- Lúa, perdóname por lo de antes, por favor. ¿Te he hecho daño?- ella asintió- Joder, Lúa... Tú no lo entiendes, todo eso que has encontrado no es mío, lo estoy guardando para hacerle un favor a un amigo.

- ¿A Zoco?- le preguntó ella, mirándole fijamente.

Sebas desvió la vista un momento.

- Eso no importa, pero yo no me meto nada, te lo juro...

Estaba mintiendo. La estaba mirando a los ojos y le estaba mintiendo descaradamente. Lúa no contestó, pero su silencio fue muy elocuente.

- Lúa...- Sebas le cogió un mechón de pelo y lo enrolló en su dedo- Lúa, eres la persona que más quiero en este mundo, si tú no me crees...

- Yo también te quiero mucho y voy a ayudarte en todo lo que pueda, pero tienes que prometerme que te desharás de eso- señaló el paquete de pastillas que estaba sobre la cama- y nunca más te acercarás a las drogas. Por favor...

- Te prometo que me desharé de las pastillas en cuanto pueda, solo dame unos días.

- Yo las guardaré- se ofreció ella.

- ¡No!- el exabrupto de Sebas la asustó y dio un paso atrás instintivo. Él se dio cuenta de que había metido la pata y corrió a abrazarla- Perdóname, Lúa, es que estoy un poco nervioso. Perdóname... Es mejor que lo guarde yo, ¿vale? Quiero tenerlo vigilado en todo momento, no te lo tomes a mal.

- Entonces, lo precintaré- dijo ella con resolución.

Sebas parpadeó.

- ¿Qué?

- Voy a precintar el paquete con cinta aislante y te pediré que me lo enseñes cuando me dé la gana.

- Lúa...

- O eso o llamo a la policía ahora mismo- le advirtió Lúa.

- No serías capaz...

- Ponme a prueba- los ojos verdes de Lúa brillaron desafiantes y Sebas no pudo asegurar si iba de farol o no.

- De acuerdo, tú ganas...- dijo él al fin, derrotado.

- Coge el paquete y ven conmigo.

Juntos fueron a por la cinta aislante y Lúa envolvió con ella el paquete, dándole tantas vueltas que cuando terminó se veía bastante más grueso de lo que era al principio. Luego cogió un rotulador y lo firmó en varios lugares e hizo dibujitos para que Sebas no pudiera darle el cambiazco fácilmente. Él contempló todo el proceso sumido en un hoso silencio. Cuando terminó, Lúa le devolvió el paquete y se preguntó si sería posible llegar hasta las pastillas sin la ayuda de un láser.

- Podrías confiar un poco más en mí- dijo él con aire de reproche.

Ella estuvo a punto de contestar que no se podía confiar en un drogadicto, pero se contuvo. En cambio, se lo llevó al bar de siempre y le invitó a una cerveza.

Lúa se cruzó con Dani antes de salir de casa y el mero contacto visual con él hizo que el pulso se le acelerara. Y que llovieran pétalos de rosa. Y que mariposas de colores volaran a su alrededor. Y que... ¡La madre que la parió! A pesar de las advertencias de Sebas, se había enamorado de él como una idiota. Dani era tan raro... Podía ser encantador, dulce e incluso travieso con ella. Cuando era así, parecía que él también sentía algo por Lúa, tenía un brillo especial en la mirada. Sin embargo, luego le daba un corte que la dejaba tibia, o si ella le hacía una caricia aparentemente descuidada él se apartaba como quien no quiere la cosa. En esas ocasiones, el brillo de su mirada parecía fruto del reflejo del fluorescente de la cocina.

Lúa se había dejado caer por la tienda de música varias veces y él era muy correcto, pero últimamente cuando entraba alguien siempre era Dani quien le atendía, como si ella hubiera ido hasta allí para ver a su compañero de la coleta. Toni, por su parte, era un encanto, e incluso se había ofrecido a darle clases de piano. Si no había nadie en la tienda iban los dos a la sala de ensayo y tocaban algunos acordes. Lúa se lo pasaba muy bien, pero no dejaba de preguntarse qué leches hacía pasando la tarde con Toni cuando lo que quería era estar con el capulláceo de su compañero de piso.

Lúa salió al rellano de casa y subió un tramo de escaleras que terminaba en una puerta bastante maltrecha. La abrió y, aunque parecía que al otro lado tuviera que esperar a un zombi alopécico, solo la recibió la brisa refrescante de la azotea del edificio. Desde allí tenía unas magníficas vistas de Montjuïc y sus fuentes, que de noche se iluminaban en distintos colores. También se veía el parque botánico a lo lejos, y el mar. Lúa había descubierto aquel rincón un día que estaba muy aburrida y subió a ver si la puerta que daba a la azotea estaba cerrada con llave. No lo estaba. Allí arriba no subía nadie y tenía un espacio diáfano enorme para ella sola, pero lo que le encantaba era que desde allí no podían verla desde el resto de edificios. Era el lugar perfecto para esconder una oveja o tumbarse a tomar el sol tranquila. Lúa se quedó en bikini y se quitó la parte de arriba. Luego extendió la toalla que había cogido de casa en el suelo y se sentó encima. Después de embadurnarse de crema solar, ponerse unas gafas de sol y los auriculares del mp4, se estiró boca arriba y cerró los ojos con un suspiro. En el fondo se sentía un poco culpable por estar allí sin hacer nada útil más que dorarse como una croqueta día tras día. Ya llevaba un par de meses en Barcelona y no había conseguido empleo de arquitecta. Ni un mal resfriado, había conseguido... Estaba cobrando el paro y el dinero no era un tema preocupante de momento, pero no le gustaba estar allí sin oficio ni beneficio. Se había planteado un par de veces abandonar la idea de trabajar de lo suyo y buscar curro de sicario o de lo que fuera, pero Sebas siempre la animaba a no desanimarse y perseguir su sueño.

Sebas... Aquel dichoso paquete de pastillas había rondado por casa una semana más hasta que él le dijo que se había deshecho de él. Lúa no sabía si creerle o no, pero ¿qué podía hacer, salvo vigilarle? A veces, cuando él no estaba le registraba la habitación en busca de drogas, pero no

volvió a encontrar nada sospechoso, aparte de una camiseta que albergaba un ecosistema en su interior. El tío volvía a estar encantador, tal vez demasiado... Lúa se fiaba menos que de un flan de huevo peludo. Sebas se iba de fiesta con aquella mierda de amigos que tenía y ella había hecho el esfuerzo de salir con ellos un par de veces solo para tener a su primo controlado, pero Sebas siempre desaparecía con la excusa de ir al lavabo y luego volvía eufórico y con las pupilas dilatadas. Si ella se enfadaba o le decía algo al respecto, se ponía agresivo, y encima sus amigos le defendían. Todos iban empastillados hasta las cejas y cerraban filas como un ejército de espartanos para evitar que Lúa se lo llevara a casa cogido de los pelos. Sebas no era consciente de la mierda en la que andaba metido y todavía les defendía. Al final Lúa se rindió y dejó de ir con aquella gentuza. Joder con Sebitas...

Lúa estuvo una hora tomando el sol y luego lo recogió todo y se volvió a casa.

Por la tarde se sentó en la mesa del comedor y conectó con sus amigos de Lleida, que estaban reunidos en torno a un portátil para hablar con ella.

- ¡Hola, chicos!

- ¡Hola, Lúa!- contestaron más o menos al unísono.

- Os echo de menos... Contadme cositas, ¿qué se cuece por allí?

- Chechu ha terminado la carrera. ¡Ya tenemos un ingeniero en el grupo!

Lúa se llevó las manos a la cara.

- ¡No me jodas...!

Cechu llevaba tres años sin poder terminar la carrera por una asignatura que no había manera de aprobar. Él decía que el profe le tenía manía y estaba desesperado. Que hubiera podido sacársela era una gran noticia.

- ¡Dile a quién se la has chupado, Chechu!- gritó Elena de fondo.

- ¡A todo el mundo!- exclamó él, loco de contento.

Lúa se echó a reír.

- ¡Cuánto me alegro...! Espera, que ahí viene Sebas- Lúa se volvió hacia su primo y le hizo señas para que se acercara- ¡Sebas, ven aquí, que Chechu tiene una noticia para ti!

Sebas se asomó sobre el hombro de Lúa y vio las caras de sus amigos apoltonadas en la pantalla.

- ¡Hombre, chavalotes! ¡A ver si os venís por aquí algún día! Chechu, ¿qué es eso que tienes que decirme?

- ¡Que ya soy ingeniero, macho!- exclamó el otro a grito pelado, y todos comenzaron a gritar y a saltar, presa de la euforia.

- ¡Qué dices! ¿A quién se la has chupado?

Todos se echaron a reír. En ese momento entró Dani en el comedor, les había oído gritar y tenía curiosidad. Venía comiéndose una manzana.

- ¿Qué hacéis?- preguntó mientras se asomaba por encima del otro hombro de Lúa.

- ¡Hola!- saludó Katia con alegría.

Lúa miró brevemente a Dani.

- Dani, estos son nuestros amigos de Lleida- se volvió hacia la pantalla-. Este es Dani, nuestro compañero de piso.

- ¡Buenorro!- gritó Katia al otro lado, y Elena le dio una colleja.

Lúa se puso un poco colorada. Si hubiera estado en su mano, en ese momento unos hombres de negro habrían aparecido de la nada y se habrían llevado a Katia a una cárcel afgana.

- Perdónala, aún es virgen y está desesperada- le dijo a Dani.

- ¡Virgen, y un huevo!- gritó Katia desde el otro lado.

Él sonrió.

- Joder, sí que me favorece la cámara...- dijo en voz baja, incómodo.

- Vamos a ir un día a veros- Willy habló por primera vez-. ¿Qué os parece el sábado que viene, no, el otro?

- ¿En serio?- exclamó Sebas, encantado. Luego frunció el ceño- Qué cabrones que sois, llevo aquí tres años y no habéis bajado nunca, y ahora que viene Lúa perdéis el culo por venir.

- Es que ella está más buena que tú, nene- dijo Willy de buen humor.

- ¡Y no pincha!- añadió Chechu.

Siguieron hablando un rato más y luego se despidieron. Lúa cerró el portátil con un suspiro.

- Cómo les echo de menos...

- Parecen buena gente- comentó Dani terminándose la manzana.

- Hoy tengo un invitado para comer- anunció Lúa con una gran sonrisa.

Sebas y Dani estaban en el comedor, espatarrados en el sofá mirando la tele.

- Ah, ¿sí? ¿Quién es?- se interesó Sebas- Que yo sepa no conoces a mucha gente en Barna, y no me has hablado de nadie...

Dani también la miró con un vago interés.

- Es una sorpresa.

- ¿Chico o chica? Dime eso al menos.

- Chico- Lúa miró a Dani de refilón, pero él no pareció en absoluto afectado.

Un poco desanimada, se metió en la cocina para preparar la comida. Al poco apareció Dani.

- Te echo una mano...- dijo mientras se ponía un delantal.

Vaya, vaya, a ver si al final su plan maléfico para ponerle celoso había funcionado un poquito... El pequeño demonio que se hurgaba los dientes con un palillo sentado sobre su hombro sonrió con suficiencia.

- No hace falta- le contestó Lúa con una sonrisa.

No hace falta, pero como te vayas nunca encontrarán tu cadáver, pensó.

- No digas tonterías, últimamente siempre cocinas tú para los tres y aunque no sepa cocinar soy un buen pinche. Puedo pelar patatas, cortar verduras, amputarme un dedo... ¿Qué vamos a comer?

- Pescado al horno con patatas, es muy fácil. Si quieres, puedes ayudarme a pelar las patatas. También haré una ensalada.

Dani comenzó a pelar patatas y Sebas se asomó por la puerta. Al ver el cruel destino de su compañero de piso, emprendió una rápida retirada.

- Chicos, me ofrecería a ayudaros, pero tres personas trajinando en la cocina...- chasqueó la lengua- Mal asunto. Mejor os dejo trabajar tranquilos y ya, si eso, me paso luego.

- Pon la mesa, listo.

Sebas se volvió al comedor cabizbajo, mascullando alguna cosa, y a Lúa le dio la risa.

El pescado ya estaba casi a punto cuando llamaron al interfono. Lúa fue corriendo a abrir. Los dos ayudantes se miraron entre sí y Sebas se encogió de hombros. Lúa esperó en la puerta a que llegara su invitado.

- Si llego a saber que era un ático sin ascensor, no sé si hubiera aceptado la invitación...- Lúa se echó a reír- He traído vino.

- Gracias- dijo ella cogiendo la botella-. ¡Pasa, pasa!

- ¿Te puedes creer que no había estado aquí nunca?- dijo él.

Lúa volvió a reírse.

En el comedor, Dani se asomó al pasillo con cara de extrañeza.

- ¿Toni?- preguntó con un deje de incredulidad.

- ¡Hola, Dani! ¡Cuánto tiempo...!- dijo Toni jocosamente.

Toni entró en el comedor con una gran sonrisa y le dio unas palmaditas en el hombro a un asombrado Dani. Sebas se acercó con curiosidad.

- Hola, yo soy Sebas...

Lúa apareció detrás de su invitado para hacer las presentaciones.

- Sebas, este es Toni. Trabaja con Dani en la tienda de instrumentos musicales- se volvió hacia Toni- Sebas es mi primo.

Lúa se encargó de servir el pescado con patatas y todos disfrutaron de una comida muy agradable y divertida. Entre copa y copa, Sebas se quejó de que Lúa le había servido a él todas las espinas, provocando las carcajadas de todos. Toni estuvo la mar de divertido con sus anécdotas de la tienda y de las clases de piano que le daba a Lúa. Cuando hablaba, hacía grandes aspavientos y su eterna coleta terminó como el nido de una cigüeña. El vino que había traído desapareció en un abrir y cerrar de ojos y Dani sacó otras dos botellas que tenía escondidas, de modo que todos terminaron bastante achispados.

- Me encanta cómo lo tenéis todo- comentó Toni mirando a su alrededor.

- Ya, bueno, desde que Lúa vive aquí, hemos descubierto el verdadero color de los estantes- dijo Sebas-. Creíamos que eran grises...

Ella se echó a reír.

- La verdad es que esto parecía una leonera- dijo apurando su copa.

- ¡Oye, no te pases!- le recriminó Dani en broma.

Lúa no le hizo ni caso.

- Yo necesito ponerme música para limpiar para no aburrirme, y me pongo a cantar y a bailar. La primera vez que me puse a barrer la casa, entró Dani y estaba yo...- hizo ver que tocaba una guitarra con las manos- mientras escuchaba música con el mp4. Cuando le vi, pegué un salto del susto que me caí de culo. ¡Hasta me hice daño en el tobillo!

Sebas se echó a reír.

- Oye, eso no lo sabía yo. Qué pena haberme perdido tu número de chacha circense.

Toni y Dani intercambiaron una mirada extraña y el segundo se ofreció a hacer unos mojitos mientras se levantaba.

- Son mi especialidad- dijo desapareciendo por el pasillo.

Lúa se levantó y comenzó a retirar las tazas de café vacías. Cuando entró en la cocina no vio a Dani por ninguna parte. Extrañada, dejó las tazas en la encimera y salió al lavadero. Estaba apoyado en la barandilla, de espaldas a ella. Tenía la cabeza gacha. Lúa se puso a su lado y le puso una mano comprensiva en la espalda. De buena gana le habría dado un beso de tornillo de

esos que luego necesitas rehabilitación para recuperarte, pero una mano comprensiva, y en la espalda más que en la entrepierna, era más prudente.

- Dani... ¿va todo bien?

Él levantó la cabeza y la miró, haciendo que el corazón se le detuviera. Estaba tan guapo con su pelo largo, su barba de tres días, sus dos orejitas, sus treinta y dos dientes... Sus ojos oscuros se clavaron en ella con intensidad.

- ¿Por qué no me has avisado de que venía Toni?- le preguntó en voz baja y suave.

Su mirada era indescifrable, pero estaba claro que no estaba contento. Lúa tragó saliva.

- No pensé que te molestaría. Quería darte una sorpresa...

- ¿Le has invitado para darme una sorpresa *a mí*?

- Le he invitado porque me cae bien y he pensado que, de paso, podría darte una sorpresa- puntualizó Lúa, cautelosa. Un mechón de pelo le cayó sobre los ojos-. ¿Te has enfadado?

Dani cambió su expresión y esbozó una sonrisa triste por un instante. Le acarició la mejilla de una forma tan liviana que Lúa no tuvo claro si la había tocado o había sido la brisa. Luego se metió en la cocina, dejándola sola y con las rodillas temblando.

- ¿Me ayudas con los mojitos?- le preguntó desde dentro.

- Claro- dijo Lúa con ligereza, pero por dentro la inquietud de haber hecho algo mal la reconcomía.

Dani no volvió a mencionar la comida con Toni, pero el lunes, cuando Lúa pasó por la tienda, salió del mostrador en cuanto la vio y se la llevó fuera.

- Chico, si no me has dejado ni saludar a Toni- se quejó ella.

- Lúa, este es mi lugar de trabajo, te agradecería que no vinieras más por aquí. Y preferiría que no trajeras a Toni a casa, es mi compañero de trabajo y me gusta separar mi vida laboral de la personal.

- ¿Cómo dices?- Lúa enarcó una ceja y la sombra de un cabreo oscureció su mirada.

- Podrías haberme preguntado antes de invitarle a casa.

- No entiendo nada- dijo Lúa cruzándose de brazos en actitud defensiva-. ¿Por eso no quieres que venga a la tienda? ¿Te has enfadado conmigo?

- ¿Es que no puedes respetar mi espacio?- siseó Dani frunciendo el ceño.

- Dani...- Lúa se calló al darse cuenta de que no sabía qué decirle, pero pronto las palabras salieron de sus labios sin pensar- Mira que soy idiota, creía que éramos amigos. Ya me habías advertido que no era así, pero yo soy así de estúpida. No te preocupes, no volverá a pasar.

Lúa dio media vuelta y se marchó. Por lo menos pudo reprimir las lágrimas hasta que Dani no pudo verlas. Era una triunfadora.

Lúa creía que se había perdido una pieza importante de información. Algo había pasado en aquella comida y ella no se había dado cuenta. Cuando había encontrado a Dani en el lavadero estaba disgustado, seguro. Lúa decidió ir al bar que tenía cerca de casa y se tomó un zumo de naranja en la barra. Normalmente se pasaba más tarde por allí y a la camarera le extrañó verla a esas horas, sola y triste.

- ¿Te ha pasado algo con tu novio, cariño?- le preguntó mientras pasaba un trapo por la barra.

Lúa casi se echó a reír.

- ¿Quieres decir el chico con el que vengo siempre? Es mi primo. No tengo novio...

Su suspiro de resignación se oyó en todo el barrio.

- Pues menudo ojo tengo, yo creía que erais pareja. ¿Qué te pasa? Estás como apagada.

- El problema es que no sé lo que pasa. El otro día invité a...- Lúa miró a la camarera- ¿Seguro que quieres que te lo cuente? Te podría estar rayando hasta el día del juicio final.

La camarera se echó a reír haciendo que se le marcaran finísimas arrugas alrededor de los ojos. Era una mujer de unos treinta y pico años, con el cabello teñido de rubio oxigenado recogido en una coleta. Era guapa y se la veía una mujer de carácter. Sus ojos azules la miraron con ternura.

- Cariño, esto es lo más emocionante que va a pasarme en todo el día. Cuéntamelo, anda.

Lúa le contó todo. Que le encantaba Dani, lo raro que era, cómo había conocido a Toni, la comida, las florecitas que no atraían a las abejitas...

- ¿Tú qué opinas?

- Yo lo que creo es, para empezar, que ese tal Dani es idiota. Por lo que me dices es como si le gustaras, pero fuera... idiota, ya lo he dicho bien.

- Es como el doctor Jekyll y Mr. Hyde. Sobre todo al principio era encantador, pero ahora cada vez me cuesta más encontrarle de buenas. Pero es que es tan adorable cuando está de buenas...

- Tal vez deberías pasar de él, pero...- la camarera soltó una carcajada sin humor mientras secaba un vaso con un trapo- eso es tan fácil de decir y tan difícil de hacer...

- Ya, ojalá pudiera. Lo intento pero es que me sonrío y se me olvida hasta cuántos páncreas tengo. Hasta que vuelve a darme un corte.

- Los hombres son tan raros, a veces... No hay quien los entienda.

- Oye, ¿cómo te llamas?

- Gaby, ¿y tú?

- Lúa. No sabes las ganas que tenía de poder hablar tranquilamente con una chica. Casi no conozco a nadie en Barcelona y mi primo no me sirve.

Gaby se echó a reír.

- Pues aquí me tienes para lo que quieras.

Lúa se fue a casa esperanzada. Era tan tonta que de tres horas de “olvida a ese desgraciado”, el único mensaje de Gaby que había calado en ella era que tal vez Dani sintiera algo por ella. Por eso aquella noche esperó a que él llegara, cosa que no pasó hasta pasadas las once de la noche, con su camisón más sugerente. Lúa no tenía camisones sexys ni saltos de cama. De hecho, se puso un camisón a rayas verticales bastante colorido, pero era el más corto que tenía. Cuando le oyó en el pasillo se levantó de la cama de un salto y salió de la habitación para hacerse la encontradiza. Abrió la puerta del cuarto y cuando salió al pasillo se encontró con Dani ya en la puerta de su habitación. No estaba solo. Iba con una chica rubia que iba pintada como una máscara tribal. Dani abrió la puerta y ella se colgó de su cuello. Mientras entraban, comenzaron a besarse. Dani ni siquiera vio a Lúa, que se quedó en la puerta de su cuarto, quieta como una estatua. No podía creer lo que estaba viendo. Hubiera ido a ver a Sebas para que la consolara, pero no estaba. Estaría con sus amigotes, haciendo vete a saber qué. Lúa se lanzó sobre su cama y se echó a llorar como una magdalena. Dani era un cabronazo de mierda... Lúa oyó risas apagadas al otro lado de la pared y se cubrió la cabeza con la almohada, aplastándosela con todas sus fuerzas. Al cabo de un buen rato oyó el sonido de unos acordes de guitarra y fue más de lo que pudo soportar. Dani nunca había tocado la guitarra para ella, decía que era algo tan personal... En cambio sí tocaba para aquella furcia que debía de haber conocido aquella misma noche. Sí, era infantil enfadarse por eso, pero Lúa era joven y se lo podía permitir. Cogió las llaves de casa y se largó dando un portazo. Subió a la azotea, un viento frío la asaltó nada más abrir la puerta. Entonces se dio cuenta de que solo iba con aquel fino camisón veraniego y unas chanclas, pero le dio igual. Se acercó al borde ignorando el frío y se asomó para ver las vistas de la ciudad. Una alfombra de luces naranjas se extendía a sus pies, ajena a su sufrimiento. Lúa se abrazó a sí misma y dejó que la brisa se llevara sus lágrimas. ¿Qué pintaba ella en Barcelona? ¿Qué había logrado? No había conseguido trabajo todavía, su primo se estaba jodiendo la vida ante sus ojos sin que ella pudiera hacer nada y había ido a enamorarse de un cabronazo que pasaba de ella... Y encima tenía que convivir con él bajo el mismo techo, tenía que soportar que se tirase a una fulana a medio metro de ella, que le regalara su música. ¿Qué pasa, es que Lúa no era lo bastante buena como para que tocara una triste canción para ella? ¡Mierda, ya estaba otra vez enfadada por la tontería de la guitarra...! ¡Hijo de puta!

Lúa golpeó la repisa de piedra con los puños una y otra vez, frustrada, cabreada y derrotada. Al cuarto golpe se hizo daño en la mano izquierda y la refugió bajo el sobaco, el lugar más caliente de toda la azotea. Cuando por fin volvió a casa ya no se oía nada en la habitación de al lado. Lúa pensó cínicamente que tal vez habían tenido el detalle de follar con silenciador. Bueno, ya estaba bien. ¿Por qué tenía llorar por aquel palomo? Ella valía más que eso. Ningún tío se merecía sus lágrimas, no señor. A la mierda con Dani, se iba a enterar de quién era ella.

Por la mañana Lúa se levantó temprano y se preparó un buen desayuno. Estaba decidida a pasar de su compañero de piso, le daba igual con quién se liara. Para su sorpresa, la rubia entró en la cocina como Pedro por su casa y miró a su alrededor buscando algo.

- ¿Te ayudo?- le dijo Lúa.

- Sí, por favor, necesito un café como agua de mayo.

Desde luego lo parecía, tenía bastante mala cara. Todavía llevaba puesto el maquillaje del día anterior y la mitad se le había corrido. Ahora que Lúa se fijaba, la “rubia” tenía unas raíces oscuras en el pelo que ya las quisiera para sí un roble. Era más alta que ella y se había vestido con la misma ropa que la noche anterior. Bien mirado, Lúa no tenía nada que envidiarle. Había hecho una cafetera y le sirvió un café solo a la otra chica, que se sentó en la mesa de la cocina y comenzó a tomarlo a pequeños sorbos.

- ¿Quieres unas tostadas?- le ofreció Lúa en un alarde de gentileza.

- No, gracias, estoy a dieta.

Lúa se encogió de hombros y se sentó delante de la rubia con un café con leche y un plato de tostadas. Ah, la dulce venganza... Cogió una y le puso una capa de mantequilla. Luego añadió una generosa capa de mermelada de fresa y le dio un buen mordisco, saboreando la mirada anhelante de la rubia más que otra cosa. Lúa se regodeó chupándose los dedos.

- ¿Cómo te llamas?- le preguntó con la boca llena otra vez.

- Cintia, ¿y tú?

- Lúa. Viniste ayer con Dani, ¿verdad?

- Sí.

- ¿Hace mucho que le conoces?- Lúa se levantó y preparó su golpe final.

- Qué va, le conocí ayer. Fue algo... espontáneo.

Espontáneo, ya te daré yo, pensó Lúa. Abrió un armario y sacó el pote de crema de cacao. Los ojos de la rubia se nublaron por un instante. Lúa lo puso entre las dos y cogió otra tostada. “¿Cuánto hace que no pruebas una de éstas, eh?”, le preguntó en silencio mientras comenzaba a extender una más que generosa porción de engrudo marrón sobre la tostada. Cuando estaba terminando apareció Sebas en la cocina y se sorprendió de ver a la chica.

- Eh... Hola.

- Sebas, ésta es Cintia. Es una amiga de Dani- dijo Lúa con toda naturalidad-. ¿Quieres un poquito?

Le ofreció la tostada a Sebas, que le dio un mordisco propio de un caimán.

- Mmm... Así da gusto levantarse- dijo mientras iba a prepararse un café con leche.

Lúa le dio otro mordisco similar a la tostada y se relamió.

- Dime, Cintia, ¿a qué te dedicas?

- Estoy estudiando empresariales.

- Qué interesante...- Lúa acarició la crema de cacao con un dedo y se lo llevó a la boca con deleite- ¿Y qué tal te va?

Cintia comenzó a explicarle los pormenores de las asignaturas, como si a Lúa le importara un bledo, y Dani apareció por la cocina y encontró a las dos chicas charlando amigablemente. Lúa le dedicó una sonrisa radiante y chocolateada.

- Buenos días.

- Hola...- dijo él, mirando a Cintia con incomodidad.

- Hola- le dijo Cintia mientras se terminaba el café de un trago-. Yo me tengo que ir pitando, tengo que pasar por casa a darme una ducha y cambiarme antes de ir a la *facu*.

- Vale- le contestó Dani sin mirarla mientras se servía el desayuno.

Cintia se levantó y se despidió de todos con la mano. Si tenía pensado besar a Dani, descartó la idea en seguida. Él la ignoraba activamente desde la otra punta de la cocina. Menudo caballero andante estaba hecho.

- Ya nos veremos- dijo.

- Adiós- dijo Sebas.

- Hasta pronto- dijo Lúa con la tostada entre sus fauces.

Dani se sentó y comenzó a desayunar en silencio, con la vista fija en su café con leche.

- Oye, ¿a qué hora viniste ayer? No te oí llegar...- le preguntó Lúa a su primo.

- ¿Quién eres, mi madre?- le soltó él.

Lúa le dedicó una mirada asesina, pero no dijo nada.

- Anoche fui al cine con mis amigos- le dijo Sebas dándole un beso conciliador en el pelo-. Tienes los morros llenos de chocolate, mi vida.

Lúa cogió una servilleta y se limpió la boca.

- ¿Ya?

- Más o menos...

- Más o menos es que no- dijo Lúa, y volvió a pasarse la servilleta por la boca.

Dani se terminó el café con leche y salió de la cocina sin decir nada. Sebas le puso una mano en el hombro a Lúa.

- ¿Estás bien?- le preguntó en voz baja.

- Claro, ¿por qué no iba a estarlo?- preguntó ella con aparente indiferencia.

- Ya sabes...- Sebas señaló hacia donde se había ido Dani con la cabeza.

- No importa, lo tengo superadísimo- mintió Lúa-. Si le gustan los papagayos teñidos de rubio, por mí, perfecto.

- Tú eres mucho más guapa que esa tía- le dijo Sebas rodeándole el cuello con los brazos y dándole un beso en la mejilla.

Lúa sonrió y casi se resquebrajó su máscara de indiferencia, pero consiguió mantener el tipo.

- Venga, Sebas, que vas a llegar tarde al trabajo...- le dijo para sacárselo de encima.

Su primo se marchó y Lúa terminó de desayunar sola. Cuando salió de la cocina, Dani ya se había arreglado y se marchaba. Pasó por su lado sin decirle nada y ella le reprendió.

- Adiós, ¿eh?- le dijo en tono recriminatorio, al más puro estilo de su madre.

Él se giró a mirarla.

- Lúa...- pareció que iba a decirle algo, pero cambió de opinión- Hasta luego.

Cuando se quedó sola, subió a la azotea a tomar el sol un rato. Y a emprenderla otra vez con la repisa.

El viernes por la noche, Sebas volvió a irse de fiesta con su grupo, a pesar de que Lúa trató de persuadirle, y ella se pasó un rato por el bar. Últimamente iba bastante a menudo, le gustaba charlar con Gaby. Resultó que no era solo la camarera, el bar era suyo. Por desgracia, aquello estaba lleno a reventar y Lúa no pudo hablar con ella, la pobre Gaby no daba abasto. No dejaba de ir arriba y abajo con bandejas llenas de bebidas y bocadillos. Normal, había partido de fútbol. Con un proyector y una sábana Gaby había convertido la pared del fondo del establecimiento en una pantalla gigantesca donde se veían hasta los pelos de la nariz de los jugadores. En resumen, el bar estaba lleno de energúmenos que no paraban de gritar y animar a su equipo. Entre los gritos comenzaron a colarse quejas porque los bocadillos y las bebidas tardaban una eternidad en llegar. Hubo un momento en que Lúa vio a su amiga tan apurada que se ofreció a ayudarla.

- No me cuesta nada, no tengo nada mejor que hacer. Solo por un ratito, ¿eh?

A Gaby se le iluminó la cara.

- Muchas gracias, Lúa. Mira, lleva esta bandeja a la mesa del rincón y toma nota a la de al lado, porfa.

Gaby le pasó una bandeja repleta de bebidas, una libretita y un boli, y Lúa se puso manos a la obra.

Llevar bandejas no era tan fácil como le había parecido. No era solo que tuviera que mantener la bandeja en equilibrio para que no se le cayera nada, tenía que sortear las mesas y los movimientos impredecibles de los chimpancés que tenían por clientes. Cuando llegó a la mesa, Lúa fue preguntando de quién era cada bebida y las repartió rauda y veloz como un koala cojo. Luego se fue a la mesa de al lado y tomó nota del pedido.

- ¿Tú no estabas en la barra tomándote algo hace un momento?- Lúa asintió mientras terminaba de apuntar- Qué huevos tienes, con lo lleno que está el local, rascarte el ombligo de esa manera...

Lúa miró con dureza al hombre que había hablado.

- Yo no trabajo aquí, le estoy echando una mano a Gaby porque no llega a todo. ¿Quieres ayudar tú también, o prefieres seguir rascándote el ombligo?

El tipo farfulló algo y ella se largó con su bandeja debajo del brazo.

Al principio estaba un poco incómoda haciendo de camarera, pero al cabo de un rato se sentía como pez en el agua. Incluso se metió detrás de la barra a coger lo que necesitaba mientras Gaby hacía bocadillos en la cocina.

- Vas a ir al cielo, ¿lo sabías?- le dijo Gaby desde dentro de la cocina.

- Después de esto espero que me invites al zumo, ¿eh?- contestó Lúa mientras abría unas botellas de refrescos.

- Voy a pagarte por el rato que estés aquí- le contestó Gaby.

- ¡Qué dices, mujer, si lo hago con mucho gusto!

Lúa cogió las botellas y otros tantos vasos vacíos, los colocó sobre la bandeja y se marchó a servirlo todo.

De vez en cuando la invitaban a sentarse en alguna mesa o hacían algún burdo intento de ligar con ella. Tal vez si hubiera estado más acostumbrada a tratar con el público simplemente les habría ignorado, pero Lúa se dedicó a repartir cortes, frases irónicas e incluso algún insulto. Gaby veía todo esto desde la barra mientras se mordía un puño con preocupación, pero pronto vio que nadie parecía molesto con Lúa, al contrario, y se relajó.

- Tienes una clientela muy masoquista, Gaby- le dijo Lúa en voz alta para que la oyeran desde la mesa de al lado, donde uno de los chicos le había pedido media docena de veces que le invitara a un cubata y se había llevado media docena de cortes de todo tipo.

Gaby sonrió mientras cortaba rodajas de limón a gran velocidad.

- Te soportamos porque nos gusta cómo mueves el culo, niña- le soltó uno de los tíos que había en la barra.

Lúa se enfrentó a él.

- ¿Sí? A ver si te voy a meter un palo por *tu* culo y te saco de aquí como si fueras un chupa-chups.

La respuesta de Lúa fue acogida con grandes carcajadas por parte del resto de la clientela e incluso el que había hablado sonrió.

- ¡Qué genio tiene, la tía!- comentó mientras le daba un trago a su gintonic.

Cuando terminó el partido, el nivel de trabajo bajó ostensiblemente. En diez minutos solo quedó la clientela habitual. Lúa se sentó en un taburete a descansar. Estaba hecha polvo. Miró a su alrededor y le alegró que el bar volviera a ser el lugar tranquilo de siempre. No era muy grande, pero sí acogedor. Gaby había colgado ristas de bolas de colores que le daban un toque muy personal. Las paredes de obra vista estaban decoradas con carteles modernistas y los baños eran una curiosa mezcla de modernidad con elementos decorativos antiguos. Desde que Sebas la llevara allí, se había convertido en el único bar que frecuentaba.

- Uf... Esto es la guerra- le dijo a Gaby con una sonrisa cansada.

Gaby fue a la caja y sacó un fajo de billetes que contó y le tendió a Lúa.

- Toma, me has salvado la vida.

Lúa levantó una mano para rechazar el dinero.

- Ya te dije antes que no quería que me pagaras, si me lo he pasado muy bien...

Gaby dejó el dinero delante de la chica.

- Lúa, a menos que te haya tocado la lotería y yo no me haya enterado, coge ese dinero. Te lo has ganado y yo me sentiré mejor.

- Bueno, te lo agradezco...- dijo Lúa guardándose el dinero sin ni siquiera contarlo.

Lúa llegó a casa y se dio una ducha. Lo necesitaba. Luego se puso el pijama y se fue a dormir. Apenas se había fijado, pero no había nadie en casa. Seguro que Sebas se estaba drogando hasta las cejas con aquella panda de anormales, y Dani... Prefería no pensar en lo que estaría haciendo. Lúa cerró los ojos y se quedó dormida casi al instante.

El sonido de su móvil la despertó en medio de la noche. ¿Qué hora era? Lúa encendió la luz y cogió el móvil, que había dejado sobre la mesita de noche, mientras se rascaba los ojos. Era un número desconocido.

- ¡Lúa!

- Sebas...- dijo con voz pastosa- ¿Qué hora es?

- Necesito tu ayuda, Lúa- la voz de Sebas era la de un borracho y parecía que estaba llorando-. Ven a buscarme, por favor...

Ella se terminó de despertar de golpe y se incorporó en la cama como un resorte.

- ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estás?

- Por favor, date prisa...- Sebas le dijo dónde estaba, una calle del barrio de Gracia, y Lúa tomó nota mental mientras abría el armario para vestirse.

No tenía ni idea de qué le había pasado a su primo, pero tenía que ser algo grave. Se vistió rápidamente y salió de casa corriendo. Para no perder el tiempo con metros y autobuses, cogió un taxi que la llevó a la dirección que le había indicado. Al bajarse le dijo al taxista que la esperara un momento, que en seguida volvía con otra persona. Lúa miró a su alrededor y en seguida le vio tirado en medio de un charco de vómito. La luz naranja de la farola le daba un toque distinguido al cuadro. Estaba en una calle estrecha y casi no pasaba nadie, y Lúa no quería quedarse allí ni un segundo más de lo necesario, así que fue corriendo hacia él.

- ¡Sebas...!

Se arrodilló a su lado y él abrió los ojos a medias.

- Lúa...

Le habían vuelto a pegar. Tenía la cara hecha un mapa y la ropa, hecha polvo.

- La madre que me parió...- oyó detrás. Era el taxista- Yo a este no lo llevo. O te vienes tú sola, o me pagas la carrera y me piro.

Ella se puso en pie de un salto.

- ¡Pero tengo que llevarle a casa! Mírale, ni siquiera sé si puede andar...

- Ese no es mi problema, no quiero que me vomite en la tapicería. Son quince con ochenta, venga.

Lúa contempló la posibilidad de negarse a pagar a menos que les llevara de vuelta, pero aquel taxista que le sacaba dos cabezas bien podía sacarle dos dientes de un mantecado.

- Oye, te pagaré el doble de lo que cueste la carrera...

- Quince con ochenta- repitió él con impaciencia.

Lúa abrió el bolso y sacó un billete de veinte del monedero. El taxista se metió en el coche y al momento volvió con el cambio.

- Suerte- le dijo antes de marcharse.

Lúa vio alejarse el coche calle abajo y se vio sola con un Sebas seminconsciente, sucio y herido.

- Me cago en su calavera...- masculló en dirección al taxista- Sebas, tienes que levantarte.

Lúa tiró de él y apenas consiguió que se quedara sentado en el suelo, apoyado contra la pared.

- Esto es una mierrrrda- dijo él con voz pastosa.

- ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están tus amigos?

- No sé... Unos cabrones me lo han robado todo: el dinero, el móvil... Menos mal que un tío me ha dejado llamarte desde su móvil, que si no... Me sé tu número de memoria, Luíta rizada.

- Oye, ¿puedes levantarte?

Lúa trató de ayudarle a ponerse en pie, pero no podía con él y Sebas no ponía mucho de su parte.

- Espérame aquí- dijo al cabo de un par de millones de intentos.

Lúa se fue corriendo a una calle más transitada y paró otro taxi para ir a recoger a su primo, pero en cuanto el taxista vio aquel guiñapo en estado de desintegración, la hizo bajarse y se fue pitando.

- ¡Joder, hijos de puta...!- masculló mientras se sentaba en el bordillo, al lado de Sebas.

Después de esperar un rato a que su primo se despejara y comprobar que cada vez estaba peor, Lúa decidió llamar a Dani. Sí, al cabronazo que la había apartado como una pera pocha, a ese.

- ¡Lúa!- la voz de su compañero de piso sonó alterada. Era la primera vez que le llamaba al móvil desde que le conocía y era una hora intempestiva- ¿Ha pasado algo en casa?

- Dani, te aseguro que si tuviera otra opción no te llamaría... En casa no pasa nada, pero tengo un problema. Estoy con Sebas en la calle, está muy mal. Va muy borracho y...- miró de soslayo a su primo, que se inclinó hacia delante y vomitó una vez más. Se había metido algo más que alcohol, estaba segura- está muy mal. Ningún taxi quiere recogernos, ¿Podrías venir y ayudarme a llevarlo?  
- al otro lado se hizo un breve silencio- Da igual, ya me buscaré la vida...

- ¿Dónde estáis?

Lúa le dio la dirección y Dani le dijo que estaría allí en un cuarto de hora. Ella se sentó al lado de Sebas a esperar, aunque la peste a vómito era cada vez más insoportable. El contenedor de basura lleno a rebosar que tenía delante tampoco ponía notas florales y cítricas al conjunto. Un grupo de jóvenes pasaron por la calle y se los quedaron mirando, pero al ver la mirada asesina de Lúa pasaron de largo. Estaba asustada y no podía contar con su primo para nada, pero si se metían con ellos sabrían lo que era una buena patada en las partes nobles.

- Lúa...- Sebas se inclinó y se apoyó en su hombro- Te quiero...

- Yo también te quiero, gamberro- le dijo ella mesándole el pelo-. Pero cuando todo esto pase, te mataré.

Abrió su bolso y sacó un paquete de pañuelos de papel con los que limpió a Sebas lo mejor que supo. Le limpió el vómito de la barbilla y trató de limpiar todo lo que pudo su camisa y sus pantalones. Entonces se fijó en que se había meado.

- Joder, Sebitas...

Dani llegó por fin y Lúa se puso en pie y corrió hacia él.

- ¡Gracias a Dios...!- estaba tan aliviada que le abrazó con todas sus fuerzas.

Él le devolvió el abrazo durante más tiempo del estrictamente necesario y vio a Sebas más allá de

ella, en el suelo. Su estado era lamentable.

- No te preocupes, entre los dos podremos con él- le aseguró.

Sebas se había dormido y lo más que consiguieron fue que gruñera un poco cuando lo zarandearon. Cada uno se puso a un lado y lo cogieron por las axilas. Dani tenía más fuerza que Lúa y cargó con la mayor parte del peso. Al final consiguieron ponerlo de pie entre los dos y caminaron hasta la esquina así, sujetando cada uno de un lado, pero al final Dani se paró.

- Así no vamos a llegar muy lejos. Déjame a mí...

Dani lo apoyó contra una pared, se puso delante de él y se lo cargó al hombro como si fuera un saco de patatas. Sebas todavía abrió un ojo y consiguió articular algo antes de sumirse otra vez en la inconsciencia.

- Suéltame, chaval, que los tíos peludos no me van...

Dani le ignoró.

- Ven, hay una parada de bus nocturno aquí cerca que nos irá bien...

Dani guio a Lúa hasta la parada de bus y dejó a Sebas sentado en el banco de la parada. Se sentaron uno a cada lado, sujetándole para que no se cayera.

- Lo que pasa es que el conductor del autobús nos dirá algo si te ve entrar a Sebas así...- comentó Lúa.

Dani asintió.

- Cuando veamos que se acerca, lo levantamos como hicimos al principio y le subimos como podamos al bus. Una cosa es que vaya bebido y otra, que esté inconsciente. No quiero que el conductor nos ponga pegas.

- Tal vez deberíamos llevarle a un hospital...- dijo ella mirando a Sebas con inquietud.

- Bah, está durmiendo la mona. Mañana estará hecho una braga, pero por lo demás, no pasa nada.

- Es que...- Lúa se mordió el labio y se calló.

- ¿Qué pasa?

- Nada...

Dani la miró desde el otro lado de Sebas.

- Venga, dímelo...

- No creo que solo haya bebido alcohol.

Dani miró a Sebas y volvió a mirar a la chica.

- ¿Qué quieres decir, que va drogado?

Ella asintió.

- Le pillé un montón de pastillas en casa hará más de un mes...- comenzó a explicar Lúa.

- ¿Dices que guarda droga en casa?- Dani la miró escandalizado y elevó un poco la voz.

- Ya no está, le obligué a deshacerse de ella- dijo ella rápidamente para calmarle.

- Joder, éste nos va a meter a todos en chirona...- dijo Dani como para sí.

Lúa se enfadó.

- Oye, necesita ayuda, ¿vale? Ya no sé qué hacer, sale con un grupo que creo que es el que le ha metido en toda esta mierda. Yo intento disuadirle, pero no hay nada que hacer.

El bus nocturno giró la esquina y Dani se levantó.

- ¿Tienes el billete preparado?- le preguntó a Lúa.

- Sí.

Entre los dos levantaron a Sebas y se acercaron al borde de la acera simulando que su amigo iba un poco mal, pero que solo le ayudaban a apoyarse.

- En cuanto subamos el escalón del bus se va a dar cuenta de que Sebas está inconsciente- dijo Dani con pesimismo.

El autobús paró y Dani y Lúa subieron a la vez, cargando con Sebas. El conductor apenas les miró. Los dos validaron sus billetes de bus en la máquina y Lúa lo pasó otra vez por Sebas. El autobús estaba prácticamente vacío y pudieron dejar al saco de patatas en un asiento, apoyado contra el cristal como si estuviera meditando sobre la “Crítica de la Razón Pura” de Kant. Ellos se sentaron en la fila de delante. Lúa miró a su primo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

- Un día le va a pasar una desgracia...- dijo tapándose la cara con las manos.

Dani la abrazó y la besó en el cabello.

- Todo va a ir bien, Lúa. Ya lo verás.

Lúa se acurrucó contra el pecho de su salvador y se quedó así, abrazada a él, todo el camino de vuelta. Dani le acariciaba el pelo en silencio y de vez en cuando le daba un beso en la frente. Estaban tan cerca que casi podía oír los latidos de su corazón. ¿Irían tan rápido como los de ella? Se sintió un poco culpable por desear que aquel trayecto no terminara nunca mientras su primo yacía inconsciente en el asiento de atrás. Dani olía muy bien, llevaba ese perfume que usaba siempre y cuyo nombre Lúa nunca recordaba.

Dani le apretó el hombro suavemente. Ya estaban llegando. Lúa se levantó a regañadientes y esta vez no se anduvieron con tonterías. Como ya se bajaban, Dani cogió otra vez a Sebas y se lo cargó al hombro. Si el conductor les vio bajar así, no dijo nada. Lúa se preguntó si sería usual transportar cadáveres así por la ciudad. Total, para las pegas que se habían encontrado...

Cuando llegaron a la portería, Lúa abrió la puerta y la sujetó para que Dani pasara.

- Si quieres lo podemos cargar entre los dos, que son muchos pisos- se ofreció ella.

- Bueno, yo lo subo hasta que no pueda más y entonces lo llevamos entre los dos, ¿vale?

Dani comenzó a subir las escaleras por detrás de Lúa, que se giraba a cada instante para ver si iba bien. Al final, el tío llegó arriba del todo como un campeón. Lúa abrió la puerta del piso y se adelantó para abrir también la del cuarto de Sebas. Dani lo metió dentro y lo dejó caer sobre su cama con un suspiro.

- ¡Cómo pesa, el condenado...!

Lúa comenzó a registrar a su primo sin miramientos y Dani se sorprendió.

- ¿Pero qué haces?

Lúa sacó de un bolsillo una bolsita con un par de pastillas.

- Lo sabía...- dijo mirando a Sebas con una mezcla de rabia y decepción.

- Anda, déjale dormir la mona. Mañana ya hablaréis de esto.

Lúa salió detrás de él, cerró la puerta y se apoyó en ella con los ojos cerrados. Estaba agotada anímica y físicamente.

- ¿Estás bien?

Lúa abrió los ojos y se encontró con Dani a su lado, mirándola con preocupación. Ella negó con la cabeza.

- Ya se me pasará...- dijo mientras se iba a su habitación.

Lúa esperó que él la detuviera y la besara, pero no lo hizo. A lo mejor Dani era un poco lento. Mientras se ponía otra vez el pijama esperó que él entrara en su habitación y le hiciera el amor, pero no lo hizo. Seguramente era tonto del culo. Se echó sobre la cama y esperó, y esperó... y se quedó dormida. No había duda, era un gilipollas.

Al día siguiente Lúa se despertó con el móvil otra vez. ¿Quién demonios sería? Miró la pantalla con ojos legañosos y vio que era Elena. ¡Mierda! Sus amigos venían hoy a verla, habían quedado que pasaría a recogerles a la estación de tren.

- ¡Lúa, ya estamos aquí!- la voz alegre de Elena terminó de despertarla- ¿Dónde estás?

- ¡Joder! Elena, he tenido un pequeño problema, estoy allí en quince minutos, ¿vale?

Lúa colgó sin esperar respuesta y saltó de la cama como un gato. Pasó por la habitación de Sebas, que dormía a pierna suelta en la misma posición en la que Dani le había dejado. El cuarto apestaba a vómito y a meados, y tuvo que hacer un esfuerzo por no salir pitando.

- ¡Sebas!- gritó desde la puerta- ¡Sebas!

El susodicho se llevó las manos a la cabeza. Debía de tener un resacón monumental.

- ¿Qué?- preguntó malhumorado- ¡No grites!

- Los de Lleida están aquí. Vamos, levántate.

Sin esperar respuesta, Lúa fue a darse una ducha. Le daba la impresión de que toda ella despedía un ligero tufo a vómito, y de repente le dio mucha vergüenza que Dani la hubiera abrazado así la noche anterior. Se metió bajo la ducha y dejó que el agua caliente la empapara. Cuando cerró el grifo para enjabonarse siguió oyendo ruido de agua y asomó la cabeza fuera de la ducha. Vio a alguien de pie en el baño y soltó un grito que le sobresaltó. Era Sebas, que estaba meando.

- ¿Cómo te atreves a entrar aquí? ¡Me estoy duchando!- le gritó ella, parapetada tras la cortina de la ducha.

Sebas le contestó sin dejar de mear, de espaldas a ella.

- ¡Joder, qué susto! Voy tan empanado que ni siquiera me había dado cuenta de que estabas ahí...

- ¡Y sigue meando, el tío! ¡Que te pires!- Lúa le lanzó una esponja jabonosa que le impactó en el hombro de refilón y cayó al wáter con un “¡plof!”. Sebas se quedó mirando la esponja mientras terminaba de mear encima y se cerraba el pantalón.

- Yo no pienso recoger eso- dijo mientras salía del baño.

- ¡Te odio!- le gritó ella a la puerta.

Lúa terminó de ducharse, se vistió de un salto y se marchó volando.

Era una suerte que viviera tan cerca de la estación, así pudo llegar más o menos en el tiempo previsto. Les encontró a todos sentados en círculo en un rincón, con sus mochilas en medio. Solo les faltaba la fogata. Willy, con sus rastas recogidas en una coleta, la vio acercarse y avisó a todos para que se levantaran.

- ¡Tardona!- Katia se lanzó a abrazarla y los demás hicieron lo mismo.

- Perdonadme, hemos tenido un percance con Sebas...

- ¿Dónde está?- Willy miró a su alrededor- Seguro que está durmiendo la mona, como si lo conociera.

- Más o menos...

Lúa les llevó a casa y se la enseñó toda menos la habitación de Sebas, que olía a muerto, y la de Dani, que olía a macho misterioso e inaccesible.

- Está chula- comentó Katia mirándolo todo.

Sebas apareció al poco. Se había duchado y vestido, pero seguía teniendo la cara magullada.

- La leche, ¿qué te ha pasado?- le preguntó Chechu mientras todos se acercaban a él.

- Que he entrado en el baño mientras Lúa se duchaba y se gasta una mala leche...- sacudió la mano mientras sonreía.

- Gilipollas, la esponja sigue en el wáter esperándote. Como no la saques...- Lúa hizo ver que se hacía crujir los nudillos.

- Claro, con urea irá muy bien para que mantengas esa piel tan suave...- se rio Sebas.

- Ya veo que no os aburrís- intervino Elena.

Dani entró en el comedor y saludó. Había oído ruido de gente y se había arreglado antes de salir de su habitación.

- Buenas- saludó en general.

- ¡Hombre, el buenorro!- gritó Katia acercándose a él- ¿Cómo te llamabas?

- Dani, ¿y tú?

- Katia. Esta es Elena, y ellos son Chechu, Willy y Albert.

- Vaya, no me dejas hacer de anfitriona ni en mi casa- comentó Lúa.

- ¿Qué os apetece hacer?- dijo Sebas.

- ¡A la playa!- gritaron todos a coro, obligando al chico a taparse los oídos porque la cabeza le iba a explotar.

- Ya veo que os interesa mucho la cultura, los museos, los monumentos...

- ¡A la playa!- volvieron a gritar.

- ¿Quieres venir?- le dijo Chechu a Dani.

- Vale.

Lúa se fue comiendo la cabeza por el camino. Estaba convencida de que si le hubiera propuesto ella lo de la playa, Dani habría rechazado su invitación. Willy se puso a su lado en el metro y la cogió por la cintura.

- Te he echado mucho de menos- le dijo al oído.

Willy sí que estaba por ella de verdad. Se preguntó por qué no podía salir con él y olvidarse de los problemas, pero ya sabía la respuesta. Willy era un encanto y le atraía mucho físicamente, pero no estaba enamorada de él. Como siempre, era incapaz de escoger el camino llano y con rastas, a ella le gustaban las cumbres escarpadas sin afeitar. Willy lo comprendía y se conformaba con

echar un polvo de vez en cuando con ella, pero a Lúa le preocupaba que nunca saliera con ninguna otra chica, como si estuviera esperando a que ella se diera cuenta de repente de que le amaba locamente.

Llegaron a la playa y en seguida se quedaron todos en bañador. En general estaban todos más blancos que la leche desnatada. Lúa destacaba con su moreno etrusco.

- Qué morena estás, jodía- comentó Elena con un deje de envidia.

- ¿No vas a hacer topless?- le preguntó Katia guiñándole un ojo.

- No, no...- Lúa miró a Dani de refilón, pero él no la estaba mirando.

- Venga, Lúa, ya te hemos visto todos en tetas en el río- dijo Chechu de buen humor-. Hemos venido hasta aquí para eso...

- Qué idiota eres...

Por un día iba a coger marcas del bikini en el pecho, pero no iba a enseñarle sus encantos a Dani. Katia y Elena tampoco lo hicieron por respeto a ella.

- ¡Vamos al agua!- gritó Sebas, aparentemente recuperado de su resaca.

Todos corrieron como locos y se lanzaron de cabeza al agua. Lúa cogió a su primo aparte para hablar un momento.

- Tenemos que hablar de lo que pasó ayer- la cara de Sebas se convirtió en una máscara funeraria-. Ahora no, cuando estos se vayan...

Él la besó en la frente.

- De acuerdo.

- Me tienes muy preocupada...

Eso fue todo. Ya lo mataría más tarde, cuando no pudiera salpicar a nadie. Se unieron a los demás en el agua y estuvieron un rato salpicándose y jugando con una pelota que había traído Willy. Al cabo de un rato, este se acercó a Lúa y la abrazó. Ella se quedó cortada un instante y luego de devolvió el abrazo. ¿Por qué tenía que esconderse de nada? Dani se tiraba a quien quería delante de ella... Willy comenzó a susurrarle tonterías al oído y la hizo reír.

- Qué bruto eres...- le dijo con una sonrisa juguetona.

Él la sujetó por la nuca y la besó en los labios. La besó tan ardientemente que comenzaron a oír silbidos de sus amigos a su alrededor.

- Oye, el canibalismo está prohibido en esta playa- dijo Sebas sonriendo.

Lúa dejó de besar a Willy y le sacó la lengua a su primo. Dani estaba al lado, mirándola fijamente. Ella le sostuvo la mirada. ¿Qué se había creído, que iba a cortarse? Lúa sacudió la cabeza. Se estaba montando unas paranoias en la cabeza que vaya tela. Seguramente a Dani se la sudaba con

quien se besara y solo la miraba porque... porque era un cerdo.

- Cuando volvamos a casa tengo una cosa para ti- le dijo Willy, reclamando su atención otra vez.

- ¿Una cosa? Yo quería dos o tres cosas...

- Chica, vas a dejarme seco.

Los chicos salieron del agua para tomar el sol y Lúa fue con ellos. Willy se quedó un par de minutos más en el agua para que no se le viera la tienda de campaña al salir. El contacto con la morena le había animado demasiado y ahora... Bueno, tenía una antena bajo el pantalón como para irse a una convención de radioaficionados. Lúa se estiró sobre su toalla y, sorprendentemente, se encontró con Dani echándose a su lado.

- No sabía que tenías novio- le dijo en un tono neutro.

- Es que no tengo novio. Willy es mi amigo.

- ¿Besas así a todos tus amigos?- le preguntó él.

- ¿Me estás pidiendo explicaciones?- contestó poniéndose de lado para ponerse de cara a él.

- No, haz lo que quieras...

- Eso pensaba hacer- dijo ella con el ceño fruncido.

- ¿Aún estás enfadada conmigo?- Dani la miró de una manera que ella casi se arrepintió de haber besado a Willy.

- No estoy enfadada, solo es que tú y yo no somos amigos, ¿recuerdas?

A pesar de lo bien que se había portado con todo el tema de Sebas...

Willy llegó en ese momento y Dani se calló, aunque el recién llegado fue a echarse con Sebas y Chechu.

La mañana transcurrió entre juegos y risas, y a mediodía volvieron a casa a comer. Por suerte, Katia se hizo cargo de la comida porque Willy cogió a Lúa por sorpresa y se la llevó a su habitación.

- Ya era hora...- dijo mientras le quitaba la camiseta.

Ya era hora. Hacía meses que no echaba un polvo y lo necesitaba, necesitaba sentirse amada, hermosa y contorsionista, y Willy se encargó con maestría. Incluso la sorprendió con trucos nuevos.

- ¿Dónde has aprendido a hacer eso?- le preguntó ella, asombrada y encantada. Willy la miró enigmáticamente, pero no contestó- ¿Has estado con alguna chica por ahí?

Lúa le dio un mordisquito en el hombro y él se echó a reír.

- No, lo vi en una peli y quise probarlo.

- Joder, nene, qué pelis ves...- comentó ella con aprobación.

Cuando salieron de la habitación, hicieron como si tal cosa. La comida ya estaba a punto y en la mesa. Todo fue muy agradable, pero ella tenía la sensación de que Dani no le quitaba ojo de encima. Le estaba bien empleado, al cabrón...

Por la tarde jugaron a juegos de mesa y después, Sebas y Lúa acompañaron a los demás a la estación de tren, donde tuvieron una despedida de lo más emotiva, sobre todo Willy. Durante la tarde Lúa le había sorprendido charlando con Dani en el lavadero y se preguntaba de qué habrían hablado. Se habían callado nada más verla, haciéndole sospechar que ella el tema de debate. Si hubieran estado hablando de marcas de yogur habrían seguido como si tal cosa, ¿no? Además, tampoco tenían nada más en común...

Aquella noche, cuando se quedó a solas con Dani en el comedor, ya que Sebas todavía no estaba recuperado y necesitaba descansar, le preguntó con más o menos disimulo.

- Ya he visto que te has hecho amigo de Willy- le dijo mientras se llevaba una palomita a la boca.

Dani la miró sin abrir la boca.

- ¿De qué hablabais en el lavadero?- a la mierda el método sutil.

- De ti.

Lúa abrió la boca, atónita.

- ¿Qué decíais de mí?- Lúa se imaginó la serie mentalmente: Katia le cuenta lo de Dani a Elena, Elena a Willy y Willy mete la pata hasta el fondo.

- Él solo tiene palabras hermosas para ti. Te quiere mucho.

- ¿Ha ido a decirte que me quiere mucho?- preguntó ella con incredulidad.

- No, ha ido de decirme que...- desvió la mirada- Da igual.

- ¡No, ahora me lo cuentas!

- Es igual...

Lúa se puso de rodillas en el sofá y se inclinó sobre Dani como si fuera un matón de taberna.

- Oye, o me lo cuentas o te practico un cambio de sexo con una sierra mecánica, tú mismo.

Él trató de apartarla cogiéndola por las muñecas pero ella se sentó a horcajadas sobre su regazo con una sonrisa de superioridad. Dani la miró como si estuviera regañando a una niña pequeña.

- ¡Lúa, quita de encima ya!- incluso dejó de forcejear con ella, no estaba jugando.

- Pues dímelo- Lúa se cruzó de brazos, desafiante.

- ¡Que te quites, joder!- Dani la cogió casi en volandas y la echó a un lado.

Ella se quedó descolocada por la rabia con que la había echado. Se quedó a un lado del sofá, encogida y confusa. Dani se levantó y se fue a su cuarto. Joder, si fuera más raro sería de gomaespuma...

Por la mañana, Sebas se llevó una bronca de padre y muy señor mío. Estaba sentado en la mesa del comedor y Lúa caminaba arriba y abajo delante suyo sin parar de gesticular. El sol que entraba por la ventana hacía brillar sus rizos cuando pasaba por delante y les arrancaba reflejos dorados. Él ni siquiera se acordaba de la noche en que había tenido que ir a buscarle, su último recuerdo era estar en la discoteca con sus amigos. Lúa le explicó lo que había pasado, cómo había tenido que llevarle a casa con la ayuda de Dani y las pastillas que le había encontrado.

- ¡Me juraste que no volverías a tomar drogas!- le gritó al pobre Sebas, que se sujetaba la cabeza con ambas manos como si le fuera a explotar.

- Eso no es nada, Lúa, es para ponerme un poco a tono...

- ¿Sí? Ya veo que te han puesto muy a tono, sí... ¡Del mismo tono que un tomate, te han puesto! ¡Te han vuelto a pegar! ¿No te das cuenta de que esto va a terminar mal?

Lúa siguió abroncando a su primo durante lo que a él le parecieron años, y Sebas cada vez estaba más encogido en la silla. Los gritos de Lúa iban *in crescendo*. Cuando creía que no podía gritar más fuerte, ella le sorprendía con un do sostenido que le reventaba los tímpanos.

- ¿Qué hago contigo?- le preguntó ella al final, cansada- ¿Te ato a la pata de la cama para que no salgas? ¿Llamo a tus padres?- la cara de Sebas terminó de desencajarse- ¿Qué hago?

- Tienes razón, Lúa, tienes razón en todo... Por favor, no le digas nada a la familia, solo conseguirías hacerles daño. Te prometo que no volveré a tomar pastillas- Lúa le miró sin creerle-. De verdad, confía en mí...

- Ya confié en ti- dijo ella con sequedad.

- ¿Y qué quieres que haga, cómo te puedo demostrar algo que todavía no ha pasado? ¡Joder, confía un poco...!

Sebas se levantó de la mesa y se fue a su habitación malhumorado. Al cabo de nada, Dani entró en el comedor.

- ¿Cómo estás?- le preguntó.

Ella trató de ignorarle, pero sus ojos no podían mentir. Estaba muy preocupada por Sebas.

- Siento haberte... tratado así anoche.

Vaya, ahora se arrepentía. ¿Hoy se había tomado la medicación, el señor?

- Olvídame, ¿quieres?- le espetó Lúa pasando delante suyo para ir al cuarto.

Dani trató de hacer las paces con ella varias veces, y Lúa siempre le daba con la puerta en las narices. Al final, se presentó en casa el miércoles a media mañana para hablar con ella, dejando a Toni solo en la tienda. Cuando llegó, la oyó cantar y sonrió. Parecía que estaba en la cocina. Dani la llamó por su nombre para que no se asustara al verle y entró en la cocina, donde la encontró limpiando. Llevaba puesta una enorme camiseta que le dejaba un hombro al aire y no parecía llevar nada más debajo. Frotaba la encimera con energía mientras cantaba y hacía girar su cabeza en círculos. Su cabello volaba en todas direcciones como si fuera un ventilador.

- Lúa- repitió Dani, pero ella no pareció oírle.

En cambio se puso a saltar moviendo los brazos arriba y abajo. La camiseta flotaba a su alrededor sin desvelar si llevaba algo debajo o no. Al final, ella debió verle con el rabillo del ojo porque pegó un grito a lo Whitney Houston y se quitó los auriculares de un manotazo, dejando que colgaran del cuello de la camiseta.

- ¿Qué coño haces aquí?- le preguntó con hostilidad.

Mierda, ya había vuelto a pillarla haciendo tonterías, pensó Lúa. El mp4 iba a ir a la basura, pero ya.

- Quiero hacer las paces contigo.

- Tengo cosas que hacer- dijo ella girándose y poniéndose a limpiar otra vez.

De pronto sintió la mano de él sobre su muñeca, haciéndola parar. La cara de Dani era tan lastimera que casi se echó en sus brazos, pero se contuvo.

- Por favor... Ya sé que parezco un poco neurótico a veces.

- ¿Pareces?- Lúa dejó el estropajo y se puso la mano en la cadera mientras se apoyaba en la encimera con la otra y cruzaba las piernas- ¿Qué quieres decir, que no lo eres?

- Vale, soy un poco raro, no pretendo que me entiendas, pero... ¿No podrías tolerar estas pequeñas tonterías mías?

- Ah, como que me cojas y me tires a un lado como si fuera un bicho asqueroso, quieres decir.

Dani bajó la cabeza como un perro apaleado.

- No voy a intentar justificarme porque no tengo excusa, pero no lo hice con mala fe. No tuve un buen día...

- ¿No lo pasaste bien con mis amigos?

- Sí, sí, son muy majos. No es eso, son cosas mías que no vienen al caso, pero no quiero que te enfades conmigo. ¿Me perdonas?

- No sé...

Dani trató de abrazarla, pero ella le echó dándole un manotazo en la mano.

- No me toques, bicho- le dijo con media sonrisa.

- ¿Qué me has llamado?- le dijo él muy despacio, como una amenaza.

Lúa avanzó un paso hacia él y le miró fijamente desde abajo.

- Bicho- volvió a decir con mirada desafiante.

- Vale, te la has ganado- dijo él lanzándose a por ella.

Lúa gritó y salió corriendo de la cocina, seguida de cerca por Dani. En su carrera de gacela artrítica llegó el sofá del comedor, pero allí su perseguidor la cogió en volandas y se la llevó bajo el brazo como si fuera una carpetita. Lúa pateó y gritó, pero de todos modos terminó en la ducha, riéndose y luchando por coger la alcachofa y que dejara de mojarla.

- Joder con tu primito...

Lúa le había explicado toda la historia a Gaby, las dos sentadas en la barra con un cubata en la mano. No había nadie más en el bar y la persiana de la calle estaba medio bajada. Qué bien que la había conocido, Gaby era un encanto de mujer y la única amiga que tenía en Barcelona.

- ¿Qué puedo hacer para asegurarme de que no vuelve a drogarse?

- Pídele que se someta a análisis de sangre periódicos. Dile que haréis el primero en, no sé, quince días, y así le presionas un poco para que se corte con las drogas.

- ¡Qué buena idea! Lo haré, no te quepa duda. Qué buena idea...- Lúa sacudió la cabeza preguntándose cómo no habría pensado en ello antes- ¿Cómo se te ha ocurrido?

Gaby le dio un trago a su cubata.

- Porque yo salí con un tío que se metía de todo. Intenté que lo dejara y al final...- chasqueó la lengua- la cosa no fue bien. Se ponía muy violento. Lo dejamos y ya no he vuelto a saber más de él.

- Joder, qué putada... ¿Ahora estás con alguien?

- No, he decidido que si llego a los cuarenta sola me haré lesbiana.

Lúa estaba bebiendo de su cubata y se le salió por la nariz. Se atragantó y le dio un ataque de risa y de tos a la vez. ¿Por qué elegir cuando se pueden tener las dos cosas y morirse más rápido?

- No me parece una mala idea...- dijo cuando pudo articular palabra.

- Ya, ojalá se pudiera elegir, pero a pesar de que solo me cruzo con idiotas, me gustan los hombres. Es que no escarmiento.

- ¿Sabes qué?- dijo Lúa, filosófica- Nos venden la idea de que tenemos que estar en pareja, de que si no, no estamos completos ni podemos ser felices. Es una estrategia de marketing, como la primavera.

- ¿La primavera?

- No es primavera hasta que lo dice el Corte Inglés.

Gaby se echó a reír.

- Joder, somos guapas, inteligentes, divertidas... ¿Dónde coño está el hombre perfecto, que no viene a por nosotras?

- Se está tomando un café con los Reyes Magos.

- Me cago en la leche...- Gaby chasqueó los dedos con frustración y luego miró el reloj- Cómo pasa el tiempo, es tardísimo. Joder, el último autobús habrá pasado hace mil años...

- ¿El metro no te viene bien?

- Me deja en el quinto pino y tengo que ir andando, y no me gusta porque las calles están muy vacías... Igual me cojo un taxi.

- Vente a dormir a casa- dijo Lúa sin pensarlo.

- ¿A tu casa? No seas tonta, sería una molestia para ti.

Lúa se levantó del taburete y apuró su copa.

- Va, vente, y así ves a Dani y me das tu opinión. Tendrás que dormir conmigo, pero tengo una cama de matrimonio, así que estaremos anchas.

- ¿De verdad no te importa?

- Qué va, además yo vivo aquí al lado.

Lúa ayudó a Gaby a cerrar el bar y se fueron las dos a casa de la primera. Iban un poco achispadas y no paraban de hacer bromas. Solo les faltaba abrazarse a las farolas. Cuando comenzaron a subir las escaleras a Gaby le dio un ataque de risa.

- Si llego a saber que no tenías ascensor, me voy a mi casa a pata, hubiera llegado antes.

- ¡Venga, no seas vaga, que así haces ejercicio!

Llegaron a casa a las tantas. Como era entre semana, seguro que Sebas y Dani ya estarían en sus habitaciones. Las dos entraron riéndose y Lúa se puso un dedo en los labios e hizo “¡Shh!” muerta de risa, pero de poco sirvió. Cuando entraron en su habitación, Gaby la miró con ojo crítico. Lúa había cambiado la cortina y había puesto una granate, y había colocado una ristra de bolitas de colores sobre el cabezal de la cama imitando las que tenía su amiga en el bar.

- Qué buen gusto tienes- dijo señalándolas.

También había colgado un pañuelo indio alargado en una pared y tenía un cactus sobre el escritorio.

- De momento me hace de novio en funciones- dijo Lúa haciendo ver que lo acariciaba-. Me

gustan los hombres que pinchan.

Lúa sacó dos pijamas y le tendió uno a Gaby. Era una camiseta gigante y un pantalón corto de chándal.

- Lo siento, mis pijamas son así- se excusó Lúa.

- Es perfecto.

Las dos se cambiaron. Gaby señaló las paredes y le preguntó en un susurro dónde dormía Dani. Lúa señaló una pared.

- Así que está ahí, el pequeño cabrón...- dijo Gaby con una sonrisa malvada.

Entonces se acercó a Lúa y le susurró al oído.

- ¿Se oye mucho a través de estas paredes?

- Yo le oí reírse con la zorróna del otro día.

- Podríamos hacer ver que nos liamos, se va a pasar la noche cascándosela- a Gaby se le escapó una risita.

Lúa la miró como si hubiera perdido un tornillo.

- ¿Estás loca?- hizo grandes gestos con las manos indicando una negación gigante- ¡No! No, ¿eh? Gaby...

Gaby soltó un gemido en voz alta y Lúa se tapó la boca con las manos y se dobló por la mitad, muerta de risa.

- Ahora tú.

- De verdad, Gaby, a mí no me sale fingir un gemido...

Gaby se rascó la barbilla.

- ¿Tienes cartas?

- ¿Qué?- Lúa parpadeó, sorprendida del cambio de tema.

- Que si tienes cartas. Una baraja.

- Eh... Sí, en el comedor.

- Vale, ¿tienes hielo? ¿Cubitos?

-Sí...- Lúa estaba muerta de curiosidad.

- Tráelo todo.

- ¿Para qué?

- Ya lo verás...

Lúa obedeció y al cabo de poco volvió al cuarto con un bol lleno de cubitos de hielo y una baraja francesa.

Las dos se sentaron sobre la cama con las piernas cruzadas y Gaby puso la baraja en medio.

- Esto es muy sencillo: cogemos una carta y la ponemos boca arriba- Gaby hizo lo que estaba diciendo-. Un cuatro. Ahora tienes que decir si la siguiente carta será más alta o más baja. Si aciertas, yo me tengo que meter un cubito por dentro de la camiseta. Si fallas, te lo metes tú. Si es del mismo valor, hielo para las dos. Las camisetas van por dentro de los pantalones para que los cubitos no se caigan. Ah, y prohibido mencionar las palabras “frío” y “hielo”. No queremos que sepan por qué armamos jaleo.

- ¡Pfffff!- Lúa se dejó caer de lado en la cama- ¿Y esto para qué sirve?

- Con esto no tendrás que fingir nada. ¡Venga, empieza tú! ¿Más alta o más baja?

- Más alta.

Gaby cogió la siguiente carta y salió un rey. Lúa cogió un cubito y se lo tendió.

- Madre mía, lo que hay que hacer...- Gaby se metió el cubito por el cuello de la camiseta y empezó a gemir y soltar grititos a medida que el hielo iba bajando hasta la cintura.

- Ahora tú.

- Más baja- dijo Gaby.

Salió un seis. Gaby cogió un cubito y cuando fue a metérselo por el cuello a Lúa. Esta se resistió un poco alegando que aquel juego no le gustaba, pero al final la rubia logró colárselo por dentro de la camiseta entre risas. Lúa soltó un grito inicial seguido de gemidos mientras el hielo iba desplazándose. Así fueron jugando durante un rato, y terminaron con tanto hielo en sus camisetas que parecía que les hubiera salido un michelín.

- Hala, cómo te pasas- dijo Gaby riéndose ante el último grito de Lúa.

- Ah, ¿sí? ¡Ahora verás!- Lúa cogió un par de cubitos y se los metió por la espalda a Gaby.

Ella se había ido metiendo todo el hielo por el pecho y la espalda, no la tenía acostumbrada al frío.

- ¡Ah, me has metido dos, tramposa!- exclamó mientras se retorció tratando de alcanzar los cubitos.

Lúa se tapó la boca para ahogar la risa.

- ¡Serás guarra...!- siseó entre carcajadas.

Gaby agarró a Lúa por su camiseta y vertió el resto de cubitos por su espalda, haciéndola gritar y reír mientras forcejeaba con ella. Cuando terminaron, estaban las dos empapadas de los pies a la cabeza. Lúa se quitó la camiseta y el pantalón, que estaban chorreando, y se quedó en ropa interior.

- Oye, voy a buscar un par de toallas para secarnos, ¿vale?- abrió la puerta y salió- A ver cómo dormimos ahí ahora, la cama está empapada.

- Le damos la vuelta al colchón y mañana será otro día.

Lúa cerró la puerta y se encontró con Sebas y Dani plantados en el pasillo. Elemental, querido Bartolo.

- ¿Qué estáis haciendo aquí?- preguntó ella.

- Yo iba al baño- dijo Sebas rápidamente.

- Sí, yo también- añadió Dani.

- ¿Me dejáis pasar primero? Solo quiero coger una cosa...- Lúa se miró y se dio cuenta de que llevaba puestas unas braguitas y un sujetador de deporte tipo camiseta que usaba para dormir, todo mojado, y nada más. Los chicos no le quitaban ojo. Ella se encogió de hombros- No es nada que no podáis ver si vais a la playa.

Lúa pasó delante de los dos y se coló en el baño. Al cabo de un momento volvió a salir con un par de toallas grandes de baño. Ellos seguían mirándola con los ojos abiertos como platos.

- ¿Pasa algo?- preguntó ella con naturalidad, aunque por dentro estaba luchando por aguantarse la risa.

- No, no, ¿por qué?- preguntó Dani.

- ¿No queríais ir al baño?

- Ah, sí. Sebas, pasa tú primero...

- Oye, ¿quién hay ahí contigo?- le preguntó Sebas sin poder aguantar más la curiosidad.

- Una amiga. ¿Os hemos molestado?- Lúa puso su mejor cara de inocencia.

- No, no, no- dijeron los dos al unísono.

Sebas miró a Dani de refilón y se metió en el cuarto de baño. Lúa volvió a la habitación y al cerrar la puerta se desternilló de risa allí mismo. Le pasó una toalla a Gaby y comenzó a secarse con la otra.

- Tendrías que haber visto sus caras- dijo Lúa con la voz ahogada por la risa-. Estaban los dos ahí fuera escuchando como idiotas.

Gaby también se rio.

- Una cosa te digo- dijo señalándola con el dedo-. Si te preguntan, tú niega que ha pasado nada, o no lo niegues, tú misma, pero bajo ningún concepto les digas que todo ha sido una broma para que nos oyeran. Perderías ese halo sexy que acabas de ganarte.

Por la mañana las dos se levantaron temprano y se encontraron con los chicos ya en la cocina, mirándolas expectantes. Gaby se sentó en la mesa y Lúa le sirvió un café con leche.

- Chicos, esta es Gaby, una amiga. Gaby, estos son Sebas y Dani.

- Hola, chicos- dijo Gaby cogiendo una galleta de un paquete que había en la mesa.

- Oye, tu cara me suena mucho- dijo Sebas- ¿Dónde te he visto antes...?

- Adivina- le dijo Gaby.

Lúa se sirvió otro café con leche y se sentó en la mesa. Miró a Dani, que la estaba mirando fijamente, y le sonrió.

- Dime...- le dijo.

Cómo le gustaba chincharle, era irresistible...

- No, nada- dijo él.

- ¡Ya sé, te he visto en el bar de aquí al lado!- exclamó Sebas chasqueando los dedos.

Gaby asintió aprobadoramente.

- El bar es suyo- dijo Lúa.

- Ah, ¿eres la propietaria?

- Sí, no me gusta recibir órdenes de nadie- dijo Gaby dándole un sorbo al café con leche.

- Ya, a mí tampoco...- comentó Dani en voz baja.

Lúa le miró.

- ¿Qué quieres decir, que la tienda de instrumentos es tuya?

Dani asintió.

- Se llama como yo, ¿no te habías fijado? Instrumentos Costa. Yo me llamo Daniel Costa.

- Bueno, yo tengo que marcharme ya- dijo Gaby-. Lúa, muchas gracias por dejarme pasar la noche aquí.

- Un placer- dijo Lúa con la boca llena de galleta.

Gaby se rio y volvió a su habitación. Sebas y Dani fulminaron a Lúa con la mirada. Ella se terminó el café con leche como si no pasara nada, aunque notaba en la cara el impacto de aquellas miradas como si le hubieran tirado los ojos con la mano.

- Bueno, ¿no tienes nada que contarnos?- preguntó Sebas al fin, en voz baja.

Lúa le miró como si no le comprendiera.

- ¿Te has enrollado con ella?

Ella se levantó de la mesa y se marchó riéndose.

- Tienes la mente muy sucia...- dijo al salir.

Gaby ya se había vestido cuando entró en el cuarto.

- Así que un placer, ¿eh? ¡Qué mala eres!

- ¿Has visto sus caras? ¡Están flipando! Esto va a traer cola...

Gaby la miró, conspiradora.

- Ya te digo yo que esta noche se la han cascado un par de veces pensando en lo que estaba pasando aquí dentro. Cola, ya ha traído.

- ¡Hala, qué burra eres!- se rio Lúa- Bueno, ¿qué te parece Dani?

Gaby terminó de ponerse bien el cuello de la camisa.

- Qué mono es, nena, si tuviera diez años más tú y yo tendríamos un problema. Es totalmente mi estilo. Por la forma en que te mira parece que le gustes, pero, claro, ahora está obcecado con que eres bisexual... Bueno, cariño, ha sido una noche inolvidable, pero tengo que irme. Nos vemos en el bar.

Lúa la acompañó a la puerta y le dio dos besos.

- ¡Nos vemos!

Al volver a la cocina, Lúa notó que los dos se callaban en seco al acercarse ella. Cuando sentó, la miraron fijamente.

- ¿Por qué me miráis así?- dijo ella al fin.

- ¿Eres lesbiana?- le preguntó Sebas directamente.

- Joder, Sebitas, parece que no me conozcas... ¡Claro que no!

- Entonces, bisexual...

Lúa puso los ojos en blanco.

- No ha pasado nada... ¿Nunca habéis pasado la noche con otro chico?

- No- respondieron los dos al unísono.

- Bueno, pues eso que os perdéis. A mí me encanta pasar la noche con un chico...

Sebas se levantó de la silla.

- Joder, Luíta, hoy me has sorprendido de verdad. Eres una tía de puta madre. ¡De puta madre...!- Sebas desapareció por el pasillo sacudiendo la cabeza.

Dani también se levantó de la silla.

- Bueno... Yo también me voy a trabajar.

- ¿Te veré para comer?

- Sí. Nos vemos luego.

Sebas no se tomó nada bien la propuesta de Lúa de hacerse un análisis de sangre.

- Si no quieres hacerlo es porque no estás limpio.

- Que no es eso, hostia, es que me parece una falta de confianza brutal por tu parte- dijo él sacudiendo la cabeza, como si no se lo creyera.

- ¡No me jodas, Sebas! ¡Basta ya de tonterías!- estalló Lúa- ¡O te haces la prueba o no te vuelvo a hablar en mi vida, te lo juro!

- Va, Luíta, no seas así...- le dijo él, suave como la seda, acariciándole una mejilla.

- No me llames Luíta- le cortó ella mientras se apartaba de su primo.

- Oye, vamos a hacer una cosa. Bajamos al bar, te invito a una cerveza, saludamos a tu amiga cachonda y luego lo veremos todo de otro color.

- No me vas a convencer de nada, Sebas. Olvídate.

Sebas tiró de su prima hacia la puerta.

- Venga, tómatelo como un descanso...

- Bueno... Pero el análisis te lo vas a hacer igual.

Sebas estaba resultando muy duro de pelar y Lúa ya no sabía qué hacer. Veía la coronilla rocosa y semilalopécica de su primo mientras bajaba tras él por las escaleras y se desesperaba.

- Tú te das cuenta de que esto puede acabar contigo, ¿sí o no? - le preguntó en el rellano del segundo.

Vio a Sebas apretar los labios delante de ella al girar el recodo para seguir bajando.

- Las cosas no son blancas o negras, Lúa. Yo no me meto cada día, solo cuando salgo de fiesta...

- Ya, pero sales de fiesta los viernes, los sábados y los domingos. ¡Y a veces los jueves, desgraciado!

- Tampoco lo hago siempre que salgo.

- O sea, que no te das cuenta...- dijo ella con cansancio.

Sebas abrió la puerta de la calle y dejó que su prima pasara primero. Lúa siempre dejaba tras de sí una tenue nube de olor fresco y tropical que le encantaba, era lo más parecido a estar en las Bahamas que tenía al alcance. Él salió detrás y le pasó un brazo por los hombros, y recibió una llave de judo en la cintura por respuesta.

- Me encanta presumir de primita- dijo Sebas con orgullo mientras bajaban por la calle-. Mira todos esos de ahí, se mueren de ganas de estar en mi lugar.

- No me hagas la pelota, no te va a servir de nada. ¡O al menos hazlo mejor, que esos son unos viejales!

El bar de Gaby estaba bastante lleno y la dueña no se dio cuenta de que Lúa y Sebas habían entrado hasta que fue a la mesa a pedirles nota.

- Perdonad que no me pare a hablar con vosotros, pero estoy a tope. ¿Qué os pongo?

- Yo quiero una cerveza- dijo Sebas.

- Yo, una coca-cola.

Gaby se marchó haciendo ondear su coleta rubia y Sebas la miró alejarse.

- Aún no puedo creer que vosotras dos...- sacudió la cabeza sonriendo.

- Sebas, deja de soñar. No pasó nada.

- Ya claro...

- ¿Qué dijo Dani?- le preguntó Lúa con súbito interés.

Sebas se echó a reír.

- Cuando salí de la habitación me lo encontré en el rellano, escuchando. Lo pusiste a cien, gamberra.

- ¿En serio?- Lúa dio una palmada en el aire, encantada- ¿Tú crees que le gusto?

Su primo se puso serio de repente.

- Lúa, te dije que pasaras de él. Luego me dices a mí que no dejo las drogas...

Ella se cogió un mechón de pelo y comenzó a jugar con él.

- No puedo evitarlo, es demasiado guapo...- Sebas puso cara de “ya será menos, mira este cuerpo serrano que tienes delante”- ¿Le gusto o no? Tú eres un hombre, seguro que habláis de estas cosas.

- También soy tu primo, soy la última persona a la que le diría algo. De todas maneras no hace ni dos semanas que subió a casa con una rubia de pote, ¿eso no te dice nada? Mis sentidos cojoneros me advierten que te alejes de él.

Gaby llegó con las bebidas y se marchó veloz como el rayo. Lúa se sirvió la coca-cola en el vaso y le dio un sorbo.

- Ya... Ay, Sebas, tienes menos sensibilidad que una bota militar.

Un hombre se paró en su mesa y miró a Lúa.

- ¿Qué hace aquí mi camarera favorita? ¿Hoy no trabajas?

- ¿Qué dice este?- dijo Sebas señalando al hombre con el pulgar.

- El otro día le estuve echando una mano a Gaby- la chica miró a su alrededor-. No estaría mal que la ayudara, esto está hasta la bandera. ¿Te importa?

Sebas se repantingó en la silla.

- En absoluto, me encantará verte con la bandeja arriba y abajo. A saber qué haréis cuando os metáis las dos en la cocina...

- Pero qué guarro eres...

- Retozando entre el beicon y las patatas fritas...

Lúa se levantó y le sacó la lengua. Luego se marchó a la barra y comenzó a repartir bebidas.

Aquel domingo por la tarde se quedaron los tres en casa, cosa rara, y se pusieron a ver una película en el comedor. Lúa se sentó en medio de los dos con un gran bol de palomitas del que los tres iban cogiendo puñados.

- Sebas, estás dejando el sofá lleno de palomitas...- dijo ella cuando vio que a Sebas se le caía su enésima palomita.

- Son para luego, por si me quedo con hambre- repuso él con naturalidad.

La película era de acción y parecía bastante entretenida, pero a Lúa le entró un poco de sueño. A veces le pasaba si se apalancaba demasiado. Comenzó apoyando la cabeza sobre el hombro de Dani como quien no quiere la cosa, y a él no pareció importarle. Luego puso los pies sobre Sebas, y terminó dejándose resbalar hasta que terminó apoyada en el regazo de Dani. Allí se quedó dormida.

Cuando despertó, la peli ya se había terminado. Sebas no estaba y sintió que Dani le acariciaba el pelo suavemente. Ella se hizo la dormida un poco más para disfrutar de sus caricias. Al final se movió un poco y él dejó de acariciarla inmediatamente. Lúa se giró para mirarle.

- Me he quedado frita...- dijo estirándose y haciendo que toda su espalda se arqueara- ¿Hace mucho que se ha acabado la peli?

- Un ratito- sonrió Dani.

- ¿Acaba bien?

- Según se mire...

Lúa se incorporó y se dio cuenta de que le había dejado una mancha de baba en el pantalón a su amigo. Igualita que Audrey Hepburn en “Desayuno con diamantes”, pensó.

- Uy, perdona...- dijo frotándola un poco con la mano.

Dani se la apartó rápidamente.

- Vaya, así que eres una babosilla...- le dijo con media sonrisa.

- ¿Qué pasa, a ti no te ha pasado nunca?- Lúa se levantó y se marchó a su habitación estirándose por el camino. Cuando llegó a la puerta se paró y se giró para mirarle con aparente normalidad- La semana que viene es mi cumpleaños y quiero hacer una cena especial, y luego ir a bailar. Me gustaría que vinieras.

- ¿La semana que viene?- ella le miró con ojos de cordero degollado. No podía decirle que no- Cuenta conmigo.

El sábado siguiente Lúa se pasó toda la tarde metida en la cocina. Hizo una tarta que decoró con una capa de chocolate y lacasitos, y luego preparó crema de calabaza con parmesano, una quiche de verduras y una fondue de carne. Cuando estuvo todo a punto, se puso un vestido cruzado granate de escote generoso y se pasó un buen rato en el baño acicalándose. Mientras estaba comenzando a maquillarse, llamaron a la puerta.

- ¿Tienes para mucho?- era Dani.

- Un poco...- Lúa abrió la puerta y volvió delante del espejo- Depende de lo que vayas a hacer, puedes pasar.

- Solo quiero peinarme un poco y ponerme perfume- dijo él entrando-. ¿Por qué te maquillas? Me gustas más al natural.

Lúa dejó el rímel y le miró.

- ¿Eso es porque me pinto mal o qué? Porque tus conquistas van pintadas como una puerta...

Dani se encogió de hombros y cogió el peine.

- Tú misma.

Lúa siguió a lo suyo, pero tomó buena nota y se limitó a ponerse rímel y un poco de brillo de labios. Luego se peinó durante un buen rato mientras Dani cogía un frasco de perfume y se ponía un poco en el cuello y en las muñecas.

- Mmm, huele muy bien...- dijo ella cerrando los ojos.

- ¿Te gusta?- Lúa asintió y le acercó el cuello para que la oliera a ella también. Dani lo hizo, solo un momento- Tú también hueles muy bien.

- Gracias- dijo ella volviendo a su peine, un poco decepcionada porque Dani no le había pegado un bocado, ni nada.

Lúa no tuvo muchos invitados a cenar: Dani, Sebas y Gaby. Eran pocos, pero se lo pasaron en grande. Hicieron un poco de broma con la edad de Lúa, que cumplía un cuarto de siglo, y le dijeron que solo aparentaba cuarenta años. Ella se lo tomó bastante bien, aunque les recordó que

era la más joven de todos, así que más les valía callarse.

Después de cenar llegaron los mojitos de Dani y los regalos. Gaby le regaló una camiseta negra muy sexy.

- Con esto los hombres caerán a tus pies como moscas, ya verás- le dijo guiñándole un ojo.

- Y las mujeres...- le susurró Sebas a Dani, haciéndole sonreír.

Gaby sacó un sobre de su bolso.

- Mira, sé que no es lo que quieres, y es sin ningún compromiso, pero... en fin...- Gaby se aturulló con las palabras y al final se limitó a tenderle el sobre a Lúa.

Ella lo abrió y se encontró un contrato dentro.

- ¿Qué es esto?- preguntó mirando a su amiga con perplejidad.

- Bueno, mientras buscas algo de lo tuyo he pensado que podrías trabajar en el bar. A mí me harías un favor, y en realidad ya estás trabajando muchos días... A los clientes les gusta cómo les gritas.

- ¿Gritas a los clientes?- preguntó Dani con diversión.

- Es que son un poco babosos- explicó Gaby.

Dani se volvió hacia Lúa.

- Ah, como tú...

Ella le sacó la lengua.

- Serás idiota...- le dijo por lo bajo.

- Bueno, ¿qué te parece?- le preguntó Gaby, mirándola con expectación.

- Muchas gracias por esto, Gaby. ¿Cuándo empiezo?

Gaby se levantó y le dio un gran abrazo.

- Gracias a ti, guapa.

Sebas se adelantó y le dio su regalo. Era un juego de esos un poco picantes para jugar en grupo.

- ¿Qué significa esto?- le preguntó ella mirándole con picardía.

- No sé, lo vi en una tienda y pensé que podríamos jugar todos juntos...

Gaby cogió la caja del juego y leyó el resumen de las instrucciones en la parte de abajo.

- Niño, tú vas muy fuerte, ¿no?

- Tan fuerte como vayas tú- le contestó Sebas mirándola con descaro.

- Bueno, bueno, muchos mojitos me tengo que beber yo para jugar a esto con vosotros...- dijo Lúa

cogiendo la caja y echándole un último vistazo antes de dejarla a un lado.

Dani no dijo nada, ni hizo ninguna broma. Le tendió a Lúa un paquetito pequeño.

- No sabía qué podría gustarte...- murmuró a modo de disculpa.

- Seguro que me encanta- le dijo ella con una sonrisa.

Lúa abrió el paquetito y encontró una cajita con un colgante precioso dentro. Era muy moderno y sencillo, en cordón negro y plata, totalmente de su estilo.

- Qué bonito es...- dijo mientras se lo ponía.

Dani se levantó y se puso detrás de ella.

- Espera, yo te lo pongo.

Él le apartó el cabello con suavidad y le abrochó el colgante. Lúa creyó que iba a morir de felicidad. Gaby alargó una mano y examinó el colgante con ojo experto.

- Es una pasada, nena...

- Muchas gracias, Dani- Lúa se levantó y le dio dos besos. Luego dio dos besos a Sebas y también a Gaby- Gracias a todos.

Sebas se levantó y se marchó un momento.

- Espera, falta una cosa...- dijo mientras desaparecía por el pasillo.

Al cabo de un momento volvió con un paquete bastante grande.

- ¿Qué es esto? ¿Un conjunto de esposas y látigo para complementar tu otro juego?

Lúa lo abrió y se encontró con un álbum. Cuando empezó a pasar las páginas, los ojos se le llenaron de lágrimas.

- De tus amigos de Lleida, para que no te olvides de ellos.

Eran fotos de Lúa con sus amigos, algunas recientes y otras de cuando eran pequeños. Los márgenes estaban llenos de dedicatorias de los protagonistas. Lúa les enseñó las fotos a sus amigos y les explicó anécdotas de cuando vivía en Lleida. Todos pasaron un rato divertido.

- ¡Qué mona eras de pequeña!- le dijo Gaby riéndose- Estabas súper simpática.

- Sí, la verdad es que has cambiado muy poco- le dijo Dani.

- ¿Qué quieres decir, que tengo cara de cría?

Él la miró como un galán de telenovela.

- Que por ti no pasan los años, pequeña.

¡Pero qué cosica más bonita, madre! ¡Que te como los mofletes!, pensó Lúa.

- Oye, ¿vamos a estrenar mi juego o no?
- Joder, Sebas, que eres mi primo... ¿Qué clase de perverso eres?
- Bah, si solo es un juego...

Dani miró la hora.

- Pues yo creo que es buena hora para ir pasando a la discoteca, si vamos más tarde nos harán pagar entrada.

Lúa y Gaby se levantaron, y Sebas miró a Dani como si fuera imbécil.

- ¿Me acompañas un momento al baño?- le pidió Gaby a Lúa.
- Vamos.

Cuando se encerraron dentro, Gaby volvió a mirar el colgante.

- Chavala, ¿tú sabes lo que es esto? ¡Este colgante vale una pasta!- susurró sin dejar de mirarlo.
- ¿En serio? ¿Cómo lo sabes?
- Porque es de una joyería que hay en Paseo de Gracia que me encanta. Lo vi en el escaparate y te digo que es bastante, pero bastante más caro de lo que parece. O este tío es millonario y no lo sabemos, o le gustas de verdad.
- Deja de decirme eso, Gaby, de verdad- Lúa desvió la vista y fue a arreglarse el pelo-. Cada vez que intento acercarme a él, se aparta como si yo fuera un calcetín sucio. Hay que ser tonto para no darse cuenta de que me evita.
- Bueno, pues entonces le invitaré a mi cumpleaños y le pediré que me regale un yate.

Sebas les llevó a una discoteca donde ponían un poquito de todo, música de los ochenta en adelante, actual y pachanga. Estaba bastante llena, pero se podía bailar cómodamente. La pista era bombardeada constantemente con haces de luz de colores y humo artificial. Del techo colgaba una de esas típicas bolas discotequeras cubiertas de espejitos que suspiran por Travolta. Lúa comenzó a bailar haciendo grandes movimientos que parecían salidos de una peli setentera y Gaby la imitó. Al final Sebas y Dani también se unieron y terminaron todos dando saltos y moviendo los brazos arriba y abajo sin parar de reírse. Cuando llevaban un buen rato, Sebas se disculpó para ir al baño pero Lúa le cogió del brazo.

- Hoy no, Sebas. Es mi cumple...

Él la miró con cara de circunstancias y se quedó con ellos.

- Vale, me haré pis encima- dijo, abatido.

Al cabo de un rato Dani se acercó a Lúa.

- ¿Te apetece tomar algo?- le dijo al oído.

Ella asintió y los dos se fueron a la barra. Pidieron dos cubatas y se pusieron a charlar de cosas sin importancia, muy cerca el uno del otro, hablándose al oído para poder entender lo que decían por encima de la música. Dani le puso una mano en la espalda y cada vez que se inclinaba para decirle algo, la empujaba suavemente hacia él. Ella también le puso una mano en la cintura y la otra se la apoyaba de vez en cuando en el pecho, jugueteando. Más tarde Lúa no sabría decir de qué habían estado hablando, solo recordaba sus ojos, sus labios, sus manos, sus puntos negros... Al final, los cubatas se terminaron y Dani la condujo de nuevo con el grupo. ¡Pero bueno...! Otra oportunidad perdida. Un tío bastante potable se acercó a Gaby y se puso a bailar con ella.

- Mira qué apañada- dijo Lúa con una sonrisa, y Sebas la agarró para bailar con ella.

- No te vas a quedar sin bailar con un chico guapo el día de tu cumpleaños- le dijo mientras la conducía con más o menos gracia por la pista.

Sebas no sabía bailar mucho, pero bailar con él era espectacular. La hizo girar, la inclinó peligrosamente hacia atrás, sujetándola por la cintura, hizo mil tonterías... Lúa no podía dejar de reír. Cuando por fin dejaron de bailar, Dani no estaba. Claro, le habían dejado solo... Tal vez había aprovechado para ir al baño. Gaby volvió a bailar con ellos acompañada del chico que la había secuestrado y lo presentó como Manu.

Los cuatro siguieron bailando un buen rato y al final Lúa se preocupó un poco por Dani, que no había vuelto todavía.

- Voy a buscarle- le dijo a Sebas al oído, y se perdió entre la gente.

Lúa fue a los lavabos por si le veía, pero no parecía estar allí dentro. Luego se paseó por toda la pista de baile, por la barra y por la zona reservada, llena de sofás, pero no vio ni rastro de él. Iba a volver con sus amigos cuando la agarraron del brazo.

- Eh, ¿dónde vas, tan solita?- un tío bastante corpulento le dio un buen repaso visual mientras ella se soltaba del brazo.

- Suéltame, anda. No estoy sola, ¿vale?

- Claro que no, estás conmigo. ¿Cómo te llamas?

- Oye, no tengo tiempo ni ganas para esto. Tengo prisa- dijo ella mientras pasaba de largo.

El tipo volvió a cogerla del brazo, esta vez con más fuerza. Apestaba a alcohol, el tío babas.

- Venga, no te vayas tan rápido, si acabas de llegar...

Lúa trató de soltarse, pero él no la dejaba.

- ¡Que me sueltes ya, hostia!- gritó ella.

El tío se echó a reír y le miró el escote descaradamente. Levantó una mano y le acarició un rizo. Automáticamente Lúa le apartó la mano y le soltó una bofetada con todas sus fuerzas. Alguien apareció detrás de ella y cogió al tipo por la muñeca.

- Oye, te ha dicho que la sueltes.

Era Sebas. El tío le miró perplejo y soltó a Lúa. En la cara tenía grabada a fuego la mano de Lúa con tal detalle que se veían sus huellas dactilares.

- No sabía que fuera tu novia. Perdona...

- ¡Serás hijo de puta...!- exclamó Lúa, pero Sebas se la llevó de allí antes de que se liara parda.

Cuando estuvieron lejos, ella se liberó de su primo.

- ¡Suéltame! ¿No has visto lo que ha hecho, el muy cabrón? Y si no tengo novio, ¿qué? ¿Tengo que dejar que me haga lo que quiera?

- ¡Vale, vale, Lúa! Tranquila, que yo estoy de tu parte...

De repente, la música estaba demasiado alta y la gente se agolpaba a su alrededor como si aquello fuera el metro de Tokio en hora punta.

- Necesito salir un momento.

Lúa se dirigió rápidamente a la salida, seguida de cerca por Sebas. El aire frío de la noche la ayudó a despejarse, aunque echaba de menos una chaqueta. En la calle había varios grupos de personas fumando como carreteros y con cubatas en la mano, charlando. Un poco más allá, una pareja se besaba lentamente, el chico apoyado contra el capó de un coche. Sebas le dio alcance en un par de zancadas y vio que su prima estaba muy nerviosa. Lúa se llevó las manos a la cabeza, las enterró entre sus rizos y los echó hacia atrás, apartándolos de su cara.

- ¡Hijo de puta...! ¡Como vuelva ahí dentro, le parto la cara!

- Ya está, Lúa, no vas a partirle la cara a nadie. Solo ha sido un susto...

- ¿Y si no llegas a estar tú?- Lúa caminaba arriba y abajo hecha una furia- Tendría que volver ahí dentro y arrancarle los intestinos con una... una cacharra de esas que...- empezó a hacer gestos incomprensibles con las manos, como si manejara una herramienta.

Entonces vio a Dani. Era el chico que estaba morreándose con una pava sobre el capó del coche. Lúa se paró en seco. Sebas, que le iba a la zaga, siguió su mirada y también vio a su compañero de piso, que en ese momento dejó de besar a la chica y miró a Lúa. Ella no pudo evitar transmitirle su decepción en la mirada, pero solo fue un momento. Si le hubiera mirado así más tiempo lo habría fundido como si fuera de mantequilla, pero en seguida se recompuso y siguió andando. En lugar de dar la vuelta y volver dentro, se alejó de la discoteca. Sebas la siguió.

- Lúa, ¿dónde vas?

Ella se giró y le dio un empujón a su primo.

- ¡A casa, deja de seguirme a todas partes!- le gritó.

- Te acompaño...

Lúa se arrepintió de haber tratado tan bruscamente a Sebas y suavizó el tono.

- Prefiero ir sola. Vuelve dentro, anda- señaló la discoteca y echó a andar otra vez.

Pronto oyó unos pasos a su espalda.

- Que te vayas, Sebas- dijo con cansancio y un punto de irritación, sin girarse.

- Lúa- Dani la cogió del codo y la obligó a girarse. Se le veía preocupado-. ¿Qué pasa?

- Ah, eres tú...- dijo mientras se quitaba el colgante que le había regalado- Si hubiera sabido lo caro que esto era esto no lo habría aceptado- Lúa le cogió la mano y le puso el colgante en la palma-. Toma, dáselo a esa chica, te irá muy bien para echar un polvo.

Dani miró el colgante y luego la miró a ella con tristeza.

- Es mi regalo para ti...

- Pues no lo quiero, ¿vale?- le espetó ella, y se liberó de su mano de un estirón.

Luego se marchó calle abajo batiendo todas las marcas de los cien metros tacones.

Lúa se fue a la cama llorando. Joder, ¿es que siempre tenía que caer en lo mismo? No entendía nada... ¿Por qué Dani le hacía un regalo tan caro y luego se liaba con la primera marsopa que se cruzaba en su camino? Tenía que olvidarse de él de una vez por todas, en serio. Sin embargo, le iba a costar mucho olvidar cómo le había apartado el cabello para ponerle el colgante, cómo le había puesto la mano sobre la espalda...

La puerta de la calle se abrió y entró alguien. Lúa oyó los pasos en el pasillo y se dio cuenta de que se paraban ante su puerta. Dieron unos golpes suaves en su puerta.

- Lúa...- era Dani.

No hacía mucho que ella había llegado a casa, Dani tenía que haber venido pisándole los talones. ¿Qué había pasado con la fulana que estaba besando? Lúa no contestó. Al encontrarle besando a otra le había mirado como si ella fuera una novia ultrajada, y le había devuelto el colgante, ¿qué explicación podía darle a aquello? Si Dani tenía dudas sobre si le gustaba, ya no le quedaría ninguna. Qué bien, Lúa, pensó, acabas de pegarle fuego a lo que te quedaba de dignidad.

Dani volvió a llamar. Silencio. Ella contuvo el aliento, temerosa de que pudiera oír incluso sus pensamientos. Cuando creía que ya iba a marcharse, se abrió la puerta. Lúa se hizo la dormida, así que no veía nada. Sintió que el colchón se hundía a su lado. ¿Qué estaba haciendo? Una mano le apartó los rizos de la cara y le acarició la mejilla. Ella se quedó tan quieta como una estatua. Apenas se atrevía a respirar. Entonces sintió el aliento de Dani sobre su cara y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no mirar. Le dio un beso en la mejilla.

- Lo siento...

Se oyó un sonido metálico y una caricia inesperada y ligera le recorrió el brazo desde el hombro

hasta la mano. Ella no pudo evitar estremecerse y abrió los ojos.

- ¿Qué estás haciendo aquí?- le preguntó en voz baja.

Por la ventana entraba algo de luz y Lúa pudo entrever la cara de Dani, mirándola fijamente. Él se inclinó hacia delante y la besó tiernamente, pero cada vez con más pasión. Lúa le echó los brazos al cuello y lo atrajo hacia sí. Dani se puso sobre ella y sus manos se metieron bajo la camiseta del pijama, haciendo que arqueara la espalda a su contacto.

- Te quiero...- susurró Dani.

- Yo también te quiero- respondió Lúa.

Hicieron el amor entre jadeos y gemidos de placer, y...

Y un burro volando.

El ruido de la puerta al cerrarse hizo volver a Lúa a la realidad. No se había atrevido a abrir los ojos, se había limitado a esperar y Dani, simplemente, se había marchado. Abrió los ojos y estiró una mano hacia el colgante que le había dejado sobre el colchón. Con un suspiro, lo cogió y lo apretó contra su pecho.

Lúa comenzó a trabajar en el bar con Gaby y le encantó tener algo que hacer, sentir que se estaba ganando la vida. Ahora sí que se sentía independizada de verdad. Se movía entre las mesas con soltura, y tenía la lengua afilada y siempre dispuesta a dar un buen corte a los que se pasaban de listos con ella. Eso, en lugar de espantar a los clientes, atrajo una especie de club de fans de las salidas de tono de Lúa, y la coreaban cuando le metía un buen corte a alguien. La verdad es que entre el sueldo y las propinas, Lúa no podía quejarse, y además mantenía su mente alejada de cierto pelanas mal afeitado.

Gaby también estaba muy contenta con su fichaje y la dejaba trabajar a su aire, ya veía que Lúa no era de las que necesitan que las azucen. Al contrario, aportó ideas innovadoras, como el concurso de cerveza. Era tan simple como que el que bebiera más cervezas no pagaba ninguna. La primera vez que lo organizaron casi se quedaron sin existencias. Aunque, bien mirado, si al final hubieran cambiado las cervezas por pis espumoso, nadie se habría dado cuenta... Puede que el ganador no pagara nada, pero el resto de participantes sí lo hacía, y prácticamente vendían la misma cerveza que en todo un mes. Luego los enviaban a todos a casa cogiditos de una cuerda para que no se perdieran y listo.

También se le ocurrió que los días de partido, que convertían el bar en un caos, todas las consumiciones se pagaran por adelantado. Así evitaban que algunos gorriones salieran de estampida haciendo un *simpa* nada más terminar el fútbol.

Más tarde quiso abrir una especie de buzón de sugerencias para montar eventos, como traer un grupo de jazz, o montar una timba de póker... Lo que fuera. Después de eliminar cosas rarunas como concursos de escupitajos, ponían las sugerencias en una pizarra y todo el mundo escogía la que más le gustaba. Las opciones más votadas eran las que llevaban a cabo, siempre que fuera posible. Incluso un día trajeron dos strippers, un hombre y una mujer, que se pasearon entre las mesas haciendo babear al personal. Con todas aquellas innovaciones, las ventas se dispararon y Gaby no tenía suficiente pedestal para poner a su camarera. El tranquilo bar de Gaby se convirtió en el más popular del barrio en poco tiempo.

- Estoy pensando en hacerle una oferta al dueño del local de al lado, esto se nos queda pequeño...- dijo Gaby un día, aprovechando que el bar estaba bastante tranquilo.

Lúa miró a su alrededor. Era verdad que el bar no era muy grande, pero le daba miedo que perdiera su personalidad si lo convertían en un macrolocal. Bueno, un macrolocal tampoco, ni que fuera un hombre pensando en su pepino... un local más grande.

- No sé, no lo veo claro... Así es tan acogedor...- dijo con cariño. Luego se giró hacia uno de los clientes habituales- ¿A ti qué te parece?

Las dos miraron al chico que se estaba tomando una tónica en la barra. Era moreno, de tez clara, y

tenía algunas pecas sobre la nariz. Las gafas de pasta que llevaba le daban un aire de intelectual. Se llamaba Bruno.

- A mí me gusta así. Pero los cambios siempre cuestan un poco al principio y luego la gente se acostumbra.

- Yo creo que cuando te tienes que acostumbrar a algo, es que no te gusta- apostilló Lúa, señalando a Bruno.

Gaby se encogió de hombros.

- Si tú no lo ves claro, no se hace. Tienes visión para esto, chica.

- No, no, el negocio es tuyo- Lúa agitó las manos ante ella-. Haz lo que consideres.

- Esa es otra... Me gustaría que fuéramos socias. Tú has hecho despegar este bar y estamos ganando dinero por un tubo. ¿Qué me dices?

Silencio.

- Pero yo no tengo dinero para comprarte la mitad del negocio, Gaby...

- Podemos hacer una cosa: tú eres mi socia y yo me quedo una parte de tus ganancias hasta que me hayas pagado tu parte del bar. Aun así, ganarías más que ahora, el bar va de puta madre. ¿Qué me dices?

Lúa desvió la mirada. Aquello supondría abandonar definitivamente sus esperanzas de trabajar como arquitecta. Hacer bloques de pisos de cuarenta metros cuadrados donde hacinar familias, proyectar un edificio torcido que se convirtiera en el símbolo de la ciudad, ser algún día responsable de un derrumbe... era su sueño.

Al ver que el silencio amenazaba con devorar el continuo espacio-tiempo, Bruno intervino:

- La tónica lleva quinina, ¿lo sabíais? Es un antibiótico...- sus palabras murieron solas y abandonadas en el vacío cósmico.

- No hace falta que me digas nada ahora mismo, piénsatelo- dijo Gaby al ver la cara de su amiga.

Lúa se fue a casa pensativa. Gaby era un ángel al ofrecerle aquella oportunidad. No tendría por qué hacerlo, le estaba cediendo la mitad de sus ingresos porque sí. ¿Quién hacía algo así hoy en día? ¿Se estaría Gaby drogando también? ¿Se habría pasado con el tinte rubio? La verdad es que detrás de esa fachada de mujer dura, era más buena que mojar pan en un huevo frito... No quería desairarla, pero tampoco podía olvidar que había invertido cuatro largos años de su vida estudiando una carrera. Pensó en cómo sería su vida si trabajara de lo suyo y lo comparó con lo que estaba haciendo ahora. Se imaginó en un despacho, ultimando los planos de un edificio de viviendas en el ordenador. Lo más parecido a la arquitectura que hacía ahora era apilar vasos. Uno de cada diez, con lapo dentro.

Lúa llegó a su portería y subió hasta el ático mientras le daba vueltas a la cabeza. Cuando iba por

la mitad se cruzó con Sebas.

- ¡Sebas! ¿Adónde vas?- le preguntó.

- Salgo a tomar unas cervezas con mis amigos. Te diría que te vinieras, pero entre que no te caen bien y que estarás hecha polvo...- había una vaga invitación en su mirada, pero ella declinó el ofrecimiento con un gesto cansado.

- Prefiero quedarme en casa. Hay algo que quiero comentarte, ¿por qué no te quedas conmigo y te cuento?

- Venga, Lúa, no voy a drogarme, solo son unas cervezas...

Lúa le atravesó con esa mirada de “sé exactamente lo que pasa por tu cabeza”, aunque más allá de un poco de caspa, no tenía ni idea.

- Bueno, ya hablaremos mañana- se rindió ella.

Sebas le dio un beso en la mejilla.

- Vale, hasta mañana.

- ¡Y no hagas tonterías!- gritó Lúa mientras le veía bajar las escaleras a toda velocidad.

Al entrar en casa se encontró con Dani, que se disponía a cenar. Habían pasado tres meses desde su cumpleaños y, bueno, al principio había estado muy distante con él, pero poco a poco todo se había ido normalizando. Ahora la situación volvía a ser relajada. Un día, incluso Dani le había pedido a Lúa que le cortara el pelo, cosa que hizo con bastante destreza. Bueno, en realidad le había hecho un trasquilón nada más empezar, pero luego lo había arreglado cortando un poco más de lo que tenía en mente y él no se había dado ni cuenta. ¡Tachán!

- Hola, Dani.

- Hola, guapa. Me he pasado un poco con la cena y me ha sobrado un plato, ¿te apetece?

Muchos días le decía eso, pero Lúa sabía que lo hacía para que ella no tuviera que hacerse la cena tan tarde.

- Gracias... ¿Con qué me vas a deleitar esta noche?

- Arroz a la cubana- dijo él con orgullo.

Su repertorio culinario había mejorado bastante gracias a Lúa, que le había estado enseñando un par de cosillas básicas a las que podía sacarle bastante partido con un poco de imaginación. Eso no podía aplicarse al arroz a la cubana, pero había que darle un voto de confianza al chaval, ¿no?

- ¿Con huevo frito?

- Oye, no te pases...

Lúa se echó a reír.

- Me doy un duchazo rápido y vengo.

Lúa tardó diez minutos en ducharse y apareció en la cocina con el pelo mojado. Con el calor que hacía, le iba de perlas. Dani la estaba esperando para cenar.

- ¿Quieres un huevo frito en el arroz? Yo me voy a hacer uno, no me cuesta nada.

A Dani se le iluminó la cara.

- ¿Lo harías?

Dani era a los huevos fritos lo que un picapedrero, a los huevos de Fabergé.

- Lo voy a hacer, que no es lo mismo.

Después de cenar, Lúa se dejó caer en el sofá como una piedra que cae sobre el lecho de un río y pone cualquier cosa en Escamas TV. Se descalzó y comenzó a masajearse un pie distraídamente. Se le estaban haciendo unos callos que podrían servir de tapa en el bar... Dani se sentó a su lado y vieron una peli juntos. Luego jugaron a cartas y, tras un duro enfrentamiento, Lúa terminó con todas las fichas, condenando a Dani a fregar los platos toda la semana.

- Casi me das penita...- dijo ella tratando de contener la risa.

- ¡No tiene gracia, estás haciendo trampas!- se quejó Dani mientras la señalaba con el dedo.

- Que mal perder tienen algunos... Si quieres te lo cambio por otra cosa más fácil, para que veas que soy buena.

Dani puso cara desconfiada.

- A ver, ¿qué?

- Toca la guitarra un ratito para mí.

Él comenzó a recoger las fichas y ordenarlas por colores.

- Ya fregaré los platos.

- Joder, ¿por qué no quieres tocar la guitarra?- exclamó ella, irguiéndose- ¿Es que me va a estallar la cabeza si te oigo?

- Es una cosa muy personal y...- comenzó él.

Personal... ¡Para ella sí que era algo personal! Escucharle tocar la guitarra se había convertido en su proyecto de final de parvulario. Que sí, que sí, que era una chorrada, ya lo sabía... Lúa espantó de un manotazo al jodido angelito que tocaba el arpa sobre su hombro y la sermoneaba como si fuera su madre.

- No me vengas con historias. A tus ligues de una noche les tocas canciones, que te he oído. ¿Qué tiene eso de personal?

- Bueno, me he acostado con ellas.

Touché.

- Ah, ¿y también te has acostado con Sebas, y con Toni?

Dani terminó de recoger el tapete y lo metió en la caja de lata. Se levantó de la mesa y fue a guardarla en silencio.

- Vale, muy bien...- dijo ella en voz baja cuando se quedó sola- ¡Pues vas a estar fregando platos hasta que sea delito!- le gritó, cruzada de brazos.

Lúa se levantó para ir a la cama y se lo encontró bloqueándole el paso en el pasillo.

- No estás enfadada, ¿verdad?- le preguntó.

- Debería estarlo, ¿o no?- la voz de Lúa indicaba que no demasiado.

- ¿Puedo compensarte de alguna manera?

Puedes estamparme contra la pared y robarme la virtud, la que me quede, so cabrón, pensó Lúa.

- No sé, ya pensaré en algo...- dijo ella, apartándole para poder ir a su habitación.

A la mañana siguiente estaba desayunando con Dani cuando sonó su móvil. Un número desconocido. Joder, ¿otra vez habían robado a Sebas?

- ¿Diga?

- ¿Con Lúa Gracia, por favor?

Lúa se extrañó. ¿Quién iba a llamarla un domingo por la mañana para venderle algo?

- Sí, soy yo. ¿Quién es?

- La llamo del hospital Clínico. Sebastián Gracia está ingresado y hemos encontrado un papel con su número de teléfono en la cartera.

- ¿Sebas?- Lúa se puso en pie de un salto, sobresaltando a Dani- ¿Qué le ha pasado?

- Ha sufrido un accidente de tráfico, le ha atropellado un coche.

- ¿Cómo está, está bien?

- Todavía no ha despertado.

- Pero, ¿despertará?- se hizo un silencio incómodo al otro lado de la línea- ¡Voy para allá!

Lúa colgó y salió corriendo de la cocina.

- ¿Qué pasa?- le preguntó Dani, asomado al pasillo.

- ¡Es Sebas, ha tenido un accidente!- dijo ella en voz alta mientras se metía en su cuarto para vestirse.

- ¿Cómo está?- preguntó él corriendo tras ella.

Dani encontró a Lúa echándose por los hombros un ligero vestido. Ella estaba demasiado trastornada para escandalizarse.

- Está inconsciente. Me voy al hospital Clínico.

- Voy contigo.

Cuando Lúa entró en la habitación y vio a Sebas inconsciente, enchufado a un respirador, estalló en violentos sollozos y corrió junto a él. Dani fue tras ella, la abrazó y la consoló lo mejor que supo, los dos tratando de asimilar la situación. Una doctora estaba haciendo unas comprobaciones al otro lado de la camilla, inclinada sobre Sebas, y cuando les vio entrar se acercó a ellos.

- Hola, soy la doctora Lourdes de Pedro. ¿Eres Lúa Gracia?

Ella asintió, aferrada a Dani con una mano y a Sebas con la otra.

- ¿Eres familiar de Sebastián?

Lúa volvió a asentir.

- Soy su...- tragó saliva con dificultad- su prima. ¿Cómo está?

La doctora terminó de anotar algo en la carpeta que llevaba y la apoyó de punta contra su abdomen, reposando las manos en la otra punta como si fuera una bandeja. El sonido del respirador llenó el silencio hasta que, por fin, se dignó a hablar.

- Su estado es grave, Lúa, no te voy a engañar. Un coche se lo llevó por delante y sufrió un fuerte traumatismo craneal. Hemos conseguido estabilizar una hemorragia interna en la zona abdominal. Le ingresamos esta mañana a las siete y media y todavía no ha despertado. Aparte de eso, tiene cuatro costillas rotas, y fractura de tibia y peroné derechos. De momento no respira por sí mismo.

- Pero despertará, ¿no?- intervino Dani por primera vez.

La doctora miró a Sebas.

- Podría despertar ahora mismo, podría tardar tres días...

- ¿Podría no despertar?- preguntó Lúa con voz temblorosa.

La doctora sacudió la cabeza.

- Es pronto para sacar conclusiones. Hay algo más que debería comentarte, Lúa...- la doctora de Pedro miró a Dani como si sobrara.

- Puedes decir lo que sea delante de Dani, los tres vivimos juntos- dijo Lúa.

- Hemos encontrado unos niveles muy altos de estupefacientes en su sangre. Es fácil que el hecho de ir drogado haya sido un factor determinante en el accidente. Si llega a subir la dosis un poco

más...- la frase quedó colgada en el aire, pero estaba claro lo que quería decir.

Lúa se tapó la cara con las manos y Dani la estrechó un poco más fuerte.

- Es mi culpa...- dijo ella con la voz ahogada- No supe alejarlo de esa mierda. Esto me ha venido grande...

- Vamos, Lúa, has hecho lo que has podido para ayudarlo- la animó él.

- Si Sebastián experimenta algún cambio, lo que sea, apretad este botón y una enfermera vendrá en seguida- dijo la doctora a modo de despedida, y se marchó.

Lúa se rehízo un poco y se soltó de Dani.

- Sebas...- le dijo con voz muy suave mientras se inclinaba sobre él y le acariciaba el cabello- Mi niño, vas a ponerte bien. Te has llevado un buen golpe, ¿eh?- le salió una carcajada teñida de llanto- Pero tú tienes la cabeza muy dura, que yo lo sé. ¿Te acuerdas del cabezazo que le diste a la puerta del lavabo en el bar aquel al que íbamos en Lleida? Nunca había visto nada igual, le hiciste un buen bollo. Además, para aguantarme a mí tienes que tener una buena cabezota...

Lúa apoyó la cara contra su brazo y lloró quedamente. El mismo brazo del que salía un cable hacia un gotero que iba metiendo algo de vida en su cuerpo, poco a poco.

La persiana de la habitación estaba bajada tres cuartos y los rayos de sol entraban a través de sus agujeros como si los pasaran por un colador. Sebas estaba enchufado mediante una especie de pinza de plástico que le cogía un dedo a un aparato bastante grande que no dejaba de pitar y mostrar sus constantes vitales en una pantalla de fondo negro. Excepto la de la ventana, todas las paredes eran de cristal a partir de un metro para arriba. Si uno miraba en cualquier dirección podía ver enfermeras yendo y viniendo de forma aparentemente caótica y personas con muy mal aspecto tendidas en camas. El pobre Sebas, con sus ojeras y su aparatoso vendaje alrededor de la cabeza, no desentonaba nada allí. Estaba cubierto por una sábana, pero debajo se intuían más vendajes en el torso y en la pierna derecha. Ya apuntaba maneras, pero definitivamente se había convertido en un capullo, en el sentido literal de la palabra.

Lúa y Dani se quedaron todo el día, hasta que se terminó el horario de visitas. Lúa no quería salir ni para comer algo, y Dani tuvo que obligarla a bajar un bar a comerse un bocadillo por lo menos, pero apenas probó bocado. La chica lo pasó especialmente mal cuando tuvo que llamar a la familia. Sus tíos, los padres de Sebas, se preocuparon muchísimo y prometieron bajar en coche lo antes posible. También avisó a sus propios padres, que le dijeron lo mismo. Lúa había hecho un gran esfuerzo por no llorar mientras hablaba por teléfono para no alarmarles más de lo necesario, pero en mitad de la conversación se desmoronó y comenzó a sollozar, poniendo a su tía más nerviosa de lo que ya estaba. Cuando colgó, apoyó la frente en las palmas de sus manos.

- Lo he hecho como el culo...- dijo en voz baja.

- La noticia que les has dado es lo suficientemente dura como para que se lo tomen mal, se lo digas como se lo digas.

Ella asintió sin mirarle. Luego llamó a Gaby, con tanto lío no había ido a trabajar y ni siquiera la

había llamado. Ella le dijo que se tomara todo el tiempo que necesitara y le dio muchos ánimos. Qué cielo de mujer.

Los padres de Sebas se presentaron a media tarde, y después de hablar con Lúa entraron a verle. En la UCI no podían entrar tantas personas a la vez, así que Lúa y Dani se quedaron fuera.

- Gracias por quedarte conmigo- le dijo ella, agradecida, mientras se tomaban un café en la cafetería del hospital.

Las mesas estaban llenas de dramas personales, de preocupaciones y de llantos. También había personal médico aquí y allá, se tomaban un café mientras bromeaban. El contraste era brutal.

- Sebas también es mi amigo, me quedo porque me importa.

Tal vez no lo dijo con mala intención, pero Lúa se sintió como si ella no le importara una mierda. Durante unos segundos fue incapaz de pensar otra cosa que no fueran insultos. Dani debió de darse cuenta de que había metido la pata porque se levantó y se sentó a su lado, abrazándola una vez más.

- También me quedo por ti, Lúa.

Ella no terminó de creérselo. Se deshizo del abrazo de Dani y se concentró en su taza.

Lúa se fue a cenar con los padres de Sebas y los suyos, que llegaron a última hora y no pudieron ver a su sobrino. Sebas todavía no había despertado. Dani se marchó a casa, no le correspondía ir a aquella reunión familiar. No fue una cena muy agradable, hubo llantos y recriminaciones. La doctora de Pedro les había contado a los padres de Sebas lo de las drogas, y entre ellos y sus padres, sometieron a Lúa a un interrogatorio. Su madre le preguntó si ella también estaba tomando algo, y por más que ella juró y perjuró que no se drogaba, no la creyó.

- Mamá, podrías confiar un poco más en mí, para variar- dijo Lúa, ya sin fuerzas.

- ¿Cómo voy a confiar? ¡Mira lo que le ha pasado a tu primo! ¡Es tu primo mayor! ¿Quién era el chico que iba contigo antes? No me gusta ni un pelo...

Lúa se levantó de la mesa. No tenía por qué aguantar aquello, se suponía que la familia estaba para apoyarse, no para machacarse entre sí.

- Nos veremos mañana en el hospital.

Se marchó sin siquiera ofrecerles pasar la noche en su casa. Sabía de sobras que habrían cogido una habitación de hotel, pero en todo caso no quería dormir bajo el mismo techo que ellos.

Cuando llegó a casa la encontró oscura y silenciosa. Lúa se encerró en su cuarto y lloró sobre su cama por enésima vez, pero esta vez era por algo grave de verdad. Le asaltaron recuerdos con Sebas, recuerdos de las broncas que le había metido, de las veces que había discutido con él... Ahora se arrepentía tanto de todo... Después de haberse pasado todo el día llorando creía que ya no le quedarían lágrimas, pero estaba equivocada. Era como un dromedario de las lágrimas, tenía unas reservas que le permitirían atravesar el desierto del Sáhara sin parar de llorar a moco tendido. Trató de no hacer mucho ruido por si Dani estaba en su habitación, pero el silencio duró

bien poco. Toda la cama temblaba con sus sollozos y era incapaz de controlarse.

Lúa sintió una mano sobre su hombro y se giró sorprendida.

- Lúa...- Dani se echó a su lado y la abrazó fuertemente- No llores más, preciosa. Sebas se va a poner bien, ya lo verás...

- Si le pasa algo, me muero...

- Shh... Todo saldrá bien.

Dani le acarició el pelo y la espalda, y Lúa se sintió más cerca de él que nunca. Sus caras estaba tan cerca que casi se tocaban. Él olía a jabón, a limpio. Le necesitaba tanto... Ella sollozó y sus labios se rozaron sin querer. Dani se separó de ella como si fuera venenosa y la miró desde cierta distancia. Luego se incorporó y la acarició una última vez.

- Duérmete, anda- le dijo, y se marchó dejándola sola y desolada.

¿Qué había hecho mal? Solo una cosa: gustarle a Dani tanto como una patada en los cataplines. Lúa se dio de cabezazos contra el colchón mientras lloraba, sus sentimientos por él se mezclaban con su preocupación por su primo y la hacían sentir culpable por no centrar toda su atención en Sebas. Nadie volvió a abrir la puerta de su habitación.

Los siguientes dos días fueron un verdadero calvario. Lúa se pasaba el día en el hospital con su familia, que no dejaba de acosarla con recriminaciones y acusaciones estúpidas. Ella solo quería hacerle compañía a Sebas, decirle que se iba a poner bien... Pero no despertaba. El tercer día le quitaron el respirador y le trasladaron a una habitación normal. Estaba estable, pero los médicos dejaron de hablar de inconsciencia y comenzaron a hablar de coma. Sebitas estaba en coma... Dani iba a verle de vez en cuando, pero solo se quedaba un ratito y se marchaba. No quería estar en medio del drama lacrimógeno de la familia de Sebas. Gaby también se acercó al hospital varias veces, más para dar soporte a su amiga que otra cosa, porque en seguida vio que su familia era lo más parecido a las termitas.

Por suerte para Lúa, el tercer día por la tarde sus padres y sus tíos volvieron a Lleida. Le dijeron que irían bajando a Barcelona cada día para ver a Sebas, pero no podían estar fuera de casa más tiempo. La abuela paterna de Lúa se había quedado sola y les daba miedo que pudiera pasarle algo y no estar cerca para socorrerla.

Cuando se quedó sola respiró tranquila, aunque estuviera mal pensarlo siquiera. ¡Pues lo pensaba! Ahora que estaba en planta, no había restricciones de horario, y Lúa se quedó a dormir en el hospital, al lado de Sebas. Al día siguiente no se separó de él en ningún momento. Los médicos no le daban ninguna noticia alentadora, su primo no estaba mejorando, y las enfermeras comenzaron a preocuparse por ella. Lúa no salió a comer en todo el día, solo dejó un momento a Sebas para ir a comprar una botella de agua en la máquina expendedora del pasillo, aprovechando que estaban sus tíos con él. La nueva habitación era un poco mejor que la otra. Al menos no estaba llena de aquellos horribles aparatos que pitaban todo el rato como una nave espacial sesentera. A los pies de la cama había una mesita auxiliar y en la pared había una tele antigua, de las que todavía tenían

culo, fijada a la pared. Lúa dormía a ratos en un sofá de cuero negro resquebrajado que se ponía incandescente cuando el sol le daba mucho rato, y cuando no dormía hablaba con Sebas, le contaba tonterías, le ponía la tele... Cualquier cosa que pudiera estimularle un poco. Dani apareció al día siguiente por la tarde, preocupado porque Lúa no había ido a dormir a casa las dos últimas noches, y la encontró muy desmejorada. Tenía profundas ojeras y la cara demacrada.

- ¿Cuánto hace que no comes?- le preguntó, y Lúa se encogió de hombros- ¿Por qué no vienes a casa y te preparo algo?

- No, me quedo aquí- dijo ella-. No quiero que Sebas se despierte y esté solo.

Dani se marchó sin despedirse. Joder, qué maleducado. Lúa se sentó al lado de Sebas y le puso verde.

- Cuanta razón tenías, Sebitas, ese tío no me conviene nada. Pasa de mí, se limita a conseguir polvos de una noche con puticentas. ¿No se da cuenta de que me está haciendo daño?- Lúa se encogió de hombros- Bueno, a él la suda, claro. Tú me lo advertiste, debería haberte hecho caso. Tú eres el único hombre en mi vida que vale la pena. No irás a dejarme sola, ¿verdad? Más te vale que no, porque me enfadaría de verdad contigo.

Dani volvió al cabo de una hora con unas bolsas.

- ¿Qué haces aquí otra vez?- le preguntó ella sin interés.

Dani dejó las bolsas sobre la mesita auxiliar.

- Te he traído algo de ropa para que te cambies, y un peine, gel, champú y el acondicionador que usas. También te he traído comida china, espero que te guste.

Lúa se levantó a ver ella misma el contenido de las bolsas. ¿Por qué tenía que hacer algo extraordinario cuando ya no esperaba nada de él? ¡Hijo de...!

- Gracias...- dijo mirando el interior de las bolsas.

Lúa cogió unas braguitas y se puso roja.

- ¿Has estado toqueteando mi ropa interior?

- Bueno, he cogido lo primero que he pillado...- dijo él, un poco incómodo. Al ver la mirada de ella frunció el ceño- Oye, no me he estado probando tus combinaciones, si es eso lo que te preocupa.

Lúa sacó tres cajitas de comida china, unos palillos y una botella de agua. En otra bolsa encontró una tarrina de helado.

- Aquí hay demasiada comida para mí sola, ¿quieres compartirla conmigo?

- Es que solo hay un juego de palillos- comentó él.

- Le pediremos un tenedor a una enfermera.

Lúa salió un momento a pedir un tenedor y se sentó en el sofá con la mesita auxiliar delante. Al abrir las cajas de comida se dio cuenta del hambre que tenía.

- Comienza a comer, cuando me traigan el tenedor picaré alguna cosa.

No tuvo que repetírselo dos veces. Lúa comenzó a devorar la comida como si no hubiera probado nada en un mes.

- Está muy bueno...- dijo mientras masticaba con dificultad- Mira, prueba esto.

Lúa cogió un pedacito de carne con salsa con los palillos y se lo acercó a Dani, que estiró el cuello para comérselo.

- Sí, está muy bueno.

Ella se lo quedó mirando.

- Creía que te habías pirado sin despedirte...

- Vaya, menudo concepto tienes de mí- comentó él.

Lúa miró a Sebas.

- No quiero que esté solo cuando se despierte, pero los médicos me han dicho que podría quedarse así... mucho tiempo.

- Creo que deberías volver a trabajar, Lúa, te distraerá y cuando estés aquí tendrás cosas nuevas que contarle a Sebas.

Ella asintió, ausente. Una enfermera apareció con un juego de cubiertos envuelto en una servilleta y entre los dos dieron cuenta de toda la comida.

- ¿Cuánto hace que no sales de esta habitación?

- Acabo de salir ahora mismo, a por tu tenedor.

- Ya me entiendes...

Lúa se encogió de hombros.

- No he salido para nada.

Dani se levantó y tiró de ella para que se levantara también.

- Ven conmigo.

Ella miró a Sebas con reticencia.

- Es que...

- Vamos, solo será un ratito, para que te dé el aire.

Dani la llevó por los pasillos del hospital, subieron unas escaleras y al final salieron por una

puerta que daba a una amplia terraza. No había nadie. Lúa se acercó a la barandilla y miró los edificios a su alrededor, como los árboles grisáceos de un bosque de cemento. Dani se le acercó por detrás y le rodeó la cintura con los brazos.

- No quiero que te consumas aquí dentro- le dijo con la cara enterrada entre sus rizos y los ojos cerrados.

Ella se quedó tan sorprendida por aquel gesto que no se atrevió a moverse, como si él fuera un pajarillo que se hubiera posado sobre su hombro y cualquier movimiento pudiera asustarlo. Le encantaba tenerle tan cerca, sentir su calor... ¿Por qué estaba haciendo eso ahora? Al final se dio la vuelta para verle la cara.

- No voy a consumirme, ¿no sabes que mala hierba nunca muere?- le dijo echándole los brazos al cuello con una sonrisa.

- Entonces eres inmortal.

Dani estaba más raro... Volvió a hundir la cara en el cuello de Lúa y se quedó así un rato.

- ¿Va todo bien, Dani?- preguntó ella al fin.

- No me gusta verte así. Estás tan apagada...

Dani se separó un poco y la miró a los ojos. Parecía que fuera a besarla, pero Lúa ya se conocía el cuento, así que se separó de él.

- Volvamos con Sebas... No me gusta que esté solo- dijo volviendo a la puerta.

Lúa volvió a trabajar, pero se notaba que estaba ausente. Casi no contestaba a las bromas de los habituales y cuando le preguntaron a Gaby qué le pasaba, les dijo que tenía un familiar ingresado en el hospital. Todos trataron de darle ánimos a la chica, pero eso casi la agobió más y les pidió por favor que no hablaran de ello. Cuando salía del bar pasaba por casa a ducharse, cogía una muda de ropa y se marchaba al hospital, a pasar la noche junto a su primo. Directamente, sin pasar por la casilla de salida. Por la mañana se levantaba con la sensación de haber dormido sobre un pedregal y hacía compañía a Sebas hasta que se le hacía la hora de ir a trabajar. No hacía otra cosa que ir del bar al hospital y del hospital al bar.

Dani no la vio en toda la semana, incluso la llamó para saber de ella. Lúa le explicó lo que estaba haciendo y él le dijo que por lo menos pasara a dormir por casa alguna noche, pero fue en vano. El sábado por la mañana Dani se levantó y la encontró limpiando el baño.

- ¿Qué haces?- preguntó sorprendido.

Lúa le miró sin dejar de trabajar. Tenía ojeras y en general su rostro se veía apagado como una tele en una isla desierta.

- Esta semana le toca a Sebas limpiar el baño, así que lo hago yo en su lugar.

- Déjalo estar, ya lo haré yo. Vete a dormir, ¿quieres?

- No puedo, luego tengo que ir al hospital- dijo ella sin mirarle.

Dani la cogió de la mano y le arrebató el estropajo empapado de antical de la mano.

- Anda, ven conmigo. Yo iré al hospital esta mañana.

La llevó de la mano a su cuarto y la hizo tenderse en la cama.

- Quiero que duermas hasta que se te quiten esas ojeras que me llevas. Si Sebas se despierta y te ve así, se va a morir del susto.

Ella sonrió a su pesar.

- Vaya, tú sí que sabes hacer que una chica se sienta guapa- dijo mientras se ponía de lado, de cara a él.

- ¿Quieres que te tape?

- No, así está bien. Hace calor.

- Te abriré la ventana.

Dani se inclinó por encima de ella y abrió la ventana. Luego le pasó una mano por el cabello y se marchó. Lúa ya se había dormido.

Lúa se despertó en medio de la noche. Estaba desorientada y tardó unos segundos en recordar dónde estaba. El hospital. Sebas llevaba tres semanas en coma y ella estaba hecha polvo. La había despertado un ruido, alguna enfermera del turno de noche pasando por el pasillo con el carrito de las medicaciones, o un asesino en serie tratando de arrancar su motosierra...

Un suspiro la hizo ponerse en pie de un salto. Se inclinó sobre Sebas con los ojos como platos y vio que se movía ligeramente.

- Sebas...- susurró mientras le acariciaba el pelo con suavidad, casi con miedo.

Él abrió los ojos y la miró como si acabara de despertarse de la siesta. Ya no llevaba aquel vendaje aparatoso y casi parecía que todo había sido un mal sueño.

- ¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí?- Sebas miró a su alrededor desorientado- ¿Dónde estoy?

Lúa se le tiró al cuello y rompió a llorar.

- ¡Sebas, cuánto te he echado de menos!- le abrazó tan fuerte que él se quejó de que le hacía daño- Perdona, perdona- dijo separándose un poco.

- ¿Qué ha pasado, por qué estás así? ¿Estoy en un hospital?- su última pregunta tenía un deje de incredulidad, pero las sábanas con el nombre del centro bordado contestaron por su prima.

Ella asintió.

- Tuviste un accidente de tráfico y has estado en coma tres semanas. Menudo susto me has dado... Joder, Sebitas, ibas drogado hasta las cejas. Te podías haber muerto, ¿sabes?

La chica no pudo evitar volver a abrazarle mientras él trataba de asimilar toda la información que acababa de darle.

- ¿He estado tres semanas en coma?- repitió con incredulidad.

- Sí, y tus padres están hechos polvo. Por cierto, me han estado machacando a saco por el tema de la droga, los médicos se lo contaron- Sebas se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el cabello rápidamente, como despidiéndose de él. Porque cuando viera a su padre se le iba a caer el pelo, seguro-. Casi te sale más a cuenta volver a caer en coma que enfrentarte a ellos, tío.

- No me jodas, no me jodas...

Lúa se levantó.

- Oye, voy a avisar a alguien para que vengan a verte- se inclinó y le dio un beso en la mejilla-. Me alegro de que vuelvas a estar conmigo.

Volvió a darle un beso, se incorporó y salió rápidamente de la habitación. El pasillo estaba desierto, debían de ser las tres de la mañana o así. Lúa se acercó corriendo hasta la recepción y se encontró a una enfermera con cara de aburrirse como una ostra leyendo una revista de cine.

- ¡Mariela, Sebas se ha despertado!

Mariela levantó la vista de la revista de golpe, como si la hubiera despertado, y su cara pasó del aburrimiento a la alegría en un microsegundo.

- ¿De verdad? ¡Vamos a verle!

Mariela llamó un momento por teléfono para que se acercara el médico de guardia y fue con Lúa a la habitación.

- ¡Sebas!- le saludó alegremente cuando le vio sentado en la cama.

Él la miró un poco cohibido, no tenía ni idea de quién era. Es más, cuando vio aquella mole vestida de blanco acercarse a él tan rápido se encogió un poco, por si le aplastaba.

Mariela frenó en el último momento e hizo algunas comprobaciones rutinarias de su estado mientras no dejaba de hablar como una cotorra.

- Claro, tú no te acuerdas de mí, pero llevo casi un mes cuidando de ti. Lo olvidado, ni agradecido, ni pagado... Tienes que saber que Lúa ha estado aquí todas las noches durmiendo en ese potro de tortura- señaló el sofá-. Tienes mucha suerte de que alguien se preocupe tanto por ti. A ver si vas con más cuidado- le recriminó con la mirada mientras le tomaba el pulso-. Ahora viene el doctor y te dará un repaso.

Sebas miró a Lúa mientras Mariela le tomaba la tensión.

- ¿Qué clase de repaso? Oye, dile al doctor ese que yo soy hetero...

Ella se echó a reír.

- Por lo que a mí respecta, estás como una rosa. Yo me voy a lo mío y os dejo solos para que podáis hablar. Hasta luego.

Mariela salió de la habitación bamboleando su trasero y Sebas respiró aliviado.

- Joder, qué estrés de mujer... ¿De verdad que has dormido aquí todo este tiempo?

- Claro, no iba a dejarte solo para que viniera alguna modelo a abusar de ti. También se han pasado Dani y Gaby. Y los de Lleida bajaron un día, también. Tus padres bajan dos veces por semana pero como vienen de día, no coincidimos.

Porque si coincidimos, mis escupitajos volarán hacia su cara como una bandada de golondrinas tan densa que tapaná la luz del sol, pensó.

- ¿Y mis amigos?- se interesó él.

Lúa torció el gesto.

- Mira, no sé si sabían lo del accidente, pero por aquí no han aparecido. Como tampoco tenía sus teléfonos, no les he podido llamar.

Él la miró con aire reprobador.

- A ver, podrías haberlos mirado en mi móvil...

Lúa frunció el ceño. ¡Y un huevo de pato!

- Si estás aquí es por su puta culpa, no quiero volver a verlos cerca de ti. Esta vez va en serio, Sebas, casi te quedas tieso de una sobredosis.

La puerta se abrió y entró un médico calvo con gafas, bajito y cara de buena persona.

- Hola, Sebas. Me han dicho que te has despertado, ¿es eso cierto?- bromeó. Luego miró a Lúa- ¿Podrías esperar fuera un minuto?

- Claro.

Ella salió al pasillo y aprovechó para llamar a sus tíos y a sus padres. Era una hora intempestiva, pero la noticia era lo suficientemente importante para despertarles. La madre de Sebas se echó a llorar de alivio al oír que su hijo había despertado. Lúa se paseó hasta la máquina de chucherías mientras hablaba por teléfono y compró una chocolatina. Para Sebas. Cuando colgó el teléfono oyó carreras por el pasillo de la planta. Vaya, algo le habría pasado a algún paciente. Lo que es la vida, pensó, unos se recuperan, otros se van a tomar por el papo... Mientras volvía a la habitación de su primo, vio que la puerta estaba abierta. Se oía mucho trájín dentro. Preocupada, aceleró el paso y se encontró con un montón de personal alrededor de Sebas, tratando de reanimarle. Él estaba inconsciente otra vez y, por cómo se afanaban todos, estaba muy mal. Lúa todavía pudo ver cómo un médico levantaba en el aire las típicas palas que tantas veces había visto en las películas cuando alguien tenía un ataque al corazón, justo antes de que una enfermera la viera plantada en el pasillo y corriera a cerrar la puerta. Lúa dejó caer la chocolatina al suelo y se llevó las manos a la cara, incapaz de reprimir las lágrimas. No podía ser, si hacía un minuto estaba bien. ¡No podía ser...!

Lúa no supo cuánto tiempo había pasado cuando la puerta volvió a abrirse, pero por las caras de los médicos dedujo que todo había terminado. Mariela se adelantó y le dio un abrazo de oso que le cortó la respiración. Lúa rompió a llorar desconsoladamente.

Los siguientes días fueron como una pesadilla de la que no podía despertar. Volver a llamar a sus tíos y a sus padres para decirles que Sebas había muerto. Ir a Lleida para el velatorio y el entierro. Todos sus amigos arropándola mientras ella no dejaba de llorar. La cara de su tía, que le recriminaba en silencio que le hubiera dado esperanzas para arrebatárselas al cabo de un momento. Dani y Gaby en un rincón de la sala, silenciosos... Apenas era capaz de distinguir las caras y las palabras eran murmullos sin sentido.

De repente, sin saber cómo ni por qué, volvía a estar en casa. Dani le preparó una manzanilla que ella miró con ojos ausentes. Le estaba diciendo algo.

- ¿...Azúcar?

Ella asintió levemente y Dani le puso una cucharada de azúcar. Luego se sentó a su lado y le cogió una mano. Volvió a decirle algo, pero ella no le oía. Pensó que debía de tener una cara horrible.

Todavía llevaba puesto el vestido negro del entierro. No recordaba haberse despedido de nadie, ni haber vuelto en tren. No recordaba a su madre suplicándole que volviera a Lleida.

- ¿Me estás escuchando?- le preguntó Dani.

Ella le miró por primera vez, casi sin reconocerle con aquel traje negro, la camisa blanca y la corbata oscura. Estiró las manos y comenzó a aflojarle el nudo de la corbata, hasta que lo deshizo y se la quitó. Luego miró su vestido y no soportó verse vestida así. Parecía una cucaracha. Se levantó y se fue al cuarto a cambiarse sin decir palabra. El vestido iba cogido a un lado con un lazo que ella deshizo de un tirón, y lo mismo hizo al otro lado, dejando que se abriera como si fuera una bata. Luego cogió una camiseta y un pantalón corto y se los puso. Cuando volvió a salir, se encontró con Dani en la puerta.

- ¿Estás bien?

Ella asintió y se echó a llorar.

La semana siguiente los padres de Sebas pasaron por el piso a recoger sus cosas. Lúa había entrado primero en su habitación y había hecho desaparecer las revistas guarras, la cachimba hecha con una botella de plástico y alguna cosilla más que ellos no comprenderían. También se quedó con varios objetos personales que consideró que debía guardar ella: algunas fotos, su diario, su camiseta de la suerte, un cerdito de goma...

Los padres de Sebas se encerraron en su cuarto, y ella y Dani les oyeron llorar a lágrima viva mientras empaquetaban sus cosas. Se quedaron a comer. Dani preparó alguna cosa y fue la comida más triste de su vida. Estuvieron recordando anécdotas de Sebas, recuerdos felices, de cuando eran pequeños y su abuela los perseguía, zapatilla en mano, porque habían hecho alguna trastada.

Los días se arrastraron penosamente hasta convertirse en semanas. Lúa volvió a ser ella misma poco a poco. En el bar todos notaron su cambio paulatino y respiraron aliviados cuando volvieron a oír sus melódicos gritos. Sus mejillas recuperaron el color y sus ojos volvieron a brillar, aunque a veces se le nublaban y se quedaba mirando al infinito.

- Me alegro de que hayas vuelto- le dijo un día Bruno al oírle darle un corte a un listillo que le había pedido el número de móvil.

- Siempre he estado aquí...- dijo ella, desconcertada.

- No- dijo él con seguridad-. Ahora estás aquí.

Lúa subió a tomar el sol un domingo por la mañana. Ya no hacía tanto calor, pero todavía se estaba bien al sol, así que se estiró sobre su toalla y puso el mp4 en marcha. Le estaba dando vueltas a su última idea para el bar, una maratón de pelis, o de series, o algo así. Se preguntó hasta qué punto algo así subiría las consumiciones o se limitaría a dejar a la gente anclada en sus mesas

durante horas con la misma coca-cola todo el rato. Se lo comentaría a Gaby, a ver qué pensaba. A lo mejor podían hacerlo un martes, o uno de esos días tontos que el bar estaba medio vacío. Al menos lo llenarían, ¿no?

Con el rabillo del ojo detectó un movimiento y al girar la cabeza descubrió a Dani, que la miraba estupefacto desde la puerta. Lúa gritó entre sorprendida y asustada y se levantó de un salto, cogiendo la toalla del suelo para cubrirse. Solo llevaba puesta la braguita del bikini. El mp4 saltó por los aires de felicidad.

- ¿Qué estás haciendo aquí?- le preguntó levantando la voz.

- ¡Joder, lo mismo podría preguntarte yo!- replicó él.

Ella se fijó en que llevaba su guitarra a la espalda.

- ¿Has subido a tocar?

- No...- dijo Dani con muy poca convicción.

Lúa cogió su camiseta y se la puso por encima de la toalla con más o menos problemas. Dio un tirón a la misma y la toalla cayó al suelo. Después se puso los pantalones rápidamente.

- Bueno, pues nada, tú me ves las tetas, pero yo no puedo escucharte tocar porque es *muy íntimo*- hizo unas comillas imaginarias con las manos al decir esto último.

- ¿Me las hubieras enseñado voluntariamente?

Claro que sí, so memo.

- ¡Claro que no, so memo!- exclamó ella, indignada.

- Pues entonces estamos igual- dijo él, poniendo punto final a la discusión.

Lúa recogió la toalla del suelo y comenzó a enrollar el cable de los auriculares en torno al mp4, que todavía estaba convaleciente del golpe.

- Ya te dejo solo para que puedas *no tocar*...- dijo ella con retintín, y se marchó.

A la hora de comer se reunieron los dos en la mesa de la cocina ante un plato de pollo con verduras. Comieron en silencio hasta que Dani dejó los cubiertos sobre el plato y miró a Lúa.

- Hay algo de lo que deberíamos hablar- dijo con cautela.

- ¿Qué?

- Tendríamos que ir pensando en alquilar la habitación que queda...

Lúa dejó de comer y le miró.

- La habitación *de Sebas*- recalcó de mala leche.

- Sebas ya no está y tendríamos que alquilar la habitación. Ha pasado un mes y medio.
- Bueno, pues olvidemos a Sebas y a la mierda con todo- Lúa dejó los cubiertos sobre el plato con más fuerza de la necesaria.

Dani se inclinó hacia delante apoyando los codos en la mesa.

- Mira, podemos empezar con algo más light, una conocida de un amigo mío necesita un lugar solo por quince días. Podríamos alquilarle la habitación. Es una manera de empezar sin tener que comprometernos. ¿Qué te parece?

Lúa aguijoneó el plato con el tenedor sin llegar a comer nada, aunque consiguió aterrorizar a las verduras. Al final, lo dejó a un lado y miró al infinito.

- ¿Acaso tengo opción?- dijo, rindiéndose.

- Gaby, por favor, pégame un tiro...

Lúa estaba pasando un trapo por la barra y Gaby lavaba un par de vasos. El bar estaba bastante tranquilo.

- En el fondo sabes que tiene razón, que hay que pasar página y seguir adelante. Es mejor que no conviertas esa habitación en un santuario, cuanto más tiempo pase sin que la ocupéis, más difícil te será aceptarlo.

Gaby tenía razón pero ver a una extraña durmiendo en la cama de Sebas le parecía una especie de sacrilegio.

- Además, ¿ahora por qué quiere meter a otra tía en casa, si le costó Dios y ayuda aceptarme a mí?

- Lúa...- Gaby le puso una mano en el hombro- Igual lo hace por ti, para que te sientas más a gusto. Estás rabiosa y ahora todo te parece mal. Trata de relajarte un poco.

- Gaby tiene razón- intervino Bruno.

- *Gaby tiene razón*- repitió Lúa con voz de falsete, ridiculizándole-. Métete en tus asuntos, Bruno.

- Solo intento echarle una mano- replicó él-. Últimamente te quejas por todo, y me estaba preguntando si es que te estás haciendo vieja o te ha salido una úlcera.

- Es verdad, se te va a poner cara de vinagre- intervino un viejo sentado al lado.

El abuelo soltó una carcajada y se escondió tras el periódico que tenía delante.

Gaby enarcó las cejas y desvió la vista mientras soplabla y se le hinchaban los carrillos. Lúa iba a matarles.

Pero no fue así. Lúa se apoyó sobre los codos delante de Bruno y le miró con tristeza.

- ¿Es así como me ves?

Seguramente no era la reacción que Bruno esperaba, porque se removió en el taburete, incómodo. Cogió una servilleta de papel y comenzó a doblarla cuidadosamente, por hacer algo con las manos.

- Tú eres una tía muy alegre, Lúa, pero últimamente, sí, estás muy cascarrabias. ¿Dónde te has dejado el buen humor?

Lúa ladeó la cabeza y miró a Gaby.

- ¿Tú piensas lo mismo?

Gaby asintió lentamente, con cautela. La chica hundió la cabeza sobre los hombros, dejando un barullo rizado sobre la barra.

- Qué desastre...

- Mira, tal vez no sirva de mucho pero...- Bruno le tocó la mano y cuando ella levantó la cara se encontró con una florecita de papel.

La había hecho con la servilleta. Lúa le dedicó a Bruno una sonrisa radiante.

- Eres un encanto.

- ¿Sí? Díselo al mundo- Bruno señaló a la calle-, a ver si me sale novia.

Lúa se rio.

- A mí no me mires, yo no salgo con clientes, pero se lo diré a todas las chicas guapas.

- Cóbrate, anda.

Bruno se sacó un billete de la cartera y Lúa le cobró la tónica. Él le dejó de propina más de lo que costaba la consumición.

- Ya te falta menos para la casa en la montaña- le dijo guiñándole un ojo.

- Un chico así te iría bien- comentó Gaby cuando se marchó.

- Es muy joven para mí...

- Qué va, si tiene veintiocho años, que me lo dijo un día. Trabaja en una editorial.

- Va, va, no me líes, que bastante liada estoy ya- Lúa cogió el trapo y terminó de pasarlo por la barra.

- Es mono...- dijo Gaby, como para justificarse.

Bruno tenía razón, tenía que ser más positiva. Lúa se fue a casa tarareando una canción y subió las escaleras hasta casa de dos en dos. Si hacía las cosas que solía hacer cuando estaba contenta, volvería a sentirse más feliz. Esa era su teoría.

Dani había preparado la cena y la estaba esperando.

- Hola, Lúa...- dijo desde la silla de la cocina.

Una fuente de cous-cous y otra con ensalada la estaban esperando en el centro de la mesa.

- Mmm, qué buena pinta tiene eso...- Lúa abrazó a Dani por detrás y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Luego se sentó a cenar ante la mirada sorprendida de su compañero de piso.

- ¿Y eso...?

- Nada, me han echado bronca- dijo Lúa mientras se servía una generosa ración de cous-cous-. ¿Cuándo has aprendido tú a hacer cous-cous?

- Lo busqué por internet y vi que era muy fácil. ¿Quién te ha echado bronca?

- Un cliente. No sabía que miraras recetas por internet, estás hecho un cocinillas...- ella inclinó la cabeza hasta que tocó en el hombro de Dani, solo un momento.

- Mira, me aburría... ¿Por qué te ha echado bronca? ¿Y por qué estás tan contenta?

- En pocas palabras, me ha dicho que me estaba convirtiendo en una amargada, y no pienso permitirlo. Se acabó el mal rollo, ¡Lúa ha vuelto!- levantó un puño hacia el techo como si fuera una estrella del rock.

- ¿Lúa ha vuelto? Pues dile a Lúa que esta mañana se ha dejado encendida la luz del baño.

- Lúa te envía saludos y te dice que la luz te la has dejado tú, listillo- Lúa se lo quedó mirando-. Joder, menuda espinilla te ha salido en la frente...

Él se llevó la mano a la cara instintivamente.

- ¿Se ve mucho?

- Si fueras una chica siempre tendrías la opción de ir con las tetas al aire y nadie lo vería pero, sí, se ve mucho.

- ¿Esa era tu táctica? Me hubiera gustado verte en el instituto, en plena crisis de acné...- dijo Dani con sorna.

- ¿Para qué, si ya me has visto en la azotea?- replicó ella cínicamente- Ahora tengo más, nene.

Cuando terminaron de cenar, Dani se fue al sofá y Lúa al baño. Al poco apareció con unas gasas.

- ¿Y eso?- preguntó él.

- Para quitarte la espinilla, ¿para qué va a ser?

Lúa se sentó de rodillas al lado de Dani y aplicó los dedos envueltos en gasa. En la espinilla. Tuvo que pensárselo.

- A ver... Hostia, lo que cuesta...

- ¡Ay!- se quejó Dani.

- Espera, espera...- Lúa se sentó a horcajadas encima de él y se elevó por encima para tener una buena vista de la espinilla.

Mientras apretaba, Lúa sacó la lengua igual que hacen los niños pequeños cuando se esfuerzan en hacer alguna cosa laboriosa, como un macarrón de plastilina.

- Déjalo, Lúa- dijo Dani, incómodo.

- Un momento, que ya casi la tengo...- Lúa apretó un poco más y la espinilla salió junto con un hilillo blanco, como si fuera pasta de dientes saliendo del tubo- ¡Ya está! Qué bien te has portado, ¿a que no ha sido tan grave?

Lúa le dio un beso en la frente y luego le metió los dedos entre el pelo y lo estiró con delicadeza.

- Tendríamos que cortar este pelo pronto...

- ¡Quítate ya, coño!

Dani la apartó de un empujón y ella cayó al sofá de una forma desagradablemente familiar. Dani se puso en pie de un salto.

- ¡Joder, Lúa, que no quiero que me toques, ni que me quites granos, ni que me cortes el pelo, ni que nada! ¡Me pones enfermo!

Lúa le miró en silencio desde el sofá, como una niña pequeña a la que acaban de darle un buen rapapolvo. Estaba a punto de llorar. De hecho, si no se hubiera levantado y se hubiera ido corriendo a su habitación, él la habría oído sollozar. ¡Maldito anormal...!

A los pocos días llegó Priscila a casa. Era una chica de tez morena y acento andaluz, muy graciosa, ella. Lúa la recibió con dos besos y la ayudó a entrar las maletas. Dani la había ido a recoger a la estación y estaba terminando de subir bultos. Era increíble la de cosas que llevaba aquella chica para estar solo quince días.

- ¡Me encanta el piso!- exclamó Priscila cuando le enseñaron el lugar donde iba a vivir.

A Lúa le pareció que exageraba un poco, pero no le importó demasiado. Concretamente, le importó un pimiento. Se sentaron los tres en el sofá, con Priscila en medio, y la recién llegada les explicó su vida por capítulos. Versión extendida, con comentarios del director.

Priscila era de Cádiz y trabajaba haciendo de azafata en convenciones, es decir, que no tenía trabajo fijo. Le había salido una oportunidad para trabajar en Barcelona en un congreso médico, y cuando el amigo de Dani le había comentado la posibilidad de encontrar un alojamiento barato, no se lo había pensado dos veces.

- Y así, de paso, conozco Barcelona, que no había estado nunca. ¡Es como si me pagaran por venir de vacaciones!- dio una palmada en el aire, encantada.

El congreso se celebraba en dos fines de semana consecutivos, así que podía aprovechar entre semana para hacer turismo. Lúa la observó mientras hablaba. Tenía unos ojos castaños muy bonitos y el cabello largo, negro y liso, recogido en una cola. Era bastante guapa, y alta, no le extrañaba que la hubieran cogido como azafata. Además, era muy graciosa. Tenía unas salidas que hacían reír a Dani y a Lúa, pero a esta última se le borró la sonrisa cuando la vio apoyar la mano en el pecho de su compañero de piso mientras le hacía una broma. Él no pareció molestarse en absoluto, pero a Lúa le hizo menos gracia que una patada en el cielo del paladar.

- ¿Vendríaís conmigo a dar una vuelta? ¡Me encantaría pasear por las ramblas!

- Claro- dijo Dani rápidamente.

- A mí no me apetece, id vosotros- dijo Lúa bajando la mirada.

Lo que no le apeteecía era ir a ninguna parte con Dani, no le hablaba desde lo del grano, y tampoco le apeteecía ver como aquella gaditana se lo ligaba delante de sus morros.

Por eso, la florecilla pocha de pétalos rizados se metió en su habitación y se conectó por internet con sus amigos de Lleida, que últimamente les tenía un poco abandonados.

Dani y Priscila volvieron de noche. Lúa había hecho cena para los tres, pero había terminado por cenar ella sola, harta de esperar, y el resto lo había metido en un *tupper* mientras se regodeaba en su desgracia, que eso siempre era entretenido. Estaba viendo una peli por la tele cuando les oyó

entrar entre risas ahogadas. ¿Por qué no había preparado un ariete colgado con cuerdas en el pasillo que los empotrara contra la pared nada más entrar? Sería que no había tenido tiempo...

Los recién llegados se dieron las buenas noches y una puerta se cerró. Luego Dani apareció en el comedor. Ella ni le miró.

- ¿Qué estás viendo?- preguntó él por darle algo de conversación.

No, lo que estaba haciendo era tantearla para ver si seguía enfadada, el muy cernícalo. Lúa no contestó. Se llevó un puñado demasiado grande de palomitas a la boca y las masticó como pudo, manteniendo la mano delante de la boca para que no se le cayera nada. Joder, Lúa, pensó, en los momentos clave eres más fina que la madre que te parió.

Dani se sentó a su lado y ella, que estaba estirada en el sofá, encogió las piernas como si fuera un escarabajo pelotero y no el culo del chico lo que estaba a punto de tocarla.

- ¿Me das una palomita?

Sí, sí, sí, ya conocía su *modus operandi*... Tenía varias preguntas con las que medía el grado de cabreo de Lúa. La de las palomitas era la segunda. Lúa no contestó. Cuando Dani alargó una mano hacia el bol ella le dio un manotazo, rápida como el rayo. Bruce Lee habría estado orgulloso.

- Joder, Lúa...

Ella dejó el bol en la mesita de centro y se sentó en el sofá.

- No, joder, *tú*. ¿Qué coño quieres, ahora? ¿Que no respire el mismo aire que tú? ¿Por qué no le dices a ella- señaló hacia las habitaciones- que no te toque? Ah, no, la leprosa es Lúa... Mira, si es que no sé ni por qué pierdo el tiempo hablando contigo, me da igual...

La chica se levantó y se fue a su habitación. Cuando había llegado a la puerta del comedor se lo pensó mejor y volvió a buscar su bol de palomitas. Dani acababa de coger una y se quedó congelado, con la palomita en la mano y el brazo todavía extendido. Ella puso el bol debajo.

- ¿Es que me dejas coger un puñado?- preguntó él.

- No, que me devuelvas la puta palomita. Vamos- le apremió con aire de teniente coronel cabreado.

Dani soltó la palomita y después de aquel momento ridículo, Lúa se fue a su cuarto.

Los días fueron pasando como una lenta tortura. Priscila era tan simpática, tan mona... Lúa la odiaba con todas sus fuerzas, y se imaginaba poniendo cal viva en su crema para la cara o rociando su ropa con un spray de lejía. Dani parecía estar encantado con ella, tan salada, tan flamenca, la cabrona, y se dejaba acariciar por la gaditana de mil formas distintas. Y delante de Lúa, para más inri. Pero la gota que colmó el vaso llegó un día que Gaby le dio fiesta por la tarde.

- El bar está muy tranquilo hoy, Lúa. Vete a casa y descansa un poco. Mañana es día de partido y te necesito al cien por cien.

- ¿Seguro que no te importa? Me sabe mal dejarte sola...

Gaby se echó a reír.

- Oye, llevo más de siete años en este local sola, no va a pasarme nada. Si tengo miedo encenderé la luz. Además, el otro día fui yo la que se largó para ir de compras, ¿recuerdas?

Recordaba, recordaba.

- Gracias, guapa.

Al salir, Lúa se cruzó con Bruno, que entraba en ese momento.

- Vaya, ¿te vas?- le preguntó él, perplejo- Creía que vivías ahí dentro...

Lúa se echó a reír.

- Una vez al año Gaby me deja salir a ver mundo. Luego vuelvo asustada suplicándole que me deje volver a entrar- se despidió de él con la mano mientras echaba a andar-. Sé bueno...

- Ser bueno está sobrevalorado- dijo él mientras entraba en el bar.

Lúa llegó a casa y pensó en darse una ducha rápida y salir a dar una vuelta por el barrio. Tal vez iría a mirar ropa. Cuando abrió la puerta de casa le llegó una melodía de guitarra. ¿Dani estaba tocando? Lúa avanzó por el pasillo y, sí, vio a Dani tocando flamenco con la guitarra, en el sofá. A su lado estaba Priscila, escuchándole mientras tocaba las palmas al compás. Lúa se quedó plantada en la puerta del comedor y, aunque no hizo ningún ruido, Dani debió de percibir una perturbación en la fuerza, porque dejó de tocar y se giró a mirarla. Los últimos acordes, deshilachados, se escaparon por la ventana. La cara del músico mostraba culpabilidad. Ya podía sentirse culpable, el muy cabrón. Él nunca había tocado para Lúa, siempre se había negado, era algo demasiado *personal*. En cambio, no tenía reparos en tocar para una tipa que se ligaba una noche y tampoco parecía tener problemas con Priscila. ¿O es que también se la había tirado?

Lúa se dio la vuelta y se marchó rápidamente. Detrás de ella oyó a Dani murmurar algo a la gaditana y levantarse. Joder, iba a perseguirla como si fueran el coyote y el correcaminos. Y Priscila lo había visto todo... Bueno, Priscila se la sudaba.

- Lúa, espera...

Ella pasó olímpicamente de Dani y salió de casa. En cuanto se cerró la puerta tras ella, comenzó a bajar las escaleras tan rápido que los bucles de su cabello se alisaban por momentos. En tres microsegundos oyó cómo se abría la puerta otra vez.

- ¡Espera!- exclamó Dani echando a correr tras ella.

Lúa consiguió bajar dos pisos antes de que él la agarrara del brazo en medio de las escaleras.

- Lúa, escúchame.

- Escuchar, ¿qué? No tienes que darme explicaciones de tu vida. Yo te toco un pelo y me tiras contra el sofá, pero llega una pava que no conoces de nada y, oye, no pasa nada si te acaricia. Y ya que es tan maja, ¿por qué no tocas algo de música para ella? Total, es algo tan íntimo que solo lo haces con tus amigos de verdad.

Dani bajó la vista.

- No es bien, bien así...

- ¿Sabes qué pasa? Que te caigo mal y no sabes cómo decírmelo.

- Eso no...

- ¡Eso sí!- estalló Lúa- ¡No te aguanto más, Dani! ¡No tengo por qué aguantar todo esto! En cuanto encuentre algo, voy a dejar el piso.

Lo dijo sin pensar, pero en cuanto se oyó le pareció que se había pasado un poco.

- No tendré tanta suerte...- dijo él, como ausente.

Ella le miró con incredulidad. Dani pareció darse cuenta de que lo había dicho y comenzó a balbucear algo, pero Lúa tiró salvajemente del brazo para soltarse y le cogió desprevenido. El brazo de la chica se le escapó de la mano y ella perdió el equilibrio por el impulso, cayendo escaleras abajo.

- ¡Lúa!- gritó Dani corriendo tras ella.

Lúa trató de parar la caída pero no consiguió asirse a la barandilla a tiempo. Por suerte estaba en medio del tramo de escaleras y la caída fue corta, pero puso mal el pie y se cayó al suelo en mitad del recodo de la escalera. Su cabeza se golpeó en la pared y se quedó atontada en el suelo.

- Lúa, ¿estás bien?- Dani se arrodilló a su lado con preocupación.

La chica se llevó una mano a la cabeza y la otra al tobillo lastimado. Siempre se machacaba el mismo. Sintió que Dani la cogía en brazos y no se resistió. Puede que estuviera enfadada, pero no era idiota. No quería quedarse tirada en el rellano sin poder andar. De todas maneras, no hizo ningún gesto para agarrarse a él, solo se puso las manos sobre el regazo y se las quedó mirando mientras el chico la subía escaleras arriba y se deshacía en explicaciones.

- Lúa, no es cierto lo que he dicho, estaba pensando en otra cosa. Por favor, perdóname- la estrechó contra su pecho y ella apoyó su cara contra él, como si fuera una muñeca de trapo. No se resistía, pero tampoco hacía nada-. Lúa... Dime algo, lo que sea.

Ella permaneció en silencio y sin mirarle hasta que llegaron arriba. Por suerte, se había dejado la puerta abierta, así que pudo entrar sin problemas con ella en brazos. Cuando iba por el pasillo Priscila se asomó desde el comedor, pero tuvo la prudencia de no acercarse ni decir nada. Dani abrió la puerta del cuarto de Lúa con un codo y la depositó en su cama. Ella se encogió en cuanto la dejó, llevándose las manos al tobillo.

- ¿Te duele mucho?- preguntó él.

Lúa no contestó. Cuando Dani trató de tocárselo ella le miró con un destello de rabia y le apartó de un manotazo.

- No me toques- dijo en voz baja, pero fue peor que si le hubiera gritado.

Dani salió de la habitación y Lúa respiró aliviada. No podía soportar más su presencia. Sin embargo volvió al cabo de nada con una bolsa de habas congeladas. Y vuelta con los congelados... Cuando fue a ponérselas en el tobillo, ella le arrebató la bolsa y la tiró contra la cama con fuerza.

- Fuera de aquí.

- Lúa, no pienso irme hasta que...

- ¡Fuera de aquí!- gritó ella, fuera de sí.

Dani retrocedió asustado. Jamás la había visto tan enfadada. Lúa le vio salir y cerrar la puerta con cuidado. Solo entonces dejó que salieran las lágrimas.

Lúa terminó de bajar la última caja a la calle, donde la esperaba Gaby con una furgoneta alquilada.

Hacía una semana que Priscila se había marchado, y Dani había tratado por todos los medios de que Lúa no dejara el piso. Trató de hablar con ella, la encerró en su habitación con él y la amenazó con no dejarla salir hasta que hiciera las paces con él, le regaló flores y bombones que terminaron en la basura... Lo intentó todo, pero fue en vano. Incluso se ofreció a tocar la guitarra para ella, pero Lúa se rio en su cara.

- ¿Ahora me vienes con eso?- le dijo con desdén. Luego bajó la voz hasta un susurro- Métete la guitarra por el culo- se llevó una mano al pecho como si se lo dijera con mucho sentimiento-. De corazón.

Entre semana, al mediodía y por la noche, los fines de semana a todas horas... Dani estaba tan desesperado que al final, cuando vio que no había marcha atrás, se puso de rodillas delante de la puerta de casa. ¿Pero este tío era tonto? Lúa iba cargada con dos maletas y una mochila, y le quedaban algunas cajas más por bajar. No quería dejarse nada porque no pensaba volver.

- La mochila me pesa, Dani. No le estás haciendo ningún favor a mi espalda- dijo ella con cansancio al verle bloqueando la salida de una forma tan cutre.

- ¿Es que nada te conmueve?- dijo él, aparentemente al borde de las lágrimas.

No, ya nada conmovía a Lúa. Cuando le había dicho que quería que se marchara del piso, algo se había roto dentro de ella y no podía ni quería arreglarlo. Todo había terminado. Sus ilusiones, sus sueños de estar con él, a la porra. Sin embargo, al decirle aquello removió algo en su interior. Lúa soltó las dos maletas y se acercó a él, como un verdugo se acerca, hacha en mano, a un condenado.

- ¿Qué te conmueve a ti, hijo de puta?- le dijo en voz baja- Me has estado torturando desde que

vivo contigo, eres un enfermo y no quiero volver a verte en mi vida. Deja de intentar hacerme sentir mal, porque cuando deseaste que me fuera ya toqué fondo contigo. No tienes capacidad para hacerme más daño, así que no te esfuerces. Búscate otra compañera de piso a la que abrazar y luego mandar a la mierda, y luego hacer ver que te importa, y luego volver a mandar a la mierda. Ah, y ni se te ocurra tener un detalle con ella, como tocar la guitarra...

- ¿Me dejas explicarme?

- Has tenido muchos meses para explicarte, ahora es hora de que te apartes y me dejes pasar.

Dani dejó caer la cabeza hacia delante, derrotado. Al final se levantó y se hizo a un lado.

- ¿Sabes qué es lo peor de todo?- dijo Lúa al pasar por su lado- Mira, te lo digo porque me importa un rábano, ya. Tú me gustabas mucho, para que veas el mal gusto que tengo.

- Tú a mí...

Dani no tuvo tiempo de decir nada más. Lúa le soltó un guantazo impresionante que le giró la cara e hizo que sus pupilas giraran trescientos sesenta grados dentro de las cuencas de los ojos.

- ¡No quiero saberlo! Vete de aquí, desgraciado, no quiero verte más.

Lúa cogió las maletas y salió del piso. Abajo la esperaba Gaby con la furgoneta. Cuando volvió a subir por el resto de cosas no vio a Dani, pero le pareció oírle llorar. Sin embargo, ella estaba demasiado cabreada para mostrar algo de sensibilidad hacia él.

Cuando por fin se sentó en el asiento delantero de la furgoneta, se echó a llorar.

- Qué hijo de puta...- dijo mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano y miraba por la ventanilla- Gracias, Gaby, por dejar que me quede en tu casa. Solo será hasta que encuentre algo, te lo prometo.

A pesar de que Gaby no quería, Lúa había insistido en pagarle un alquiler. Si no, no quería ir, así que Gaby había tenido que aceptárselo.

- Quédate todo lo que quieras, cariño. Me gustará tener algo de compañía que no sea un gato. Me da un no sé qué pensar que podría terminar siendo una de esas viejas locas con la casa llena de gatos- le revolvió el pelo con la mano sin mirarla mientras conducía-. Prefiero tener una *Leoncia*.

- ¿*Leoncia*?

- Si, de *Leoncio y Tristán*... Ah, eres demasiado joven. Son unos dibujos animados de cuando era pequeña. Tú todavía estabas saltando de huevo en huevo de tu padre.

- Ejjjjj, no me digas esas cosas... Creo que me pega más lo de *Tristán*.

- Ya verás que no.

La furgoneta paró al cabo de un rato en una zona que Lúa no conocía, pero eso no era una

novedad.

- ¿Dónde estamos?- preguntó.

- En Horta. Mira, es esa portería de ahí.

Entre las dos llevaron las cajas al piso en un santiamén. Era un tercero, y cuando Lúa vio el ascensor se lanzó a besar la puerta.

- ¡No puedo creerlo, el primer ascensor que voy a tener en mi vida!

- Hija mía de mi vida, parece que vengas del jurásico...

Cuando lo metieron todo en casa, Gaby cogió a Lúa de la mano y corrió a enseñarle el piso. Era amplio y luminoso, con suelo de parquet. La cocina era más grande que la que tenía antes, con una ventana que daba al comedor y una puerta que daba a un balcón interior. La casa tenía cuatro habitaciones, una de las cuales había sido convertida en gimnasio y otra, en estudio. La habitación de Gaby era muy romántica, con una gran cama con dosel en el centro. El baño era espacioso y contaba con una bañera de verdad, no el barreño que tenía el piso de Sants. Lúa se imaginó dándose un baño de espuma en aquella bañera y le encantó la idea. Por el comedor se salía a un balcón bastante largo con jardineras repletas de flores.

- Es precioso... Y enorme- comentó Lúa mientras recorría las habitaciones con su amiga.

- Ya, cuando dejé a mi ex me quedé con el piso. Que le den por el chimichurri- dijo Gaby encogiéndose de hombros.

La habitación de Lúa tenía una cama de matrimonio con dos mesitas de noche y un armario que cubría una pared entera, del suelo al techo.

Gaby sacó una bandeja con canapés, cava y dos copas para celebrar que su amiga se instalaba con ella.

- Por nosotras- dijo Gaby solemnemente, con su copa en alto.

- Por nosotras. ¿Y sabes qué? Acepto tu propuesta de ser tu socia.

Las palabras salieron de la boca de Lúa antes de pensarlas, pero en cuanto las oyó le pareció una buena idea. Tenía ganas de redecorar su vida.

- ¿En serio? ¡Eso es maravilloso!- Gaby dejó la copa y le dio un gran abrazo que la obligó a disimular un sollozo.

Gaby abrió el buzón de sugerencias para recolectar ideas para el bar. Había unas cuantas. Se sentó en la barra y comenzó a leerlas una por una.

- ¿Algo interesante?- preguntó Lúa mientras terminaba de hacer un cortado.

- “Día de lectura: que venga un escritor y lea un fragmento de su obra. Luego se abre un debate

sobre el contenido de su libro”. No creo que esto le vaya mucho a este bar. Si aquí, cuando más llenamos es cuando hay fútbol...

- Y el día de los strippers- le recordó Lúa.

- Es verdad, eso tenemos que repetirlo.

- Perdonad que me meta pero, ¿trajisteis strippers al bar?- preguntó la chica a la que Lúa acababa de servir el cortado.

- Sí, un hombre y una mujer. Fue un exitazo- dijo Gaby.

Lúa pasó por detrás mientras se contoneaba en una tristísima imitación de la obra de arte que había hecho la stripper.

- Vaya, si lo hubiera sabido me hubiera venido con unas amigas...

Lúa señaló la puerta.

- Mira, cuando montamos algún evento, lo anunciamos en una pizarra en la salida con quince días de antelación. Vale la pena que lo mires de vez en cuando porque hacemos de todo.

- Vaya, vaya, otro psicopatilla: “Que las camareras vayan en ropa interior”- leyó Gaby-. ¿Y por qué no en pelotas, ya puestos? Mira éste: “Una timba de póker.”

- Eso me gusta- dijo Lúa con interés-. Lo apunto en la pizarra de los votos- al ver la mirada curiosa de la chica, añadió-. Aquí ponemos las propuestas que nos parecen mejores para que la gente vote lo que le apetece más hacer. Al fin y al cabo lo hacemos por ellos, queremos saber su opinión... Aunque al final hacemos lo que nos da la gana, claro. Democracia total. ¿Eres de por aquí?

- No, pero trabajo aquí al lado, en una tienda de baños.

- ¿La que está en esta esquina, no, la siguiente?- intervino Bruno, que estaba sentado un poco más allá, tomándose una tónica.

- Sí, “Baños Espriu”. Si quieres cambiar el baño, pásate.

- Joder, tú no desconectas del trabajo nunca, ¿no?- dijo él con una sonrisa- Será mejor que no tome diuréticos en tu presencia.

La chica se echó a reír y tomó un sorbo de su cortado.

- “Concurso de monólogos”- prosiguió Gaby-. Esto puede ser muy bueno o muy malo.

- El caso es que la gente venga, si los monólogos no tienen gracia... Bueno, pueden ahogar sus penas en alcohol. ¿Lo apunto?

- Apunta. Sigo. “Maratón de *Star Wars*”. Este es para frikis.

- Oye, pues yo creo que podría funcionar muy bien, y tú y yo nos ponemos dos ensaimadas en la cabeza y vamos de princesa Leia- Lúa se cogió dos mechones de pelo a ambos lados de la cabeza

y los enrolló rápidamente, aunque más que la princesa Leia, parecía un fragel-. Ya se me había ocurrido algo así, tendríamos que hacerlo uno de esos días que no llenamos, entre semana.

- Ya, pero las tres pelis seguidas son muchas horas- Gaby se apartó un mechón de pelo de la cara-. O empezamos pronto o nos dan las uvas aquí...

- Podríamos hacerlo en tres días, una peli por día. Si el primer día no funciona, siempre podemos dejarlo estar. Lo apunto.

- "Concurso de Miss camiseta mojada". Mira, otro cerdo.

- Tenemos una piara en este bar... Pero esto me lo guardo para un futuro- Gaby miró a Lúa como si se hubiera vuelto loca y ésta se encogió de hombros-. Igual podríamos buscar al soltero y a la soltera más sexys. Y así, igual encontramos algo potable, tú y yo.

- ¿No leéis mi sugerencia?- preguntó Bruno.

Lúa le miró con curiosidad.

- ¿Has dejado una?- empezó a repasar las sugerencias que le faltaban por leer- ¿Qué es?

- Una rueda de citas rápidas.

Las tres mujeres se echaron a reír.

- Ay, Bruno, tenemos que encontrarte una novia urgentemente- se rio Gaby.

- ¡Oye, que vosotras estabais hablando hace un momento de buscar un tío sexy! Yo no pongo tantas exigencias, solo busco una chica simpática que me aguante.

- ¿Que te aguante?- le preguntó la de la tienda de baños enarcando una ceja.

- No hay manera de encontrar pareja estable. Yo creo que soy normal pero igual soy insoportable. A lo mejor ronco como un hipopótamo...- Bruno miró a Lúa y a Gaby- Va, ¿lo haréis por mí?

- No sé- dijo Gaby entrecerrando los ojos-. ¿Cómo lo harías, separamos las mesas y ponemos a una chica en cada una, y que los chicos vayan pasando, cinco minutos por cita?

- Y al acabar ella le da un sobrecito que puede estar vacío o tener su número de teléfono dentro- intervino la chica de los baños.

- ¿Por qué no le dice directamente si sí o si no?- preguntó Lúa.

- Porque puede ser un poco violento. Así el chico no sabe si ha triunfado o no hasta que se ha marchado.

- Qué crueldad- dijo Bruno dándole un trago a su tónica-. ¿No te da vergüenza, tener a un chico en vilo hasta el final?

- Bueno, tener una respuesta en un cuarto de hora no me parece muy cruel. La vida real es mucho peor- dijo Gaby con una expresión que revelaba que ella había tenido alguna experiencia negativa al respecto.

- Venga, Bruno, la pongo en la pizarra, a ver qué piensa la gente. Para que veas que somos buenas- le dijo Lúa cogiendo la tiza.

- Vale, pero si sale adelante, os quiero ver a las tres en esas mesas.

- Sí, hombre, lo que me faltaba- dijo Gaby.

- ¿Qué te hace pensar que no tengo pareja?- la chica de los baños parecía un poco ofendida.

- ¿Cómo te llamas?- preguntó él a su vez.

- María.

- María, si tuvieras pareja no creo que estuvieras aquí a estas horas, ¿no? Vamos, si tienes novio y no te lleva a cenar fuera es que es tonto.

- Bueno, pues es verdad, no tengo novio, ni ganas. Estoy muy bien sola- dijo ella con resolución-. Hablo con mis plantas y nunca me contradicen.

Sin embargo le miró apreciativamente. Su comentario le había gustado. Se preguntó si le gustaría también que Bruno saltara sobre ella como un lobo hambriento y... Ya estaba pensando en guarrerías otra vez. Al parecer su estrategia de las plantas tenía algunas carencias.

Bruno se encogió de hombros y se subió el puente de sus gafas de pasta con un dedo.

- Yo creo que mi idea va a triunfar, hay mucho solterillo por el barrio.

- Por algo será- dijo Lúa, pensando en Dani y en cómo arrancarle las uñas de los pies con unos alicates.

Una semana más tarde, la idea de las pelis de Stars Wars había ganado en votos por goleada. Sin embargo, lo de las citas rápidas había conseguido bastantes votos, así que se lo guardaron en la recámara para más adelante.

Escogieron un martes, día tonto donde los haya, para comenzar con la primera película, y la cosa fue bastante bien. No fue la proyección silenciosa que Lúa había imaginado, todos gritaban y aplaudían con las escenas más conocidas. Era imposible seguir la peli, pero era lo de menos. Todos la habían visto, la gracia era verla en grupo. Gaby se disfrazó de princesa Leia con dos ensaimadas de verdad y Lúa, de Chewaka. Pensó que con el pelo que tenía le venía muy bien, y provocó la risa de todos, que no se hubieran esperado nunca que escogiera un disfraz así. También se molestaron en poner algún elemento de la saga para decorar el bar, y se sorprendieron al ver llegar a algún cliente disfrazado de soldado del imperio, o de Darth Vader. La verdad es que fue muy divertido. En las mesas había cuencos con palomitas para dar más sensación de cine y, bueno, para que la gente tuviera más sed y bebiera más. Cuánta maldad hay en el marketing...

- Pues ya tenemos arregladas las dos siguientes semanas, esto funciona muy bien- dijo Gaby con una sonrisa cansada al llegar a casa.

Era cierto, los martes solían tener el bar casi vacío y habían conseguido llenarlo hasta los topes.

Lúa se estiró.

- Estoy muerta, chica. Tengo unas ganas de pillar la cama...

- Sí, yo también estoy cansada.

Las dos se marcharon a sus respectivas habitaciones arrastrando los pies.

Al día siguiente Gaby y Lúa giraron la esquina antes de llegar al bar y en seguida vieron que algo iba mal. La persiana del bar había sido reventada, las puertas estaban abiertas de par en par y una fina columna de humo que salía por ellas se elevaba hacia el cielo como un mal presagio. Un poco más allá había un camión de bomberos aparcado y varios bomberos iban y venían en un caos aparente.

- Ay, no...- susurró Gaby.

Las dos echaron a correr hacia el bar y se pararon en la puerta sin atreverse a entrar. No se veía fuego, pero el interior era una cueva ennegrecida. Se habían quemado las mesas, la barra, las paredes... Todo. Más quemado que un albino en el Caribe.

Un bombero que salía en ese momento las vio allí plantadas y se acercó a ellas. Tenía la cara tiznada de hollín y sudaba a mares.

- Aquí no se puede estar- dijo con autoridad.

- Es nuestro bar- dijo Gaby con desesperación-. ¿Qué ha pasado?

El bombero hizo una mueca.

- Todavía no lo sabemos seguro, pero parece que ha habido un escape de gas.

Gaby comenzó a llorar y se tapó los ojos con las manos. Lúa la abrazó y su socia se aferró a ella con desesperación. Aquel bar era su vida y acababa de irse a la mierda.

- ¿Se ha salvado algo?- preguntó Lúa, aunque aparentemente la respuesta era negativa.

- Hay un pequeño almacén al fondo que no se ha visto afectado por las llamas. Las paredes parecen estar en buen estado, aunque tendremos que esperar a una valoración definitiva. Lo demás...- el bombero hizo un gesto hacia el interior- ya lo ves.

Sí, ya lo veía.

Aquella fue una mañana infernal. Gaby llamó al seguro del local y le dijeron que enviarían un perito. Cuando los bomberos dieron por concluido su trabajo, las dos entraron cautelosamente, abrazadas como dos viejas, esquivando los numerosos escombros que tapizaban el suelo. Detrás de la barra, en las estanterías, quedaban los restos de las botellas que utilizaban habitualmente. El calor había hecho reventar el cristal. Lúa se acercó a uno de los carteles que adornaban las paredes, que milagrosamente había quedado entero. Solo tenía una punta un poco ennegrecida. Se acercó a él y lo descolgó con cuidado.

- ¿Qué haces? Deja eso, anda... Si no tiene arreglo.

- No digas eso...- Lúa pasó una mano por el cartel metálico con cuidado, ausente- Lo arreglaremos.

- Joder, Lúa... ¿Y cuánto tardaríamos en poner el local en marcha? ¿Cuánto nos costaría volver a dejar esto en condiciones? No creo que el seguro lo cubra todo... Además, cada día que no abrimos es un día que no ingresamos nada... Y todo esto...- señaló el montón de botellas rotas- ¿Tú sabes la pasta que cuesta reponer todas las existencias de bebida, comida...?

Lúa no contestó, pero se le escapó una lágrima solitaria. ¿Es que las desgracias tenían que venir todas juntas? Solo le faltaba que le creciera un testículo en la espalda... Necesitaba un respiro.

Se pasaron todo el día en el bar, esperando al perito del seguro y haciendo un inventario de lo que podía aprovecharse.

Los bomberos tenían razón, había una puerta al fondo que había hecho de cortafuegos y el pequeño almacén que había al otro lado estaba intacto. Allí guardaban las cervezas, los refrescos... Algo era algo.

A lo largo del día se fueron presentando los clientes habituales. Alucinaron al ver el bar completamente calcinado, y todos trataron de animar a las dos chicas que iban arriba y abajo mirándolo todo, apartando escombros, haciendo cualquier cosa para no tener que pensar en lo que se les venía encima.

- La madre que me parió...- dijo un asombrado Bruno desde la puerta- ¿Puedo pasar?

- Claro, pasa...- dijo Lúa con las manos manchadas de hollín.

- ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido?- preguntó él mirando a su alrededor.

- Dicen que fue un escape de gas. Hoy no vas a poder tomarte tu tónica aquí...- dijo Gaby con una sonrisa que terminó en medio sollozo.

Bruno se adelantó y la abrazó.

- Lo siento muchísimo, Gaby... ¿Hay algo que pueda hacer para ayudaros?

- Hombre, si tienes una lámpara mágica y te sobra un deseo...- dijo Lúa, perdida de hollín, desde la zona de la barra- Gracias de todos modos.

Bruno soltó a Gaby, que siguió apartando los restos de las mesas de en medio como un autómatas, y fue con Lúa.

- Oye, tengo un ratito y me gustaría ayudar.

Ella le sonrió con ternura.

- No hace falta...

Bruno la hizo callar depositando una mano sobre su brazo.

- Ya lo sé, pero quiero hacerlo, ¿vale?

Lúa asintió sin decir nada, de repente se había emocionado. Le señaló un montón de escombros con la mano y entre los dos comenzaron a sacarlos fuera. Bruno terminó como un gato negro en un pozo de petróleo.

Para Gaby, aquello era el fin del mundo. Los siguientes días se metió en la cama y Lúa apenas consiguió hacerla salir para comer algo. Algunos amigos suyos pasaron a verla por casa, pero no consiguieron animarla, y al final terminó por arrastrar a su socia a la apatía. Lúa no podía creer que todo se le juntara: la muerte de Sebas, dejar la casa de Dani, perder el bar... ¿Por qué tenía que pasarle a ella todo lo malo? No dejaba de preguntárselo una y otra vez, y la respuesta siempre parecía estar al fondo del bote del helado. Sobre su hombro, su ángel y su demonio bebían whisky y lloraban sus penas, apoyados el uno en el otro.

Al cabo de dos semanas los del seguro llamaron para decirles la cantidad que iban a recibir como indemnización.

- ¡Hijos de puta, con eso no tenemos ni para pipas!- se quejó Gaby, indignada.

Las dos estaban sentadas en la mesa del comedor ante un café que no llegaron a tomarse. La casa estaba hecha un desastre: había ropa sucia tirada en el sofá, restos de comida en la mesita de centro, un par de cajas de pizza y latas de coca-cola tiradas por el suelo, todo aderezado con una cada vez más gruesa capa de polvo que lo cubría todo. Ideal bichos, para entrar a vivir. Lúa no decía nada, se limitaba a escuchar a su amiga, que no dejaba de soltar imprecaciones.

- Llevo un huevo de años en ese bar, ¿qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a vender el local, si parece una chistorra requemada? Nos van a dar cuatro duros, no vamos ni a cubrir la hipoteca... Yo no sirvo para trabajar para nadie, no soporto que me digan lo que tengo que hacer. ¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Trabajar de auxiliar administrativa? La madre que me parió...- Gaby se sujetó la cabeza con ambas manos.

A medida que la iba escuchando, Lúa se iba indignando más y más, hasta que al final se le hinchó la vena de la sien.

- Vamos a ver, Gaby, he puesto todas mis esperanzas en este bar y no voy a dejar que se vaya a la mierda a la primera de cambio- la rubia fue a decir algo pero Lúa no la dejó-. ¡Déjame hablar, coño! Vamos a arreglar el bar y lo volveremos a abrir. Tú y yo sabemos cómo hacer que funcione. Solo tenemos que arreglarlo y ya está.

Gaby soltó una carcajada irónica.

- Ah, claro, arreglarlo y ya está. ¿Tú sabes la pasta que vale eso? ¡No tenemos ni para empezar!

- Mira, hay cosas que podemos hacer nosotras mismas, como pintar, yo qué sé. ¡Venga, vamos a intentarlo!

- Tú te has escapado de la casa de la pradera y yo no lo sabía...- dijo Gaby sin fuerzas.

Lúa se levantó y dio un manotazo sobre la mesa. Casi se le saltó una lagrimilla de dolor, pero consiguió mantener el tipo. Tomó nota mental de dar un puñetazo la próxima vez.

- ¡Venga ya, reacciona! Yo sola no voy a poder, te necesito conmigo. Va...- la chica le tendió la mano a su amiga y Gaby la miró un momento, valorando cogerla o no.

Al final se la cogió y Lúa tiró de ella para hacerla levantar. Las dos se abrazaron en silencio.

En los siguientes días Gaby y Lúa se desesperaron haciendo números. Gaby tenía razón, con el dinero del seguro no les llegaba si querían hacer la cocina y los baños de nuevo, poner una barra, poner el suelo nuevo, pintar las paredes, poner lámparas nuevas, puertas nuevas, una persiana, mesas, sillas... Era demasiado.

- Es que tengo que pagar la hipoteca del piso, la del local, un crédito que pedí para hacer mejoras hace dos años...- la calculadora de Gaby echaba humo y las cuentas no salían por ninguna parte.

- No voy a permitir que todo se vaya a la mierda, te lo juro por mis muertos- Lúa se llevó el puño a la boca y lo besó como si fuera una promesa-. Esto lo remonto yo como que me llamo Lúa.

- ¿Y qué piensas hacer?- le preguntó Gaby con una mirada cansada.

- Ya verás...

Lúa se conectó con sus amigos de Lleida. Ya sabían lo del bar y todos estaban preocupados por ella. No era solo un empleo, era *su* bar. Por eso, cuando les pidió un “pequeño favor” no pudieron negarse.

- ¡Gaby! ¿Cómo pueden dormir cinco personas más en esta casa?

La aludida abrió unos ojos como platos.

- ¿Qué? ¿Vas a convertir mi casa en un hotel?

- Solo para obreros- sonrió Lúa.

El viernes después de comer llegaron los de Lleida. Se habían comprometido a ayudar todo el fin de semana a acondicionar el local. Lúa y Gaby les fueron a buscar a la estación de Sants y fueron directamente al bar, precariamente cerrado con unas cadenas que sujetaban los restos de la persiana y unos cartones. Cualquiera día se encontraba okupas dentro... Pero no, podían estar tranquilas. Ahí no se metían los okupas ni cobrando.

Los amigos de Lúa entraron y contemplaron el desastre con estupor. Chechu no pudo evitar soltar un silbido de asombro, aquello sí que era irse para lo oscuro, y no lo de la discoteca. Gaby y ella ya se habían acostumbrado a ver el bar así y tomaron el control de la situación en seguida.

- Bueno, lo suyo es que esta tarde quede el local vacío de mesas, sillas, etcétera- comenzó Lúa-. Si encontráis alguna cosa que se pueda aprovechar, la dejáis allí- señaló un rincón-. Luego barreremos todo esto y lo prepararemos para comenzar a pintar mañana.

- Joder, la sargenta- se quejó Albert.

- ¡Cállate y curra, que a eso has venido!- le reprendió Katia.

Todos se pusieron manos a la obra y comenzaron a sacar basura fuera. Gaby había contratado un contenedor de esos para tirar escombros y lo habían dejado en la calle, justo delante de la puerta, como una bolsa de papel preparada para que vomiten dentro. Parecía que terminarían en seguida, pero se dieron cuenta de que allí había más tela que cortar de lo que parecía. La noche se les echó encima y cuando decidieron parar, todavía no habían terminado.

- Y mañana deberíamos traer alguna herramienta para sacar la barra- dijo Willy-. Una maza y unos guantes, o algo así, para ir la rompiendo y poder sacarla fuera.

- Mierda, mañana por la mañana quería ponerme a pintar...- dijo Lúa con frustración, pero en seguida se animó- Bueno, se hará lo que se pueda. Vamos a casa.

Por suerte, el sofá de Gaby se podía convertir en una cama, así que se repartieron dos chicas en cada habitación y los tres chicos en el sofá, cosa que a Chechu no le gustó nada.

- Aquí vamos a estar tan pegados que lo difícil será que ninguno de nosotros termine porculado- dijo.

- ¿Cómo?- saltó Willy, fingiendo escandalizarse- Me parece que te vas a ir a dormir al baño, tío, yo no me meto contigo en una cama...

- Míralo, pues anoche no decías lo mismo, ladrón...- contestó Chechu guiñándole un ojo.

El fin de semana fue muy intenso, pero no les dio tiempo a terminar todo lo que se habían propuesto. De todas maneras, el domingo por la tarde, cuando decidieron parar, el local estaba despejado y habían pintado tres cuartas partes del mismo. A pesar de que no se callaban ni debajo del agua, los de Lleida curraban como desgraciados. Gaby y Lúa habían escogido unos tonos en crudo y burdeos para las paredes, que iban combinando para darle un aspecto cálido y acogedor.

Antes de que se dieran cuenta llegó el domingo por la tarde. Hora de marcharse. En la estación, Willy abrazó a Lúa con todas sus fuerzas.

- Al final no hemos podido estar juntos- dijo con tristeza.

- Madre mía, ¿es que te hubieran quedado fuerzas? Yo estoy rendida.

Willy no dijo nada, pero le dio un beso en la mejilla.

- Venga, que ya han subido todos al tren- le apremió ella.

Willy se separó de ella y la miró fijamente. Luego le dio dos besos y se subió al vagón. Los demás ya estaban en la ventanilla saludando y gritando como energúmenos.

Cada vez que les veía marcharse, a Lúa se le partía el corazón. Gaby se colgó de su brazo mientras veía el tren alejarse.

- Tienes muy buenos amigos...- le comentó.

- Los mejores.

El lunes terminaron de pintar el local entre las dos y cuando terminaron, lo miraron satisfechas.

- A partir de ahora, poca cosa podemos hacer por nosotras mismas. Habrá que buscar a alguien que nos ponga una cocina nueva, los baños, una barra y el suelo.

Oyeron pasos entrando en el local y se encontraron con Bruno.

- Sí que habéis adelantado... No os importa que entre un momento, ¿verdad?

- Claro que no- dijo Lúa-. Ahora tenemos que buscar presupuestos para que lo pongan todo nuevo otra vez.

- ¿No se puede salvar nada?

- Buf, cómo se nota que no has visto la cocina...- comentó Gaby con una sonrisa triste.

- ¿Puedo?- preguntó Bruno señalando la zona de la cocina con un ademán.

- Tú mismo.

Bruno se paseó por la cocina y silbó al verlo todo ennegrecido e inservible. Estuvo abriendo algún armario y mirándolo con desagrado. Luego se fue al baño. Las dos chicas se miraron y se encogieron de hombros.

- ¿Tenéis un estropajo y algún limpiador fuerte?- su voz llegó con ecos desde el baño.

- Espera...

Gaby fue a buscar lo que Bruno le pedía y cuando entró en el baño se lo encontró rascando con la uña el hollín de las paredes distraídamente. Los baños estaban completamente negros, como si

estuvieran de luto.

- ¿Qué estás haciendo?

Bruno cogió el estropajo y luego roció la pared con limpiador. Al rasgar con ganas el negro comenzó a dar paso al color original de las baldosas. Luego hizo lo mismo con la encimera del lavamanos y el wáter. Lúa también se asomó dentro, y le pilló frotando el suelo, que también era de baldosa. En todos los lugares donde frotó, dejó una zona impecable.

- Creo que no tendréis que poner un baño nuevo, solo hay que limpiar bien- dijo él apartándose un mechón de pelo de la frente con el brazo para no mancharse.

Lúa se adelantó y le cogió el estropajo para frotar en alguna otra zona.

- Es verdad... Joder, esto nos va a ahorrar un montón de pasta. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Bruno se encogió de hombros.

- Es que el otro día me pasó lo mismo en casa, con una olla que creía que era negra...

Las dos se echaron a reír.

- Oye, ¿te apetece ir a tomar algo?- le ofreció Lúa- Nosotras vamos a hacer un descanso. Bueno, tendremos que ir a otro bar.

- Qué rabia, ir a la competencia- dijo Gaby mordiéndose un puño en broma.

- Vale.

Gaby cerró el local como pudo y los tres se marcharon a buscar otro bar.

- Tenemos que poner una persiana nueva, pero ya. No me gusta nada dejar el bar así- comentó Gaby.

- Claro, podrían llevarse el hollín- dijo Bruno en cachondeo.

- ¡No seas tonto!- se rio ella- Podría colarse gente y llenarlo todo de grafitis, o dormir dentro y llenarlo de meados y tetrabriks vacíos de Don Simón.

Mientras caminaban por la acera charlando y riendo, Lúa vio a Dani, que venía por la otra acera con un par de bolsas del súper. Él no la vio, iba con la mirada en el suelo, pensando en sus cosas. Estaba tan guapo, el desgraciado...

Una farola salió de ninguna parte y golpeó a Lúa en la cara con premeditación y alevosía, haciendo que saliera rebotada hacia atrás y diera un par de pasos atontados para no caerse al suelo. Bruno y Gaby se volvieron a mirarla y a él se le escapó la risa. Los dos corrieron a sostenerla.

- ¿Pero qué te ha pasado?- le preguntó Gaby mientras le inspeccionaba la cara para ver que no se hubiera hecho nada- ¿Te has hecho mucho daño?

- Solo en el orgullo- dijo Lúa mirando de reojo en dirección a Dani, que gracias a Dios no se

había dado cuenta de nada y seguía caminando con sus bolsas. Luego miró a Bruno con mala leche-. Me alegra hacértelo pasar tan bien...

- Lo siento- dijo Bruno entre risas-, es que no puedo evitarlo... Me sabe muy mal que te hayas hecho daño- se acercó a la farola y le dio un manotazo-. ¡Farola mala! ¡Mala!

Gaby también tuvo que reprimir una carcajada, y hasta Lúa sonrió. Aunque se estuviera riendo de ella, era gracioso.

Gaby pidió varios presupuestos para la cocina y los discutió con Lúa.

- Oye, he pensado que, ya que nos ponemos, podríamos mejorar la distribución del bar- comentó Lúa mientras chupaba una piruleta.

Se había hecho dos coletas, y llevaba una camiseta y unos pantalones de chándal manchados de hollín y de pintura. Estaba frotando con todo su empeño el suelo del baño, de rodillas, y así la había encontrado Gaby cuando llegó con los presupuestos.

- ¿Quieres cambiar la distribución?- Gaby no pudo evitar una mueca de disgusto.

Era su bar de toda la vida y quería dejarlo lo más parecido posible a como estaba antes.

Lúa se levantó y se sacó la piruleta de la boca un momento.

- Ven conmigo- Lúa se la llevó fuera del baño y comenzó a pasearse por el local diáfano, haciendo gestos con las manos para ilustrar sus explicaciones-. El local tiene forma de "L". He pensado que la punta que queda al fondo, fuera de la vista de la barra, podría convertirse en una pequeña zona chill out, con sofás y cojines. La barra, podemos moverla un poco hacia allí y hacerla un pelín más corta y así cabría aquí una mesa más.

- Pero perderíamos un par de sitios en la barra...

- Ya, pero nuestra clientela es más de mesa que de barra. ¿Cuántas veces has visto la barra llena? Porque yo, nunca.

- Bueno, solo cuando hay fútbol...- Gaby miró la estancia con aprensión, imaginando la distribución que le estaba proponiendo Lúa.

Ella se dio cuenta de los reparos de Gaby, al fin y al cabo era su bar.

- Oye, no hace falta que lo decidas ahora. Y si quieres dejarlo igual que antes, a mí me parece bien.

- Lo de los sofás me ha gustado, y cabría mucha más gente que en un par de mesas- comentó Gaby mientras dejaba los presupuestos sobre una mesa plegable que habían improvisado en medio del local-. Bueno, he ido a cinco tiendas de cocinas y te traigo fotos que he hecho a los muebles de muestra.

- Qué eficiente... ¡Ay, me gustan estos muebles!

- Mira que buen gusto tiene la niña, estos son los más caros.

Las dos estuvieron discutiendo los distintos presupuestos largo rato y al final llegaron a una conclusión: la cocina no iba a estar de cara al público, así que no hacía falta que fuera demasiado bonita. Con que fuera funcional era suficiente.

- Solo la veremos nosotras, así que...- Gaby se encogió de hombros y escogió el presupuesto más barato.

- Tampoco es fea, ya está bien así. Sale bastante bien de precio. Además, todavía nos falta regatear.

- Ay, yo no sirvo para eso, me da un no sé qué... Que esto no es un zoco, Lúa.

- Vale, vale... Pero yo iré a la tienda a hablar con ellos, ¿Vale?

Gaby y Lúa se fueron de fiesta para celebrar lo que habían conseguido ahorrarse con la cocina. Lúa se había puesto a regatear en la tienda de muebles de cocina como si estuviera en un mercadillo. Gaby había pasado vergüenza, su amiga le echaba mucho morro al asunto, pero cuando vio el resultado tuvo que reconocer que lo había hecho bien. Las dos necesitaban algo de diversión, distraerse un poco. Salieron a tomar unas cervezas y luego fueron a bailar.

- Nunca había estado aquí, este sitio mola- comentó Lúa mientras bailaba como una loca.

- Sí, a ver si tenemos suerte y aparecen un par de pavos potables...

Lúa negó con la mano sin dejar de bailar.

- Ni de coña, yo no quiero saber nada de tíos en una buena temporada.

- Ay, nena, lo que te pierdes...- dijo Gaby mirando a un ejemplar de macho ibérico que acababa de llegar, y que le devolvió una mirada insinuante.

- Hija, esto sí que es llegar y moler...- dijo Lúa mirando al tipo, que ya se acercaba con aire chulesco- Me voy a la barra a tomar algo. Sé buena.

- Sí, hombre, aquí se trata de ser malísima- le contestó Gaby guiñándole un ojo.

Lúa se fue a la barra y se pidió un cubata. No quería estar en medio del ritual de apareamiento, solo faltaba que la salpicaran con el chuperreteo. Mientras esperaba que la sirvieran, alguien le puso una mano sobre el hombro y se giró. Por un momento creyó que estaba teniendo alucinaciones. ¡Dani! ¿Qué demonios estaba haciendo él allí? Había bebido más de la cuenta, a juzgar por la manera en que la miraba. Llevaba una camisa negra y unos tejanos que le hacían un culito respingón. Comenzaba a llevar el pelo demasiado largo, pero le quedaba muy bien, le daba cierto aire canalla que a ella, muy a su pesar, le encantaba.

- Lúa- se limitó a decir.

- Muy bien, has acertado- dijo ella con sarcasmo.

- Perdóname- al parecer hablaba poco para que no se le notara que arrastraba las sílabas, pensó ella.

Lúa le miró con enfado. Luego cambió su cara por una de total indiferencia.

- Claro, te perdono. ¿Por qué no?- él la miró confuso, sin comprender su repentino cambio de actitud, así que se lo explicó- Tú y yo ya no vivimos juntos. No me dejas ir a tu tienda ni vienes por mi bar, ni tenemos amigos en común. Tampoco vamos a quedar para ir al cine, así que ¿qué más da? No sé para qué quieres mi perdón si no vamos a volver a vernos.

Dani no contestó en seguida. Se quedó mirando el ombligo de Lúa mientras se tambaleaba y recuperaba el equilibrio a duras penas. Igualito que James Bond.

- Quiero contarte una cosa...- dijo mientras se apoyaba torpemente en la barra y tiraba la copa de la chica de al lado.

- ¡Oye, ve con cuidado, idiota!- le gritó ella mirándose el vestido de lycra estampado, todo manchado de cubata.

Un hombre se acercó abriéndose paso entre la gente y sujetó a Dani justo antes de que se cayera al suelo.

- Lo siento mucho, mi amigo no se encuentra bien- le dijo a la chica. Luego se volvió a Lúa-. Perdona a mi amigo, no está muy fino- finalmente miró a Dani-. Será mejor que nos vayamos a casa.

- No- protestó Dani con voz pastosa-. Estoy hablando con ella, ¿no lo ves?

- Dani, en estos momentos no pareces ningún playboy, créeme. Anda, vámonos.

El chico se llevó a Dani, sujetándolo para que no se cayera, mientras él protestaba y miraba a Lúa con impotencia. A ella le dio lástima verle así, a pesar de todo. Era como un pajarillo con el ala rota que necesitara que le cuidara y le metiera la lengua hasta el esófago. Estuvo a punto de ir con él y acompañarle a casa pero se contuvo y se reprendió a sí misma. ¿Es que no tenía orgullo? Ese era el tío que le había estado amargando la existencia, el que quería que se marchara de su casa.

De repente, ya no tenía ganas de estar allí. Buscó a Gaby y la encontró charlando con el tipo de antes. Le sabía mal interrumpir, pero la cogió por la muñeca para llamar su atención.

- Dime- le dijo ella, sonriente.

- Me voy a ir a casa. Tú quédate y pásalo bien.

A Gaby se le borró la sonrisa de la cara.

- ¿Pasa algo?

- No, no, de verdad. Es que no me encuentro muy bien. Mañana hablamos- Lúa le dio dos besos y se marchó.

Al salir a la calle buscó a Dani con la mirada, pero solo vio pequeños grupos de gente hablando

mientras todos fumaban como carreteros. Una parte de ella respiró aliviada, aunque no sabía si era porque no quería verlo o porque le daba miedo volver a colgarse de él. Qué gilipollez, como si ya lo hubiera superado... Lúa se alejó por la acera y se cerró la chaqueta. Comenzaba a refrescar. Cuando giró la esquina oyó una discusión, y al levantar la vista vio al chico que se había llevado a Dani tratando de meterle en un coche, pero este se resistía con todas sus fuerzas. Lúa tenía muy claro lo que tenía que hacer: dar la vuelta y marcharse por donde había venido. Por eso le extrañó verse de repente al lado del coche.

- ¿Te echo una mano?- le preguntó al chico.

El amigo de Dani hizo que no con la mano.

- No, no, faltaría más. No quiere irse a casa, pero en seguida se le pasa- esto último, lo dijo sin demasiada convicción.

Dani la miró.

- Estás aquí... Entonces ya no estás enfadada- comenzaba a tener serios problemas para pronunciar las palabras de forma inteligible.

- No, no está enfadada- dijo su amigo como si estuviera hablando con un crío de cinco años-. Anda, ven conmigo.

- ¡Que no!- se reveló Dani, trastabillando.

Lúa se acercó a él.

- ¿Por qué no te metes en el coche?- le dijo con su voz más persuasiva- Si no, te tocará ir a buscar un bus nocturno. Yo no desaprovecharía la oportunidad.

- Solo me meteré en el coche si tú entras conmigo- dijo él con resolución mientras se apoyaba en la puerta del coche para no caerse.

- Esta chica no puede venir con nosotros- dijo el amigo de Dani mientras abría la puerta del coche y le empujaba dentro.

Dani se agarró a la carrocería del coche como un pulpo, era imposible hacerle entrar.

Lúa ya no tenía nada que hacer allí, si se daba prisa todavía cogería el siguiente bus nocturno para ir a casa... Por eso le sorprendió verse entrando al coche por la otra puerta.

- Dani, mira, ya estoy dentro. ¿Vienes conmigo?

- Bueno...- Dani se dejó caer sobre el asiento con la elegancia natural de los borrachos.

Lúa le puso el cinturón de seguridad mientras él murmuraba cosas ininteligibles. Su amigo silabeó un "gracias" antes de cerrar la puerta e ir al asiento del conductor. Cuando la chica trató de salir del coche, Dani la cogió del brazo con todas sus fuerzas. ¡Pues sí que era un pulpo!

- ¡No te vayas!

Lúa le miró y le dio tanta pena verle así... Cuando quiso darse cuenta, estaba ayudando a subir a Dani a casa por la dichosa escalera. Después de muchas penurias y un par de momentos de pánico, llegaron arriba y le metieron entre ella y su amigo, que se llamaba Nando, en su habitación. Lo dejaron caer sobre la cama como si fuera un saco de patatas, pero él cogió a Lúa del brazo y no la soltó. Cosas de pulpos. Nando, que ya estaba en la puerta, volvió con ellos.

- ¡Dani, ya está bien!

- No pasa nada, ahora saldré yo- le dijo Lúa con una mirada tranquilizadora.

Nando se encogió de hombros y salió de la habitación, cerrando la puerta al salir.

- Dani, tengo que irme.

- No, no, me has perdonado, tienes que quedarte.

A Lúa se le escapó la risa.

- ¡Pero estamos en tu cama, que no te enteras! Venga, ponte el pijama y a dormir.

Dani se sentó en la cama y miró a su alrededor, desorientado, como si no reconociera su propia habitación. Si ella misma no supiera que lo era, habría pensado que Nando le había llevado a una casa que no era la suya. Lúa, sentada a su lado, pensó que si no salía pitando de allí, perdería todo lo que había avanzado en pasar de él. Dani tenía los ojos acuosos y tristes como los de un perro de babas, y ella se decepcionó y escandalizó a sí misma cuando se vio desabrochándole la camisa como si fuera su madre. Al quitársela, tuvo que hacer un esfuerzo por no mirar su torso. Ni morderlo, ni nada. Ni siquiera un lametón.

- Venga, Dani, a la cama...- le dijo con paciencia.

Dani se dejó caer hacia atrás, con las piernas colgando. Lúa suspiró y se agachó ante él para quitarle los zapatos. Luego, siendo un poco perversa, le desabrochó los pantalones y se los quitó estirando por los bajos. Dani se quedó solo con unos calzoncillos bóxer negros de algodón. Estaba para comérselo con cachelos, el pulpo este...

- Me voy, Dani. Buenas noches.

- Nooooo, quédate un ratitooooo...

Era evidente que no podía quedarse.

Lúa se despertó con los rayos del sol tocando su cara. Por un momento miró a su alrededor desorientada y vio que tenía un brazo posado sobre su cintura. Ay, madre, al final se había quedado. No había pasado nada, evidentemente. Dani se había quedado inconsciente casi al instante y ella también se había dormido, a pesar de que creía que sería incapaz. Lo que no recordaba, pensó mientras miraba hacia abajo, era haberse quitado los pantalones. Menos mal que llevaba unas bragas decentes, y no las de dibujos animados... Cuando giró la cara se encontró con Dani mirándola entre somnoliento, sorprendido y cauteloso. Se comportaba como si tuviera al

lado un ciervo y no quisiera asustarlo. Ella se lo quedó mirando. Tenía mala cara y, a juzgar por cómo entrecerraba los ojos con el sol que entraba por la ventana, tenía una resaca bastante decente.

- Tienes una pinta horrible- le dijo ella sin cortarse un pelo.

- Eh... es posible...- él retiró el brazo que tenía posado sobre la chica y se pasó las manos por la cara y el pelo rápidamente, con escaso resultado.

Dani seguía mirándola expectante y Lúa en seguida se dio cuenta de que no recordaba nada de la noche anterior. Tuvo que reprimir una sonrisa al pensar que el pobre debía de estar preguntándose qué había pasado entre ellos la noche anterior, y decidió ser un poco mala. El diablo de su hombro le susurró un par de cosas al oído.

- ¿No vas a decir nada de lo que ha pasado?- preguntó, mirándole fijamente.

Dani miró rápidamente en todas direcciones, como si hubiera un cartel en alguna parte que le pudiera dar alguna indicación de lo que había pasado allí. Solo fue un instante, luego volvió a mirarla.

- ¿Tú estás bien?- preguntó para salir del paso.

- ¿Es que tengo mala cara?

- No, no... No sé, estamos aquí y...

- ¿Sí...?- le animo ella a continuar o, más bien, a ponerse la sogá al cuello.

- Que si va todo bien.

- Va todo lo bien que puede ir dadas las circunstancias...- ella decidió pincharle un poco más- ¿Qué hay de lo que me dijiste anoche? ¿Sigue en pie?- improvisó.

- ¿A qué te refieres, de todo lo que te dije?- dijo él para sacar algo más de información.

Lúa sonrió maliciosamente.

- ¿Es que no te acuerdas?

Dani puso cara de circunstancias.

- No mucho...-su intento de hacer ver que se acordaba de todo se desmoronó finalmente- Lúa, no te enfades, pero es que no recuerdo nada. No sé qué ha pasado, ni qué hacemos aquí juntos... ¿Tú y yo hemos...?- no se atrevió a terminar la pregunta.

Lúa decidió dejar de torturarlo.

- ¿Tú qué crees? ¡Claro que no! Te encontré borracho como una cuba en la discoteca, ayudé a Nando a traerte aquí, me pediste que me quedara un rato y me quedé frita. Deja de soñar.

La expresión de confusión desapareció de su cara y se levantó. ¿Aliviado? ¿Decepcionado? Lúa le imitó y se puso sus tejanos rápidamente.

- Gracias por todo. ¿Eso quiere decir que ya no estás enfadada conmigo?

- Ya te lo dije ayer, ¿qué más te da si te perdono o no? No vamos a vernos más.

Dani se llevó una mano a la sien y se la masajeó suavemente.

- Me gustaría hablar contigo... Cuando el enanito de dentro de mi cabeza deje de darme martillazos.

- ¿Para qué?- ella terminó de calzarse y no pudo evitar mirar fugazmente la guitarra, que reposaba silenciosa sobre una silla. Un millón de malos recuerdos cruzaron por su cabeza. Se acercó a Dani y le rozó la mejilla con un dedo- Dejémoslo aquí- abrió la puerta-. Adiós.

Lúa salió al pasillo y Dani fue tras ella.

- Quédate a desayunar, al menos. Puedes ducharte si quieres.

- Prefiero ducharme en mi casa- lo dijo sin pensar, pero a Dani le sentó como una patada en el culo.

Él dejó de seguirla y Lúa se marchó con un regusto amargo en la boca. Pero, ¿qué demonios! Aquello ya no era su casa.

La inauguración del bar fue un éxito. Gaby y Lúa no dejaban de ir arriba y abajo sirviendo las mesas, y todos las felicitaban por lo bien que había quedado todo. Lúa había colgado el único cartel que había sobrevivido al incendio en el mismo lugar donde estaba y debajo había puesto una plaquita donde se leía “Por los viejos tiempos”. La zona del sofá estaba muy solicitada y la gente se agolpaba allí sin siquiera conocerse, con intenciones más que oscuras en algún caso.

- ¿Qué pasa con las pelis de *Star Wars*?- dijo un tío de unos cuarenta años con barba- Solo vimos la primera...

Lúa le dedicó una sonrisa.

- La semana que viene pondremos la segunda y la siguiente, la tercera. ¿Os creíais que os íbamos a dejar en la estacada, o qué?

- ¡Esa Chewaka buena!

Habían recuperado la pizarra con ideas para hacer en el bar y en seguida recibieron un aluvión de sugerencias. Bruno, embutido en la barra entre dos armarios roperos de brazos peludos, le dio un trago a su tónica y llamó a Gaby.

- Oye, ¿qué hay de mi idea de las citas rápidas?

Ella se rio.

- Ay, cielo, eres tan gracioso... Venga, apunto tu idea y a ver si tiene éxito.

- ¡Eh, apunta también una competición de Excalextric!- gritó Ginés, otro habitual del bar.

- Sí, hombre, ¿y de dónde vamos a sacar un Excalextric ahora?- se quejó Lúa.

- Yo lo traigo. Vais a flipar con el pedazo de pista que os voy a montar... ¡Ríete de Mónaco!

Gaby y Lúa se miraron y lo apuntaron en la pizarra.

- Sí que habéis vuelto con ideas...- comentó Lúa.

- Es que os echábamos de menos- dijo Bruno.

Gaby pasó por su lado para ir a tomar nota y le dio un rápido abrazo por detrás.

- Nosotras también os hemos echado mucho de menos, guapísimo.

Bruno se quedó un poco descolocado ante aquel arranque de cariño y se subió las gafas por el puente de la nariz con un gesto nervioso de lo más gracioso mientras sonreía.

Al final del día, las dos chicas se quedaron a recogerlo todo y a hacer caja.

- La leche, esto es casi el triple de lo normal- dijo Lúa contando el dinero.

- He pasado unos nervios... Me alegro de que todo haya salido bien.

De las dos, Gaby era la que lo había pasado peor. Habían tenido que gastarse hasta el último céntimo de sus ahorros para poner en condiciones el local y tenía miedo de que su clientela se hubiera perdido entre los muchos bares de la zona. Pero no, ahí estaban todos, y más gente que se había acercado a curiosear. Cuando todos habían levantado sus copas para hacer un brindis por ellas, casi se le habían saltado las lágrimas.

- Estoy molida, ya había perdido la costumbre de ir todo el rato con bandejas cargadas- comentó Lúa tocándose un bíceps dolorido-. Tengo los brazos hechos polvo.

- Ya, yo casi no puedo ni andar- Gaby se quitó los zapatos de tacón que se había puesto para la ocasión y se quedó descalza con un suspiro de alivio.

Los pases de películas fueron un éxito, tal vez porque la gente estaba contenta de que hubieran vuelto. El caso es que no cabía ni un alfiler, y cada pase fue una auténtica fiesta. En las votaciones para el próximo evento había un empate técnico entre las citas rápidas de Bruno y la timba de póker que había propuesto una chica. Bruno les ponía caritas lastimeras para decantar la balanza a su favor cada vez que se dejaba caer por el bar.

- No comprendo por qué no tienes novia, si eres la mar de majo- le dijo Lúa un día.

En realidad el chico no estaba nada mal, y era muy divertido. Las gafas de pasta que siempre llevaba le daban un aire bohemio.

- A lo mejor es que no me atrevo a decirle nada a la chica que me gusta...- dijo él concentrándose en su vaso de tónica.

Lúa se apoyó en la barra. Como buena chismosa había olido la sangre y se preparaba para atacar.

- ¿Qué chica te gusta? ¿La conozco?

- No seas cotilla...- Bruno se concentró en su tónica como si pudiera hacerla hervir con la mirada, pero solo consiguió que saliera una burbuja de más.

Ella dio una palmada barriobajera en la mesa.

- ¡Eso es que la conozco! Va, dímelo...

Bruno se puso bien las gafas con nerviosismo y desvió la vista.

- Oye, ¿por qué no hablamos de otra cosa?

- Si me lo dices, te consigo las citas rápidas- le tentó ella, apoyando los codos sobre la barra.

Bruno la miró con reticencia.

- ¿Me lo prometes? ¿Y me prometes que la chica que te diga participará?

- Bueno, haré lo que pueda...- dijo Lúa sin comprometerse.

Bruno le hizo señas para que se acercara y miró a su alrededor antes de decírselo. Durante un momento la miró fijamente, como si no estuviera seguro de confiar en ella.

- Es Gaby- dijo al fin.

Lúa abrió la boca con sorpresa, no tenía ni idea... Luego sonrió maliciosamente.

- No te preocupes, ella estará. Yo me encargo.

- Y tú también, ¿eh? Necesitas a alguien que te haga sentir como una princesa.

- Eso no existe- suspiró ella con cansancio.

Alguien había entrado y se había sentado al lado de Bruno.

- ¿Qué te pongo?- le preguntó Lúa antes de darse cuenta de que era Dani y quedarse pasmada- ¿Qué haces tú aquí?

Menudo recibimiento. Dani cogió un posavasos y comenzó a girarlo, nervioso.

- No sabía en qué bar trabajabas y me he recorrido todo el barrio buscándote. Me gustaría hablar contigo, ya te lo dije.

- Pues ahora no va a poder ser, estoy hablando con él- contestó Lúa mirando a Bruno.

El pobre Bruno se levantó y cogió su vaso.

- Yo, mejor me voy a una mesa...- dijo.

- ¡Bruno!- Lúa miró fugazmente el taburete que acababa de dejar vacío y el aludido se sintió como si fuera un perro y le hubieran gritado *¡Sit!*

El chico volvió a sentarse con la sensación de que tenía las orejas caídas y el hocico húmedo.

- ¿Puedo pasar a buscarte cuando cierres?- preguntó Dani.

- Es que termino muy tarde- se excusó Lúa mientras comenzaba a limpiar la barra alejándose de él.

- Ya sé a qué hora cierras, puedo esperarte fuera- el chico comenzó a seguirla por la barra-. Por favor...

- Mejor que no, estaré muy cansada- dijo ella para quitárselo de encima.

Pero había manchas de alquitrán que se quitaban de encima con más facilidad...

- Pero tendrás que cenar, ¿no?- insistió Dani.

La barra se terminó y Lúa regresó donde estaba Bruno rápidamente, seguida de cerca por Dani, que parecía su sombra.

- Pobrecillo- dijo Bruno en voz baja, como para sí-. Me recuerda tanto a mí...

Ella le fulminó con la mirada.

- Te estás jugando las citas rápidas, no tientes a la suerte.

Bruno hizo el equivalente a taparse el hocico con las patas de delante. Lúa se metió en la cocina resoplando.

- ¿Qué es eso de las citas rápidas?- le preguntó Dani a Bruno.

- Vamos a organizar una rueda de citas rápidas en el bar- le explicó Bruno.

- Qué original, ¿cuándo será?

Bruno se encogió de hombros.

- Todo depende de ella, pero lo pondrán en la pizarra de la salida. Lúa me lo ha prometido.

- Ah... Bueno, parece que no quiere hablar conmigo- dijo un Dani desanimado mientras miraba hacia la cocina-. Será mejor que me vaya.

- Macho, no sé qué le habrás hecho para que esté tan borde contigo, pero lo tienes bastante crudo...

- Ya lo veo...- Dani se marchó con la vista fija en el suelo.

Dentro de la cocina, Lúa estaba hecha un manojo de nervios.

- ¿Todo bien?- preguntó Gaby levantando la vista de la plancha donde estaba friendo beicon y lomo.

- Dani está ahí fuera. ¿Podrías salir y ya termino yo de hacer eso?- Lúa se subió la camiseta para cubrir el hombro que le había quedado al descubierto.

- ¿Pero qué quiere?

- Quedar conmigo luego.

- ¿Y por qué no quedas con él?

- Que no, que me está costando dios y ayuda quitármelo de la cabeza y no quiero que vuelva a hacerme daño.

Gaby le dio la vuelta al lomo con gesto experto y dejó la espátula.

- No seas tonta, sal ahí fuera y habla con él- le dijo dándole un empujón.

- ¡No, Gaby!- siseó Lúa resistiéndose con todas sus fuerzas.

Bruno y un par más de clientes vieron con estupor a Lúa salir escupida de la cocina. La pobre se estampó contra la barra, miró a su alrededor y se puso bien la camiseta otra vez. Dani ya no estaba, gracias al cielo.

- Tu amigo se ha ido- informó Bruno.

- Ya lo veo... ¿Ha dicho algo?

- Que iban a operarle a vida o muerte dentro de una semana. Solo quería que lo supieras.

La cara de Lúa se descompuso.

- ¿Qué dices?- dijo corriendo a la salida y mirando en ambas direcciones. Luego volvió corriendo con Bruno y le preguntó con ansiedad- ¿Es eso cierto?

- No, pero no creo que hubieras salido corriendo así por ninguno de nosotros- señaló a los demás parroquianos con un ademán de cabeza.

Lúa le dio un capón en la cabezota.

- ¡Idiota, eso no lo digas ni en broma!- Lúa volvió detrás de la barra maldiciendo por lo bajo- Será posible, el chinche este...

A Bruno le costó un montón, pero volvió a convencer a Lúa de que hicieran lo de las citas rápidas. Cada vez que la veía, la perseguía por toda la barra con cara lastimera, era insoportable a la par que gracioso. Al final, más que convencerla, ella terminó rindiéndose por lo pesado que se puso. Igualmente, era una idea que tenía bastante éxito, a juzgar por los votos.

- Venga, ¿nos animamos?- le propuso Lúa, toda entusiasmo fingido, a Gaby.

- Bueno, va- consintió la otra.

- Pero tú tienes que participar- le dijo Lúa guiñándole un ojo.

- ¿Yo? A mí no me van esas cosas. No me lées.

Pues vaya... Tenía que conseguir que Gaby se sentara en una de esas mesas como fuera.

- Venga, no te hagas la estrecha, que tengo ganas de que sientes la cabeza de una vez...

- Mira quién fue a hablar. ¿Y tú, qué?

- Yo estoy muy bien así, déjame tranquila.

A Lúa no le gustaban nada los derroteros que estaba tomando la conversación.

- ¡Y un huevo! Si tú te apuntas, yo me apunto- la retó Gaby.

Joder, joder, joder...

- Bueno...- Lúa pensó que no había dinero en el mundo para que Bruno le pagara aquel favor.

El día de las citas rápidas el bar se puso a reventar. Hubo tantos participantes que tuvieron que

reducir el tiempo de cada cita de cinco a tres minutos para no pasarse toda la noche allí. Al parecer, medio barrio tenía esperanzas de encontrar allí su pareja ideal, y el otro medio, un polvete bien guarrete. Las chicas se sentaron cada una en una mesa, tres más en los sofás y cuatro en la barra. Cada tenía una pegatina con su nombre. Los chicos iban desplazándose de cita en cita siguiendo el orden de los números. Para que Gaby y Lúa pudieran participar, vino un amigo de la primera para que las sustituyera durante el rato que se pasaran con las citas. Había más chicos que chicas, así que algunos iban a tener que esperar para comenzar su ronda. Cada uno tenía una serie de sobres con su nombre. Al final de la cita le daban el sobre a la otra persona, dentro ponían una nota con lo que quisieran: su número de teléfono, un “lo siento”, lo que fuera. Así, pensaron Gaby y Lúa, no era tan violento decir a una persona que no te gustaba. Todas las chicas estaban sentadas de manera que no vieran qué chico les tocaba en el siguiente turno. Siempre podían girar la cabeza, pero así no se distraían tanto.

El camarero suplente se encargó de dar el pistoletazo de salida.

- Un momento de atención. Cuando toque la bocina comenzará la cita. Cuando vuelva a sonar, los chicos se desplazarán hacia la siguiente cita. No os encantéis, que el tiempo corre. Comenzamos en tres, dos, uno...- el amigo de Gaby hizo sonar una bocina dos veces seguidas y los chicos tomaron asiento.

Las citas se sucedieron rápidamente y Lúa lo encontró de lo más divertido. La mayoría eran clientes habituales.

- Hola, Lúa- la saludó un chico bajito y moreno con cara de pillo que se llamaba Fran. Era su cuarta cita-. Que sepas que termino la ronda porque tengo que terminarla, pero yo ya he triunfado.

- Ah, ¿sí?- Lúa se inclinó hacia delante con interés- ¡Si casi acabamos de empezar! ¿Con quién?

Fran miró disimuladamente a su derecha.

- Dos chicas más allá, se llama Tania. Hemos quedado para tomar café mañana.

- Ah, sí- dijo Lúa mirándola de reojo-, ya sé quién es. Pues sí que has triunfado pronto, felicidades.

- ¿Tú qué tal lo llevas?

- Psa, por el momento no he tenido mucho éxito, pero solo llevo cuatro citas. ¡Dame tiempo para que afíle las uñas!

- No te preocupes, seguro que encuentras a alguien que te guste y tú le gustes- Fran puso cara de conquistador-. Siento no poder ser yo, sé que te morías de ganas.

Los dos se rieron.

- Si dejas a Tania, llámame.

Lúa cogió una notita y puso “¡Felicidades, campeón!” . La metió en un sobre y se lo entregó a Fran. Él también le dio uno.

Sonó la campana y un chico muy alto de cabello castaño claro y ojos negros se sentó ante ella.

- Hola, soy Ramón.

- Yo soy Lúa. Cuéntame, Ramón, ¿cuáles son tus aficiones?

- Pues hacer punto de cruz, desatascar baños... Lo típico- ella se echó a reír-. Mira, no tenemos mucho tiempo. Esta noche he venido a buscar a mi cenicienta, y sé que eres tú.

- ¿Tu cenicienta?

Vaya, así que tenía cara de desgraciada esclavizada que busca desesperadamente un hombre que solucione sus problemas.

Ramón se metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita. Lúa la miró con pánico, ¿qué estaba haciendo aquel tío? No iba a sacarle un pedrusco, ¿verdad? Gracias al cielo, Ramón abrió la cajita y mostró un zapatito de juguete. A ella se le escapó algo a medio camino entre la carcajada y el suspiro de alivio.

- ¿Qué es eso?

- El zapato de mi Cenicienta, lo he traído especialmente para ti. ¿Permites...?

Ramón le cogió la mano, más concretamente el índice de la mano derecha, y le puso el zapatito. Un flash arrancó a Lúa de su asombro. Un amigo de Ramón acababa de hacerles una foto, los dos con cara gilipollesca mientras contemplaban su dedo con un zapato de juguete en la punta. Como aquella foto llegara a manos de los de Lleida, las risas iban a oírse desde Madagascar...

- Te sienta a la perfección- dijo él, maravillado-. No tengo mucho tiempo, ¿te gustaría ir un día a hacer senderismo conmigo?

- Em... ¿Podrías decirle a tu amigo que borre esa foto que acaba de hacer?

- No te preocupes por eso. Me gustas mucho, Lúa. Vengo a este bar cada semana solo para verte.

- ¿De veras?- enarcó la ceja levemente. Ramón le sonaba vagamente pero no terminaba de ubicarle- ¿Y por qué no me has dicho nunca nada?

Él suspiró mientras recuperaba su zapatito.

- Porque vengo con una pandilla de energúmenos y no quiero hacer nada delante de ellos.

- ¡Ah, ya sé!- dijo ella dando una palmada en la mesa- Tú vas con ese grupillo que vino a ver las películas, todos disfrazados de soldados imperiales.

Ramón asintió con una sonrisa.

- Menuda tarjeta de presentación. Pero sois muy simpáticos.

Él suspiró y apoyó la cara en la palma de la mano, mirándola.

- ¿Saldrías un día conmigo?

Sonó la campanilla. Lúa cogió una notita y puso “La próxima vez que vengas al bar dime algo, nunca se sabe...”. Contra todo pronóstico, Ramón le había caído en gracia, a pesar de lo del zapato, que no tenía nombre. La cita que le había propuesto era la más original que había oído en tiempo. Ramón puso su notita en un sobre con su nombre y se lo dio.

- Hasta pronto, guapísima.

- Hasta pronto...

Los hombres se fueron sucediendo, y Lúa las vio de todos los colores. Tuvo que aguantarse la risa con uno que iba de chulo de playa. No se había quitado las gafas de sol en toda la tarde y llevaba una camisa con las solapas subidas y el pelo engominado y de punta, despeinado. Parecía que viniera de un after. Lúa le puso “Lo siento, solo me gustan los hombres con boina”, y tuvo que reprimirse para no echarse a reír al dársela.

Tres mesas más allá vio a Ramón calzándole el zapatito a otra chica. Así que lo había traído especialmente para ella, ¿eh? Ramón, a la lista negra.

Al cabo de un rato Bruno llegó a su mesa hecho un manojo de nervios.

- Estás muy guapo- observó Lúa, y no era por decir.

Bruno se había quitado las gafas y parecía otra persona. Tenía unos ojos verde oscuro muy bonitos, le encontró realmente atractivo. Además, se había puesto una camisa blanca que le sentaba muy bien.

- Gracias, Lúa, pero no sé si esto es una buena idea...- miró de reojo la mesa de al lado- Ahí está Gaby y no sé si me atreveré a decirle nada.

- Vamos, ¿qué dices? Después de hacerme montar todo este sarao no puedes pasar por su mesa sin decirle que te gusta.

- Es que no sé qué decirle...- dijo él alargando un dedo para subirse las gafas que no llevaba puestas- ¿Me dejas que ensaye contigo, si no es mucha molestia?

- Venga, vale- Lúa se pasó una mano por el pelo para ponérselo bien- Imagínate que soy yo la mujer de tus sueños. ¿Qué me dirías?

Bruno tragó saliva y le cogió las manos.

- La primera vez que te vi me pareciste preciosa. Me gusta todo en ti, sobre todo tu risa. Eres encantadora. Creo que eres una persona muy especial y me gustaría que me dieras la oportunidad de salir contigo- bajó la vista a las manos de Lúa-. He alquilado un barco y me haría muy feliz que vinieras conmigo a tomar una copa cuando termines de trabajar. Sin compromiso, para cambiar un poco de aires. Te prometo que no te contaré los chistes malos de siempre...- Bruno volvió a mirarla- Solo quiero estar cerca de ti.

Bruno le soltó las manos y esbozó una sonrisa. Lúa se había quedado sin habla, con la boca abierta hasta la mesa. Vaya con el chinche este...

- ¿Lo del barco es verdad?

- Sí... ¿Me he pasado?- preguntó él con preocupación.

Lúa puso cara de frustración.

- ¿Por qué no me sale a mí un chico como tú? Créeme, le va a encantar. Díselo igual que me lo has dicho a mí, ¿vale?

Bruno asintió.

- Espero no tartamudear.

Sonó la campana y Lúa le puso en su nota “¿Tienes un hermano gemelo para mí?”. Estaba segura de que a Gaby le iba a gustar mucho. Se merecía un chico así.

Poco a poco fue perdiendo la noción del tiempo. Le parecía que llevaba horas allí sentada, viendo desfilar todos aquellos hombres. ¿Cuántos llevaba? ¿Quince? ¿Veinte? De entre todos, había encontrado a tres que le habían llamado la atención. Tal vez uno de ellos valiera la pena...

Lúa se despidió con dos besos y una sonrisa de un tal Víctor y cuando volvió la vista al frente se encontró con Dani. La sonrisa se borró de su cara dando lugar a una expresión de sorpresa.

- ¿Qué haces tú aquí?

- He tenido que pasar por todas esas mesas para que me dediques tres minutos de tu tiempo. Créeme, hay una zona al final del bar que parece la jungla.

Lúa no pudo evitar mirar en aquella dirección, pero no vio nada especial, solo un par de chicas no demasiado agradecidas. Reprimió una sonrisa.

- ¿Han intentado aprovecharse de ti?

Dani resopló.

- Mejor no te lo cuento... ¿Qué haces cuando salgas?

- Mmm...- ella hizo ver que pensaba- Tengo que escoger entre varios tíos que quieren acompañarme a casa y no me decido...

- Cuando cierres te estaré esperando fuera. Todavía no he podido hablar contigo a solas.

- Otra vez con eso... ¿Por qué eres tan pesado?

- ¿Qué te cuesta, Lúa? ¿Tanto me odias, que no quieres aguantarme ni un ratito? Te prometo que después no volverás a verme más, si no quieres.

- ¿Por qué haces esto?- preguntó Lúa entrecerrando los ojos.

Sonó la campanilla. Dani le escribió algo en una notita y la puso en un sobre.

- ¿No me das un sobre?- le preguntó al ver que ella no escribía nada.

- Claro- Lúa cogió una nota, la metió en un sobre sin escribir nada en ella y se la tendió.

Dani la cogió con cara de circunstancias y se marchó. Tal vez estaba siendo demasiado dura con él, pero lo hacía por supervivencia. Lúa no pudo evitar abrir el sobre y mirar lo que ponía en la nota: “Ten piedad de mí”.

Cuando por fin terminaron las citas Lúa buscó a Dani con la mirada pero no le vio. En cambio, vio a Gaby ir a su encuentro rápidamente.

- ¡Lúa! ¡No sabrás qué me ha pasado!- Lúa sonrió para sus adentros mientras negaba con la cabeza- ¿Sabes ese chico, Ramón, que viene a veces con un grupillo?

La cara de Lúa se ensombreció.

- ¿Ese que es tan alto, de pelo claro?

- Sí, sí. Me ha invitado a cenar mañana, ¿qué te parece?

Me parece una puta mierda, pensó Lúa mientras buscaba a Bruno con la mirada. ¿Qué habría pasado con él?

- Gaby, ese Ramón también me ha dicho que venía al bar solo para verme a mí. Y seguro que te ha hecho el numerito del zapatito de Cenicienta. No me parece de fiar... ¿No has tenido ninguna otra cita prometedora?

- Pues no sé... Bueno, ese que se llama Freddy, es muy simpático.

- ¿Qué te ha parecido Bruno?

Gaby se mordió el labio inferior.

- Qué mono está sin gafas, ¿verdad?- apoyó la mano en el brazo de Lúa- Parecía otra persona...

- ¿Qué te ha dicho?

- Pues nada en especial, que se alegraba mucho de que hubiéramos vuelto a abrir el bar, que yo le caía muy bien...- se encogió de hombros- Espero que haya encontrado a una buena chica, tenía tantas esperanzas en esto de las citas rápidas...- Gaby cambió de tema y puso cara de enfado- No me jodas con lo de Ramón. Será capullo... Bueno, ¿tú qué tal?

Mierda, Bruno se había rajado... A Lúa le supo muy mal que el pobre chico no hubiera reunido el valor suficiente para decírselo.

- Se ha presentado Dani.

- ¿Dani? Yo no le he visto...

- Quiere verme luego, al salir del bar. Creo que voy a pasar de ir... No me apetece verle- Lúa seguía buscando a Bruno con la mirada, pero no le veía por ninguna parte.

- ¿A quién buscas?

- No importa. Discúlpame un momento.

Lúa fue a dar una vuelta por todo el local por si le veía, pero solo veía grupitos de chicos y chicas charlando y riéndose. Al final lo encontró en los lavabos, apoyado en el lavamanos, frente al espejo. Se le partió el corazón al verle así.

- Bruno... ¿Por qué no le dijiste nada?

Él la miró con tristeza.

- No pude, Lúa. Soy un idiota...

Lúa señaló fuera del baño.

- Gaby me ha dicho que estabas muy guapo, ¿quieres que le diga que...?

- No- la cortó Bruno-. No le digas nada, ¿vale?

Se le veía tan alicaído que Lúa no pudo evitar abrazarle.

- Lo siento mucho, mi niño...- le dijo con ternura.

- No pasa nada, tengo un barco en el que emborracharme esta noche- dijo él con una sonrisa triste.

- No hagas eso- a Lúa no le hacía gracia que bebiera más de la cuenta y se cayera al agua sin querer.

- ¿Por qué no? Total, ya está pagado... ¿Quieres acompañarme?- le ofreció sin demasiado interés.

- Pero pídeselo a Gaby, so tonto, ¿no ves que te dirá que sí?

El chico se deshizo de su abrazo.

- Da igual, iré yo solo.

Bruno salió de los baños y Lúa fue tras él.

- Vale, vale, voy contigo. No quiero que estés allí solo...

Como el amigo de Gaby se quedaba hasta el final de la noche, Lúa pudo marcharse antes de cerrar. Así se ahorraba el trago de tener que ver a Dani. Bruno tenía una moto aparcada cerca.

- No sabía que tuvieras moto- comentó Lúa mientras él le tendía un casco que tenía guardado bajo el asiento.

Bruno se puso otro que tenía sujeto con la cadena de la moto.

- Hay muchas cosas que no sabes de mí- le dijo guiñándole un ojo.

Bruno la llevó por las calles tranquilas y anaranjadas por la luz de las farolas hasta el puerto. Allí aparcó delante de un velero. Después del jaleo de las citas rápidas, el rumor de las olas y la brisa refrescante parecían de otro mundo.

- Qué bonito...- dijo ella.

- Me alegro de que te guste.

Bruno ayudó a Lúa a subir tendiéndole la mano desde la cubierta y luego bajaron al camarote donde les esperaba, tal como había prometido, una botella de cava bien fría y dos copas. Bruno las llenó y le tendió una a ella.

- ¿Por qué brindamos?- preguntó Lúa.

- Por nosotros. ¿Quién iba a decirnos que terminaríamos aquí tú y yo?- Bruno la miró con una sonrisa-. ¿Sabes qué? Me alegro de que hayas querido acompañarme. Imagínate, yo aquí solo, hablando con la botella, qué tristeza. Se habría lanzado por la borda de aburrimiento. Siéntate, por favor.

Lúa se sentó en una especie de sofá y él se acomodó a su lado. Estuvieron charlando y riendo copa tras copa hasta que se terminaron la botella y Bruno sacó otra.

- ¿Es que quieres emborracharme? Porque vas por buen camino, te lo advierto.

- No más de lo que me emborrache yo, te lo prometo- rio él mientras daba un sorbo a su copa.

- ¿Por qué no te pones lentillas más a menudo? Estás mucho más guapo así.

- No llevo lentillas, si casi no tengo nada en la vista, pero tengo la costumbre de no quitarme las gafas nunca. Es una estrategia, si siempre fuera así nadie se sorprendería de lo guapo que estoy con gafas.

Lúa se echó a reír.

- Por esa regla de tres, yo podría dejarme un bigote para que todos se sorprendieran de lo guapa que estoy sin él.

- Claro, ahora tienes un problema porque no puedes hacer nada para estar más guapa.

- Hombre, podría alisarme el pelo, por ejemplo.

- ¿Qué dices? Perderías ese encanto hippie que te dan los rizos.

- ¿Encanto hippie? ¡No me hagas reír!

- Lo cierto es- dijo Bruno dejando su copa en una especie de reposa-copas para que no se volcara con las inexistentes olas del puerto- que tus rizos me llaman poderosamente la atención. Eres guapísima, Lúa.

Ella se lo quedó mirando y se echó a reír.

- Venga ya, deja de hacerme la pelota.

Bruno se acercó más a ella y le acarició la mejilla.

- Me chiflas- susurró, luego se inclinó hacia Lúa y la besó en los labios.

Lúa sintió que se ponía colorada como un tomate y se puso más seria.

- Vamos, Bruno, ya sé que quien te gusta es Gaby, no yo- dijo bajando la mirada.

Bruno sonrió y señaló un armario.

- Ábrelo, anda.

Lúa le miró extrañada y se levantó para abrir el armario. Dentro se encontró una nota doblada por la mitad.

- ¿Qué es esto...?- preguntó mientras la abría y la leía.

*Hola, Lúa*

*Como sabía que no me creerías he dejado esta nota para demostrarte que eres tú la mujer que me vuelve loco. Gaby es solo una amiga.*

*Bruno*

Lúa se echó a reír.

- Ya, si abro otro armario encontraré una nota igual pero con el nombre de Gaby- dijo mientras abría armario tras armario.

En la nevera encontró otra nota.

- ¡Ajá!- dijo triunfalmente mientras la desdoblaba para leerla.

*Realmente eres muy desconfiada, Lúa...*

*Bruno*

Bruno se levantó y la cogió por la cintura.

- Me gustas mucho, Lúa- le dijo antes de volver a besarla.

Lúa no se resistió porque fue un beso de esos que te dejan con los ojos haciendo chiribitas, el chinche sabía muy bien lo que hacía, pero cuando terminó se separó un poco.

- No entiendo por qué has tenido que montar toda esta parafernalia, Bruno- le dijo mirándole con extrañeza.

- Porque un día me dijiste que no salías con clientes, así que tuve que buscar la manera de poder estar contigo a solas en un lugar así sin que me mandaras a freír espárragos. Sabía que Gaby solo

participaría en las citas si tú lo hacías, por eso te pedí que ella participara.

Bruno volvió a besarla y ella le separó suavemente, aunque le costó hacerlo. Besaba tan bien...

- Bruno... Es que todavía me gusta demasiado el último cabrón del que me enamoré.

Él le puso un dedo en los labios para hacerla callar.

- Sí, ese tal Dani. Ya lo sé. Espero conseguir que lo olvides. Si tú me dejas...

Bruno la miró con unos ojos conmovedores y la abrazó como un koala se abraza a su rama de eucalipto. Lúa se derritió. Su plan para conquistarla era retorcido y un poco de psicópata, pero... Era un encanto.

- Para, Bruno...- dijo ella antes de enredar sus dedos entre el cabello de su psicópata y devolverle los besos.

Lúa se despertó con el ligero vaivén de las olas. La luz del sol entraba por el pequeño ojo de buey del camarote y le permitió ver a Bruno dormido a su lado. Era tan mono... Estaba totalmente desnudo, igual que ella, y un hilillo de baba caía de su boca entreabierta. Otro del club de los babosetes, como ella. Lúa recordó la noche anterior, había sido maravillosa y perturbadora. Aquello no tendría que haber sucedido nunca. Sin embargo, las pequitas de Bruno le daban un aire travieso que la volvía loca. Y había estado increíble con ella, la había hecho sentir tan especial... Lúa miró a su alrededor. Nunca había dormido en un barco y le encantó que todo el camarote fuera una gran cama. Con cuidado de no despertarle gateó hasta el ojo de buey que había en la cabecera de la cama y se incorporó un poco para ver el mar a través de él. Los rayos de sol hacían brillar su cabello con reflejos dorados. De repente notó unas manos posándose en sus pechos. Bruno estaba tras ella, de rodillas, y la besó en el cuello.

- Buenos días, princesa.

Lúa se dio la vuelta y le devolvió el abrazo. La imagen de su celulitis y las cartucheras cruzaron por su mente como un rayo antes de ir a parar al mar por el ojo de buey.

- Bruno...- lo había pasado muy bien, pero Dani estaba comenzando a colarse por los resquicios de su mente, como siempre.

El tono de su voz no auguraba nada bueno, pero él no la dejó hablar.

- No digas nada. Déjame disfrutar de este momento, ¿vale?-dijo mientras le acariciaba el pelo.

Ella asintió y se dejó querer por Bruno. Era tan dulce que no pudo evitar responder a sus caricias y mimarle. Volvieron a echarse y jugaron, se besaron, se mordieron, se acariciaron, se sacaron los mocos de la nariz, todo mientras el barco se mecía perezosamente.

- ¿Tienes hambre?- le preguntó Bruno al cabo de un rato.

- ¡Sí!

Bruno la llevó a desayunar a una terracita donde la invitó a café, zumo de naranja recién hecho y croissants. Los dos evitaron hablar de lo que había pasado la noche anterior, aunque había material para escribir un tratado sobre sexo, pero Bruno estuvo de lo más hablador y le contó anécdotas divertidas de cuando se había sacado el título de patrón de barco.

- ¿Entonces, sabes navegar?- le preguntó Lúa.

- Un poco, pero es mejor que no quieras comprobarlo. Vamos, si quieres llegar a vieja.

- ¡Ya será menos!- se rio ella.

Bruno tenía una sonrisa preciosa y eso lo hacía todo más doloroso. Él intuía que aquel desayuno era el final de su corta historia, pero no dejaba que el tema saliera a relucir.

Después de desayunar, Bruno llevó a Lúa a su casa en moto. Ella se apoyó en su espalda y cerró los ojos, concentrada en sentir su calor, pero dos de cada tres pensamientos ya eran para el desgraciado de Dani.

- Gracias por todo- dijo ella al llegar, con una sonrisa manchada de tristeza.

Bruno fue a decir algo, pero cambió de opinión y la besó en un arrebato. Fue un beso precioso que sabía a despedida y que los dos alargaron más de lo necesario. Duró tanto que las hormigas ya habían decidido hacer pasar la nacional interhormiguero por encima de sus pies. Cuando terminó, los dos todavía abrazados, Lúa tenía lágrimas en los ojos. Fue a decir algo, pero él posó un dedo en sus labios para hacerla callar.

- Shh... ¿Lo has pasado bien?- ella asintió mirándole el pecho. No se atrevía a subir la mirada- Entonces he conseguido lo que quería.

Bruno le dio un ligero beso en la frente y se marchó. La pobre subió a casa hecha un lío.

Lúa encontró un mensaje de Dani en su móvil. Solo decía “¿Dónde estás?” Lo que le faltaba... ¿Por qué tenía que sentirse culpable, si nunca había llegado a estar con él, si ella le importaba tres pepinos? Al final iba a llegar a la conclusión de que era tonta de verdad, había pasado la noche con un hombre maravilloso y ella no dejaba de pensar en el que la había despreciado mil veces.

Aquella tarde, Bruno apareció en el bar y no hizo mención alguna de lo que había sucedido entre los dos, pero le dedicó una sonrisa encantadora cuando ella le sirvió su tónica. Lúa no le evitó, pero era evidente que algo no andaba bien. Era incapaz de sostener aquella mirada verde oscuro que la observaba tras los cristales de las gafas. Bruno se las quitó un momento para limpiárselas. Lo hizo a propósito, seguro, para que ella pudiera admirar esos ojazos que no quería hacer suyos, ni ponerlos en el llavero, ni nada.

- Eres como Clark Kent y Superman- dijo Lúa en un intento de parecer natural.

- Supongo que es mejor que me quede en Clark Kent, ¿no crees?- dijo él poniéndoselas otra vez.

Lúa no contestó. Bruno se levantó y le dejó el dinero de la tónica sobre la mesa. Ni siquiera la había probado. Luego se marchó barriendo el suelo con la mirada. A Lúa se le partió el corazón al verle así y no pudo evitar salir corriendo tras él. ¿Por qué? Pues nada, para darle un mensaje un poco más contradictorio, si cabía. Le interceptó justo antes de girar la esquina cogiéndole del brazo.

- Bruno...- dijo cogiendo aire.

A él se le iluminó la cara al verla.

- ¡Lúa!

Se quitó las gafas y se las puso a modo de diadema, y besó a Lúa mientras la estrechaba entre sus brazos. La llevó hacia un portal sin dejar de besarla y la estampó entre la pared y su cuerpo, aprisionándola. Uf, el chico era muy convincente... Ella respondió a sus besos y cuando a Bruno

comenzó a írsele la olla le paró suavemente. Tenían público, y estaban organizándose para abastecerse de palomitas.

- Oye... Si seguimos así tendremos que cobrar entrada a los que nos miran- dijo ella sonriendo y acariciándole-. No quiero volver a verte tan triste como antes, Bruno.

Él comprendió que Lúa no había ido a decirle que era el hombre de su vida y que se fugaran juntos a una república bananera.

- Lo siento, es que te veo al otro lado de la barra y me parece que estás al otro lado del Himalaya- bajó la mirada con tristeza-. Creo que he metido la pata llevándote al barco.

- No digas eso- dijo ella desviando la mirada. ¿Qué debía de pensar de ella?-. Ha sido precioso.

Bruno la miró con un punto triste.

- Pero ahora preferirías no verme en un tiempo, ¿a que sí?

- No digas eso, Bruno. No me conoces.

- ¿Qué no? Ponme a prueba. Pregúntame lo que quieras.

- ¿Cuál es mi comida favorita?- preguntó Lúa.

- El sushi. Excepto el de salmón.

- ¿Cómo lo sabes, si nunca te lo he dicho?- preguntó ella con asombro.

- Te he oído comentarlo en el bar.

- ¿Cuál es mi color favorito?

- El azul turquesa.

- ¿Y mi película favorita?

- *Amelie*.

Lúa fue a seguir, pero se quedó con la boca abierta sin llegar a decir nada. Después puso los brazos en jarras fingiendo enfado.

- Oye, no he dicho todo eso en el bar.

Bruno asintió.

- Sí lo has hecho, y además cuando te quedas pensativa te tocas la mejilla así- se la rozó suavemente con el dorso de dos dedos-, y estás encantadora.

Él sí que sabía ser encantador, el muy... Eso lo hacía todo más difícil porque Lúa estaba todavía colgada de Dani.

- Bruno, hay algo que tengo que decirte- y no se lo estaba poniendo nada fácil.

Bruno la besó para hacerla callar.

- No quiero oírlo, Lúa- susurró, rozándola con los labios al hablar-. Supongo que lo mejor será que no me pase por el bar en un tiempo.

- No...- susurró ella.

No era eso lo que quería. Sí que era lo que quería. Ni la bruja Lola, sabía lo que quería.

- Sí, es lo mejor- Bruno volvió a besarla una vez más y suspiró-. Sé buena, ¿vale?

Él volvió a ponerse las gafas y se marchó, y mientras volvía al bar Lúa maldijo a Dani mil veces por no salir de su cabeza para que pudiera estar con un chico como Bruno.

Gaby se acercó a Lúa cuando se quedaron más tranquilas en el bar.

- ¿Qué pasó ayer? Cuando cerré el bar, estaba Dani esperándote en la puerta. Me preguntó dónde estabas.

- ¿Qué le dijiste?

- La verdad, que no lo sabía. ¿Qué pasó?

Lúa se pasó una mano por sus rizos.

- Me fui con Bruno.

Gaby abrió la boca con sorpresa.

- ¿Cómo, con Bruno? ¿Quieres decir que...?

Lúa asintió y se puso a rascar una pequeña roña incrustada en la barra distraídamente.

- Sí, y ahora no sé qué hacer.

- ¿Pero fue todo bien?

Lúa asintió. La roña había desaparecido y la chica amenazaba con hacer un agujero en la madera.

- Me llevó a un velero, hubo cava, fue muy dulce...

- ¡Un velero!

- Ya...- suspiró Lúa.

Gaby le cogió la mano a su compañera antes de que atravesara la barra con la uña

- ¡Qué detallazo! Entonces, ¿has olvidado a Dani?

Lúa negó con la cabeza.

- Y Bruno lo sabe- añadió-. Por eso se ha ido tan rápido ahora. No va a volver...

Lúa levantó la vista y Gaby vio que se estaba aguantando las lágrimas.

- Cielo, no quiero verte así. Tienes que aclararte rápido y tirar hacia un lado o hacia otro.

- Con Dani no tengo ninguna dirección hacia dónde tirar...

- Ya, pero no eres capaz de decidirte por Bruno- Gaby salió de la barra y se sentó en un taburete-. ¿No sabes qué quería Dani cuando vino ayer?- preguntó mientras ponía juntos tres vasos de cortado, uno dentro de otro.

- Ni idea.

- ¿No deberías quedar con él? Solo para saber qué quiere. No querrás quedarte con la duda...

- No sé si quiero saberlo. ¿Para qué me voy a hacer ilusiones, si luego me va a dar un palo?

- Pero vamos a ver, ¿Dani te gusta o no?

- Sí, pero me estoy quitando.

Gaby se echó a reír y su coleta rubia se columpió de un lado al otro.

- Hablas como si fuera una droga dura.

- Lo es- dijo Lúa con resignación.

- Si él quisiera estar contigo, y no sé nada, pero le veo muy interesado en verte, ¿saldrías con él?

- Claro...- la voz de Lúa sonó a rendición.

- Vale, hasta ahí está todo claro. Ahora, ¿qué pasa con Bruno?

Lúa suspiró.

- Me ha sorprendido tanto... Para empezar es muy guapo, y detallista. Tía, alquiló un velero para mí... Es un cielo. Tendrías que haber visto cómo me ha besado hace un momento, era como si se estuviera acabando el mundo.

- ¿Te gusta?

- Sí, me encanta, pero está Dani...

Gaby se inclinó hacia delante y miró a su amiga con una pose confidencial.

- ¿Qué tal es...? Ya me entiendes.

- Es una pasada. Le pongo un nueve y medio.

- Jo, hija, sí que te ha impresionado- dijo Gaby con un deje de envidia.

Lúa asintió distraídamente. Tenía la cabeza en otra parte, en el camarote de un velero.

Los siguientes días Bruno no apareció por el bar. No podía reprochársele que prefiriera no ver a Lúa si sabía que no iban a llegar a nada. Sin embargo, ella sentía una punzada en el estómago cada tarde al mirar el reloj y comprender que él no iba a presentarse. Un día más.

El que sí se presentó fue Dani. Lúa no le esperaba y le sorprendió verle en la puerta del bar una noche. Estaba apoyado en el capó de un coche, esperándola.

- Lúa- la llamó cuando la vio salir.

Gaby le hizo un gesto con la mano para que se fuera tranquila, ya terminaba de cerrar ella. Lúa se acercó a él con cautela, como si pudiera atacarla en cualquier momento.

- Hola- dijo escuetamente.

- ¿Has cenado?- preguntó él.

- No.

- Deja que te invite a cenar- le pidió Dani. Al ver que ella no contestaba, añadió-. Vamos, solo te pido eso.

- Bueno...

Dani la llevó a un restaurante muy íntimo que había cerca de allí. Por el camino no hablaron, anduvieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Lúa estaba hecha un flan, se preguntaba qué querría decirle. Cuando llegaron al restaurante, Dani le dijo al camarero que tenía una reserva y ella le miró de reojo. Vaya, sí que estaba seguro de que aceptaría, el muy creído. Bueno, estaba siendo un poco injusta, pero se lo podía permitir. El camarero les condujo a una mesa apartada, iluminada por una vela metida en un vasito de cristal facetado de color rojo. Todo el restaurante estaba sumido en una luz indirecta y tenue, y parecía que estuvieran solos en el fin del mundo. Los dos tomaron asiento y el camarero les pasó sendas cartas. Lúa abrió la suya y comprobó que era bastante cara. La dejó a un lado.

- ¿Por qué me traes aquí?- preguntó ella mirando la cara iluminada en tonos rojizos de Dani.

- Porque quiero explicarte una cosa y no encuentro la manera. Eres muy escurridiza.

- Bueno, pues ya me tienes aquí. Tú dirás.

Dani señaló la carta con un dedo.

- Será mejor que pidamos primero para que el camarero no nos dé la brasa todo el rato.

Lúa le echó un vistazo a los platos y se decidió por una crepe de setas. Dani pidió un entrecot de buey a la pimienta, una ensalada con queso de cabra y vinagreta de frambuesa para compartir, y para beber escogió una botella de vino tinto para los dos. El camarero tomó nota de todo en una especie de móvil con pantalla táctil y se marchó con las cartas, raudo y veloz. Dani cogió aire como si fuera a meterse bajo el agua. Solo le faltó taparse la nariz con la mano.

- Estás muy guapa...- ella le devolvió una mirada poco amistosa desde el más absoluto silencio- A ver cómo te lo explico... Antes de ir a vivir a Sants estuve cinco años con una chica. Se

llamaba Nora. Se *llama* Nora, que no está muerta- se corrigió-. Yo estaba loco por ella. Era alta, rubia y preciosa. Era una mujer bastante seria y estaba comprometida con varias ONG. Trabajaba como auditora en una empresa muy importante. Nos compramos un piso juntos. Todo era perfecto...- Lúa desvió la mirada hacia la vela que titilaba en medio de los dos, incómoda- Ya, te estarás preguntando qué tiene que ver eso contigo, pero ten un poco de paciencia, ¿vale? Le propuse que nos casáramos y ella aceptó. Yo estaba eufórico, ni te imaginas. Entonces le ofrecieron un puesto muy importante en su empresa. Era una oferta realmente buena. En Estados Unidos. Nora me lo contó y tendrías que haber visto cómo le brillaban los ojos. Quería que nos fuéramos los dos a vivir a Chicago- Dani suspiró-. Yo no acepté. Mi padre había muerto hacía poco y yo había heredado su tienda. Cerrar la tienda hubiera sido como si le apuñalara por la espalda, después de deslomarse toda la vida para mantenerla. Le dije que no podía irme de Barcelona y ella- hizo un gesto con las manos como si se sacudiera un poco de polvo- se marchó, así de fácil. Mira cuánto valoraba nuestra relación... Ahora vive en Chicago. Supongo, vamos, porque no he vuelto a saber nada de ella.

Dani hizo una pausa. Lúa no sabía nada de aquello, era la primera vez que le oía hablar de su vida sentimental con ella, o con alguien. Sebas le había contado alguna cosa pero sin tantos detalles. El camarero llegó con el vino y se lo dio a probar a Lúa, que bebió un rápido sorbo y asintió, ausente. Como si ella supiera distinguir entre un gran reserva y un vino de tetrabrik. Luego llenó las dos copas y se retiró. Dani levantó su copa y Lúa le imitó.

- Por ti, Lúa.

Ella se sintió un poco cohibida.

- Por nosotros- dijo ella.

Los dos bebieron.

- Cuando Nora se marchó, el mundo se me vino abajo. Había puesto todas mis esperanzas en nuestra relación y todo se iba a la mierda en un abrir y cerrar de ojos. Nos habíamos comprado un piso y yo le tuve que comprar su mitad. Ahora tengo un piso que no me he atrevido a pisar desde que rompimos. Todo me recuerda a ella. Lo pasé tan mal que incluso se me pasó por la cabeza suicidarme- Dani vio la cara de Lúa y decidió ir más al grano-. Total, que cuando me recuperé lo suficiente como para poder volver a trabajar y no parecer un vagabundo, decidí que no volvería a involucrarme en ninguna relación. Si tenía ganas de tener compañía, me iba a una discoteca y me ligaba a una chica, si tenía suerte. Sin compromiso.

- Ya, eso me suena...- dijo ella dando otro sorbo a su copa, nerviosa.

- Conocí una chica con la que tal vez habría podido pasar algo, pero en cuanto me di cuenta de que podría gustarme más de lo normal la evité como si tuviera la tiña.

El camarero volvió con la ensalada y la puso en medio. También le puso un plato a cada uno para que se sirvieran lo que quisieran.

- Tiene muy buena pinta- dijo ella, insegura-. ¿Te sirvo un poco?

- Sí, por favor.

Lúa cogió cuchillo y tenedor y cortó en dos la generosa rebanada de queso de cabra gratinado.

- ¿Y qué pensabas hacer, pasarte la vida solo?

- Esa era la idea.

- No es una gran idea- dijo ella enarcando una ceja mientras servía una buena ración de ensalada a cada uno.

Dani la miró fijamente. La luz rojiza le daba a Lúa un aire enigmático que se rompió cuando ella se metió una gran hoja de escarola en la boca y no le cupo entera.

- Ya me he dado cuenta, pero en ese momento me parecía un buen plan. Y entonces llegó la primita de Sebas de visita... Cuando te vi por primera vez creía que eras un ligue de tu primo y pensé qué cabrón que era. ¿Cómo había conseguido camelarse a una chica como tú para que te fueras con él? Tienes un halo a tu alrededor- hizo un gesto descendente con las manos alrededor de su cabeza-, algo intangible, pero es como si abrieras una ventana y entrara aire fresco. Cuando me dijiste que eras su prima me sorprendió, pero no me preocupé mucho, solo ibas a pasar unos días y luego te marcharías. Ni siquiera me daría cuenta de que estabas allí. Lo malo fue cuando te vi bailando con aquella escoba. Estabas tan graciosa...- Dani se llevó a la boca un poco de ensalada.

- ¿Te estás riendo de mí?

Dani negó con la cabeza mientras terminaba de masticar, ignorando la cara ofendida de Lúa.

- Me pareciste adorable. Eras... lo contrario a Nora. No creí que pudiera gustarme alguien que no fuera como ella, Nora era el prototipo de mujer que me gusta. Ella era alta y rubia, con el pelo largo y liso. Tú, bajita, morena y con el pelo rizado. Ella era una persona bastante seria y tú vas y apareces en medio del pasillo saltando como una loca y cantando con una escoba como micro. Te hubiera comido a besos allí mismo. Cogerte el tobillo para ver si te habías hecho daño fue todo el acercamiento que me pude permitir, me estabas comenzando a asustar. Por eso intenté pasar más tiempo de lo normal fuera de casa. Yo soy muy casero, ¿sabes?

- Pues no se te veía el pelo por casa...- dijo ella pinchando un trozo de tomate.

- Cuando dijiste que querías quedarte a vivir con nosotros, se me cayó el mundo encima. Era como tener al enemigo en casa, ¿dónde podía esconderme de ti? Cada vez me gustabas más y no sabía qué hacer. No quería acercarme a ti más de lo necesario, pero por otro lado estaba muy a gusto contigo. Era como una guerra interna en la que unas veces ganaba la parte de mí que quería estar contigo y a veces ganaba la parte que quería alejarse. Por eso...- Dani levantó las palmas hacia arriba con frustración- supongo que te parecía un lunático.

Hacía rato que Lúa ya no comía nada, solo jugueteaba con el tenedor, moviendo la ensalada de un lado a otro. El corazón le iba a cien por hora. No se atrevía a mirar a Dani.

- Sí, parecías un lunático- fue lo único que se le ocurrió decir.

- Eras tan cariñosa conmigo que me costaba Dios y ayuda mantenerme lejos. Cuando no aguantaba más tu presencia, yo...- desvió la vista- me enrollaba con alguna chica para tratar de sacarte de mí

cabeza.

Lúa dejó de jugar con el tenedor y le miró fijamente.

- Joder, Dani...- dijo, al borde de las lágrimas.

El camarero se presentó con los segundos y se retiró cual guepardo de puntillas al ver que había llegado en mal momento. Dani apuró su copa de vino. Luego extendió la mano y cogió la de ella, que reposaba sobre la mesa. Comenzó a acariciársela cariñosamente con el pulgar.

- Cuando comenzaste a venir por la tienda de música me molestó muchísimo, no me dejabas ningún lugar donde poder desconectar de ti. Comencé a dejar que Toni estuviera contigo mientras yo atendía, o me iba a hacer inventario, o lo que fuera con tal de no verte.

- Sí, ya me di cuenta...- el pulgar de Dani acariciaba su mano sin cesar mientras él la miraba como un cordero degollado.

- Y un día vas y te traes a Toni a casa. Joder, Toni es mi mejor amigo, y tú vas y lo traes a casa, como si fuerais novios o yo qué sé.

- Nunca pasó nada entre nosotros- dijo ella en voz baja.

Dani sacudió la cabeza.

- No te creas que tenía la cabeza para pensar mucho. Solo pensé que te ibas a enrollar con mi mejor amigo en mis narices. En mi casa, En mi tienda. Joder, es que no tenía ningún lugar donde refugiarme. Tú le gustabas a Toni. Y lo peor es que Toni se dio cuenta de que me gustabas.

- ¿Cómo? A mí no me lo parecía...

- Porque le explicaste lo del tortazo que te diste cuando te descubrí bailando con la dichosa escoba...- la cara de Lúa mostró su confusión- Es que te componía canciones.

- ¿En serio? Joder, Dani... ¿Por qué nunca quisiste tocar nada para mí?

Dani se levantó y se fue a sentar al lado de ella. Le puso una mano en la rodilla y con la otra siguió acariciando su mano. Lúa se estremeció.

- Cuando toco la guitarra soy totalmente transparente. No quería tocar para ti porque solo hubiera podido cantarte canciones de amor mientras ponía cara de perro apaleado. No quería que me vieras así, puede ser bastante deprimente. En fin, la primera canción que te compuse se llamaba *Los múltiples usos de una escoba*, y allí explicaba justo lo que le contaste a Toni. Él me había oído tocarla en la tienda y no le costó mucho sumar dos y dos. Cuando se lo contaste me miró y, uf, creía que me moría. Yo pensaba que pasaba algo entre vosotros y si él sabía que yo te quería...

A Lúa se le escapó un sollozo al oírle decir que la quería. Dani la abrazó.

- No llores, Lúa...

- Estoy bien. Continúa.

Dani se separó un poco de ella para poder mirarla mientras le hablaba, pero solo un poco.

- Te pedí que no fueras más a la tienda porque no quería que estuvierais allí, delante de mis narices. Si tenías que estar con él no quería que fuera *en mi tienda*, ¿lo entiendes?- ella asintió en silencio. Ahora sí lo entendía- Luego, bueno, el día que te sentaste encima de mí, me comporté como un anormal, lo sé, pero es que ya no podía más. Estaba desquiciado. No quería verte, ni estar cerca de ti, ni oírte desde mi habitación. Por eso el día que te enfadaste tanto cuando me viste tocar para aquella chica y dijiste que querías marcharte... Yo estaba muy mal, espero que me comprendas. Cuando dije que me gustaría que te fueras, no lo decía en serio. De hecho, desde que te fuiste mi vida es una mierda. Me he pasado todo el tiempo alejándome de ti para que no me hicieras daño y ahora lo estoy pasando igual de mal que si hubiéramos estado juntos. Mira qué listo he sido, me he llevado lo peor de los dos mundos.

- Tú también me lo has hecho pasar muy mal, Dani. Entiendo todo lo que me dices, pero creo que has sido muy egoísta al tratarme como un trapo sin pensar en cómo me sentía yo.

- Lo sé, y lo siento muchísimo. No pensaba con claridad.

- Y ahora, ¿qué?- preguntó ella mirándole.

Dani la besó dulcemente, sujetando la cara de Lúa con ambas manos. Ella se sorprendió tanto que apenas reaccionó.

- Te quiero.

Lo que era la vida, se había pasado un montón de meses en dique seco y ahora venían dos machos alfa a por ella. ¿Sería el perfume de siempre, que de repente había mutado en una feromona irresistible? Eso explicaría por qué aquel perro la había seguido por la mañana como si fuera un pedazo de beicon...

- Tengo miedo de que me hagas más daño, Dani. Lo he pasado...

No pudo terminar la frase porque él volvió a besarla.

- Vámonos de aquí- susurró.

Dani y Lúa fueron a la casa de él besándose en cada esquina, en la portería, en cada rellano de la escalera, en el pasillo... Cuando llegaron a la habitación de Dani, se arrancaron la ropa con desesperación, y entre mordiscos y arañazos se devoraron mutuamente.

- ¿Sabes? El día que me desperté y te vi dormida a mi lado, sin recordar lo que había pasado, solo podía preguntarme cómo me lo había montado para conseguir que estuvieras allí conmigo- dijo Dani acariciando la espalda de Lúa, que estaba tendida a su lado.

Era muy tarde. Lúa sentía que estaba flotando en una nube y no quería dormirse. Tenía la cara apoyada sobre las manos, ladeada para poder ver a Dani. En realidad no hacía demasiado caso de lo que le decía, con contemplarle tenía más que suficiente.

- Estás muy guapo...

- Tú también. Siempre lo estás.

Lúa sonrió y cerró los ojos un momento.

- Lúa...

- ¿Mmm?

- Me gustaría ir muy despacio contigo- dijo Dani acariciándole el pelo-. Lo necesito.

Lúa sonrió y le miró.

- ¿No es un poco tarde para eso?

- No me refiero a esto, me refiero a... Yo ya me entiendo.

Dani la abrazó y los dos se durmieron casi a la vez.

El día siguiente transcurrió como un sueño para Lúa. Se levantó con Dani, se ducharon juntos y desayunaron en la cocina. Allí se encontraron con Nando y con una especie de dorito con patas llamado Ricky. El rey del clenbuterol, pensó Lúa. Ricky apareció con un pequeño slip y se paseó por la cocina luciendo sus músculos, sin importarle que ella pudiera verle. Al contrario, la saludó, se presentó y sacó de quicio a Dani.

- Entonces era verdad que no eres gay...- comentó mirándole mientras sacaba una batidora y comenzaba a cascar huevos dentro.

- Entonces era verdad que eres tonto del culo- dijo Dani antes de comerse una galleta.

Lúa se echó a reír.

- Yo soy Lúa- le dijo con naturalidad.

- Lúa... Qué nombre más sexy.

Ella miró fugazmente a Dani como diciendo “¿qué dice este capullo?” y él hizo un gesto con la mano para que no le hiciera caso.

- El músculo ha invadido su cerebro y ahora piensa con un bíceps- le susurró al oído.

- Tengo que irme ya- dijo ella sentándose sobre su regazo-. ¿Cuándo volveré a verte?

- El viernes podríamos salir a cenar y a tomar algo.

- ¡Pero si estamos a martes!- se quejó ella.

- Ya, pero ya te he dicho que quiero ir despacio contigo. No quiero que salga mal.

Lúa se levantó.

- ¿Si me ves mucho va a salir mal?- preguntó poniendo los brazos en jarras.

Nando murmuró una disculpa y se marchó, pero Ricky no era tan discreto. Agitó la mano como si se acercara una gorda.

- Jo, qué mal te lo montas, Dani. Será mejor que folles muy bien.

Él ignoró a Ricky y se llevó a Lúa de la cocina cogida de la mano.

- Por favor, necesito algo de tiempo para adaptarme...

Lúa sopló con fastidio para apartarse un rizo de la cara.

- Está bien...- concedió- Te veré el viernes.

Dani la besó.

- Hasta el viernes, mi vida.

Lúa se marchó con un regusto agridulce. Con lo bien que había ido todo, ¿por qué tenía que hacerle un feo en el último momento?

Los días no pasaban hasta el viernes, pero se entretuvo cotilleando en el bar. A Gaby le encantó saber que estaba con Dani.

- Pero me sabe mal por el pobre Bruno, es tan majo...

- Ya lo sé, Gaby, no me lo recuerdes- dijo Lúa con exasperación-. Y no ha vuelto a venir por aquí... Me gustaría poder hablar con él, que fuéramos amigos.

- Si no vas a estar con él, es mejor así.

Lúa la miró.

- No me he equivocado, ¿verdad?- sus ojos necesitaban desesperadamente un “no” rotundo.

Ahora que estaba con Dani, la sombra de Bruno planeaba sobre su cabeza.

- Tu corazón te dirá si te equivocas o no- y después de semejante inutilidad de consejo, Gaby se puso a fregar platos más ancha que pancha.

- Mierda, Gaby, mi corazón no habla mi idioma...

- Pero tú querías estar con Dani, ¿no? Pues ahí lo tienes. Disfrútalo.

- Ya, pero tengo la sensación de que no pone toda la carne en el asador. ¿Qué es eso de ir despacio? O estás, o no estás- sentenció Lúa-. Bruno sí que está...

Gaby dejó de hacer lo que estaba haciendo para encarar a Lúa.

- Olvida si ellos están implicados o no, ¿qué sientes *tú*? ¿Con cuál de los dos te quedarías?

- ¡Con los dos!

Gaby volvió a lo suyo meneando la cabeza.

Finalmente, después de dos años y medio, llegó el viernes y Dani pasó a recoger a Lúa por el bar. Ella se había puesto su vestido granate, aquel tan escotado que le quedaba tan bien.

- He pensado que podríamos cenar en mi casa- le propuso a Lúa.

Estaba muy guapo, pero eso no era novedad. Y olía tan bien...

- ¿Con tu amigo el Musculitos?- le dijo ella con sorna.

- No hay nadie en casa, Nando se ha ido de fin de semana y Ricky trabaja.

- ¿De qué trabaja?- se interesó ella.

- Es monitor de spinning. Esta noche hacen una especie de maratón de spinning en el gimnasio donde trabaja.

Lúa se echó a reír.

- Ya me parecía a mí que no iba a recitar poesía...

Dani la abrazó.

- Y así podemos estar tú y yo solitos.

Ella hizo ver que se lo pensaba.

- Mmm... No sé... ¿Quién me protegerá de ti?

- Absolutamente nadie. Voy a enseñarte mi colección de sellos y monedas una y otra vez, una y otra vez...- Dani sonrió como si estuviera loco, haciéndola reír- Me encanta cómo te ríes.

Dani la llevó a su casa pero en lugar de entrar en el piso, pasó de largo hacia la escalera de la azotea.

- ¿Y eso?

- Ahora verás...

Al salir afuera y sentir el aire fresco de la noche a Lúa le vinieron recuerdos amargos de otra noche que subió allí para llorar por él. Pero esta vez era distinto. Se encontró con una mesa de camping vestida con un mantel sujeto con pinzas. Encima había dispuesto un plato gigante de sushi y en el suelo había una botella de vino blanco en una cubitera. Dani la ayudó a sentarse y encendió un par de velitas que había en sendos vasitos.

- Espero que te guste.

- ¡Me encanta!- exclamó Lúa, entusiasmada.

Le encantaba el sushi. Menos el de salmón, pero ya lo iría apartando. Bruno lo habría sabido, pensó, y sacudió la cabeza. ¿Cómo se le ocurría pensar en Bruno en un momento así? Es lo que tiene la mente de una mujer, que es porculera, porculera hasta el final.

Dani sirvió el vino y los dos atacaron el sushi sin piedad, armados con palillos.

- ¿Cómo se te ha ocurrido esto?- preguntó Lúa mientras mojaba una pieza de sushi en salsa de soja.

Él se encogió de hombros y sonrió.

- Como sé que te gusta subir aquí arriba...

- ¿Probando suerte, a ver si te enseño las tetas otra vez?

- ¡Me has pillado!- Dani puso una cara de pillo encantadora y se levantó- Pero antes tengo una sorpresita para ti...

Lúa se giró para ver dónde iba y vio su guitarra apoyada en la pared. Dani la cogió y se pasó la correa por la cabeza.

- ¿Vas a tocar?- preguntó ella, ilusionada.

- No, es que me abriga. ¡Claro que voy a tocar!

Dani apartó un poco su silla y se sentó mirando a Lúa. Tocó una canción de amor preciosa mientras la miraba cariñosamente. Era verdad que cuando tocaba era como si afloraran todos sus sentimientos, la miraba con auténtica devoción. A Lúa le encantó.

- Qué bien tocas... ¿Por qué no tocas alguna de esas canciones que me has compuesto?

- Vale. Mmm... Voy a comenzar con una más de cachondeo.

Entonces comenzó a tocar una melodía que ella no había oído nunca. Dani comenzó a cantar y ella se tapó la boca con la mano. La canción hablaba de ella. Hablaba de cuando se paseaba por el piso en ropa interior y cuando se hacía aire con el faldón de la camiseta haciendo que casi se le viera todo. También hablaba de lo limpio que iba Dani con todas las duchas frías que tenía que

darse.

- ¡Eso no es verdad!- le reprendió ella cuando terminó la canción- Yo no hago eso.

- Sí lo has hecho, te lo puedo asegurar- dijo Dani apoyándose en la guitarra-. Eso es una crueldad, ¿lo sabías?

Más crueldad era liarse con otra tía en sus morros, pensó ella, pero no dijo nada.

- ¿Quieres otra canción?

- Bueno...

Lúa oyó otra melodía, más lenta. Hablaba de unos ojos verdes en los que él se había perdido. De lo bonito que sería dormirse entre los rizos de Lúa, abrazado a su cintura. De su risa cristalina y de sus manos, que se movían como dos mariposas doradas. Dani ponía cara de sufrimiento al cantar, como si no estuvieran juntos, hasta que ella le puso una mano en el hombro. Entonces él salió de su trance y sonrió sin dejar de tocar la guitarra.

- Es preciosa- dijo ella cuando terminó.

Estaba impresionada de verdad.

- Bueno, ahora algo más ligero- dijo él guiñándole el ojo.

Dani cantó sobre la noche que Gaby se quedó a dormir. Era una canción muy graciosa sobre él y Sebas, los dos con la oreja pegada en la puerta del cuarto de Lúa.

- ¿Eso hacíais?- Lúa puso una cara maliciosa y se mordió un dedo distraídamente.

- ¿Qué pasó ahí dentro?- preguntó él acercándose mucho a Lúa.

- ¿Me creerás te diga lo que te diga?- Dani asintió con avidez- Nada. No pasó nada.

- A ver, Lúa, que te vi salir en ropa interior, toda sudada...- Dani la miró sin creerse ni una palabra.

Ella se echó a reír. No iba sudada, estaba mojada por el hielo, pero no le sacó de su error.

- Bueno, piensa lo que quieras- dijo encogiéndose de hombros-. Si eso te hace feliz...

Lúa se levantó, le quitó la guitarra a Dani y se sentó encima de él.

- Convénceme de mi heterosexualidad, anda...- le dijo mientras le mordisqueaba una oreja.

Dani la separó con suavidad.

- No, Lúa... Quiero ir despacio, ya te lo dije.

Ella se puso recta sobre él.

- ¿No te apetece ni un poquito?- preguntó poniendo los dedos pulgar e índice a una distancia ínfima mientras entrecerraba los ojos y arrugaba la nariz.

- Prefiero esperar un poco.

- Ya...- Lúa comenzó a desabrocharle el pantalón y miró hacia el bulto que asomaba- Aquí abajo hay alguien que no está de acuerdo contigo...

Ella se colocó encima e hizo que Dani se hundiera en su interior.

- Lúa...- la voz entrecortada de Dani fue parte reproche, parte sorpresa y parte anhelo.

Lúa le sonrió y comenzó a moverse lentamente mientras él suspiraba y hundía la cara en su escote.

- ¿Qué ha sido eso?- preguntó ella de repente, levantando la cabeza.

- ¿Qué?- Dani estaba tan concentrado que no se enteraba de nada más allá de los pechos que tenía delante.

El sonido de la puerta corroboró las sospechas de Lúa. Dani hizo el ademán de quitársela de encima, pero ella le sujetó con firmeza.

- No te muevas, no se ve nada- le susurró al oído.

Era cierto, su falda cubría cualquier cosa que no debiera verse y solo parecían una pareja haciéndose arrumacos. Un viejo entró en su campo de visión y se sobresaltó un poco al verles.

- Buenas noches- dijo.

- Buenas noches- respondieron Dani y Lúa al unísono.

El viejo pasó de largo dando una vuelta al perímetro. Parecía que buscaba algo. Lúa miró a Dani maliciosamente y se movió un poco, disfrazando el movimiento con un beso. Él la agarró con fuerza por la cintura.

- ¿Qué haces?- siseó- Estate quieta.

- ¿Por qué?- preguntó ella fingiendo inocencia, y volvió a moverse un poco.

Dani ocultó su cara entre los rizos de ella y cogió aire ruidosamente.

- Lúa, como no pares...- advirtió.

-¿Qué?- Lúa volvió a moverse un poco.

El viejo había salido de su campo de visión, estaba dándole la vuelta a la pequeña caseta donde estaba la puerta que llevaba a la escalera. Dani echó una mirada furtiva y, agarrando a Lúa por la cintura, la embistió furiosamente una vez. Ella jadeó sorprendida, e inmediatamente se tapó la boca con las dos manos mientras los dos se partían de risa en silencio.

- ¿Qué haces?- le reprendió, y volvió a moverse un poco, justo antes de que el viejo volviera a aparecer- Ahí viene otra vez, a ver si guardas un poco las formas.

- Serás cabrona...- sonrió Dani mientras la apretaba contra él.

El viejo no parecía encontrar lo que buscaba, y a la tercera vuelta Dani perdió la paciencia.

- Disculpe, ¿qué está buscando?

El viejo dejó de pasearse y se acercó a ellos. Las manos de Dani se crisparon en la cintura de Lúa y ella le acarició el pelo para tranquilizarle.

- ¡La antena de la tele, no la veo por ninguna parte!- exclamó el vejete mientras se rascaba la cabeza.

- Caballero, hace años que no hay antenas, ahora todo va por el TDT- explicó Lúa con naturalidad, y aprovechó para moverse un poquito. Al ver la cara de no entender una mierda del viejo, añadió-. La señal va por cable. Si no ve la tele, tendrá que llamar a un técnico.

- Te voy a matar...- susurró Dani de forma casi inaudible, clavándole los dedos en el culo.

El viejo dejó caer las manos y se dio una palmada cansada en las caderas.

- Vaya por dios, ahora me voy a perder el programa... ¿Vosotros no me podríais ayudar a arreglarlo?

La cara de estupor de los dos fue tal que cuando se miraron les dio la risa.

- Es que nosotros somos más de letras...- comenzó ella.

- Oiga- cortó Dani-, ¿usted sabe lo que me ha costado conseguir que esta chica esté hoy aquí conmigo?

Solo entonces el viejo comprendió que estaba interrumpiendo una velada romántica, con velitas y todo, y murmuró una disculpa antes de marcharse todo lo rápido que le permitían sus piernas.

- Qué malo eres...- le reprendió Lúa con una sonrisa traviesa.

- Malo, yo...

Dani se puso en pie sujetando a Lúa alrededor de su cintura y la llevó hasta la caseta, aplastándola contra la pared opuesta a la puerta. Allí la penetró con fiereza una y otra vez, loco de deseo. Ella se agarró a él con todas sus fuerzas mientras jadeaba y le besaba con desespero. Cuando terminaron, se quedaron abrazados en silencio. Lúa bajó al suelo y Dani apoyó su frente contra la de ella, recuperando el aliento.

- Vaya, menos mal que no tenías ganas...

- Estás como una puta cabra, ¿lo sabías?

- Sí, pero a ti te gusta- le dijo ella entre beso y beso.

- Creo que este ha sido el mejor polvo de mi vida.

- ¿Te mola que te miren los viejos? Si quieres podemos invitarle a casa cada vez que nos lo montemos. Seguro que le gusta más que la teletienda.

- No es eso, es que me has puesto a mil, y lo sabes.

Ella se puso bien la falda y el pelo y se fijó en que Dani estaba tarareando algo en voz baja.

- ¿Qué haces? No me digas que vas a hacer una canción de esto...

- ¡Claro que sí! ¿Por qué no?

Ella puso los brazos en jarras.

- Porque seguro que se la dejarás oír a Toni, por eso.

Dani la miró con diversión.

- Toni es mi mejor amigo, ¿recuerdas? No me digas que tú no vas a contárselo todo con pelos y señales a Gaby.

- ¡Por supuesto que no!- exclamó ella indignada.

- ... Y entonces me estampó contra la pared y fue...- Lúa se mordió el labio inferior mientras cerraba los ojos recordando- ¡Como un toro enloquecido! Creía que iba a morirme, te lo juro.

- Qué fuerte, Lúa, estás loquísima... Ojalá alguien hiciera eso conmigo.

Estaban las dos sentadas con las piernas cruzadas en la cama de Gaby, con varias tarrinas de helado de diferentes sabores a su alrededor. Mientras hablaban iban cogiendo cucharadas aleatoriamente de una u otra tarrina.

- Oye, no me contaste lo que pasó al final con el tal Ramón. ¿Fuiste a la cena o no?

Gaby se inclinó hacia delante con entusiasmo.

- Mira, pues sí. Me aburría en casa y tenía ganas de marcha. Pero no fue nada del otro mundo, la verdad...- miró a su amiga de reojo- No, después de lo que acabas de contar, claro.

- Oye, Gaby, ¿por qué nunca vas más allá de un polvo con los tíos? ¿No encuentras a nadie que te guste lo suficiente como para volver a quedar?

Gaby clavó la cuchara en la tarrina de helado de chocolate con frustración.

- No. No sé qué me pasa, les encuentro demasiado gilipollas a todos. Estoy empezando a pensar que deberían nacer sin cuerdas vocales para no cagarla.

- A lo mejor no estás quedando con los chicos adecuados. El culito más prieto de la discoteca no es un buen criterio para encontrar a un tío que valga la pena de verdad.

- Vale, pues déjame a Dani, chavalina. ¿Te gusta este criterio?

- Ni de coña- dijo Lúa con la boca llena de helado de vainilla con cookies. Luego la miró con aire confidencial-. ¿Sabes una cosa? Estoy súper bien con Dani pero hay momentos en que me viene

Bruno a la cabeza y, no sé, me corta el rollo.

- ¿Bruno? Creía que había sido un momento de confusión tuyo aunque, ¿ves? Ese sí que me parece un tío para tener algo más que un rollete. Es divertido.

- No sé, le echo de menos. Me gustaría verle por el bar, con sus gafas y su tónica.

Gaby dejó la cuchara en una tarrina y puso cara de hastío.

- ¿Para qué, Lúa?- dijo mientras se echaba hacia atrás y se apoyaba con las manos sobre la colcha.

- No sé, para ser amigos. Podemos ser amigos, ¿no?

- No creo que él pueda ser amigo tuyo todavía. Déjalo tranquilo, las cosas están bien así. Disfruta de tu ejemplar de cerdo ibérico y no la lées...

- ¡Oye!- la reprendió Lúa dándole con la parte cóncava de la cuchara en la punta de la nariz.

Gaby se encogió de hombros.

- Bueno, ¿no se dice del cerdo que me gustan hasta los andares?

Lúa cogió un cojín y se lo estampó a Gaby en la cara.

- Qué idiota eres...

Lúa estaba haciendo un arroz salteado con todo lo que había encontrado por la nevera. Mientras pasaba las verduras y los trocitos de salchicha por la sartén, miró a través de la puerta del lavadero el pedacito de cielo, naranja por la contaminación lumínica. Siempre el mismo, siempre igual. Lúa sacó la sartén del fuego rápidamente, las verduras estaban comenzando a chamuscarse.

- Mierda...

Añadió el arroz hervido y le dio un par de vueltas para mezclarlo todo. Luego sirvió dos platos y se fue al comedor.

Dani la esperaba allí con la mesa puesta.

- Qué bien huele eso- comentó mientras ella le ponía el plato delante.

- No me ha salido muy bien- dijo ella sin demasiado interés.

Lúa se sentó y comprobó que no había agua en la mesa.

- Te has dejado el agua- dijo levantándose otra vez a buscarla.

- Ah...- Dani estaba más pendiente de la tele que de ella, ni siquiera la miró.

Cuando regresó con el pan, Lúa miró a Dani antes de sentarse. Era tan guapo... Ay, qué tonta, si lo que faltaba era agua. Volvió a por ella a toda velocidad y regresó a la mesa.

- Me gustaría irme de viaje contigo.

- ¿Mmm?- él la miró con la boca llena de arroz y tragó con dificultad- ¿Adónde?

- Me da igual, a París, a Roma... ¡Si yo no he viajado más que en metro!

Él cortó un par de rebanadas de pan y se quedó con una.

- No me va bien irme de viaje ahora. Hay mucho trabajo.

- ¿Mucho trabajo? ¿No puede ocuparse Toni de la tienda unos días?

- Ahora comienza el curso en el conservatorio y los chicos del primer curso vienen a encargar sus instrumentos. Estamos hasta arriba.

Lúa suspiró y se concentró en su plato. Le faltaba sal. Joder, qué mal le había salido, el condenado. Ahora que se fijaba, era como una plasta blanca con verduras aprisionadas. Dejó el tenedor a un lado y se comió la rebanada de pan que él le había dejado mientras miraba de reojo el partido de fútbol en la tele.

- ¿Me pasas el agua?- le pidió su chico.

Lúa le sirvió un vaso sin decir nada y Dani siguió comiendo en silencio. Era tan guapo...

- ¿Te apetece salir?

- ¿Hoy? No mucho, la verdad. Prefiero quedarme aquí, contigo.

- Gaby se iba a una fiesta en una discoteca junto a la playa, me ha preguntado si queríamos apuntarnos. Hace tiempo que no salgo con ella.

Dani se levantó de la mesa y cogió su plato.

- ¿No quieres más?- le preguntó señalando su plato intacto de pasta blanca.

Ella negó con la cabeza y él se lo cogió.

- No me apetece salir. Las discotecas no me van mucho, ya lo sabes- dijo antes de desaparecer por el pasillo.

- Sí, ya lo sé...- repitió ella en voz baja.

- ¿Qué quieres de postre?- gritó Dani desde la cocina.

- Lo que haya- replicó ella.

Dani volvió con dos yogures.

- Están a punto de caducar, así que será mejor que nos los comamos ya- comentó al dejarle uno a Lúa.

Ella lo abrió y metió la cuchara en el yogur con trocitos de piña, removió lentamente y levantó la cuchara para ver cómo resbalaba el yogur por el metal y caía en forma de enorme gota perezosa. Acababa de cambiar una pasta blanca con cosas flotando por otra pasta blanca con cosas flotando.

- ¿Qué piensas?

Ella levantó la vista de su yogur y su mente regresó de plastalandia.

- Me aburro- dijo lacónicamente.

- ¿Qué quieres hacer?- le preguntó él.

- Quiero irme a algún lugar bonito y tomarme algo, y bailar un poco, y que me beses.

Dani se terminó su yogur, se levantó y puso las manos sobre los hombros de Lúa, que seguía sentada.

- A lo mejor puedo hacer algo para que no te aburras...- dijo mientras le apartaba el pelo para besarla en el cuello.

Ella cerró los ojos y se dejó llevar.

Pero algo no funcionaba. Dani era más casero que unas pantuflas y, aunque le encantaba estar con él, Lúa estaba comenzando a cansarse de ir a su casa cada sábado. Porque solo quedaban los sábados, Dani quería que fueran *despacio*. Como la formación de los continentes.

- Dile lo que piensas- le dijo Gaby, de camino al bar-. Ya lleváis tres o cuatro meses juntos, es hora de hablar claro.

- Ya se lo digo, Gaby, pero no me escucha. Estoy hasta los huevos de esa casa, te lo juro. Además, me recuerda a Sebas.

Giraron por una calle bastante tranquila y tuvieron que entrecerrar los ojos. El suelo reflejaba la luz del sol y brillaba como el vestuario de una película de Bollywood.

- ¿Ese no es Bruno?- Gaby señaló la otra acera con un dedo de uña carmesí.

Sí, era él. Iba caminando a buen paso, con las solapas de la chaqueta subidas y las manos en los bolsillos para resguardarse del frío, y tenía la vista fija en el suelo. El viento cortante de la mañana le despeinaba el cabello oscuro.

- ¡Sí, voy a saludarle!- Lúa trató de echar a correr, pero su amiga la sujetó del brazo.

- ¿Dónde crees que vas? ¿Qué vas a decirle, tonta?

Lúa se giró a mirarla con fastidio.

- Solo voy a decirle hola, y a pedirle que vuelva a venir por el bar. Hace meses que no viene.

Gaby la sujetó más fuerte.

- Eso no hará más que darle falsas esperanzas. Tía, que tienes novio.

- Oye, no voy a lanzarme en sus brazos, solo quiero saludarle. Seguro que él, ya ni se acuerda de lo que pasó- al decir eso, Lúa sintió una punzada de melancolía.

¿Sería eso cierto? Ella no podía olvidarlo.

- Si le diera igual, ya habría venido a vernos.

- A lo mejor le da corte, o se piensa que yo no quiero verle- Bruno se alejaba por la calle- ¡Gaby, que se va! ¡Déjame ir!

Pero Gaby no la soltó.

- Créeme, Lúa, es mejor así. Déjale.

Bruno giró la esquina y se perdió de vista.

- Ya te vale...- masculló Lúa soltándose el brazo de un tirón malhumorado.

Gaby suspiró.

- Ay, te queda tanto que aprender, pequeño saltamontes...

El resto de la semana Lúa estuvo apagada y ausente. Dani la llamaba por la noche para hablar con ella, pero eso no era suficiente. ¿Para quién es suficiente eso, a ver? Ella le dijo que quería verle antes del sábado sin tener que pedir audiencia y al final, después de ponerse muy pesada, quedaron el jueves. Dani pasó a buscarla por el bar, pero en cuanto Lúa vio que tomaba la calle que llevaba a su casa, paró en seco.

- No pienso encerrarme en una casa. Quiero salir.

- ¿Dónde quieres ir, a ver?- dijo él con cansancio.

- No lo sé, sorpréndeme...

Dani se mosqueó un poco.

- ¿Eres tú la que quiere salir y ahora tengo que decidir yo adónde? Yo qué sé...- al ver la cara de Lúa puso finalmente sus neuronas a trabajar- ¿Te apetece ir al cine?

- ¿A ver qué?

- No sé, nos acercamos y decidimos.

Un perro pasó ante ellos, se paró en un árbol, levantó una pata, lo regó generosamente, olisqueó el suelo para comprobar que su perfume había calado y, satisfecho, se marchó meneando el rabo.

- Vale.

Los dos caminaron en silencio, con las chaquetas cerradas hasta arriba, las manos en los bolsillos y las cabezas gachas. Cuando ya estaban llegando, Dani se paró.

- Oye, si vas a poner esa cara tan larga me voy a casa. ¿No estamos saliendo? Es lo que querías, ¿no?

Lúa, que había permanecido callada, estalló.

- ¡Eso, vete a casa! Si estás buscando cualquier excusa para pirarte, se te ve el plumero a kilómetros.

- Pero bueno, Lúa, estoy aquí, ¿no? ¿Es que no vas a valorar nada de lo que hago?

- ¿Tengo que valorar que vayas al cine de la esquina de tu casa como si hubieras ido de rodillas a Lourdes? ¡Pues ni al cine, ni a Lourdes, vete a la mierda!

Lúa se marchó dando grandes zancadas. ¿Había sido injusta con él? Lo cierto es que era como si hubiera estado esperando una excusa para enfadarse con Dani, para odiarle un rato abiertamente, para pensar en lo vacía que se sentía... Para compararle con Bruno. Él sí sabría hacerla reír y entretenerla. Bueno, en realidad no tenía ni idea de si estaría bien con él o no, pero en su imaginación era el hombre perfecto. Con Dani todo era tan predecible... Lo que acababa de pasar era la única nota de color que había tenido en tiempo, aunque fuera de un color estridente. Es que siempre era lo mismo: se veían los sábados en casa de Dani y veían una peli, o él tocaba la

guitarra, o jugaban a cartas. Luego cenaban y después, si se terciaba, se lo montaban juntos. Y no siempre. Cuando vivía con él, recién instalada en Barcelona, le parecía que era un tío que salía por ahí, que tenía mucho mundo. Pues ya ves, había resultado que tenía mucho mundo, pero interior.

Vaya, la segunda sorpresa del día, se encontró a Dani en la boca del metro, esperándola. No le apetecía nada hablar con él, con todo lo guapo que era. Tenía que haber corrido bastante para llegar antes que ella, que había ido a paso militar por el camino más corto...

- ¿Se te ha pasado ya el cabreo?- le preguntó, apoyado en la barandilla de la boca del metro con los brazos cruzados.

Lúa estuvo a punto de dejarse llevar otra vez por la rabia, pero el ángel de su hombro la agarró de la oreja y la hizo recapacitar.

- Lo siento, Dani, es que no estoy bien. Algo no funciona entre nosotros, ¿lo ves igual que yo?

- Yo estoy bien contigo, Lúa.

- Yo no- dijo ella como una súplica.

Dani dejó de apoyarse en la barandilla y se acercó a ella.

- ¿Qué te pasa? ¿Ya no me quieres?

Esa era la pregunta que ella había estado esquivando todo el tiempo, y ahora venía él y se la estampaba en los morros. ¿Ya no le quería? Era tan guapo... Pero no era feliz con él. De repente parecía que no tenían nada en común. ¿Y si le había gustado tanto porque era tan inaccesible? A veces pasan esas cosas, te obcecas con algo que no puedes conseguir y cuando lo consigues, ya no quieres esa chaqueta con estampado de piel de vaca. ¿Iba a pasarle siempre eso? Pero antes de correr tanto en su hilo argumental, ¿de verdad no le quería? A lo mejor se estaba rindiendo a la primera de cambio, todas las parejas tienen problemas de vez en cuando, lo raro sería que todo fuera perfecto siempre. ¿Cuánto tiempo llevaban juntos, tres meses? ¿Era normal que se sintiera así en tan poco tiempo? Tenía la sensación de que era ella la que cedía siempre ante los deseos de Dani. Las pocas veces que, como ahora, hacían lo que ella quería, parecía que le costara la vida. La hacía sentir culpable y ella no tenía por qué sentirse así.

Lúa se dio cuenta de que se había quedado demasiado tiempo callada. Dani la contemplaba con una cara tan triste que no pudo soportar verla ni un momento más.

- Claro que te quiero, tonto- dijo rápidamente, y le dio un abrazo para no tener que sostener aquella mirada cargada de sufrimiento.

- No lo estoy haciendo muy bien, ¿verdad? Lo intento, pero piensa es la primera vez que salgo con alguien desde que lo dejé con Nora. No estoy acostumbrado. Dame un poco de tiempo, por favor.

Dani olía a aquel perfume que a ella tanto le gustaba. Lúa suspiró y se dejó envolver por su aroma y su calor.

- Está bien.

- ¿Todavía quieres ir al cine?- preguntó Dani escalando la carita de ella con un dedo.

Lúa asintió.

Fueron a ver una peli malísima de tiros.

El sábado volvieron a quedar y fueron a pasear por la playa de noche. Luego fueron a tomar una copa a un bar del barrio gótico y Dani la acompañó a casa. No había sido un gran plan, pero era una mejora, y Lúa volvió a sonreír. De hecho, se emocionó tanto que el domingo, como era fiesta y el bar estaba cerrado, decidió levantarse temprano y dar una sorpresa a su niño. Había pensado que podían coger un tren y perderse por algún pueblecito, hacer algo de senderismo o algo así. Hacía un día precioso.

Lúa cogió el metro para ir a casa de Dani y casi no podía esperar a ver su cara. Tenía tantas ganas de verle... Por fin parecía que comenzaban a compenetrarse, a hacer cosas juntos. En cuanto se abrieron las puertas del vagón en Sants, Lúa se bajó de un salto y corrió escaleras arriba hasta la salida. No quería que las caras somnolientas de la gente que iba con ella en el vagón le contagiaran su apatía. Las calles estaban desiertas, se notaba que era domingo y la mayoría de los mortales prefería quedarse durmiendo en la cama que madrugar. Lúa llegó corriendo a la portería de Dani y llamó. Aprovechó para coger aire mientras esperaba que contestara.

- ¿Sí?- era la voz del Musculitos.

- ¿Está Dani?

- ¿De parte de quién?

Será gilipollas, pensó Lúa, será que no me conoce...

- De su amante de los domingos.

- Un momento.

Se hizo el silencio y Lúa esperó pacientemente.

- ¿Sí?- sonó la voz de Dani.

- Hola, soy tu amante de los domingos.

- ¡Lúa! Sube, anda.

La puerta se abrió con un pitido chirriante y Lúa subió las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso, donde tuvo que adoptar un paso más acorde a una persona que no se está entrenando para una decatlón. Dani la esperaba arriba en pijama.

- ¿Qué haces aquí?- le preguntó mientras ella terminaba de subir el último tramo de escaleras.

- Yo también te quiero- dijo ella con sarcasmo.

Dani la besó rápidamente y la hizo pasar.

- No me coges en buen momento, ¿por qué no me has llamado antes de venir?

- Quería darte una sorpresa, he pensado que podríamos irnos por ahí- dijo Lúa con una gran sonrisa mientras avanzaba por el pasillo.

Al llegar al comedor, Lúa vio un montón de papeles esturreados encima de la mesa y un portátil abierto. En el sofá, Musculitos miraba la tele en gayumbos. ¿Es que aquel tío no tenía ropa?

- Tengo que poner al día las cuentas de la tienda, no podré salir en todo el día.

Ella le echó los brazos al cuello y le miró coqueta.

- Venga, ya lo harás otro día. Te compensaré...- le dirigió una mirada insinuante que a él le resbaló completamente.

Dani se liberó de su abrazo.

- No puedo, Lúa, en serio. No deberías haber venido sin avisar.

- Jo, Dani, mira que eres sieso- intervino el Musculitos desde el sofá y, por una vez, Lúa estuvo de acuerdo con él.

- He venido a propósito para darte una sorpresa...

- Lo siento, tengo que presentar los pagos de impuestos y se me termina el plazo- la voz de Dani era inflexible.

Lúa asintió con rabia y se marchó sin despedirse.

- Eh, Lúa, si quieres me voy yo contigo- oyó a Musculitos mientras abría la puerta de la calle.

- Oye, Lúa, es que...

¡Blam! El portazo puso punto final a las explicaciones de Dani. Lúa bajó corriendo las escaleras y alguna lágrima se le escapó por el camino. Qué rabia le daba llorar, no quería. Una parte de ella entendía que debería haber llamado antes de ir, que Dani tenía trabajo, pero, joder, ¿no podría haberse escapado ni que fuera un ratito? Sabía que en el fondo a él le fastidiaba que se hubiera salido de su esquema de citas programadas. Salió por la puerta a toda velocidad y llorando a moco tendido. Ni siquiera había tenido los huevos de seguirla y consolarla, tendría miedo de que su vecino el viejales le viera con un pijama de la temporada pasada...

Ahora no sabía adónde ir, ni siquiera veía lo que tenía delante, las lágrimas ya no le dejaban ver nada. En cuanto giró una esquina se sentó en el primer escalón que encontró y escondió la cara entre sus manos.

- ¡Lúa!- oyó un poco más allá, y unos pasos acelerados.

Al final había bajado, el muy...

- Lúa, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Ella sintió que la abrazaban, y al abrir los ojos se encontró con la cara preocupadísima de Bruno.

- ¿Bruno...?- preguntó de forma casi ininteligible.

- ¿Esperabas a otra persona?

- ¡No!- Lúa se aferró a él con todas sus fuerzas- No...

Ella se separó y se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta como pudo mientras trataba de no sollozar más. Bruno la ayudó a levantarse.

- ¿Cómo estás?

- Bien...- sonaba tan ridículo que se echó a reír mientras terminaba de secarse la cara- ¿Qué haces aquí?

- Iba a trabajar un rato.

- Pero si es domingo, y encima es fiesta...

- Ya ves lo emocionante que es mi vida- Bruno sonrió-. Pero dime, ¿Por qué llorabas?

Ella desvió la mirada.

- No es nada... Qué vergüenza que me hayas visto así.

- ¿Tienes algo que hacer?

- ¿Ahora? No...

- ¿Te vienes conmigo?- Bruno le brindó otra sonrisa encantadora.

- ¿A trabajar?- preguntó ella con incredulidad, y se le escapó un hipo.

- No, mujer...

- ¿Adónde?- Lúa puso una cara un poco escéptica.

- Venga ya, eso no se le pregunta nunca a un psicópata. Tengo que hacer que vuelvas a sonreír, es mi misión. ¿Vienes o no?

Ella sonrió a su pesar y asintió como una niña pequeña. Bruno la llevó hasta su moto, que estaba allí mismo, y le tendió el casco que llevaba bajo el asiento.

- ¿Siempre llevas dos cascos?- le preguntó con cierta malicia.

- Uno nunca sabe cuándo va a encontrarse con una dama en apuros- dijo él mientras se ponía el casco.

Después la ayudó a abrocharse el suyo. Lúa se subió a la moto y se cogió a Bruno por la cintura.

Bruno era como un ángel caído del cielo para hacerla feliz. Era injusto que le comparara con Dani ahora que estaba tan enfadada con él, pero eran tan diferentes... La moto se puso en marcha y, como siempre, Lúa vio pasar las calles sin tener ni idea de adónde se dirigían, pero eso lo hacía todo todavía más emocionante. Al cabo de un rato vio que comenzaban a ascender por una carretera, la ciudad entera se extendía a sus pies. El mar se veía a lo lejos, brillante a la luz del sol. Era precioso. Al final pararon y fue como despertar de un sueño. Lúa se bajó de la moto y se quitó el casco, mirando a su alrededor. Tras ella había una iglesia enorme, preciosa, que había visto muchas veces de lejos porque se divisaba desde toda la ciudad. Delante, un parque de atracciones. El Tibidabo.

- ¿Vamos a entrar ahí?- le preguntó con los ojos brillantes.

Bruno dejó el casco y se quitó las gafas teatralmente para dejarlas bajo el asiento de la moto.

- ¿Tú qué crees? Deja el bolso aquí, que no te va a hacer falta.

Bruno la cogió de la mano y la llevó corriendo al parque de atracciones, los dos riéndose como niños pequeños. Lúa no había estado nunca allí y le encantó: las vistas, las atracciones y, sobre todo, la compañía. A su alrededor la gente reía y corría para subir a la montaña rusa. Bruno la llevó a una sala llena de espejos que deformaban la imagen y estuvieron jugando y bromeando. Luego montaron en los autos de choque y Lúa fue a por él como una kamikaze.

- ¡Oye, eso no vale!- se quejó Bruno cuando ella aprovechó que se había quedado atascado para embestirle por el costado.

- Aquí vale todo, nene.

En ese momento sonó una sirena y los autos de choque se pararon. La atracción había terminado.

- Ah, ¿sí?- Bruno salió de su auto de choque con pose amenazadora- Más vale que corras...

Lúa soltó un gritito y echó a correr mientras se reía. Él la persiguió entre la gente y cuando la alcanzó, la cogió en brazos y amenazó con lanzarla por el mirador.

- ¡No!- gritó ella abrazándole con todas sus fuerzas.

- No, espera, tengo una idea mejor...

Bruno la llevó a una atracción de terror en la que tenían que meterse por unos pasadizos y actores disfrazados les asustaban. Lúa se aferró a su brazo y cada vez que se asustaba se lo estrujaba con todas sus fuerzas. A ella le encantó, aunque a juzgar por la velocidad a la que salió al terminar, nadie lo hubiera dicho.

- ¡Madre mía, debo de tener el pelo blanco!

Bruno se rio.

- Pues no, pero a mí me has dejado medio sordo- se metió un dedo en la oreja como si no oyera nada.

- ¡Eh, que tú también has gritado, listo!

Se pasaron toda la mañana corriendo de atracción en atracción, luego pararon a comerse un perrito caliente y después pasearon tranquilamente.

- Me gustaría subir ahí- dijo ella señalando un carrusel de los antiguos.

- Pues vamos.

Los dos se metieron juntos en una especie de carruaje de decoración recargada y el carrusel comenzó a dar vueltas.

- ¿Te lo estás pasando bien?- le preguntó Bruno mientras le pasaba un brazo por los hombros.

Vaya pregunta, era imposible no pasárselo bien.

- Mucho...

- Para ser un psicópata, te ríes mucho conmigo...

- Eres un psicópata muy simpático.

Bruno estaba tan cerca de ella que podía sentir su calor.

- ¿Quién te ha hecho llorar esta mañana? Ha sido Dani, ¿verdad?

Parecía que hubiera pasado un siglo desde aquello.

- Sí- dijo ella sin mirarle a la cara.

Lúa no se atrevía a enfrentarse a sus ojos ni a sus pecas.

- Nadie se merece que llores así. Ni siquiera yo, mira lo que te digo- levantó un dedo teatral que le arrancó una sonrisa.

- Tú no me harías llorar, estoy segura.

Bruno se inclinó hacia delante para besarla, pero ella se apartó en el último momento.

- Es que no puedo, Bruno.

- ¿Estás con él?

Lúa asintió y le miró a los ojos con tristeza. Ahora le gustaría no estar con nadie para poder besarle sin remordimientos. Se sentía fatal porque él se lo estaba dando todo y ella no le podía dar nada. Sin embargo, Bruno fue muy elegante y se apartó con naturalidad, mostrándole una sonrisa cariñosa.

- Lo entiendo, ¿y sabes una cosa? Prefiero no poder besarte y hacerte reír, que besarte y hacerte llorar.

Jo, qué rico era... Y qué guapo, en plan Superman. Y en plan Clark Kent, y en plan Hormiga Atómica con el casco, y en plan lo que quisiera. Lúa no había tenido tantas ganas de besar a nadie en su vida, y tuvo que cubrirse la cara con las manos porque se le iban los labios solos.

- Para ya, eres malísimo conmigo...

- ¿Por qué?- Bruno puso cara de total inocencia.

- ¡Ya sabes por qué!- Lúa apoyó la cabeza sobre su hombro y dejó que le acariciara el pelo.

Se hubiera quedado así para siempre, pero el carrusel se paró y tuvieron que bajarse, cogidos de la mano con los dedos entrelazados. Ya no se soltaron en toda la tarde.

Ya oscurecía cuando Bruno paró la moto delante de la casa de Gaby.

- Ha sido un día maravilloso, muchas gracias por todo. Eres un cielo.

- Mira...- Bruno se acercó a ella y la abrazó como quien no quiere la cosa- Si no fuera por ti, me hubiera pasado todo el día leyendo un tostón que tengo esperándome en el despacho. Gracias a ti.

- Me encantaría que te pasaras por el bar de vez en cuando. No dejes que nadie se sienta en tu taburete, que lo sepa.

Bruno sonrió y la dejó ir.

- Buenas noches.

- Buenas noches, Bruno.

Después de unos segundos de incerteza se dieron dos besos que les supieron a menos que nada y Bruno se marchó. Lúa suspiró y subió a casa. En el ascensor cogió el móvil por curiosidad y vio que tenía doscientas mil llamadas perdidas de Dani. El móvil se había quedado todo el día en la moto de Bruno y estaba que echaba humo. También tenía varios mensajes. “¿Tan enfadada estás que no contestas a mis llamadas?”, “Te quiero mucho, Lúa. Dime dónde estás y paso a recogerte”, “Por favor, coge el teléfono, esto es una tortura”. Mierda. Lúa llamó a Dani, que lo cogió al primer tono.

- ¡Lúa!- su voz denotaba ansiedad- ¿Dónde estás?

- En casa. Siento no haberte cogido las llamadas, tenía el móvil en silencio y me he olvidado de él.

- ¿Aún estás enfadada conmigo?

Silencio.

- Me gustaría hablar contigo, Dani.

- Te quiero muchísimo. ¿Me quieres tú a mí un poco?

Silencio.

- Oye, tengo que colgar. Ya hablaremos el sábado.

- ¿No vas a decirme que me quieres?- insistió él.

- Te quiero- dijo Lúa a disgusto.

Colgó el teléfono y se sintió sucia.

El lunes Dani se presentó en el bar por la tarde. Gaby levantó la vista y le miró, aparentemente sorprendida. Sabía todo lo que había pasado y se imaginaba que aparecería por allí, pero se hizo la tonta. No pudo evitar fijarse en su aspecto, el chico se había arreglado especialmente y, la verdad, el cabrón sabía sacarse partido.

- ¡Hola, Dani!- dijo subiendo un poco la voz para que Lúa la oyera desde la cocina- ¿Cómo tú por aquí a estas horas? ¿No tendrías que estar en la tienda?

- Se ha quedado Toni al mando. ¿Está Lúa?- preguntó él mirando de reojo dentro de la cocina, donde la susodicha preparaba unos bocadillos.

- Sí, ahora sale- Gaby se metió en la cocina-. Ya lo tienes aquí, cariño. ¿Quieres que termine yo eso?

- No, no, ya estoy acabando. ¿Qué cara trae?

- Se ha vestido para matar, nena. Viene a por todas.

Lúa puso los bocadillos en sendos platos y salió de la cocina con ellos.

- Ahora estoy por ti- le dijo a Dani antes de marcharse a una mesa a dejar los bocatas. En seguida volvió, pero se metió detrás de la barra, marcando las distancias-. Dime.

La madre del cordero, estaba tan atractivo que ella casi no podía respirar. Tuvo que contenerse para mantenerse en su sitio y no lanzarse con las uñas por delante para hacerle la ropa trizas. Dani se sacó un sobre del bolsillo interior de la chaqueta y jugueteó con él entre las manos.

- Siento mucho lo que pasó ayer, Lúa. Si hubiera sabido que ibas a venir, me lo hubiera montado de otra manera, pero me cogiste a contrapié.

Le tendió el sobre a Lúa, que lo miró sin cogerlo. Él lo dejó sobre la barra, entre los dos.

- Esto es para hacerme perdonar...- dijo con ojitos tristes.

Lúa cogió el sobre con reticencia y lo abrió. Dentro había una reserva de avión más hotel en París. Abrió los ojos desmesuradamente y le miró con la boca abierta.

- ¿París?

Dani asintió.

- Para el finde que viene. Tú y yo solos.

La madre que lo parió, ahora que estaba meditando si debía dejarle, le salía con aquello.

- Oye, no puedes tratarme mal y luego hacer algo súper adorable para que te perdone- le dijo con reproche, pero sus ojos brillaban.

Dani supo que se había salido con la suya con solo mirarla. Al final Lúa salió de la barra y le dio un besazo. Era tan encantador cuando quería...

- Pero prométeme que habrá un cambio después de esto.

Otro beso.

- Te lo prometo. Nos veremos más a menudo y saldremos más, ¿te parece bien?

Lúa asintió y justo cuando Dani la besaba otra vez vio a Bruno entrar con el rabillo del ojo. Ella se separó rápidamente de su novio y volvió tras la barra, avergonzadísima. Bruno cogió uno de los periódicos que descansaban en un revistero y, en lugar de sentarse en su lugar de siempre, se fue a una mesa sin decir nada. Ella quería morir. Se sintió tentada de pedirle a Gaby que fuera a atenderle, de hecho ella hizo un pequeño ademán ofreciéndose, pero al final Lúa negó con la mirada. Al menos tenía que dar la cara. Para que se la partiera.

- Qué sería te has puesto de repente- comentó Dani apoyando los codos en la barra.

- Tengo que ir a atender, ahora vengo- dijo ella sin mirarle.

Lúa salió de detrás de la barra y se acercó a Bruno como un cordero camino del matadero. Bruno llevaba meses sin ir al bar y Dani tampoco iba nunca a esas horas, y habían tenido que coincidir precisamente en ese momento. Qué jodida mala suerte.

Bruno no levantó la vista del periódico hasta que ella estuvo delante.

- ¿Qué te pongo?- dijo ella con un tono que quería decir demasiadas cosas como para que se entendiera nada.

- Un cortado corto de café, por favor- dijo él como si no la conociera.

Lúa no se movió.

- ¿No... quieres una tónica, como siempre?- sus ojos le miraban suplicantes.

No sabía muy bien lo que quería, tal vez que él le hiciera un pequeño gesto que la tranquilizara. No pasa nada, Lúa, ya me dijiste que estabas con él. Lo entiendo. Me dijiste que me pasara por el bar para ver cómo os morreáis y, mira, me he puesto palote y todo. Me encanta ver cómo os dais el lote, me recuerda los documentales de animalitos. Muy bien, Lúa.

- No, hace mucho frío y vengo destemplado. Me apetece más algo calentito, gracias- Bruno le sonrió educadamente y luego volvió a centrarse en el periódico, que estaba abierto por la página

de economía.

El país se estaba yendo a la mierda con la puta crisis, a doble página y a todo color. El estado de ánimo de Lúa no estaba mucho mejor.

- ¿Te apetece comer algo?- insistió ella sin marcharse, con voz suave.

Va, dime que no pasa nada, que estás bien...

- No, gracias- contestó él mirándola fugazmente. Pasaron unos momentos y levantó la vista otra vez al ver que ella no se marchaba- ¿Sí?

- No, es que...- Lúa estaba al borde de las lágrimas- tenemos una oferta, cortado más croissant... Da igual.

Ella volvió tras la barra y comenzó a trastear con la cafetera con torpeza. Bruno debía de pensar que era gilipollas, aparte de una fresca. *¿Tenemos una oferta de cortado y croissant?* ¿Qué trataba de decirle, que le iba a poner unos cuernos gratis? Pero lo cierto era que ella nunca le había engañado, pensó, le había dicho que estaba con Dani. No había hecho nada malo. Al girarse para coger un par de azúcares se topó con la mirada penetrante de Dani y casi creyó que le estaba leyendo el pensamiento. Ojalá alguien pudiera leérselo de verdad y traducírselo, porque ella estaba hecha un lío y no conseguía aclararse. Al cabo de un minuto le llevó el cortado a Bruno.

- Tu cortado- dijo ella mientras le dejaba el vaso con un ligero temblor de manos.

- Gracias- Bruno cogió un azúcar, agitó el sobrecito para que se fuera todo el contenido a la otra punta y lo abrió con un rápido gesto y un “riis”.

Lúa quería hablar con él y decirle que se había levantado esa mañana pensando en dejar a Dani, que había estado a punto de hacerlo hacía un rato, pero que él había tenido un gesto precioso con ella y se merecía al menos que le diera otra oportunidad. Casi podía oír la respuesta de Bruno: “Y yo, ¿no me merezco una oportunidad?”.

Volvió a la barra y se puso a ordenar cosas mientras paseaba la vista por todas partes menos por Dani. Cuando le miró al fin se encontró con su mirada fija en ella y le dieron escalofríos. Lúa esbozó una sonrisa.

- ¿Qué pasa, Lúa?- preguntó Dani.

- Nada...

- ¿No te ha gustado lo del viaje a París? Me dijiste que te gustaría irte de viaje.

- No, sí...- dijo ella mientras rellenaba una cestita de bolsitas de azúcar.

- ¿Sí o no?

- Sí, sí...- dijo ella en voz baja- Oye, tengo trabajo y no puedo estar por ti. Me sabe mal...

Vamos, vete, iros los dos, me estáis poniendo nerviosa...

- No importa, me gusta mirarte mientras trabajas.

Gaby la llamó desde la cocina.

- Ven a ayudarme, ¿quieres, cielo?

- Voy.

Lúa se metió en la cocina y cuando desapareció de la vista de Dani, Gaby le dio un rápido abrazo.

- Menudo marrón tienes ahí fuera... ¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza.

- Me gustaría morirme ahora mismo. Fui yo quien le dijo a Bruno que viniera, y ha tenido que pillarme besando a Dani. Me dan unas ganas de abrazarle y decirle que lo siento... Ya no sé lo que siento por ninguno de los dos. Y lo del viaje... ¿Crees que podría ser un punto de inflexión?- Gaby puso cara de escepticismo y miró hacia fuera con disimulo.

- Bruno se ha terminado el cortado, será mejor que salga...

- No, ya voy yo.

- ¿Seguro? No tienes por qué hacerlo- dijo Gaby mientras su amiga salía por la puerta.

Lúa sonrió a Dani, que estaba jugando con unos cacahuetes sobre la barra. Al fijarse, vio que había hecho un corazón con ellos. No había visto nada tan cursi en toda su vida. ¿No era adorable? Bruno se levantó.

- Te he dejado lo del cortado sobre la mesa. Adiós- dijo al pasar por delante de ella sin detenerse.

- Adiós...- dijo ella mirándole pasar.

Le encantaría besarle. Le encantaría besarles a los dos, ¿por qué no podía quedarse con los dos? ¿No les apetecía un trío?

Lúa se fue a la mesa y junto al dinero del cortado encontró una florecita de papel hecha con una servilleta.

El viaje a París fue un sueño. Solo fueron dos días, pero fueron muy intensos. Dani la llevó a visitar Montmartre, los Campos Elíseos, la Torre Eiffel, el Sena, el Moulin Rouge... Él ya había estado allí y la llevó a los rincones más encantadores. Se alojaban en un pequeño hotel muy romántico, y lo que más le gustó a Lúa fue la noche que Dani fue a buscar su guitarra al hotel y los dos se sentaron en la escalinata que llevaba al Sagrado Corazón. Toda la ciudad se extendía a sus pies, millares de luces que brillaban ante sus ojos. Era precioso. Había bastante gente sentada en las escaleras a pesar del frío que hacía, la mayoría turistas como ellos. Dani comenzó a tocar canciones muy conocidas de los Beatles, de los Rollings, etcétera, y la gente enseguida se puso a cantar con él. Fue un momento mágico, todos aquellos desconocidos unidos por la música de Dani, algunos tocando palmas al ritmo de las canciones, otros meciéndose de un lado a otro. Pero

Dani solo tocaba para Lúa, no dejaba de mirarla mientras iba desgranando las canciones poco a poco. Cuando terminó muchos aplaudieron e incluso algunos turistas se acercaron a tirarle unas monedas sobre la funda de la guitarra. Dani no les prestaba atención, besaba a Lúa muy lentamente, ajeno al mundo.

- ¿Quieres venir a vivir conmigo?- le preguntó él cuando sus labios se separaron.

- ¿A tu piso?

Dani negó con la cabeza.

- A un lugar donde podamos estar los dos solos.

Lúa se emocionó tanto que casi se le saltaron las lágrimas.

- Sí, me encantaría.

Dani y Lúa se instalaron en el piso de él, en el barrio de Gracia. No era demasiado grande, pero sí muy coqueto. La decoración era moderna, tal vez demasiado minimalista para el gusto de Lúa, pero el conjunto era bonito. Y luminoso. Tenía un estrecho balcón que daba a una calle igual de estrecha, pero como estaban en el cuarto piso, la luz inundaba el comedor cada mañana. El barrio tenía solera y un sabor especial que a ella le encantó. Estaba lleno de rincones, de tiendas raras, de pequeñas cafeterías con encanto. Había una extraña mezcla de gente muy mayor, vecinos de toda la vida, juventud bohemia y algún loco de la colina. Era genial.

A Gaby le dio mucha pena que Lúa dejara su casa, ya se había acostumbrado a su presencia y ahora se veía un poco sola en un piso tan grande, pero se alegró por su amiga. Si tenía algún pero que ponerle a su relación con Dani, se lo calló. La experiencia le decía que algo no iba a salir bien entre ellos, pero no quería condicionar ni preocupar a Lúa, que estaba radiante de felicidad. Que disfrutara todo lo que pudiera, la vida son dos días, pensó, mientras se imaginaba el comedor lleno de gatos.

Sí, Lúa estaba muy contenta con Dani y todo fue bien al principio, pero pronto dejaron prácticamente de salir. Como ya se veían en casa, no tenían la necesidad de quedar para hacer nada en especial, y a Dani le venía de fábula. Él era muy de estar en casa y se dejaba llevar fácilmente por el campo gravitatorio que le atraía irresistiblemente hacia el sofá. Lúa, en cambio, era un gato callejero, le encantaba salir y hacer cosas. Como a Dani no le gustaba ir a la discoteca, ni a tomar una copa, ni al chiquipark, sus salidas nocturnas se redujeron a alguna que otra escapada que hacía con Gaby, tal vez una vez cada dos meses. En lugar de buscarse la vida y hacer planes por su cuenta, Lúa se dejó arrastrar por Dani y prácticamente dejó de salir. Ella no se daba cuenta, pero se estaba asfixiando. Por navidades, ante la imposibilidad de ponerse de acuerdo, ya que el día 25 las familias de los dos querían verles, Lúa fue a pasar las fiestas a Lleida y Dani se quedó en Barcelona con sus padres. Pasar las fiestas lejos de él la entristeció mucho, más de lo que ya estaba, pero también tuvo sus cosas buenas. En Lleida salió con sus amigos, que la llevaron de fiesta en fiesta hasta que ya no pudo más, y fue como una válvula de escape para ella. Se lo pasó de maravilla, aunque tuvo que recordarle a Willy un par de veces que tenía pareja. Él, para variar, estaba solo, y le apetecía estar con Lúa, aunque no se puso demasiado pesado. Otra ocasión desperdiciada para estrenar el spray de pimienta. Cada día hablaba con Dani por teléfono, pero le echaba tanto de menos que no veía el momento de volver a Barcelona.

El día de su regreso, el día treinta, Dani fue a recogerla a la estación de tren y la recibió con un abrazo y un beso de película.

- Te he echado mucho de menos, cielo.

- Yo a ti también- Lúa se acercó a su oído para susurrarle-. No puedo esperar a llegar a casa, ven conmigo...

Lúa le cogió de la mano y tiró de él hacia los baños.

- ¿Qué estás haciendo?

- ¿No lo ves? Vamos a echar un superpolvo en los lavabos- le dijo con una mirada traviesa.

Dani se paró.

- No, mejor esperamos a llegar a casa.

- Va, por fa, me apetece muchísimo. No te arrepentirás...

- De verdad que eres la hostia- sonrió él-. Venga, vamos corriendo a casa y te vas a enterar de lo que es bueno...

Lúa no pudo disimular su decepción, pero él no cedió.

- ¿Qué haremos mañana?- preguntó Lúa para cambiar de tema.

Dani le cogió la maleta y comenzó a andar hacia el metro.

- No me gusta nada salir por fin de año. He pensado que podríamos...

- Déjame adivinar: quedarnos en casa- dijo Lúa con cansancio-. A mí me gustaría salir y hacer algo. ¡Es fin de año!

Dani la miró con ternura y le acarició el pelo mientras caminaban.

- ¿Es que no te cansas nunca de salir de fiesta? ¿No has estado saliendo cada día con tus amigos en Lleida?

Lúa le devolvió la mirada en silencio y, de repente, lo vio claro como el agua. Aquello no iba a mejorar. Si quería estar con Dani tendría que resignarse a convertirse en una especie de monja de clausura. Qué tristeza, ella no era así. No quería llevar esa clase de vida. Dejó de andar.

Cuando Dani se dio cuenta de que caminaba solo, ya había avanzado varios metros más. Se detuvo y volvió con la maleta.

- ¿Qué haces, por qué te paras?- al acercarse más vio que ella estaba llorando y se preocupó- ¿Qué te pasa?

Lúa le miró con tanta tristeza que Dani la abrazó y la meció.

- Mi vida...

- Tú y yo no estamos hechos para estar juntos, Dani- dijo ella como pudo, entre lágrimas.

- ¿Por qué dices eso ahora? ¿Es porque no quiero salir en fin de año?

Parecía tan ridículo al salir de sus labios... Ella negó con la cabeza.

- Es por todo, somos demasiado diferentes. Es que te quiero un montón, pero sé que no vas a hacerme feliz. Y seguramente, yo a ti, tampoco.

- ¡Tú me haces feliz! Oye, ¿quieres ir a una macrofiesta?- Dani la estrechó con creciente desespero- Iremos a cenar fuera y luego iremos a bailar toda la noche. Veremos salir el sol en la playa, ¿sí?

- Me encantaría, Dani, pero eso no haría más que alargar una historia que terminará mal. Lo sé. Joder, te quiero muchísimo- ella se pasó una mano por el cabello, incapaz de creer lo que estaba haciendo-. Tendría que ir a tu casa a recoger mis cosas.

- No tienes por qué decidir nada ahora, Lúa, consúltalo con la almohada. No puedes tomar una decisión así en un momento. Ven, vamos a casa...

Lúa le siguió al metro y Dani fue abrazado a ella como una boa constrictor todo el viaje. Ella no decía nada, pero no podía ignorar todo el operativo de caricias y besos que Dani desplegó para ella. Incluso la gente les miraba disimuladamente. Cuando por fin llegaron a casa, Dani dejó la maleta junto a la puerta y cogió a Lúa por la cintura.

- Para, Dani...

- Shh...

Dani comenzó a besarla y a quitarle la ropa, y se la llevó en brazos a la habitación. Fue tan dulce con ella que Lúa no dejó de llorar en todo el rato. Los rayos del sol les sorprendieron amándose todavía, Dani se resistía a dejarla, tenía miedo de que no volver a estar con ella nunca más.

- Dani, me muero de sueño...- le dijo ella al fin, agotada.

Él sonrió y la abrazó por la espalda, acariciándola hasta que se durmió.

Más tarde la despertó con el desayuno en la cama, la llevó a comer fuera, a pasear por el casco antiguo, a cenar en un lugar romántico, y por la noche salieron a celebrar el fin de año con Gaby y unos amigos suyos a una fiesta privada en un ático dúplex junto a la playa. Estaban en un piso gigantesco, con unas espectaculares vistas de la ciudad, y la música estaba muy bien. Lúa se lo pasó de miedo. Gaby también, porque sin saber muy bien cómo ni por qué, se enrolló con uno de sus mejores amigos. Para ella fue como una revelación, como si le acabara de conocer, porque nunca se había planteado que pudiera pasar algo entre ellos. Cuando pudo escaparse al lavabo con Lúa, estuvieron hablando un buen rato. Gaby se llevaba las manos al estómago para contener las mariposas que amenazaban con comerse sus intestinos.

- Nunca me habías dicho que te gustara ese chico, Ángel.

Alguna vez se había pasado por el bar a saludar y, la verdad, Lúa lo tenía encasillado en el departamento de amigos-que-son-como-hermanos.

- Ya, es que no me gustaba. Quiero decir que es mi amigo, nunca se me había ocurrido que pasaría esto.

- Pero ha estado bien, ¿no? Si es que estás resplandeciente, y no es por la ampolla *flash* que te has puesto.

- Buah, nena, ha sido increíble. Es mono, ¿verdad?- Lúa asintió. Ángel era muy alto y tenía el

cabello castaño y largo recogido en una coleta. Casi no había hablado con él, pero parecía un tío muy agradable. Gaby se rio recordando- ¿Tú sabes la de veces que le he ayudado a ligar con tías? Madre mía, quién me iba a decir a mí que terminaría así con él...

- Me da la impresión de que este va a ser el bueno.

- Hablando de ser el bueno, estás muy acaramelada con Dani. Veo que la vida en pareja os sienta bien.

- Bueno...- Lúa se puso seria y bajó la vista. Dejó de repasarse el brillo de labios que llevaba puesto- En realidad, cuando volví de Lleida se me cruzaron los cables y quise dejarle- Gaby se quedó blanca y abrió unos ojos como platos.

- ¿Qué me estás contando? ¿Por qué? Bueno, puedo imaginármelo...

- ¿Sí?

- Tenéis ritmos muy distintos. Antes de irte a Lleida se te veía tan apagada...

- Pues sí, tienes toda la razón. Cuando volví y me dijo que quería pasar el fin de año en casa, fue la gota que colmó el vaso y exploté. Pero me ha prometido que va a cambiar, y es tan atento conmigo...

Gaby sacó un rímel del bolso y comenzó a repasarse las pestañas con la minuciosidad de quien pinta una figurita de plomo.

- La gente no cambia, ya te lo dije.

- Esta vez, sí- dijo Lúa con convicción.

Gaby terminó con el rímel y se lo volvió a guardar en el minúsculo bolso negro de piel. Se puso bien el pelo rápidamente con los dedos, ladeando a cabeza a un lado y al otro.

- Ojalá tengas razón, cielo...

Cuando volvieron con los demás Dani estaba hablando con una chica que no era del grupo y Lúa tuvo una pequeña punzada de celos. Sin dudarle fue directa hacia ellos y se colgó del brazo de su chico.

- ¿He tardado mucho?- preguntó con estudiada indiferencia.

Dani la besó en la mejilla. ¿Por qué en la mejilla? Será que no se le veían los morretes, llevaba tanto brillo de labios que parecían una lubina recién pescada.

- Lúa, te presento a Iris, una compañera del conservatorio. Iris, esta es Lúa, mi novia.

- Encantada- dijo Lúa con una sonrisa que era toda dientes de tiburón para arrancarle la nariz de una dentellada.

- Igualmente- dijo Iris con un casi imperceptible gesto de desilusión que no le pasó desapercibido.

- Me apetece subir al piso de arriba- dijo Lúa mirando a su novio-. ¿Te vienes?

- Ve pasando, ahora te cojo- le dijo él para su desespero.

Lúa se alejó, ¿qué otra cosa podía hacer? Qué mal había jugado sus cartas, como maestra de la manipulación ya podía tirarse por un puente. Mira que dejarle solo con aquella lagarta... Pero aún le quedaba un as en la manga. Fue andando hacia la escalera y cuando había apoyado ya un pie en el escalón miró a Dani. Él le devolvió la mirada y entonces Lúa le guiñó un ojo e hizo un gesto minúsculo con el hombro que hizo que el tirante del vestido resbalara por su brazo. Luego subió las escaleras. No iba ni por la mitad cuando Dani la alcanzó y la besó como un loco, apoyándola contra la pared. La gente que subía y bajaba por las escaleras les esquivaba como podía.

- Ven...- dijo ella mientras le cogía la mano.

En el piso de arriba había una zona chillout, más tranquila, con sofás y almohadones en el suelo, todo muy oriental. Aquí y allá, grupos reducidos de gente tomaban copas mientras charlaban y se reían. Lúa llevó a Dani al fondo de la estancia y abrió una puerta que había semioculta tras un lienzo de terciopelo granate.

- ¿Dónde me llevas?

Ella se llevó un dedo a los labios y tiró de él. En realidad no tenía ni idea, aquella era la zona particular de la casa y no estaba abierta a los invitados. Fueron a parar a un pasillo desierto con varias puertas a ambos lados. Lúa abrió una y la volvió a cerrar. Probó otra y sonrió. Era un dormitorio. Una cama gigantesca presidía la habitación, decorada de una forma sencilla pero lujosa. Las sábanas eran de seda negra y había un montón de cojines encima, esturreados de forma graciosa.

- Aquí no se puede estar...- objetó Dani mientras ella le desabrochaba los pantalones.

Lúa se separó de él y se fue hacia la cama mientras se quitaba el vestido por la cabeza con un gesto fluido.

- Tienes razón, vámonos- dijo antes de que Dani saltara sobre ella como un animal en celo.

Todo fue perfecto durante un mes. Dani se esforzaba en salir, en inventar algún plan para ella cada fin de semana. Luego, muy poco a poco, las cosas volvieron a ser como antes. El cambio fue tan paulatino que Lúa no se dio cuenta. Al final no salían apenas, ni tenían relaciones sexuales más de dos o tres veces al mes. Dani hacía alguna cosita especial para ella, pero siempre en casa: una cena con velitas, un recital de guitarra con amigos... Pero muchos fines de semana se los pasaban en el sofá viendo pelis ante un bol de palomitas. Gaby se daba cuenta de todo, pero prefirió no decirle nada a su amiga. Si a ella le parecía bien, eso era todo lo que importaba. Sin embargo, Lúa cada vez estaba más apagada, sin chispa. Su amiga le proponía salir a bailar de vez en cuando pero ya, ni eso le apetecía. Era como si estuviera muerta en vida y le sabía fatal verla así.

Gaby, por su parte, tenía por primera vez en mucho tiempo una relación estable con Ángel y todavía estaba en una nube. No le contaba gran cosa de lo que hacía a Lúa por no deprimirla, pero cuando se fue dos semanas de viaje por Estados Unidos no pudo ocultárselo. Ella y Dani no iban a ninguna parte. Ni a recoger billetes de quinientos euros. Nunca.

Su frágil estabilidad saltó por los aires un día que salieron a comprar ropa. Bajaban por una calle muy transitada con un par de bolsas y comentaban lo cara que era la última tienda en la que habían entrado, cuando Lúa vio a Bruno y se le paró el corazón. Hablaba con unos amigos animadamente y se reía a carcajada limpia. No la vio. Para ella, volver a verle fue como volver a respirar después de haber pasado mucho tiempo bajo el agua. Se imaginó cuán diferente habría sido su vida si hubiera salido con él en lugar de con Dani. Bruno no hubiera dejado que se convirtiera en el zombi que era ahora. ¡Por dios, si estaba blanca como la leche, parecía un vampiro albino! Bruno pasó de largo y el mundo volvió a ser en blanco y negro otra vez. Lúa miró a Dani y se preguntó en silencio por qué no podía ser un poquito más vivaracho. Gaby tenía razón, la gente no cambia. ¿Por qué no le habría hecho caso la primera vez que se lo dijo? Dani iba tan distraído mirando escaparates que ni siquiera se dio cuenta de que ella había dejado de hablar.

Cuando llegaron a casa dejaron las bolsas sobre la mesa del comedor y Lúa se sentó en el sofá.

- Ven, siéntate conmigo- le dijo a Dani, que estaba sacando unos tejanos de una bolsa.

Se los había probado en la tienda y le hacían un culito para comérselo a bocados... Él se sentó a su lado, obediente.

- ¿Eres feliz, cariño?- le preguntó.

Dani sonrió como un niño.

- Sí, mucho- le puso una mano en la rodilla-. ¿Y tú?

- No...- Lúa miró a su alrededor- Acabo de darme cuenta de que estamos igual que al principio. Me prometiste que cambiarías, que saldríamos más, que... no sé, que las cosas serían diferentes.

- Joder, Lúa, otra vez...- dijo él, molesto- ¿Qué quieres, salir por ahí? ¿Por qué no lo dices?

Tenía razón. Al principio sí lo pedía pero al final, simplemente, se había resignado. Ya ni siquiera se le ocurría. Lúa cogió uno de los cojines del sofá, de color burdeos, y lo abrazó como si fuera un cachorrito. El cojín era muy suave y se dejó querer.

- ¿Por qué no puede salir de ti? Antes lo hacías...

- A ver, ¿qué quieres hacer? ¿Quieres salir a cenar fuera?

Lúa frunció el ceño.

- ¿Qué vas a hacer, sacarme fuera un par de veces para que me calle y luego volver a lo de siempre?- su cara se suavizó y adoptó una expresión más triste-. Esto no funciona.

Dani se levantó del sofá y comenzó a pasearse arriba y abajo, nervioso.

- ¿Otra vez me vas a decir que cortas conmigo? ¡No puedes cortar conmigo cada vez que te dé un arrebató de trotamundos! Joder, parece que yo te importe una mierda...

¿Cómo hacían los domadores para mantener a los leones a raya? Porque a Lúa se le estaban comenzando a revelar un par de lágrimas miserables y no había látigo que las hiciera retroceder.

- No digas eso, te quiero muchísimo, por eso estoy aquí- ella bajó la mirada con tristeza-. Tendría que haberme ido en fin de año, cuando te lo dije. Sé que no voy a ser feliz contigo, es mejor que lo dejemos cuanto antes.

Dani volvió a sentarse junto a ella y le quitó el cojín que estrujaba entre sus brazos para abrazarla. El cojín cogió aire disimuladamente y se dejó resbalar hasta el suelo para huir de aquella loca asesina.

- Lúa...- trató de besarla, pero ella apartó la cara.

- No- él volvió a intentarlo-. ¡Que no!

Lúa le apartó de un empujón y Dani puso cara de preocupación por primera vez.

- Oye, ahora estás enfadada. Esta mañana estabas bien, no sé qué se te ha pasado por la cabeza, pero no puedes tomar una decisión así en caliente. Deja pasar un día y medítalo un poco, ¿quieres?

Lúa se levantó.

- ¡No! ¿Te crees que lo vas a solucionar todo con un polvo? Ya he tomado una decisión, Dani. Se acabó.

No me mires así, cabrón, pensó. Aunque su voz sonaba firme, por dentro estaba comenzando a desmoronarse.

Dani bajó la cabeza y se sujetó las sienes con las manos.

- Joder, Lúa, no puedes hacerme esto...

Él se levantó otra vez y trató de abrazarla, pero Lúa no se dejó. Estaba intentando llevarla al huerto, el muy... Joder, si seguía mirándola de aquella manera no aguantaría.

- Voy a recoger mis cosas- dijo ella saliendo del comedor a toda prisa.

Lúa entró en la habitación casi corriendo y cerró la puerta. Se llevó una mano a la frente y la otra, la apoyó en la cintura. Si Dani volvía a convencerla de que siguiera con él, no haría más que alargar una situación que tenía que terminar. Lo único que quería era volver a ser ella misma, estar con alguien que no tratara de doblegarla. Tampoco era justo que ella tratara de cambiar a Dani. Simplemente, no eran el uno para el otro. Venga, Lúa, muévete, pensó. Rápidamente cogió sus maletas de debajo de la cama y las dejó encima abiertas. Luego abrió el armario y comenzó a sacar toda su ropa. Dani entró en la habitación mientras doblaba unas camisetas.

- Lúa, no puedes decidir que me dejas en cinco minutos y ponerte a hacer las maletas así. Eres demasiado inestable...

Él se acercó a Lúa, que seguía doblando ropa a toda velocidad, y le puso las manos sobre los hombros. Ella comenzó a llorar como una magdalena, pero no dejó de doblar ropa y ponerla en la maleta. Sus manos bajaron por sus brazos lentamente y terminó abrazándola de forma que quedó aprisionada y tuvo que dejar lo que estaba haciendo.

- Dani, por favor, déjame...- dijo con un hilo de voz.

Él comenzó a besarla en el cuello.

- Dani, por favor, no me obligues a hacer esto cuando tú no estés. Deja que me vaya.

- Te quiero...

- ¡Dani, no quiero estar contigo!- exclamó ella, girándose de golpe.

Lejos de soltarla, él le sujetó la cabeza y la besó fieramente. Lúa se resistió con todas sus fuerzas pero Dani no la soltó hasta que ella se dio por vencida y le devolvió el beso.

- Esto no funciona así- le reprendió.

- Cállate, ¿quieres?- le dijo él lanzándola sobre la cama.

Lúa pensó en que jamás volvería a estar con él y le abrazó con fuerza. Joder, es que ella le quería de verdad, aquello era una tortura. Hicieron el amor sobre la ropa. Tres horas de plancha, a tomar viento. Ella lloraba quedamente mientras le besaba. La carne era débil, y le gustaba más un meneo que a un tonto un lápiz.

Cuando terminaron, Dani quiso quedarse abrazado a ella, pero Lúa no le dejó.

- Ha sido la última vez- Lúa se levantó y se vistió.

No se atrevía a mirarle.

Dani se incorporó sin acabarse de creer lo que le estaba diciendo.

- Pero si acabamos de hacer el amor, no me digas que no sientes nada por mí...

- Ya te he dicho que te quiero, Dani, la cosa no va de eso. Va de que me muero por dentro, encerrada en esta casa. ¿Sales de encima de mi ropa, por favor?

No sabía de dónde había sacado aquella voz tan fría, por dentro se moría de ganas de seguir abrazadita a él y dejarse querer. Dani la miró una última vez con tristeza antes de coger su ropa y salir de la habitación.

Lúa se presentó en casa de Gaby con las maletas. No tenía ningún otro lugar a donde ir.

- Gaby, lo siento muchísimo, solo serán unos días hasta que encuentre un piso, te lo juro.

- Tranquila, quédate el tiempo que quieras, cielo. ¿Estás bien?

- No... Pero es lo que tengo que hacer, ¿verdad?

Gaby asintió mientras cogía una maleta y la acompañaba a su habitación. Ángel se había ido a vivir con ella y Lúa sabía que no podía quedarse allí mucho tiempo. Sabía cuándo sobraba, por más que Gaby fuera tan hospitalaria. Lúa se encerró en su habitación y cogió el móvil. Le pesaba

en la mano, cargado como estaba de mensajes de Dani. Había sido tan duro salir de allí... Él había utilizado todas sus armas para detenerla y casi lo había logrado. Al final había tenido que salir corriendo, como una rata que huye del barco que se hunde, para no caer en sus redes otra vez. Lúa borró los mensajes sin leerlos y se lanzó a llorar desconsoladamente sobre la cama. Estaba ya por convertir el llanto en deporte nacional... Gaby apareció con un bocadillo y se quedó con ella para hacerle compañía y animarla hasta que Lúa se echó a dormir, extenuada. Era el peor día de su vida.

Por si no fuera lo bastante duro superar aquello, Dani se presentaba en el bar cada día a la hora de cerrar y perseguía a Lúa hasta el metro. Le pedía que volviera con él y trataba de abrazarla, el desalmado. Lúa lo pasaba tan mal que al final a Gaby se le hincharon las narices y le soltó un rapapolvo sazonado con un tortazo que le hizo retumbar el cerebro.

- ¡Que la dejes en paz, joder!- le espetó al pobre- ¿No ves que no quiere estar contigo?

Dani se llevó una mano a la mejilla dolorida, incrédulo.

- Yo sé que me quiere, y yo la quiero a ella- dijo con tozudez.

- Ella te quiere, pero no va a vivir contigo, ni va a besarte ni va a nada. ¿Lo coges o no?

Después de aquello Dani no volvió a aparecer por el bar. Uno no se exponía a un guantazo de grado ocho en la escala de Richter así como así.

Sin embargo, no ver a Dani no hizo que automáticamente Lúa volviera a estar bien. Los clientes trataban de animarla, pero ella apenas era capaz de esbozar una sonrisa. A veces se quedaba mirando el taburete de Bruno. Él había sido el desencadenante de todo. Desde el día que la pilló con Dani no había vuelto a aparecer por allí. ¿Qué pensaría de ella? Seguramente la odiaría. ¿Y Dani? Este seguro que la odiaba. Después de lo de Nora, Lúa había sido la puntilla para él. Ella nunca quiso hacerle daño, solo quería tener una oportunidad de ser feliz. Pues nada, a coleccionar exámenes resentidos... Se preguntó cuándo le llegarían las primeras palomas muertas por correo certificado.

Gaby volvió a irse una semana fuera con Ángel. Se fueron a Galicia a visitar a la familia de ella, así que Lúa tuvo que hacerse cargo del bar sola. Le vino muy bien estar al borde del colapso todo el día porque no tenía tiempo para pensar, y también pudo disfrutar de la casa de Gaby sin temor a molestar a nadie. Sabía que tenía que encontrar otro lugar donde vivir, así que no dejaba de buscar piso, a poder ser que no fuera en el barrio de Gracia. Hasta las golondrinas saben que no hay que construir el nido cerca del de tu ex. Iba a ver pisos cada día a primera hora, antes de abrir el bar, y al final, a media semana, se decidió por uno sin pensárselo demasiado, no quería complicarse la vida. Era un pequeño loft en Sants, cerca del bar. El precio era muy razonable, y por primera vez tendría un espacio para ella sola. Lo alquiló inmediatamente y cada día iba a trabajar con una maleta de cosas para dejarlas en su nuevo piso. El loft estaba decorado de forma desenfadada y tenía un pequeño patio detrás. Era un entresuelo, pero tenía mucha luz, y Lúa se encargó

rápidamente de darle su toque personal. Cuando Gaby volvió de viaje ya se había mudado.

- No hacía falta que corrieras tanto, cielo- le dijo Gaby-. Ya sabes que en casa puedes estar todo el tiempo que quieras.

Ya, ya, pero Ángel no opinaba lo mismo, a juzgar por la forma en que la miraba, como un sicario que espera su oportunidad para asestarle el golpe de gracia. Era normal, ellos estaban juntos y necesitaban tener un espacio para ellos dos sin que Lúa apareciera a cada momento en la cocina, en el comedor, en el baño... Sí, sobre todo en el baño.

El humor de Lúa mejoró mucho con su independencia. Decidió que comenzar su nueva vida de morros era de mal fario, así que volvió a salir por ahí y su sonrisa se dejó ver más a menudo. Mucho más a menudo. Los días que no tenía plan, cuando salía de trabajar se iba a casa, se ponía música, encendía una barrita de incienso o quemaba aceite con esencias, se hacía la cena y se ponía una peli. Estaba muy a gusto consigo misma y se contaba chistes que no sabía.

- Qué bien que vuelvas a ser tú- le dijo Gaby una noche que se fueron a tomar una copa después de cerrar.

- Ya, yo también me echaba de menos. Ya me encuentro mejor.

- Me alegro- Gaby le cogió la mano y se la apretó.

- Bueno, si volviera a ver a Dani no sé cómo reaccionaría, pero creo que ya no saltaría a sus brazos como siempre. Saltaría de otra forma- se echó a reír-. No, en serio, por fin lo estoy superando.

- ¿Cuánto tiempo ha pasado ya, seis meses?

- Siete. Espero que esté bien, de verdad.

Bien lejos.

- No te preocupes por él, ya se espabilará...- dijo Gaby haciendo un gesto para quitarle importancia y se miró la manicura, que siempre llevaba impecable- Oye, ¿y Bruno?

Lúa enarcó las cejas.

- ¿Bruno? Si ya no viene por el bar nunca.

- Ya, pero veo cómo miras su taburete, que parece un tapicero enamorado, ¿te crees que soy tonta?

No, Gaby no tenía un pelo de tonta. Lúa se tomó un trago de su mojito y miró hacia un grupo de tíos que estaba armando jaleo.

- Ojalá volviera, Gaby. Me encantaría verle otra vez, pero no creo que eso suceda- su mirada se ensombreció un poco.

- Podrías buscarle. ¿No trabajaba en una editorial?

- Ya, pero no sé el nombre ni la dirección, ni nada... Además, ¿qué quieres que haga, que me plante en su trabajo? ¿Y qué le digo?

Gaby se encogió de hombros.

- Solo era una idea. Oye, ¿has visto aquel armario ropero con piernas?- dijo bajando la voz y poniendo cara maliciosa- No sé cómo ha conseguido hacer pasar todos esos músculos por la puerta.

- Vaya, a mí no me gustan los tíos tan cuadrados. Se ha pasado tres pueblos con las pesas, si ha cogido volumen hasta en las pestañas.

- Lo podrían partir por la mitad y saldrían dos tíos normales.

- Es como enrollarse con unos hermanos siameses- dijo Lúa riéndose.

El tipo se dio cuenta de que le miraban y levantó la copa en su dirección a modo de saludo, sin imaginarse de qué se reían tanto.

Gaby tenía razón, ¿alguna vez no la tenía? Lúa podía intentar encontrar a Bruno. Lo primero que hizo fue peinar el barrio entero en busca de editoriales. Buscaba letreros, placas en porterías, lo que fuera. Cuando se cansó de buscar, comenzó a preguntar en algunos comercios del barrio, pero al parecer las editoriales no eran demasiado populares. Nadie tenía ni idea de dónde podía encontrar una. Después Lúa se metió en internet y buscó todas las editoriales de Barcelona, las filtró por zona, siendo más bien poco restrictiva para no eliminar la buena sin querer, e imprimió la lista de las que le quedaron. Porque buscar “Bruno + editorial” no había dado resultado... Cuando tenía un ratito muerto en el bar llamaba a un par y preguntaba por él. Ni siquiera sabía su apellido, qué mala pata. Nunca le había pedido el número de móvil, es que era tonta del culo.

Después de días y días llamando probó con la editorial Robin Hood.

- Editorial Robin Hood, buenos días- contestó una voz femenina y monocorde.

- Buenos días. Quería hablar con Bruno, por favor- dijo Lúa por enésima vez.

- Un momento, le paso- la voz de mujer dio paso a una música suave.

Lúa colgó el teléfono con el corazón en la boca. Cogió un boli y señaló con un círculo los datos de esa editorial. No estaba demasiado lejos.

- ¿Le has encontrado?- preguntó Gaby entre incrédula y emocionada.

- Sí, pero no me he atrevido a hablar con él...

Gaby miró la dirección por encima de su hombro.

- ¿Qué haces, que no vas a verle? ¡Vuela!- le dio un empujoncito a Lúa hacia la salida que la hizo sonreír.

- ¿No te importa? No tardaré mucho- le aseguró.

- Vete tranquila, yo me encargo.

Lúa salió prácticamente corriendo y preguntó por la calle que buscaba, porque no la conocía. No estaba tan cerca como creía, pero estaba en el barrio. Cuando llegó a la portería, se fijó en que no tenía placa alguna que identificara la editorial. Por eso no la había encontrado, ella recordaba haber pasado por allí. Aprovechando la salida de un vecino se coló en la escalera y subió las escaleras de dos en dos hasta el tercer piso. Allí sí encontró una placa que rezaba “Editorial Robin Hood” en la puerta. Llamó al timbre antes de que las dudas hicieran que se echase atrás. Estaba como un flan. Se oyeron unos pasos al otro lado y una mujer abrió la puerta.

- ¿Sí?- preguntó lacónicamente.

- Vengo a ver a Bruno.

- ¿Tiene cita?- preguntó la mujer sin invitarla a pasar.

- No, pero solo será un momento...

La mujer pareció evaluarla en silencio. Lúa se arrepintió de no haberse perfumado antes de salir, seguro que olía a fritanga.

- Pase.

La hizo esperar en la entrada, donde había un mostrador de madera más viejo que Matusalén, y la mujer desapareció por un kilométrico pasillo mientras hacía repiquetear sus tacones en el suelo de parquet. ¿Qué iba a decirle a Bruno cuando le viera? Se había quedado en blanco. A lo mejor parecía una imbécil por presentarse allí de esa manera. Con un poco de suerte, hasta parecería una loca. La mujer volvió por el pasillo y le indicó que la siguiera.

- Por aquí, por favor.

Lúa la siguió obediente hasta una puerta. La mujer la abrió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella entró y la puerta se cerró detrás. Estaba en un despacho bastante pequeño e iluminado por un fluorescente. En las paredes había un par de posters colgados con chinchetas, y una mesa llena de papeles ocupaba casi todo el espacio. Detrás de la mesa encontró a un hombre regordete de cara agradable.

- Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarte?

Lúa cambió el peso de un pie a otro, incómoda.

- Quería hablar con Bruno- dijo con algo de inseguridad.

- Yo soy Bruno García.

- ¿No hay otro Bruno en la editorial?

El hombre se rio.

- Me temo que soy el único Bruno de por aquí. ¿Qué querías?

- Perdóname, estoy buscando a otra persona...- dijo ella saliendo rápidamente del despacho.

Lúa cerró la puerta detrás y se apoyó contra ella. Joder, qué imbécil. Por lo menos podría haberse esperado a oír su voz por teléfono para asegurarse de que era él antes de venir a capullear. La puerta del despacho se abrió y ella por poco se cayó dentro.

- Uy, perdona- dijo Bruno sujetándola por los hombros.

- La culpa es mía- dijo ella poniéndose roja como un tomate-. Ya me voy.

Lúa se marchó casi a la carrera y no paró hasta girar la esquina. Allí se permitió el lujo de aminorar un poco y maldecirse por ser tan tonta.

Cuando Gaby la vio entrar en el bar con aquella cara tan larga se preocupó.

- ¿Qué ha pasado, no ha ido bien?

Lúa negó con la cabeza.

- No era él, qué vergüenza he pasado. No creo que le encuentre, Gaby, voy a dejarlo estar.

Gaby se enfadó y le lanzó el trapo que llevaba colgado al hombro.

- ¡Ni se te ocurra! Venga, no irás a rendirte por una tontería así.

- Todo esto es una estupidez, Gaby. Ya es hora de que sea un poco realista.

Lúa pasó delante de su amiga con los hombros caídos y se metió en la cocina. Pues sí, iba a rendirse porque le daba la gana. Ahora tenía una vida organizada, un piso para ella sola y una planta que crecía lozana en su patio. ¿Qué más quería?

Lúa se mimó aquella noche con un baño de espuma, una copa de vino blanco y música suave para reponerse del duro golpe que le había supuesto no encontrar a Bruno. Aquel chico había estado comiendo de su mano y ella lo había dejado escapar por estar con Dani. Como quien tira un huevo de Fabergé a la basura porque ha comprado media docena de huevos XL en el súper. Ahora Bruno no era más que un espejismo, el recuerdo maravilloso de una vida que a lo mejor estaría disfrutando en un mundo paralelo. Venga, Lúa, hay que seguir adelante, se animó a sí misma. No querrás ser una pánfila que se queda mustia a la primera de cambio, ¿verdad?

Al día siguiente, como un tiburón que oliera su debilidad, Dani apareció en el bar a media tarde. Lúa estaba llevando unas bebidas en su bandeja y al verle se puso tan nerviosa que las sirvió todas mal. Menos mal que los clientes ya la conocían.

- Vaya día tienes hoy, Lúa- le dijo una chica intercambiando un café con leche por un agua con gas con el tío de la mesa de enfrente.

- Lo he hecho para que tengáis una excusa para conoceros mejor- dijo ella guiñando un ojo y se marchó tras la trinchera a toda prisa.

La barra era casa, como en los juegos, allí él no podía entrar. Dani se sentó al otro lado del mostrador de madera.

- Hola, Lúa.

- ¿Qué haces aquí?- ella trató de que su tono fuera distendido y meramente curioso, pero en realidad sonó a acusación.

- He venido a verte, hace mucho tiempo que no hablamos...- Dani se calló esperando que ella dijera algo, pero no se oyeron más que grillos, así que continuó- Quería saber cómo te iba.

Lúa miró hacia la puerta brevemente. Gaby había salido a comprar no sé qué y todavía no había vuelto.

- Bien, ¿y a ti?

Dani se apoyó en el mostrador y le dedicó su sonrisa más encantadora.

- Supongo que bien, dadas las circunstancias. ¿Todavía vives con Gaby?- se interesó.

- No, ahora vivo sola- dijo Lúa con orgullo mientras miraba hacia el fondo del local y cogía otra vez su bandeja-. Me llaman unos clientes...

- Ve tranquila- Dani hizo un gesto para quitarle importancia.

Lúa se marchó con su bandeja y recogió una serie de tazas, vasos y envases vacíos de un par de mesas. Se notaba el pulso en las sienes, aceleradísimo. ¿Qué coño estaba haciendo él allí? ¿Y por qué no se había convertido en un trol feo y lleno de verrugas? Tomó nota de un pedido y volvió a la barra, donde comenzó a hacer cafés y a guardar las cosas sucias en el lavavajillas.

- ¿Te tomarías una copa conmigo?- preguntó Dani de sopetón.

Ella se quedó petrificada por un momento, luego siguió con su actividad como si tal cosa.

- ¿Para...?- preguntó de espaldas a Dani, agradecida de no tener que aguantarle la mirada.

- Para charlar... Como amigos. Al fin y al cabo hemos compartido muchas cosas y es una pena que ahora no podamos hablarnos nunca más. ¿Te apetece?

Lúa comenzó a colocar cafés y cortados en la bandeja, y la cogió con las dos manos.

- Ahora vengo- dijo para ganar tiempo.

Mientras se alejaba de Dani, Lúa pensó a toda velocidad. Quedar con él. Después de lo que le había costado superar lo suyo, era como meterse en la boca del lobo. Llegó a las mesas y comenzó a repartir todo lo que llevaba encima, y todo lo repartió mal. Venga, continuamos para bingo, pensó. Solo acertó con un café y fue porque el hombre quien se lo sirvió había cambiado de opinión mientras esperaba su bebida.

- Madre mía, Lúa, te voy a regalar un juego para ejercitar la memoria que a mi abuelo le va muy bien- dijo alguien jocosamente.

Los clientes se intercambiaron las bebidas de buen humor y ella volvió a la barra. No había decidido nada, estaba en blanco.

- Dani, no creo que sea buena idea...- dijo al fin.

Ante la duda, era mejor abstenerse.

- Venga, solo será una copa. Tengo cosas que contarte.

Dani la miró de una manera que ella tuvo que claudicar.

- Está bien, ¿me pasas a recoger a la hora de cerrar?

- Vale- Dani se despidió con la mano y se marchó.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, llegó Gaby cargada de bolsas.

- ¿Sabes a quién acabo de ver por la calle?- le dijo en tono de cotilleo.
- ¿Al mismo que acaba de salir del bar, tal vez?- le contestó ella con guasa.
- ¡No jodas! ¿Ha estado Dani aquí? ¿Qué ha hecho?- Gaby estaba expectante.
- Me ha invitado a tomar algo luego.
- ¿Y has aceptado?- Gaby la miró con un ligero reproche.
- Qué remedio, no tenía a ninguna amiga cerca para echarme un cable. Oye, da igual, dice que quiere contarme algo, no va a pasar nada.
- Lúa...
- ¡De verdad!- ¡pero bueno, qué poca fe le tenía...!

Dani estaba en la puerta del bar esperándola cuando cerraron el bar, y Gaby le saludó con recelo. Luego le dio dos besos a Lúa y le recordó con un rápido gesto que si sentía que las fuerzas le flaqueaban la llamara y ella se encargaría de recordarle cómo se daba una patada en los huevos. Lúa se abrochó la chaqueta y siguió a Dani calle abajo.

- ¿Dónde vamos?- le preguntó.

- Aquí cerca...

Efectivamente, Dani la llevó a una coctelería cercana y se pidieron uno de esos combinados que apenas puedes beberte, entre tanta sombrilla y tanta rodajita de lima. Lúa encontró un pequeño sofá vacío en un rincón y los dos se sentaron de lado, cara a cara.

- Cuánto tiempo, ¿verdad?- dijo Dani sonriendo.

- Bastante...- Lúa sonrió a su pesar.

Habían pasado casi ocho meses desde que ella se marchara de casa. Lúa comprobó con alivio que su corazón latía con normalidad. Pasada la sorpresa de verle en el bar, ahora se sentía mucho más tranquila. Ya no estaba enamorada.

- ¿Cómo te va?

- Pues bien, sigo en el bar, como has podido comprobar, y me he buscado un loft para mí sola donde puedo quemar incienso a mansalva.

Dani se echó a reír porque a él no le gustaba nada el incienso y no le dejaba quemar barritas de sándalo o canela en casa.

- Un día se te irá la mano y te encontrarán muerta de una sobredosis de pachuli.

Ahora se rieron los dos juntos.

- ¿Y a ti cómo te va?

El camarero llegó con dos copas enormes y tan bien decoradas que daba pena beberse el contenido. Lúa cogió la suya y le dio un sorbito a la pajita.

- Nora ha vuelto de Chicago- dijo Dani.

- Ah...- no sabía qué esperaba que le dijera, pero no era aquello. En algún rincón oscuro de ella, algo se revolvió con desagrado- ¿Estáis juntos?

Dani cogió su copa de forma cónica y se tomó un trago antes de contestar.

- No. Ella quiere volver, pero le he dicho que necesito pensármelo.

- ¿Ya no la quieres?- Lúa se arrepintió de haberle preguntado eso, pero ya lo había dicho.

Dani descansó un brazo sobre el respaldo del sofá y cogió un rizo de Lúa con dulzura.

- ¿Tú crees que si la quisiera como antes estaría sentado aquí contigo?

- Es que no sé qué estamos haciendo aquí, Dani, ¿me lo explicas?

Dani se acercó un poco más a ella.

- Por más tiempo que pasa, no consigo dejar de pensar en ti, Lúa. A pesar de cómo terminó todo, los días que pasamos juntos han sido los más felices de mi vida. He sido un tonto al dejarte escapar. Tú no me pedías tanto. No me pedías tanto...- repitió en voz baja, ensimismado.

Ella desvió la mirada.

- Creo que sí, que te pedí demasiado. Siento haber intentado cambiarte, de verdad.

Dani dio otro sorbo a su cóctel y se lo quedó mirando.

- Supongo que soy un asco de pareja...

- Va, no digas eso. He pasado momentos muy bonitos a tu lado. Me quedo con los buenos recuerdos y lo demás...- hizo un gesto de lanzar algo por encima de su hombro.

- ¿Recuerdas la noche del viejo en la azotea?

Los dos se echaron a reír.

- Tienes que reconocer que te acojonaste- dijo ella entre carcajadas.

- Sí, pensaba: “esta chica está como una chota, vamos a terminar en comisaría por escándalo público”.

- ¡Qué dices, si el pobre estaba empanado! No te digo que estaba buscando la antena de la tele...

- Qué mala eres, desde entonces, siempre que me lo encontraba por la escalera me explicaba que si había llamado a un técnico, que si esto era un robo, que si tendría que haber bajado yo a hacerle un arreglo...

- ¿A hacerle un *arreglo*?- se rio ella.

- ¡No seas mala!

Entre tanta risa terminaron muy cerca el uno del otro. Dani le dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

- Dani...- le reprendió ella en voz baja.

- ¿Qué?

Dani volvió a besarla, todavía más cerca. El tercer beso se lo plantó en los labios. Lúa le separó haciendo un gran esfuerzo de voluntad. Tal vez ya no estuviera enamorada, pero Dani le atraía mucho. ¡Maldito roedor!

- Dani, no vayas por ahí. No quiero que me beses más.

- ¿De verdad?- él le cogió la mano entre las suyas- Yo me muero de ganas.

- Va, va, no me hagas esto...- Lúa se separó un poco y bebió un poco más de su cóctel- Me ha costado mucho estar más o menos bien y si me besas, si pasa algo entre nosotros esta noche, voy a pasarlo muy mal otra vez.

- Si vuelves conmigo no tiene por qué ser así. Podríamos ser muy felices juntos.

- No vamos a volver, eso se acabó. Es el pasado- Dani la miraba de una manera que le hacía muy difícil seguir adelante con lo que estaba diciendo. Tenía que decirle algo que le hiciera desistir-. Me gusta otra persona, Dani.

Él le besó la mano con mucho cariño, dejando los labios sobre su piel más tiempo de lo necesario, y luego la soltó.

- ¿Sales con alguien?- le preguntó en voz baja.

- Creo que es mejor que no hablemos de esto- dijo ella, ambigua, para no tener que decirle que se pasaba las noches viendo capítulos sobadísimos de *Friends*-. Creo que deberías darle una oportunidad a Nora, os irá bien.

Lúa se terminó su combinado sin respirar y se levantó.

- Tengo que irme ya. Me ha gustado mucho volver a verte.

Dani también se levantó.

- Te acompaño a casa.

Lúa le miró como si le hubiera pillado en una falta, aunque sonreía.

- Es mejor que no.

- Solo acompañarte, te lo prometo.

Salieron a la calle y caminaron en silencio. Dani le pasó un brazo por los hombros a Lúa.

- ¿Puedo?- le preguntó al hacerlo.

Ella asintió en silencio. Sería tan fácil subirle a casa y pasar la noche con él, como quien recoge un gatito abandonado con los abdominales marcados y una irresistible barba de tres días... Había tratado de ignorar lo guapísimo que estaba, incluso más de lo que recordaba. Y olía tan bien...

- Es aquí- dijo ella al llegar a su portería.

Dani la abrazó y la besó en el pelo.

- Te quiero, Lúa...- dijo con voz ahogada.

Ella estuvo a punto de responder que ella también le quería por inercia, pero se contuvo. Aquello no era amor, era atracción, pero Dani era tan adorable... Ya estaba a punto de llorar otra vez, estaba hecha una blandengue.

- Cuídate mucho, Dani- le dijo al separarse de él.

Lúa se adelantó y le dio dos besos antes de que a él se le ocurriera besarla otra vez en los labios.

- Buenas noches.

- Buenas noches.

Lúa entró y al cerrarse la puerta le vio al otro lado del cristal, mirándola como un perrillo apaleado. ¡Oh, era insufrible! Demasiado guapo para soportarlo. Lúa se obligó a girarse y subir las escaleras. Cuando cerró la puerta del loft, respiró por fin. Cerró la puerta con llave solo para sentirse más a salvo de aquel hombre. Se quitó la ropa rápidamente y se dejó caer sobre la cama con un suspiro.

Durante los siguientes días Gaby tuvo que encargarse de animarla, de convencerla de que había hecho bien. Era una buena coach.

- ¿Ya no te acuerdas de la cara de perro pachón que tenías? ¿Que solo ibas de casa al trabajo y del trabajo a casa?

- Tienes razón en todo, pero tú no lo tuviste delante como yo.

- Tú lo que tienes con ese tío es una atracción fatal. Piensa que es como una trituradora, si te acercas demasiado, te hará hamburguesas.

Lúa se echó a reír.

- ¡Joder, qué imaginación tienes! ¿Sabes? Ya ni siquiera estoy enamorada de él, pero es tan guapo que me pone tonta...

- A partir de ahora, si vuelves a verle, iré contigo para echarte hielo por la camiseta cada vez que le mires el paquete.

- No creo que vuelva a verle, Gaby. Va a volver con Nora.

- ¿Nora? ¿De qué me suena ese nombre?

- Era su antigua novia, con la que se compró el piso. Me da pena, no está enamorado de ella.

Gaby tiró un par de cervezas con maestría.

- Tú preocúpate de ti, ya se apañarán. ¿Qué pasa con Bruno?

- Él sí que vale la pena...- Lúa bajó la mirada- No le encontraré nunca. Le he perdido, por idiota.

- ¿Estás segura?

Gaby abrió un cajón y sacó la lista de editoriales de Lúa. Había una marcada con rotulador rojo.

- ¿Qué significa eso?

- Ahí está tu Bruno. Llamé y esperé a escuchar su voz. Colgué sin abrir la boca, claro.

Lúa tenía la mirada fija en la hoja.

- Editorial Síndria. Esto está cerca de aquí, ¿verdad?- dijo señalando la dirección.

- No sé, tal vez debas ir a comprobarlo...

- ¿Ahora?

- ¡Ahora! ¡Va, corre!

Lúa miró a Gaby con aprensión y su amiga tuvo que empujarla fuera de la barra.

- Ya voy, ya voy...- Lúa comenzó a caminar hacia la puerta y se detuvo- ¿Pero qué voy a decirle?

-¡Tienes una carrera, nena, eres una mujer de recursos! Ya verás cómo no te quedas pasmada con el moco colgando.

Lúa salió a la calle con una sonrisa en los labios. Bruno... Solo de pensar en él, el día se volvía más luminoso. La noche en el velero, el día en el parque de atracciones... A medio camino tuvo que dejar de suspirar porque estaba hiperventilando.

Llegó a la dirección indicada sin haber pensado en nada. Al lado de la puerta había una plaquita con una sandía dibujada y debajo ponía *Síndria*. Joder, ¿qué les costaba poner también que era una editorial...? ¿Es que cuando les hicieron la placa no les llegó el presupuesto? Llamó a la puerta y se abrió automáticamente, sin que nadie le preguntara quién era, ni nada. Lúa subió por unas escaleras ajadas hasta el primer piso, donde volvió a encontrarse con una plaquita igual que la de abajo en una puerta del rellano. La puerta estaba entreabierta.

Al pasar dentro encontró un piso antiguo muy espacioso que había sido transformado en una oficina. Había varios escritorios llenos de papeles y manuscritos hasta el techo. Varias personas trabajaban tras ellos, aunque en medio de aquel caos era difícil saber cómo podían aclararse.

- Hola, ¿puedo ayudarte?- le preguntó una chica con coleta y un vestido largo hasta los pies más colorido que un camaleón en carnaval.

- Hola...- tras cinco segundos de pánico, la voz volvió a sus labios- Vengo a ver a Bruno.

- Espera un momento- la chica levantó un dedo en señal de espera y descolgó un teléfono que Lúa no habría encontrado ni en cien años en medio de tantas cosas-. Bruno, una chica pregunta por ti- la chica miró a Lúa fugazmente y esbozó una sonrisa-. Sí... Vale- colgó el teléfono-. Ya puedes pasar, es aquella puerta del fondo.

- Gracias.

Lúa fue hacia la puerta con la certeza de tener varios pares de ojos clavados en ella. Las paredes del despacho eran de cristal pero no se había dado cuenta a tiempo para echar un vistazo dentro y ahora la puerta de madera le impedía ver a Bruno, qué mala suerte. Llamó a la puerta y esperó. Le pareció oír una respuesta dentro, aunque no entendió nada, así que abrió con precaución. Dentro encontró a Bruno sentado detrás de un escritorio sorprendentemente ordenado en comparación con el caos que reinaba fuera. Estaba la mar de gracioso, tenía los pies cruzados sobre el escritorio y leía un grueso manuscrito con un rotulador rojo en la mano. Los folios estaban plagados de anotaciones al margen en rojo, tachaduras y correcciones. Bruno tenía una barrita de regaliz rojo colgándole de la boca y la iba chupando distraídamente, sin manos.

- ¡*Jiéntate*, ahora *mijmo* te atiendo!- dijo sin levantar la vista del manuscrito y sin que se le cayera el regaliz.

Con la mano del rotulador señaló una de las dos sillas que había al otro lado y Lúa se sentó sin poder evitar sonreír. Sobre la mesa había un tarro del que sobresalían varias barritas más de regaliz. Las gafas de pasta se le habían resbalado un poco y se aguantaban sobre la punta de su

nariz pecosa de una forma que Lúa encontró encantadora. Ella apoyó un codo en la mesa y le contempló en silencio durante poco más de un minuto. Entonces Bruno levantó el manuscrito y golpeó ligeramente sus piernas con él.

- ¡Ya *ejtoy!*- dijo alegremente levantando la vista. Cuando vio a Lúa, abrió unos ojos como platos- ¡Lúa!

Bruno trató de quitar los pies de la mesa tan rápido que se empujó hacia atrás sin querer y se cayó al suelo con gran estrépito. Ella se levantó de un salto y corrió a ayudarlo sin poder aguantarse la risa.

- ¿Estás bien?- le preguntó mientras le ayudaba a levantarse.

- Sí, sí...- dijo él, colorado como un tomate- ¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí?

Bruno se puso en pie con una sonrisa radiante que se le borró en seguida al mirar más allá de Lúa. Ella se giró y vio que toda la oficina les estaba mirando a través de las paredes acristaladas. Bruno fue rápidamente hacia ellas e hizo girar la persiana de listones para que no se viera el interior del despacho. A Lúa le pareció que sacaba la lengua a los de fuera antes de hacerlo.

- Como ya no vienes a verme al bar, he decidido venir a verte aquí.

Bruno le dio dos besos.

- ¿Cómo has sabido dónde trabajaba?

- Ese es mi pequeño secreto- dijo ella con aire misterioso.

- Oye, ¿te apetece ir a tomar algo? Ya estoy harto de estar encerrado aquí dentro.

- Vale.

Bruno cogió su chaqueta, que estaba colgada de una percha, y abrió la puerta. Al pasar por delante de los otros escritorios, saludó con la mano.

- Salgo un rato.

- ¡Espera!- exclamó uno de los hombres levantándose de un salto- Lo de Germán, ¿qué?

- Está encima de mi escritorio, en una carpeta que pone “Germán”.

- ¿Y la presentación para...?

- En un pen de color verde en el primer cajón- se adelantó Bruno-. Además, aún faltan tres días para eso.

El tipo pareció quedarse más tranquilo y volvió a sentarse.

- Bueno, pues entonces vete y no vuelvas.

Él se echó a reír. A Lúa le pareció que la chica del vestido colorido le preguntaba algo a Bruno en silencio, silabeando una palabra que no entendió, y él negaba con la cabeza. Cuando salieron a la

calle Bruno le dio un abrazo y la levantó por los aires, tomándola por sorpresa.

- ¡Qué alegría verte!- la dejó en el suelo otra vez después de dar una vuelta sobre sí mismo-  
¿Dónde quieres ir?

- No sé...

- Ven.

Bruno la llevó hasta su moto y sacó su casco de debajo del asiento.

- ¿Dónde vas a llevarme?

- Nada, nada, es una sorpresa.

La sorpresa era la terraza de un chiringuito frente a la playa donde se tomaron una cerveza bien fría. Hacía sol, así que se estaba bien en la calle. Como era un día entre semana, estaban prácticamente solos. Aquello era la gloria.

- Espero no haberte molestado mucho en tu trabajo- dijo Lúa.

Bruno miró a su alrededor sonriendo.

- Molestias como estas las quisiera yo todos los días. ¿Qué me cuentas?

- Pues nada, el bar sigue como siempre...

- ¿Qué estáis montando ahora?

- Una timba de póker. Nos pondremos chaleco y pajarita.

- Sois la pera- dijo él sacudiendo la cabeza.

- ¿Sabes qué? Ahora tengo mi propia casa, ya no comparto piso con nadie. Está muy cerca de tu trabajo.

- ¿Vives sola?

- Sola completamente. Tengo una planta que me da mucha conversación.

- ¿Y a Dani le parece bien?- preguntó Bruno con cautela.

- Dani y yo ya no estamos juntos. Le dejé- Lúa le miró fijamente, pero él no le sostuvo la mirada.

Bruno se tomó un trago de cerveza y miró al mar con aire melancólico.

- Lo siento...- dijo al fin.

Lúa se inclinó hacia delante y le miró, traviesa.

- ¿De verdad lo sientes?- le preguntó poniendo una mano sobre la suya.

Bruno cubrió la mano de Lúa con su otra mano y la apretó suavemente.

- ¿Hace mucho de eso?

- Va a hacer ocho meses. Estoy como una rosa.

- Eso ya lo veo...- Bruno cogió la mano de Lúa y la besó, luego la dejó sobre la mesa y se la quedó mirando distraído.

- ¿Qué piensas?- preguntó ella ladeando la cabeza.

Se levantó una suave brisa que le retiró los rizos de la cara.

- Estoy con una chica, Lúa...- dijo él mirándola con cara de circunstancias.

- Ah...- Lúa tardó solo un segundo en reaccionar. En seguida le mostró su mejor sonrisa- ¡Eso es maravilloso! ¿Lleváis juntos mucho tiempo?

- Tres meses- dijo él mirando hacia el mar otra vez con tristeza.

- ¿Cómo se llama?- se interesó ella.

Él se miró las manos.

- Marta.

Bruno se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz con el pulgar y el índice mientras cerraba los ojos, como si estuviera muy cansado.

- Eh...- Lúa se levantó de su asiento, se puso detrás de él y le abrazó, dejando que su melena cayera sobre el pecho de Bruno- Seguro que es una chica fantástica y que seréis muy felices.

Bruno no contestó, pero mientras ella le daba un beso en la mejilla le puso una mano sobre sus brazos y la apretó un poco.

- Lo siento- dijo él en voz muy baja.

Lúa se incorporó y Bruno hizo que se sentara en su regazo.

- La culpa es mía- dijo Lúa abrazándole otra vez mientras él la rodeaba con sus brazos-, no podía pretender que me esperaras para siempre, eres demasiado guapo. Ojalá me hubiera quedado contigo cuando tuve ocasión... Estarás pensando que soy un poco capulla.

- Qué va...

- Tienes razón, estás pensando que soy *muy* capulla...

Ella hundió la cara en el cuello de Bruno y se quedó allí un ratito, llorando sin hacer ruido para que no se diera cuenta. De todas maneras, cuando se separó de él tenía toda la cara mojada de lágrimas, así que no sirvió de nada. Bruno se las secó con la manga de la chaqueta. ¿Pero por qué tenía que ser tan llorona?

- No quiero que llores, ¿eh? Te pones muy fea cuando lloras.

Ella esbozó una sonrisa y Bruno la besó en los labios. Solo fue un momento, pero para Lúa duró toda una vida. Cuando sus labios se separaron ella los siguió y volvió a besarle, ávida. Luego volvió a hundir la cara en su cuello y se lo besó mientras lloraba otra vez.

- Te quiero- le dijo con voz entrecortada.

Lúa se pasó todo el camino de vuelta llorando en la moto, abrazada a Bruno con todas sus fuerzas. Él la dejó en la puerta del bar y antes de marcharse le dio un abrazo que se demoró varios minutos. Ninguno de los dos quería separarse.

- Pásate un día a vernos, ¿vale?- le dijo Lúa con una sonrisa no muy conseguida.

- Claro. Cuídate mucho, guapa.

Bruno se puso su casco y se marchó con la moto. Lúa tardó un poco en volver al trabajo, no quería que la vieran llorar. Se quedó en la acera quieta como una estatua, a ver si un alma caritativa la atropellaba con un tráiler. Pero no. Cuando por fin entró, el bar estaba repleto de gente, así que tuvo una excusa para no hablar con Gaby.

- ¿Cómo ha ido?- le preguntó ella nada más verla.

- Luego hablamos- la esquivó Lúa mientras cogía la libretita donde tomaba nota y salía de la barra a toda velocidad.

Cuando volvió a coger lo que le habían pedido, Gaby la estaba esperando. Mierda.

- Lúa...

- Tiene novia- dijo ella al borde de las lágrimas otra vez-. No quiero hablar de ello.

Gaby se mordió el labio.

- Lo siento, cariño...

Lúa no había llorado nunca en su vida como lo hizo en los siguientes días. No tenía ni idea de cómo conseguía levantarse por las mañanas y pasar el día en el bar con una sonrisa en la cara. En cuanto salía de trabajar volvía a casa y lloraba desconsoladamente hasta que se quedaba dormida. Qué idiota había sido, ¿cómo iba a pensar que él la esperaría, si no le había dado nada a lo que agarrarse? Al contrario, le había apartado de ella, le había dejado muy claro que estaba enamorada de Dani. Lúa deseó con todas sus fuerzas ser esa tal Marta para poder besarle y estar con él. Era tan mono...

Gaby se dio cuenta de que su amiga estaba perdiendo peso y trató de convencerla de que pasara unos días en su casa, pero Lúa no quiso.

- Cariño, te estás consumiendo, no creo que sea bueno que estés sola comiéndote la olla. Vente a cenar a casa, al menos.

- No me apetece, Gaby... Solo quiero dormir. Joder, ni siquiera tengo una foto suya, seré desgraciada... Oye, tengo que pedirte un favor.

-Lo que quieras.

- Me gustaría cogermelo unos días...

- ¿Para quedarte en casa llorando?- Gaby puso los brazos en jarras- Ni de coña.

- Por favor, necesito pensar...

Gaby hizo tamborilear sus uñas perfectamente pintadas sobre la barra mientras pensaba.

- Te propongo un trato. Yo te doy unos días de vacaciones y tú te vas fuera. A un balneario, por ejemplo, a dejarte mimar un poco. ¿Te parece bien?

- No me apetece ir a...- Lúa se calló al ver la cara de su amiga- Está bien...

- Bueno, pues cuando me traigas el papel de la reserva hablamos.

- Joder, ¿es que no te fías de mí?

Gaby se echó a reír.

- Nunca me fio de una mujer despechada, pequeñuela- Gaby se giró para atender a una mujer que se había sentado en la barra-. Hola, ¿qué te pongo?

- Un donut y una coca-cola.

Lúa cogió un platito, le puso una servilleta encima y luego un donut que cogió del expositor con unas pinzas mientras Gaby abría la coca-cola.

- Qué velocidad- comentó la mujer al ver su pedido sobre la barra en menos de treinta segundos.

- Ya ves, y eso que estamos en horas bajas...- comentó Lúa con una sonrisa al reconocer a María, la de la tienda de baños- ¿Qué te cuentas?

Lúa se metió en internet y buscó un balneario, un spa, algo así. Encontró varios que no le gustaron nada, pero al final dio con algo que le llamó la atención. Era un hotelito en los Pirineos donde podía hacer senderismo y deportes de riesgo además de disfrutar del spa. Todavía era pronto para pensar en esquiar, pero a Lúa le pareció un buen sitio. Hasta tenía una piscina climatizada. No es que le hiciera excesiva ilusión, pero ya que Gaby la obligaba a ir a algún sitio, aquel le parecía el mejor.

Al cabo de una semana Lúa se plantó en el hotel con su maleta. Llevaba un par de libros para relajarse, y nada más entrar por la puerta reservó varios servicios de masaje, chocolaterapia y tratamientos de belleza en recepción. A tope. Era todo tan rústico, tan... de madera... Lúa había escogido cuatro días entre semana para ir, de lunes a jueves, y el hotel estaba prácticamente vacío. Tanto mejor. El edificio no era muy lujoso, pero sí acogedor, y su habitación era discreta, con una

cama demasiado grande para ella sola. Acostúmbrate, Lúa, esto es lo que te va a tocar durante mucho tiempo, pensó. Había un pequeño balcón con vistas a las montañas y a una piscina que nadie utilizaba ya porque hacía demasiado frío. Más allá del hotel se veía un bosque verde, pero verde, verde, no como los cuatro matojos secos que se veían en Barcelona. Como faltaba un par de horas para que le tocara su primer masaje, Lúa cogió su mochila con un bocata que se había traído de casa y salió a caminar.

El aire era limpiísimo, invitaba a respirar profundamente y dejar que te limpiara por dentro. Lúa imaginó que era una bolsa llena de contaminación y que cada vez que respiraba soltaba una pequeña nubecilla negra, como si fuera el motor averiado de un tractor. El suelo del camino estaba alfombrado de hojas marrones, húmedas por la lluvia que había caído aquella misma mañana. Vio algunas setas, pero se abstuvo de cogerlas porque no tenía ni idea de si eran comestibles o no. De todas maneras, ¿qué iba a hacer, llevarlas al hotel y pedir que se las cocinaran por su cara bonita? Lúa se cruzó con una pareja que llevaba sendas cestas de mimbre repletas de setas como las que acababa de ver.

- Por allí hay unas cuantas- les indicó.

- ¡Gracias!- respondió la mujer con una sonrisa.

Lúa siguió su camino cuesta arriba. Al cabo de un buen rato llegó a un saliente de piedra desde el que tenía unas vistas espectaculares, y le pareció un buen lugar para sentarse a comer y leer un poco. Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, se fijó en la editorial del libro que se había traído en la mochila. No era la de Bruno. Lúa suspiró y sacó su bocata de jamón del bueno, del que va al cielo del paladar, y comenzó a devorarlo con apetito. Después se bebió media botella de agua del tirón y se quedó un ratito contemplando el paisaje. ¿Cómo sería esa tal Marta? Se imaginó una modelo guapísima con el pelo liso y largo hasta la cintura, alta y delgada, de esas mujeres que con cualquier cosa que se pongan están espectaculares y tú solo piensas muy fuerte que a ver si se tropieza y se pega una hostia. Pero si se caía, Bruno la cogería en brazos... Bueno, entonces tenía que ser una hostia que valiera la pena, que se empotrara su carita de porcelana contra un hierro oxidado y se le saltaran cuatro dientes. Que le quedara un cacho de hierro alojado en el cerebro y...

Lúa se echó a reír sola. Aquello era muy edificante, Gaby estaría orgullosa. Consultó la hora en su móvil sin cobertura y se levantó de un salto. Si no se daba prisa, iba a llegar tarde a su masaje. Lúa comenzó a bajar por el camino y justo comenzó a chispear. Oh, oh... Las graciosas gotitas que se prendían en sus rizos como si fueran pequeños diamantes se convirtieron rápidamente en una cortina de agua que la dejó mojada como un pollo. El camino por el que iba bajando se transformó en una pequeña riera por la que bajaba el agua marrón en tromba. Lúa se agarraba a los árboles de los márgenes del camino para no resbalar, pero al final pasó lo que tenía que pasar. Perdió pie y se cayó de espaldas en el barro. No solo eso, si no que bajó resbalando unos cuantos metros como si estuviera en un tobogán salpicado de cantos rodados que se le clavaban en el culo y de final incierto. Lúa se dio la vuelta y una vez boca abajo trató de clavar las manos en el barro, en las piedras que sobresalían, en lo que fuera. Al final logró detenerse, pero para entonces parecía una figurita de chocolate con leche: iba cubierta de fango de los pies a la cabeza. Ya que no iba de aquí, Lúa terminó de bajar con la técnica del culo, es decir, sentada y arrastrándose camino abajo

o, mejor dicho, río abajo mientras se agarraba a árboles y piedras. Cuando llegó a la zona más llana se miró y su aspecto era lamentable: la camiseta hecha jirones, toda llena de barro, el pelo hecho una especie de plasta de algas... Y para más inri, dejó de llover. Como no podía ser de otra manera, le dio un ataque de risa. Llegó al hotel riéndose sin parar, más cuando se imaginó la cara del recepcionista cuando la viera. No la decepcionó, incluso salió de detrás del mostrador para ofrecerse a ayudarla, con una boca tan abierta que se le veían todos los empastes.

- Estoy bien, siento ponerlo todo perdido de barro- dijo ella mientras miraba el rastro marrón que había dejado tras de sí.

El recepcionista fue a decir algo, pero se cortó. Lúa se dio cuenta.

- Dime, dime, no pasa nada.

- No, que... Ahí fuera tengo una manguera para regar los setos en verano, si quieres te doy un manguerazo...

- ¿Así, como si fuera un chucho, quieres decir?- dijo ella toda seria.

- No, yo...- el recepcionista se puso colorado como un tomate y no supo qué decir.

Lúa estalló en carcajadas.

- ¡Es broma! Si me echas un poco de agua me irá bien, gracias.

Los dos salieron fuera y el recepcionista cogió la manguera y la duchó con chorros expertos que le quitaron gran parte del barro.

- Dame más en el pelo... Así- Lúa se ayudó con las manos a quitarse los pegotes de barro del cabello y al final tuvo un aspecto un poco más presentable, aunque estaba mojada y tiritaba un poco.

El recepcionista entró corriendo y volvió a salir con un albornoz que le puso a Lúa sobre los hombros.

- Es que no quería pagar el tratamiento de barro y me lo he hecho yo misma- explicó, y volvió a reírse.

El recepcionista también se rio un poco, pero la miraba como si estuviera loca.

Al final llegó a su masaje media hora tarde, pero como no había nadie más esperando, no pasó nada. Lúa se dejó amasar como si fuera una bola de plastilina y se quedó dormida en la camilla. El masajista, un hombre de unos cuarenta y cinco años con un fuerte acento de pueblo, la despertó con suavidad y Lúa se levantó desorientada y relajada de verdad por primera vez en mucho tiempo.

- Gracias, lo necesitaba- le dijo mientras se ponía las zapatillas y caminaba hacia la salida.

- Vuelve cuando quieras.

Lúa subió a su habitación y llamó a Gaby para contarle su aventura. Gaby se meaba de risa.

- Lo que no te pase a ti...

- Tranquila, aún me quedan tres días para romperme un brazo, que me venga a rescatar un helicóptero en la montaña y que me muerda una manada de lobos salvajes. Ahora me voy a poner muy guapa y voy a bajar a cenar como una marquesa.

- ¿Sí, hay tíos buenos por ahí?

- Si hay alguno, se pensará que estoy loca, así que no creo que se acerque, pero da igual.

Dicho y hecho, Lúa se vistió para matar, se maquilló y se perfumó para ella misma. Le apetecía. Cuando bajó al restaurante y vio que solo había una pareja de viejecitos en la otra punta de la sala, le dio un poco de cosa, pero pensó, qué leches, esta es mi noche, sí o sí. Lúa se sentó en una mesa con vistas a la nebrura y al cabo de poco se acercó una camarera.

- ¿Desea pedir alguna cosa para tomar mientras espera?

Lúa miró a su alrededor.

- Mientras espero, ¿qué? ¿Hay un espectáculo?

La camarera la miró con inseguridad.

- No, a su acompañante...

- No, voy a cenar conmigo misma. ¿Me traes la carta? Ah, y no me llames de usted, que me haces sentir vieja.

La camarera se retiró rápidamente y volvió con la carta.

- ¿Qué me recomiendas?- preguntó Lúa mirando la carta- Aparte de que me busque a alguien con quien cenar, claro...- Lúa miró a la camarera, que se estaba retorciendo las manos, incómoda, y le puso una mano tranquilizadora en el brazo- Solo estoy bromeando un poco, perdóname.

La camarera pareció relajarse un poco.

- El salmón está muy bueno.

- Mmm... No me gusta mucho el salmón. ¿Qué me dices de los ravioli de calabaza con salsa de gorgonzola?

- Sí, a la gente le gustan mucho.

- Vale, pues unos ravioli de calabaza y una botella de vino blanco seco.

- Puedo servirte una copa si no quieres la botella entera...- dijo la camarera, pero se arrepintió en seguida de haber abierto la boca.

Solo quería ser amable, pero pareció que la estuviera llamando alcohólica.

- ¿Cómo te llamas?- le preguntó Lúa.

- Marta...

Joder con las Martas de los cojones...

- Marta, quiero la botella entera porque estoy de celebración. ¿No se nota?- preguntó señalándose el vestido- Cuando la traigas, siéntate conmigo si quieres y te invito a una copa.

Marta se marchó y al cabo de poco volvió con el vino, que descorchó delante de Lúa, y le sirvió un poco en una copa enorme para que lo probara. Lúa describió unos círculos expertos con la copa, la ladeó un momento y observó cómo las gotas de vino resbalaban por el cristal, aspiró el aroma que desprendía y le dio un sorbito.

- Sí, es vino- dijo.

A Marta se le escapó una carcajada que sofocó con una mano en la boca.

- Perdón...- dijo con voz casi inaudible.

Luego puso la botella en una cubitera.

- Ponte una copa para ti, anda.

Marta miró a su alrededor.

- Es que no puedo, estoy trabajando- dijo, algo incómoda.

- Pero si el restaurante está vacío y esos abuelos ya están con el café. Va, no seas tonta. Si alguien te dice algo le dices que yo te obligué amenazándote con... el cuchillo de la mantequilla- dijo blandiendo un pequeño cuchillo tan romo que si lo hubiera sido un poco más, tendría la punta totalmente cuadrada.

Marta se sentó y Lúa le sirvió una copa de vino. Luego levantó la suya.

- Por los hombres- dijo-. Que se vayan a la mierda.

Marta sonrió.

- Olé- dijo en un escueto arranque de espontaneidad.

Las dos brindaron y Lúa se bebió media copa de un trago.

- Dime, Marta, ¿cuántos años tienes?

- Veintisiete.

- Mira, yo, veinticinco. Somos más o menos de la misma quinta. ¿Tienes novio?

- Tenía hasta hace poco, pero lo dejamos- dijo ella mirando su copa.

- Vaya, tú también te has topado con un desgraciado...- le puso un poco más de vino y también rellenó su propia copa- Yo tampoco tengo pareja, mira qué bien. El hombre de mis sueños acaba

de decirme que me quiere mucho, pero que tiene novia. ¿Qué hago yo ahora?

- Qué cabrón...- dijo Marta- Oye, voy a buscar tus raviolis, que ya estarán. Ahora vengo.

- Vale. Oye, tráete otra botella de vino.

Marta miró la botella abierta.

- Si ésta todavía está casi llena...

- Tú hazme caso.

Marta se fue a la cocina y volvió en seguida con el plato de raviolis de Lúa y otra botella de vino que puso en la cubitera.

- Mmm, qué buena pinta tiene- dijo Lúa pinchando un ravioli con el tenedor y metiéndoselo en la boca.

Marta apuró su copa y se sirvió más vino. También rellenó la copa de Lúa.

- La verdad es que no es un cabrón, eso es lo peor de todo- dijo Lúa con la boca llena-. Fui yo la que le dejó escapar, por idiota. Joder, ¿ahora cómo sigo adelante?

Apoyó el codo de la mano con la que sostenía el tenedor en la mesa y apoyó la mejilla en el dorso de la mano mientras trataba de contener las lágrimas.

- Eh...- Marta trató de consolarla- Ningún hombre se merece que llores por él.

- Eso mismo me dijo él...- Lúa se recompuso en seguida y vació su copa. Marta se la llenó- Bueno, ¿y tú qué planes tienes ahora que eres libre como un pájaro?

- Si pudiera escoger, le arrancaría la cabeza al cerdo de mi ex y me iría a jugar a fútbol con ella- dijo Marta dándole un buen trago a su copa. Lúa se atragantó con un ravioli y le dio un ataque de tos mezclado con risa-, pero como no puedo, pues aquí sigo.

- Él no trabajará aquí, ¿no?

Marta asintió con la cabeza.

- A ver si adivinas quién es- la retó.

Lúa entrecerró los ojos pensando.

- A ver, solo llevo aquí una tarde y no conozco a casi nadie pero me atrevería a decir que es el recepcionista. Oye, coge un ravioli, están de muerte.

- ¿Edu? No, qué va- dijo Marta mientras pinchaba un ravioli con el tenedor-. Es demasiado crío para mí.

- ¿Cuántos años tiene?

- Veintidós.

- Bueno, para un ratito ya está bien...- Lúa rellenó ambas copas y le dio un buen lingotazo a la suya.

Marta se echó a reír.

- Es un masajista.

- ¿Qué dices, el tío ese que tiene el acentorro?- Lúa puso cara de incredulidad.

- ¡No, ese no!- dijo Marta rápidamente- Es otro que está por las mañanas. Está como un tren...

Lúa se comió un ravioli y lo ahogó en vino blanco.

- ¿Y qué pasó?

- Que es más importante su pandilla de amigotes de mierda que yo.

- ¡Pues que se la chupen ellos!- exclamó Lúa, ya un poco perjudicada por el vino y tal vez extralimitándose en sus comentarios.

Un empleado, tal vez el cocinero, cruzaba en ese momento por la sala y dio un respingo. Luego aceleró el paso.

- ¡Eso, que se la chupen ellos! A veces me pregunto si no lo hacen ya...

Las dos chicas estuvieron hasta altas horas bebiendo y rajando de los hombres, hasta que vino el encargado a decirles que cerraban.

- Ups...- Lúa cogió su bolso y sacó la tarjeta de crédito- Cóbrate, por favor.

La mano que sujetaba la tarjeta se mecía como un barquito en el mar y el encargado la rechazó.

- Invita la casa.

- ¿Y eso?- Lúa miró a Marta con incredulidad- Encima de que obligo a esta santa a aguantarme toda la noche, pobrecita...

El encargado miró a Marta con cara de “ya hablaremos tú y yo”.

- Esta santa es mi hija, y creo que necesitaba esto más que tú. Ahora, venga, a dormir las dos.

Marta y Lúa se despidieron con un abrazo digno de una despedida entre dos hermanas que no van a volver a verse nunca más.

- Todavía estaré por aquí tres días más, si te aburres ven a verme- dijo Lúa.

- Lo haré- le aseguró Marta.

Resultó que la chocolaterapia se la hizo el ex de Marta. No estaba mal, pero no era del tipo de Lúa. Demasiado musculitos... Era por la mañana y aunque no tenía resaca, ella nunca tenía, estaba cansada y tenía mucha sed. De todas maneras, tuvo fuerzas para llevar a cabo el pequeño plan que

había ideado con Marta por si se cruzaba con él en uno de sus programas de belleza. Primero rompió el hielo y le contó un poco su vida mientras él le untaba la espalda con chocolate. Lúa deseó por un momento ser la niña del exorcista para girar la cabeza ciento ochenta grados y darle un lengüetazo al chocolate, que olía de maravilla. Todo lo que le contaba al chico era inventado, claro, le vendió la película de que estaba soltera y a la caza de un tío bueno. Luego lanzó el anzuelo.

- He visto un chico en el hotel que está para comérselo... Es como un cruce entre Brad Pitt y... más Brad Pitt. Madre mía, qué tío. ¡No es humano! Ayer le vi en el restaurante y estuve ahí haciéndole señales, pero va el tío y se fija en la camarera, ¿te imaginas?

Lúa sintió que el chico dejaba de extender el chocolate por un momento, pero se recuperó en seguida.

- Ah, ¿sí?- dijo él con aparente indiferencia- Hay que ver, qué cosas... ¿Y qué pasó? ¿Se la ligó?

- No tengo ni idea, me piré. La verdad es que la camarera era muy mona, hay que reconocerlo. No sé si sabes cuál te digo, una morenita con el pelo largo...

- Sí, me suena...- dijo él con voz ausente, y aunque Lúa estaba boca abajo pudo oír su entrecejo fruncirse.

- Bueno, tú que eres un tío lo sabrás mejor que yo, ¿es guapa o no?- Lúa apenas podía aguantarse la risa.

- Es mona- dijo él sin darle demasiada importancia.

- Ya le preguntaré si triunfó con el pavo ese. Vamos, si no triunfó fue porque no quiso... ¿Sabes qué le dijo él?

- ¿Qué le dijo?

Lúa echó mano a su vertiente de poetisa.

- Lo oí porque estaba en la mesa de al lado. Le dijo que por fin había encontrado al ángel junto al que le gustaría despertarse cada día durante el resto de su vida.

¡Chúpate ésa, Gustavo Adolfo Bécquer!

El masajista continuó con su trabajo en silencio, pero Lúa podía sentir el viento que levantaban los engranajes de sus neuronas a girar a toda pastilla desde donde estaba. Cuando se lo contara a Marta, se iba a reír un rato.

No tuvo ocasión de hablar con ella a solas, pero al día siguiente la vio hablando con él. Lúa deseó con todas sus fuerzas que volvieran a estar juntos, como si todas sus esperanzas de ser feliz estuvieran depositadas en ellos. Si una chica guapa y alegre como Marta no podía camelarse a aquel capulláceo, ¿qué iba a poder hacer ella con Bruno?

En conjunto, su estancia en el hotel fue muy agradable y consiguió desconectar de Bruno, aunque

fuera por unos días. Justo antes de marcharse consiguió ver fugazmente a Marta, que se lanzó a darle un abrazo al verla con las maletas.

- ¡Gracias por todo, Lúa!

Ella sonrió.

- Supongo que eso significa que habéis vuelto, ¿no?

- No, pero me he dado la satisfacción de ver cómo se arrastraba para darle así, ¡zas!- hizo como si le diera un manotazo a alguien-, en todos los morros. Que le den, ya vendrá otro mejor.

Lúa se echó a reír. Qué tía...

- Mucha suerte, guapa- le dijo.

- Tú también, suerte con Bruno.

Vaya, Marta le había dado calabazas al final. Se quedaba sola. ¿Ella también se quedaría sola?

A medida que el tren la acercaba a Barcelona, el recuerdo de Bruno volvió a ella y se hizo más vívido. Gaby fue a recogerla a la estación con Ángel. Luego él se fue y las dejó solas en casa de Lúa. Ella le contó todo el viaje con pelos y señales, se lo había pasado genial. Gaby la escuchó tendida boca abajo sobre la cama, la cabeza apoyada sobre las manos y las orejas desplegadas a la máxima potencia.

- La verdad es que se te ve distinta, traes un aire más positivo- Gaby fue a decir algo más, pero se calló en el último momento.

Lúa le puso las manos a ambos lados de la cintura y le hizo cosquillas.

- ¿Qué haces? ¡Para!- gritó Gaby, retorciéndose.

- ¿Qué te estás callando, Gaby? Que te conozco...- Lúa la miró como si fuera su profesora de mates y la hubiera pillado usando la calculadora.

- No es nada, cosillas sin importancia...

- Dímelo, tonta.

- Bruno estuvo en el bar.

Hala, toma bomba nuclear. Cosillas sin importancia... Lúa se incorporó como un resorte.

- ¿Cuándo?

- Anteayer.

- ¿Y qué hizo? ¿Preguntó por mí?

Gaby negó con la cabeza.

- Se sentó donde siempre y se tomó una tónica. No me preguntó por ti, ni yo le dije nada. La verdad es que me pilló con el bar hasta arriba. Cuando terminó, pagó y se marchó.

- ¿Por qué no me lo habías dicho?- la reprendió Lúa.

- ¡Porque te fuiste para desconectar y no iba a ser yo la que te recordara a Bruno todo el rato!

Lúa se sentó en la cama, pensativa.

- Eso es que quería hablar conmigo. ¿Se le veía contento?

- No especialmente. No hizo nada fuera de lo corriente, Lúa, ya te lo he dicho. Saludó a Bernardo, ese que siempre viene manchado de grasa, y ya está.

- ¿Crees que volverá?

- No lo sé, cielo...

Lúa se dejó caer boca arriba sobre la cama, cogió un cojín y lo lanzó al techo para volver a recogerlo en la caída.

- ¿Crees que debería meterme a monja?

Inmediatamente recibió un almohadazo en toda la cara.

- ¡Serás burra! Menuda monja ibas a ser tú... ¡Sor Birra!

- Oye, ¿me estás llamando borracha?

- No, pero tienes tú de monja lo que yo de piloto de fórmula uno. Déjate de tonterías y ponte bien guapa, que últimamente hay mucho tío suelto por ahí.

- No quiero ningún tío, quiero a Bruno- dijo Lúa con tristeza.

- Hay más chicos que valen la pena, no te obsesiones con este.

- Tú lo dijiste, es un encanto. Es tan para mí... ¿Y si lo ha dejado con Marta?

- ¿Y si se ha cambiado de sexo y se ha ligado a un jugador de fútbol?- Gaby se levantó- Tengo que irme ya, Ángel me espera para ir al cine. Prohibido pensar en Bruno. Piensa en florecitas, nubecitas y mierdecitas si tú quieres, pero no en Bruno.

- Vale- mintió ella.

Lúa descubrió rápidamente todas las tiendas que había alrededor de la editorial Síndria. Siempre que salía de casa merodeaba por allí, compraba muy cerquita a ver si se lo encontraba por casualidad. Un par de veces vio a la chica de la editorial, la del vestido que provocaba daltonismo, pero Bruno parecía haberse esfumado. Incluso localizó una tienda de chucherías muy cerca, seguro que era allí donde se compraba los regalices rojos. Joder, se estaba convirtiendo en una acosadora, pensó, aunque si no le veía nunca, técnicamente no le estaba acosando, ¿verdad? ¿Y si le habían despedido? ¿Y si estaba enfermo? ¿Y si se había ido a vivir a Japón con la puñetera Marta?

- ¿Lúa?

Ella se giró un poco descolocada.

- ¡Bruno!- su cara se iluminó tanto que podría haber guiado un barco en la noche.

Al final su plan había funcionado, lástima que tenía ya tan pocas esperanzas en él que iba vestida como una pordiosera. Ya podría haberse puesto algo más sexy... Lúa se adelantó y le abrazó mientras le daba dos besos. Entonces vio que no iba solo. Una chica de cabello corto y cara redondita se había parado a su lado. Lúa se separó de él a la velocidad de la luz. Bruno también pareció un poco cortado.

- Ahora me pillas un poco mal, ¿te importa si hablamos en otro momento?- dijo él poniéndose bien las gafas.

¿Cuándo?, se preguntó ella, si no has vuelto a aparecer por el bar...

- Claro, vete tranquilo- Lúa forzó una sonrisa que alumbró menos que una luciérnaga acatarrada.

Bruno le apretó la mano brevemente al pasar de largo y la chica que iba con él echó a andar sin mirarla.

Así que aquella era Marta. Ni siquiera se la había presentado. ¿Para qué?

“Marta, ésta es la mujer que está intentando llevarme al huerto. Lúa, ésta es la chica por la que te he dejado tirada”

“Encantada, zorra.”

“Igualmente, cacho perra.”

Marta le había parecido muy del montón, una chica anodina. Era bajita como ella y tenía los ojos oscuros. No estaba gorda, pero tampoco era una sílfide. Desde luego, no estaba a la altura de Bruno físicamente. Muy maja tenía que ser, o muy buena en la cama, para retenerle a su lado. Lúa se fue a casa con la bolsa de la compra, que pesaba como un muerto, y a punto de llorar. ¡Pero bueno, parecía que se frotara los ojos con cebolla por las mañanas, tanta lágrima, tanta tontería...! Tenía que darse prisa para llegar al bar a tiempo. Lúa llegó a casa y metió la bolsa entera de la compra en la nevera, ya lo organizaría todo más tarde. Total, por tener las compresas fresquitas no se muere nadie. Luego se cambió rápidamente y se fue a trabajar. Estaba hundida de verdad. Se sentía más sola que nunca en su vida, sentía que no le importaba a nadie una mierda. De camino al trabajo tuvo que enjugarse un par de lagrimillas, pero trató de recomponerse para que Gaby no la viera triste. En el bar, se concentró en bromear con los clientes, en hacer mil cafés y en limpiar las mesas como una loca para mantenerse ocupada. Las horas no pasaban y de vez en cuando tenía que correr a encerrarse en el lavabo porque no podía más y lloraba un poco en silencio. Luego se arreglaba la cara como podía y salía con una sonrisa más falsa que un euro de madera. A media tarde estaba en la cocina preparando unos bocadillos cuando la llamó Gaby.

- Será mejor que salgas, cielo- dijo.

Lúa se limpió las manos.

- ¿Por qué?- preguntó justo antes de ver a Bruno avanzar por el bar hasta su taburete de siempre.

Gaby pasó por su lado y le apretó el hombro un momento.

- Ya termino yo los bocatas.

Lúa se quedó petrificada y solo cuando Bruno estuvo sentado y mirándola expectante salió ella de su estado catatónico.

- ¿Qué te pongo?- le preguntó sin que apenas le temblara la voz.

- Una tónica.

Claro, lo de siempre. Lúa esbozó una sonrisa que más bien era una mueca y cogió una tónica de la nevera. La abrió y se la sirvió en un vaso con hielo y limón, con un posavasos encima. ¡Mierda, el posavasos iba debajo!

- Aquí tienes- dijo antes de retirarse.

Él le sujetó la muñeca con tan poca fuerza que ella se le escurrió por la inercia que llevaba, pero Lúa se paró.

- La chica de antes era del trabajo. Bueno, de una imprenta, estamos negociando para hacer una colaboración.

- Ah... No tienes que darme explicaciones- menos mal que le dio aquellas explicaciones, la tranquilizaron mucho.

- Pero quiero hacerlo- dijo él poniéndose bien las gafas.

Tres tíos se sentaron al lado de Bruno.

- Lúa, ponnos unas cervecillas, anda- dijo uno de ellos.

- Voy- Lúa miró a Bruno disculpándose en silencio y fue a servir las cervezas rápidamente.

Luego volvió donde estaba él y sonrió tímidamente.

- Creía que era la famosa Marta- dijo bajando la mirada.

Bruno cogió una servilleta de papel y comenzó a jugar con ella.

- Marta...- comenzó.

- ¡Lúa, por aquí solicitan tu presencia!- soltó uno de los chicos con una sonrisa mientras sujetaba al de al lado por el pescuezo.

- Lo siento, ahora vengo- dijo Lúa con cara de circunstancias mientras se desplazaba hacia los tres mosqueteros de la birra.

- A ver, qué pasa- dijo con una irritación mal disimulada.

- Dice mi amigo que las chicas guapas se invitan a unas patatillas o algo- dijo el que sujetaba a su amigo en contra de su voluntad.

- Bueno, pues cuando aparezca alguna le pides que te invite. Tendrá morro el tío...

- Va, enróllate, Luíta... Que mi amigo está muy triste...

Ella puso los ojos en blanco.

- ¿Si os pongo las patatas me dejaréis en paz?

El tipo le brindó una sonrisa llena de dientes y Lúa le lanzó una bolsa de patatas a la cara.

- Oye, ni un platito, ni nada...- se quejó, el tío jeta.

Lúa le enseñó el dedo corazón mientras volvía con Bruno.

- Perdona, Bruno. ¿Qué ibas a decir?

Él puso sobre la mesa unas monedas y una florecita que había hecho con la servilleta.

- Estás trabajando, no quiero molestarte- dijo levantándose.

- ¡No!- dijo ella, demasiado rápido- Quédate, anda. Tú no molestas nunca.

¿Tú no molestas nunca? Hala, su orgullo a tomar viento en cero coma. Bruno volvió a sentarse, pero no continuó la frase que había comenzado a decir antes.

- He estado unos días fuera, en un spa- dijo ella, por hablar de algo.

- Ah, ¿sí? Cómo te cuidas... No sabía que te gustaran los balnearios.

- No es, bien, bien, mi rollo. Gaby me obligó.

- Joder, a mí nadie en el curro me obliga a ir a hacerme masajes- le dijo con una sonrisa socarrona-. ¿Y eso?

- Porque... Bueno, pensó que me irían bien unas vacaciones.

- ¿Y te lo pasaste bien?

- ¡Muy bien! ¿Alguna vez te han cubierto de chocolate? ¡Es para comerse a uno mismo a bocados!

Bruno se rio, pero no contestó y Lúa se sintió un poco incómoda. ¿Es que la tal Marta le había bañado en chocolate y luego...? Prefirió no pensar en ello.

- ¡Lúa, otra ronda de cervezas!

Lúa se marchó a servir las cervezas. ¿Dónde estaba Gaby cuando se la necesitaba?

- Qué rápida eres- le dijo el mismo pesado de antes.

- Es para perderte de vista lo antes posible- dijo ella con sarcasmo.

- Joder, cómo vienes esta tarde... - el tío agitó la mano abierta y resopló.

Una mujer entró con un par de niños y se sentaron en una mesa. Lúa pasó como un rayo ante Bruno.

- En seguida estoy contigo, ¿eh?- dijo de pasada.

- Ponme un té con limón y...- la mujer miró a los niños- ¿Qué queréis? ¿Una fanta?

- ¡No, no me gusta!- dijo uno de ellos.

- ¡Yo sí, pero de limón!

- ¿Qué quieres tú?- insistió la mujer con infinita paciencia al niño que no había pedido. Él parecía más interesado en tirar todas las servilletas del servilletero al suelo que en pedir algo- ¡Estate quieto!

Lúa se imaginó chutando a aquel niño hasta la estratosfera pero guardó silencio. Una vena de su frente amenazó con reventar.

- ¡Quiero un zumo!- exclamó el crío de repente.

- ¿Un zumo de piña?- aventuró la mujer.

- ¡No!

- ¿De naranja?- intervino Lúa, incapaz de permanecer más en silencio.

- ¡No!

- ¿De qué quieres el zumo, mi amor?

*Mi amor...* Yo lo mato, pensó Lúa mientras cambiaba el peso de un pie a otro con impaciencia y se mordisqueaba un puño.

- ¡De melocotón!

- Vale, un té con limón, una fanta de limón y un zumo de melocotón- repitió Lúa.

- ¡Yo también quiero un zumo de melocotón!- gritó el otro crío.

- Vale, dos zumos- dijo Lúa, y se marchó rápidamente antes de que volvieran a cambiar de idea- Dos zumos con cicuta...- masculló en voz baja mientras se marchaba a toda velocidad.

Cuando regresó a la barra Bruno ya no estaba, solo estaban las monedas y la florecita de papel. Lúa cogió la flor y la guardó con un suspiro en un cajón junto con las otras dos que tenía.

A la hora de cerrar, ya tranquilas las dos socias, Lúa le metió una bronca de espanto a Gaby.

- ¿Dónde coño estabas? ¡No pude hablar con él, se marchó! Joder, ni siquiera sé si volveré a verle...

- Lo siento, cielo, vino Ángel a verme y salí con él a dar una vuelta. No estuve fuera más de diez minutos, creía que te gustaría estar un rato a solas con Bruno. Oye, lo siento. Habíamos discutido y necesitaba hablar con él.

- Sí, pero tú vives con él, Gaby. Yo ni siquiera tengo el jodido teléfono de Bruno. ¿Qué tengo que hacer, merodear delante de su curro hasta que me lo vuelva a cruzar?

- Ya te he dicho que lo siento, Lúa, no sé qué más quieres.

Lúa terminó de subir las sillas sobre las mesas mientras Gaby le iba a la zaga con la escoba.

- Lo siento, Gaby, estoy muy nerviosa. Es que...- se le quebró la voz y comenzó a llorar mientras apoyaba la frente en la palma de su mano.

Gaby dejó de barrer y le dio un abrazo.

- Cielo, Bruno volverá, ya lo verás. Si no vuelve es que es tonto del culo.

Lúa soltó una carcajada mientras lloraba.

- Estoy harta de llorar, Gaby, quiero ser feliz. Se me van a quedar los ojos hinchados para siempre... Como un sapo.

- Oye, ya termino yo de recoger. Vete a casa.

- No, prefiero quedarme. En casa no tengo nada más que hacer que comerme la olla. Si vuelvo a regar las plantas les van a salir branquias.

Gaby volvió a coger la escoba y Lúa comenzó con la fregona, fregando la zona barrida. Entre las dos terminaron en un periquete.

- ¿Quieres venir a casa a dormir? Podemos poner una peli.

- No, de verdad, no me apetece- dijo Lúa saliendo por la puerta mientras buscaba las llaves del bar en el bolso.

- Lúa, levanta la vista- le dijo Gaby.

Lúa hizo caso de lo que le decía su amiga y vio a Bruno apoyado en su moto. Él la saludó con la mano y comenzó a caminar hacia ella. Gaby sacó sus llaves y cerró la puerta con llave, luego bajó la persiana y la fijó al suelo.

- Yo me voy, cuídate- le dijo guiñándole un ojo.

Lúa no contestó, se había quedado petrificada.

- Hola- dijo Bruno, y se acercó a darle dos besos-. Como no hay manera de hablar contigo en el bar, he pensado que tal vez te apetecería ir a tomar algo conmigo. ¿Qué me dices?

Lúa asintió y Bruno la cogió de la mano para llevarla hasta la moto. Ella estaba tan nerviosa que cuando le tendió el casco, se le cayó al suelo.

- Ven, que te ayudo...- Bruno cogió el casco y se lo puso él mismo.

Adorable.

Lúa no tenía ni idea de dónde la llevaba, como siempre, pero terminaron en un garito muy tranquilo e íntimo. De fondo, una canción lenta y sensual acariciaba sus oídos.

- Por fin- dijo Bruno mientras separaba la silla de Lúa para que se sentara en una mesa apartada.

Luego se sentó delante de ella con una sonrisa.

- ¿Dónde te has dejado las gafas?- le preguntó ella.

- Una chica guapa me dijo que le gustaba más sin ellas, así que me las quito.

- Me gustas más de Superman- asintió ella y luego miró alrededor-. Me encanta este sitio.

La decoración era una extraña mezcla de objetos que no tenían nada que ver entre sí, desde máscaras tribales hasta cuadros barrocos, pero el resultado era extrañamente armonioso. La luz era tenue. El nivel de hormonas de Lúa, suficiente para que le creciera un tercer pecho en la frente.

- Sí, lo encontré por casualidad y pensé que era un buen lugar para venir contigo.

- ¿Conmigo?

- Claro que contigo...

Lúa no conseguía reunir fuerzas suficientes para preguntar por Marta, pero él se adelantó.

- He dejado a Marta- dijo mirándola con unos ojos que, sin gafas, la atravesaban sin esfuerzo.

- ¿Por qué?

- Yo estaba muy enamorado- a Lúa se le cayó el mundo al suelo al oír aquello-, pero no de Marta. Ella apareció cuando yo más necesitaba tener a alguien a mi lado y me ayudó a reponerme un poco, pero los dos sabíamos que no estaba muy implicado.

- ¿De quién estabas enamorado?

Bruno se levantó y acercó su silla al lado de Lúa.

- No me hagas una pregunta cuya respuesta ya sabes...- Bruno se acercó a ella y la besó con dulzura.

Cuando fue a separarse, Lúa le sujetó y se lo comió vivo como una mantis religiosa se come a su enamorado. El hielo de los mojitos que habían pedido se fundió de puro acaloramiento.

- Vámonos de aquí- dijo ella.

- ¿No quieres tomar nada?- preguntó Bruno mirando sus mojitos derretidos.

Lúa sonrió.

- No puedo esperar a estar contigo, Bruno...

Los dos se levantaron a la vez y se marcharon rápidamente. Bruno la llevó en moto a su casa, en el barrio del eixample. Lúa casi no pudo fijarse en el piso porque entraron besándose sin parar, pero era de esas casas antiguas con los techos muy altos. Bruno la condujo a una habitación y la tendió sobre la cama.

- No sabes las veces que he soñado con esto- susurró Bruno mientras la desvestía.

Hicieron el amor de una forma tan bonita que Lúa creyó que iba a morir de felicidad. Bruno se deshacía en atenciones y no dejaba de susurrarle que la amaba. Cuando terminaron, él hizo que se tendiera boca abajo y le dio un masaje en la espalda.

- Podría acostumbrarme a esto, ¿sabes?- dijo ella con voz adormilada.

- No me importa malcriarte- dijo él mientras se inclinaba para besarla en el hombro.

- Si me muriera ahora mismo no me importaría- dijo ella.

Bruno se rio.

- No te mueras todavía, tengo planes para ti.

- Mmm... ¿Qué planes?

- Es una sorpresa.

- Como siempre- sonrió ella dándose la vuelta.

Lúa se durmió abrazada a Bruno, entre caricia y caricia.

Quando despertó no sabía dónde estaba. Todo estaba oscuro y no se veía nada. Lúa trató de moverse, pero algo sujetaba sus manos. Estaba tendida en la cama, boca arriba.

- ¿Bruno?- llamó. Nadie contestó- ¿Bruno!

Se abrió una puerta y la luz del día la cegó. La silueta de Bruno se recortó en la puerta.

- Ah, ya estás despierta. Ya era hora, dormilona.

- ¿Me has atado?- preguntó ella mirando sus manos y viendo que, efectivamente, estaban inmovilizadas por unas esposas- ¿De qué va esto?

Bruno cerró la puerta, dejando la habitación momentáneamente a oscuras, y encendió la luz. Lúa parpadeó y vio que ya no estaba en la misma habitación de la noche anterior. Estaba en un cuarto de paredes grises y como acolchadas con algo. Era como la sala de ensayo de Dani... Estaba insonorizada. Lúa se puso nerviosa.

- Oye, suéltame, este rollito no me va nada.

Bruno se acercó y se sentó al borde de la cama. Iba vestido de negro, con una camisa que le sentaba de fábula, y sin las gafas. Llevaba el pelo engominado, un peinado despeinado. Un estilo muy distinto al que ella estaba acostumbrada a verle.

- No tienes ni idea de cómo me gustas, Lúa- dijo él acariciándole el pelo-. Eres tan sexy...

Bruno se inclinó sobre ella y la besó en la boca. Lúa le devolvió el beso, pero más por inercia que por ganas.

- Bruno, ¿por qué me has atado?

Él le pasó un dedo por la mejilla, luego bajó por su cuello y comenzó a hacer círculos concéntricos en uno de sus pechos hasta llegar al pezón.

- Para jugar...

- No me gusta, suéltame.

Bruno dejó que su dedo se paseara sobre el vientre de Lúa pero cuando trató de bajar más, ella cerró las piernas con fuerza.

- ¡Tío, que me sueltes!- gritó.

Bruno se agachó y cogió algo del suelo que estaba fuera de su campo de visión. Cuando se volvió a incorporar, llevaba en la mano un cuchillo enorme cuyo filo brilló a la luz del fluorescente del techo.

- Bruno, me estás asustando- dijo ella, tratando de liberar sus manos de las esposas en vano-. Si es una broma, es el momento de parar.

- ¿Y si no es una broma?- Bruno se inclinó sobre ella y le hizo un fino corte en el vientre con el cuchillo.

Lúa gritó de dolor y sorpresa.

- ¡Pero qué haces, gilipollas, que me has hecho daño!

- Esa es la idea- dijo Bruno.

- ¿Estás loco o qué?

- Ya te dije que era un psicópata- Bruno se inclinó y lamió la herida de Lúa con gran placer, a pesar de que ella no dejaba de revolverse para tratar de sacárselo de encima-. Cómo me estás poniendo, Lúa, creo que te voy a follar una vez más antes de empezar.

Lúa se quedó bloqueada. Solo a ella se le podía ocurrir decirle “qué haces, gilipollas, que me has hecho daño” a un psicópata. Sin duda, a ningún guionista se le ocurriría meter una frase como aquella en una peli de miedo, pensó tontamente.

Bruno se desabrochó el pantalón mientras Lúa trataba desesperadamente de liberar sus muñecas. Era de constitución menuda y tal vez, con un poco de suerte, pudiera hacer pasar los huesos de la mano por las esposas, que parecían para hombre. Se estaba despellejando las muñecas a base de bien, pero no le importaba, seguía tirando de las manos con los dientes apretados.

- No vas a conseguir nada, mi vida- Bruno ya estaba completamente desnudo y se tendió sobre ella, haciendo que el corte del vientre le ardiera al contacto con su piel. Lúa se revolvió salvajemente, pero él se aferró a su cuerpo con los brazos-. ¡Cómo te mueves!

Bruno la obligó a separar las piernas y la penetró por la fuerza. Ella gritó con todas sus fuerzas y trató de sacárselo de encima.

- Ahora sí que me gustas...- Bruno trató de besarla, pero ella le giró la cara, así que le mordió el cuello.

Lúa aprovechó para morderle a él en el cuello con tanta rabia que le hizo sangre.

- ¡Ah!- gritó él incorporándose y llevándose una mano al cuello- ¡Serás...!

Bruno le propinó un puñetazo que la dejó atontada y volvió a penetrarla con entusiasmo. Lúa tardó un poco en reaccionar. Si pudiera tirar de la mano un poco más... Tenía las muñecas ensangrentadas, pero eso no importaba, tal vez incluso la sangre la ayudara a deslizar la mano fuera de las esposas. Bruno le estaba haciendo un daño lacerante y su mirada era la de un loco, pero ella trató de concentrarse en liberarse, liberarse...

La mano se soltó con un último y doloroso desgarró, y Lúa no perdió tiempo. Bruno estaba tan concentrado en violarla que ni siquiera se dio cuenta de que ella había cogido el cuchillo, que había quedado olvidado sobre el edredón. Lúa cogió aire y se lo clavó con todas sus fuerzas en el costado. Bruno gritó de dolor y se retorció. Lúa sacó el cuchillo con dificultad y volvió a clavárselo en el mismo sitio. Sintió la calidez de la sangre mojándola.

- ¡Zorra hija de puta!- gritó Bruno levantándose para alejarse de ella mientras se llevaba la mano a las costillas.

Un reguero de sangre le bajaba hasta el pie y comenzó a mojar el suelo. Él la miró con incredulidad y casi como un animalillo herido mientras Lúa se levantaba y forcejeaba para liberar la otra mano. En el suelo vio esturreada una colección de herramientas y prefirió no pensar para qué servían. Por suerte, consiguió liberarse dando un tirón seco.

- ¡Apártate de la puerta!- gritó, sujetando el cuchillo con ambas manos.

Ojalá la hoja de acero no hubiera temblado tanto, ojalá su voz hubiera sonado más firme... Bruno se rio.

- No me equivoqué contigo, Lúa, eres una luchadora- se agachó y cogió una especie de punzón, tanteando la punta con un dedo-. No sabes lo que me voy a divertir...

Bruno saltó hacia ella sin previo aviso, con sorprendente agilidad para estar herido, y aunque Lúa saltó hacia un lado sintió un agujonazo en el brazo. Gritó y saltó sobre la cama para alejarse de él. Bruno se lo tomaba con calma, para él era un juego. La miró sonriente y avanzó hacia ella. Lúa calculó dónde estaba la puerta respecto ellos dos y esperó un poco más de lo que hubiera sido prudente para que la cama se interpusiera entre Bruno y la puerta. Entonces saltó otra vez por encima de la cama. El punzón falló esta vez pero consiguió rasgar la piel de su espalda. Eso no hizo más que aumentar su velocidad. Lúa se abalanzó sobre la puerta y la abrió, pero inmediatamente se cerró de un portazo. Bruno había corrido tras ella y había tirado del pomo con fuerza. Sin pensarlo, Lúa lanzó un cuchillazo hacia su vientre. Bruno lo esquivó saltando hacia atrás y entonces sí pudo abrir la puerta, empujándola con todas sus fuerzas. Lúa salió y cerró tras de sí. Había un pestillo por fuera, pero cuando iba a pasarlo Bruno trató de abrir la puerta con una fuerza increíble.

- ¡Lúa, esto no va a servirte de nada!- oyó desde el otro lado mientras se apoyaba con todo su cuerpo para mantenerla cerrada.

Bruno dio varios golpes atronadores contra la puerta para abrirla, y a ella le era imposible pasar el pestillo porque la puerta temblaba y se abría lo suficiente para que el pasador no entrara en su sitio, pero no podía salir corriendo sin más, seguro que la cogería antes de llegar a la puerta del piso. Aquel pestillo era su única esperanza. Lúa reprimió un grito de dolor cuando se apoyó en el

brazo lastimado para sujetar la puerta mientras trataba de pasar el pestillo entre embestida y embestida de Bruno. Si lo hacía mal podría echar el pasador con la puerta abierta y entonces no podría volver a cerrarla. Bruno la insultaba desde el otro lado, acojonándola más, si eso era posible. Al fin pudo cerrar el pasador con un rápido y tembloroso movimiento. Sin perder tiempo, corrió por el pasillo sin saber muy bien si iba en la buena dirección. No, se había equivocado, terminó en el comedor, inundado por la luz del día. Lúa corrió en la otra dirección.

- ¡Abre la puerta, Lúa!- oyó gritar a Bruno con voz paciente al otro lado mientras la puerta temblaba bajo sus embestidas.

Al final del pasillo había un recodo a la derecha y por fin encontró la puerta. Lúa iba completamente desnuda, pero no iba a volver a buscar sus pantalones, claro. Abrió la puerta y salió corriendo escaleras abajo al mismo tiempo que oía la puerta abrirse con un gran estruendo.

- ¡Socorro!- gritó Lúa mientras bajaba descalza a toda velocidad por las gastadas escaleras de mármol.

Los pasos apresurados de Bruno se oyeron detrás, persiguiéndola.

- ¡No corras, Lúa, te vas a cansar para nada!

En cada recodo de la escalera tenía que agarrarse a la barandilla para no caerse y las muñecas le dolían hasta lo indecible. El brazo también le palpitaba de forma horrible, y sangraba profusamente. Estaba comenzando a marearse por el esfuerzo y la pérdida de sangre. Después de pasarse una eternidad bajando, por fin llegó al vestíbulo. Corrió sobre la antigua alfombra que cubría el suelo helado y alcanzó la puerta de la calle. Estaba salvada. Lúa abrió la puerta, pero ésta no cedió. ¿Cómo podía ser, la puerta de abajo, cerrada con llave? A través del cristal veía la gente pasar, indiferente. Lúa golpeó el cristal con los puños y gritó con todas sus fuerzas hasta que sintió el calor de él en su espalda. El vello se le erizó y se quedó paralizada por el miedo.

- Eres una niña muy mala, voy a tener que castigarte- susurró Bruno a su espalda.

Seguidamente le cogió una mano y se la retorció en la espalda, haciéndole daño.

- ¿Qué vas a hacerme?- preguntó Lúa justo antes de sentir un dolor insoportable en el dedo meñique.

Ella gritó desgarradoramente y se mareó. Bruno le agarró la cabeza y se la tiró hacia atrás mientras con la otra mano sujetaba algo ante sus ojos. Su dedo. Lúa tuvo una arcada y vomitó en el suelo mientras lloraba y suplicaba. Fuera, nadie se daba cuenta de nada.

- ¿Te gusta? Pues tengo más para ti...- Bruno tiró de ella y la condujo otra vez escaleras arriba, a rastras.

- ¿Por qué haces esto...?- le preguntó ella, al borde de la inconsciencia.

- Porque me divierte. Por cierto, el edificio entero es de mi abuela y está vacío, así que puedes gritar todo lo que quieras. El cristal de abajo es doble y desde fuera solo se ve un espejo. Te lo explico por si te estabas preguntando por qué nadie se había parado a mirarte las tetas.

Lúa lloró mientras él la metía en el ascensor y la obligaba a mirarse en el espejo, con él detrás de ella, sonriente.

- No me hagas daño, por favor... Haré lo que tú quieras, Bruno, lo juro.

¿Qué había sido del cuchillo? En algún momento se le había caído o lo había soltado, pero no lo recordaba. La mano le dolía mucho, muchísimo. No podía soportarlo más.

- Lo que quiero es que sufras mucho antes de morir. ¿Lo harás por mí?

Lúa lloró desconsolada mientras él la llevaba casi con cariño dentro del piso. De vuelta en la habitación insonorizada, la ató a la cama con una cuerda que tenía allí preparada. Como Lúa se resistía, le dio un par de puñetazos más que la dejaron al borde de la inconsciencia.

- El primer día que te vi en el bar, tan fresca, tan radiante, supe que tenías que ser para mí. Fue todo un reto conseguirte, porque estabas enamorada de otro. Tuve que aplicarme especialmente, plantar la semilla, luego alejarme para dejar que germinara... El día que te encontré llorando en la calle fue como un regalo, me lo pusiste a huevo. Me encanta hacer las cosas lentamente, con calma... Al final la paciencia tiene recompensa, ¿lo ves?- Bruno terminó de atarla y contempló su obra- Será mejor que hagamos algo con tu brazo y tu dedo, o te desangrarás. No queremos eso, ¿verdad, mi vida?

Bruno le acarició la cara con cariño y luego Lúa le vio trajinar con algo, enchufó un cable a la corriente y esperó un poco. Luego le acercó un objeto, una especie de barra metálica con un mango. La punta estaba al rojo vivo. Un soldador.

- Pobrecita, mi Lúa, deja que te cure...

Bruno aplicó el soldador sobre la herida del brazo y al contacto con la piel, hizo un ruido como cuando tiraba una loncha de beicon sobre la plancha caliente en el bar. Lúa gritó tanto que se le rompió la voz y su cuerpo entero se tensó como un arco. De la herida salió una columna de humo y el ambiente se inundó de olor a carne quemada.

- Dicen que cuando te quemas huele como a carne de cerdo, ¿tú que crees?- preguntó Bruno con la normalidad de quien se está tomando un refresco en un bar con un amigo y le comenta una chuminada- Ahora, el dedito...

- No... por favor, no...

Lúa trató por todos los medios de esconder la mano, pero Bruno se la cogió con firmeza y aplicó el soldador en el muñón sangrante. Ella perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, Bruno le estaba sujetando la cara con ambas manos y le enjugaba las lágrimas con los pulgares.

- Lúa... Ya está, mi vida, ya ha pasado todo.

Lúa se despertó de golpe y sintió que ya no estaba atada. Se apartó de Bruno como si fuera una serpiente y se cayó al suelo de espaldas. Sus pies volaron por los aires como si fuera una marioneta. Se puso en pie de un salto mientras Bruno la miraba con estupor.

- ¡No te acerques!- gritó ella, presa del pánico, mientras sollozaba.

- No pasa nada, Lúa, todo está bien- dijo él, medio incorporado.

Bruno comenzó a levantarse.

- ¡No te muevas!- exclamó ella.

Él se quedó quieto. Lúa cogió la camisa blanca que le había quitado y había tirado al suelo la noche anterior y se la puso rápidamente sin perderle de vista, con algo de ropa se sentía más segura. Una gilipollez como otra cualquiera. Luego caminó hasta la puerta del cuarto y la abrió. Fuera había el pasillo que había visto fugazmente la noche anterior. La luz del amanecer se colaba a través de las cortinas del comedor y llegaba sin fuerza al pasillo. Lúa miró a un lado y al otro y entonces vio algo que le puso los pelos de punta.

- ¿Estás bien?

Bruno se había levantado, se había acercado a ella y le había puesto las manos sobre los hombros. Lúa se apartó de un salto y corrió hasta una de las puertas.

- ¿Cómo voy a estar bien, maldito torturador de mierda?- gritó ella, fuera de sí.

Él levantó las manos en actitud defensiva.

- No sé de qué me hablas, Lúa... Si te hice daño anoche de alguna manera, lo siento, no era mi intención.

Ella le miró con los ojos desorbitados.

- ¡¿Que no era tu intención!?

Lúa se miró la mano y, para su sorpresa, vio que estaba entera. El brazo tampoco le dolía, y el tajo del vientre había desaparecido. ¿Cómo era posible, todo había sido un sueño? Había sido tan real... ¡Pero estaba el pestillo...! Había un pestillo en una puerta, era lo que había visto al salir de la habitación.

- ¡No te acerques a mí! ¿Qué clase de loco pone un pestillo en una habitación por fuera, si no es

para encerrar a alguien?

- ¿Encerrar a alguien? Este piso era de mis padres y esa era la habitación donde dormía la perra. Tuvieron que poner un pestillo porque aprendió a abrir la puerta y se dedicaba a roer los cantos de los muebles y a destrozarse el sofá. Ni siquiera tiene pasador, no se puede cerrar. Abre la puerta, si quieres. Ahora es un estudio.

- ¡No, ábrela tú!- Lúa se apartó con una mano en alto para mantener a Bruno a raya y el chico avanzó con precaución hasta la puerta para no asustarla, no fuera a lanzarle un rayo mortal a través de la palma- Ya sabía yo que no podía ser tan bonito. ¡Demasiado guapo, demasiado dulce! ¡Demasiado perfecto! ¿Cómo iba a estar un tío así sin novia, por el amor de Dios?

Bruno abrió la puerta y se apartó para que Lúa pudiera mirar dentro. Lo que vio fue un estudio con un escritorio y una estantería atiborrada de libros. Al fondo había una puerta de cristal que daba a un pequeño balcón. Lúa entró en la habitación mirándolo todo y sintiéndose un poco estúpida. Pues sí que había sido un sueño... Se giró y miró a Bruno, que la observaba desde el marco de la puerta con los brazos cruzados y una expresión de curiosidad. Joder...

- Ahora parece que esté un poco loca, pero...

Bruno sonrió y se acercó a ella. Lúa se apoyó en el escritorio con la cabeza gacha y él le puso las manos en la cintura.

- Pero me gustas igual- le dijo levantándola para sentarla sobre el escritorio-. ¿Esto lo haces cada día?

- Solo en fiestas de guardar- dijo ella, roja como un tomate-. En serio, no sé qué me ha pasado, soñé que eras un psicópata y que me torturabas. Lo siento mucho...

Bruno le dio un beso en los labios.

- Esta camisa te queda mucho mejor a ti que a mí...- Bruno se la abrió un poco y la abrazó por debajo.

Lúa sonrió, todavía un poco cohibida.

- ¿Es verdad eso que has dicho antes?- le preguntó él.

- ¿El qué?

- Que soy demasiado dulce y demasiado guapo, y que soy perfecto...- mientras hablaba, Bruno la besaba y la acariciaba.

- Oye, no te lo creas tanto- Lúa enarcó una ceja para hacerse la interesante-, había tenido una pesadilla.

Él se echó a reír.

Los siguientes días fueron increíbles. Bruno iba cada día al bar, como al principio, pero si no

había mucha gente, Lúa salía de la barra a reclamar su derecho a recibir besos. Por la noche, cuando cerraba, él siempre estaba allí para llevarla a algún lugar bonito. Pasaban la noche en casa de uno de los dos, la que estuviera más cerca de donde hubieran ido, y Lúa comenzó a dormir muy poco, para su regocijo.

Gaby estaba feliz de ver a su amiga tan llena de alegría. Nunca la había visto así, ni siquiera al principio de estar con Dani. Alguna vez se fueron a cenar las dos con sus respectivas parejas y Bruno y Ángel congeniaron bastante bien. Todo era perfecto.

A principios de diciembre Lúa comenzó a pensar en un buen regalo de navidad para Bruno. Cuando había intentado sondearle sin que se notara mucho, él la había abrazado y le había dicho directamente que no quería ningún regalo. Vaya, se lo estaba poniendo complicado... Una tarde, mientras paseaban por el casco antiguo, trató de sonsacarle algo de información una vez más.

- ¿Has visto qué bolsos? Son chulos, ¿no?- dijo Lúa mirando un escaparate con bolsos para hombre, de aquellos tan modernos que se habían puesto de moda.

- No están mal...- dijo él sin prestar atención.

- Nunca te he visto con uno, ¿no te parece que es muy práctico?

Bruno se encogió de hombros.

- Para lo que llevo encima... Solo llevo las llaves, la cartera y el móvil, no necesito un bolso para eso.

- Claro...- dijo ella tratando de ocultar su desilusión- Qué frío hace.

Lúa iba abrigadísima, era muy friolera y ya no salía de casa sin guantes, bufanda y traje de esquimal.

- ¿Te apetece tomar...?- Bruno tropezó y se cayó redondo al suelo.

- ¡Bruno!- Lúa se arrodilló a su lado, asustada.

No se movía, estaba inconsciente. La gente comenzó a arremolinarse a su alrededor.

- ¡Por favor, que alguien me ayude!- exclamó ella mientras se arrodillaba junto a él.

Lo primero que hizo fue comprobar que respiraba, luego le aflojó un poco el cuello de la camisa y seguidamente llamó a urgencias. Entre la muchedumbre se adelantó una chica que dijo ser enfermera.

- Se habrá golpeado la cabeza. Hay que girarlo un poco- dijo mientras le movía con cuidado para dejarlo en un punto medio entre estar de lado y boca abajo.

- Bruno, despierta...- le llamaba Lúa mientras le acariciaba el cabello.

La ambulancia llegó en un abrir y cerrar de ojos, y pusieron a Bruno en una camilla. Lúa se subió

al vehículo y se sentó junto a él mientras un médico le ponía una mascarilla de oxígeno.

- ¿Es grave?- preguntó ella con aprensión.

- No te asustes, esto es muy aparatoso, pero es por precaución. Respira por sí mismo.

- ¿Qué tiene?

El médico le contestó sin mirarla.

- Si hiciera calor te diría que es una lipotimia, pero pueden ser mil cosas, es mejor esperar a que le hagan algunas pruebas.

Lúa cogió la mano inerte de Bruno y la apretó con fuerza.

Poco después de llegar al hospital, Bruno despertó. Les habían llevado a un box de urgencias, donde una cortina verde era todo lo que les separaba de otros dramas que plagaban la sala con sus gemidos, toses y achaques.

- ¿Cómo te encuentras?- le preguntó ella mientras le apretaba la mano.

- Me siento un poco raro, pero estoy bien- Bruno sonrió-. Solo ha sido un accidente. Me tropecé.

- Bueno, esperemos a ver lo que dice el médico- Lúa le dio un ligero beso en los labios-. Qué susto me has dado, gamberro.

- No te preocupes, ¿vale?

Al cabo de un buen rato apareció un médico que tenía pinta de venir de un after, era como un panda con bata. Hizo salir a Lúa del box para examinar a Bruno y luego se lo llevó para hacerle unas pruebas. Tardaron una eternidad en volver. Ella aprovechó para acercarse a una máquina de bebidas y tomarse un chocolate caliente demasiado líquido para su gusto. No conseguía entrar en calor y cogió el vasito de plástico con las dos manos para calentarlas un poco. Solo de pensar que le hubiera podido pasar algo grave a Bruno, se ponía mala. Cuando pudo regresar junto a él, vio que le habían puesto un suero intravenoso.

- Ya está, no es nada, pero me han invitado a pasar la noche en el hospital, por majo- al ver la cara de ella, añadió rápidamente-. Estoy en observación, es el protocolo normal, pero no es nada.

- ¿Qué te ha pasado?

Él se encogió de hombros.

- Dicen que seguramente me golpeé la cabeza al caer y por eso perdí el conocimiento. Y por mi chica, que me hace sufrir- le guiñó un ojo.

- Venga ya, si te trato a cuerpo de rey. Dime la verdad.

- En serio, me golpeé la cabeza y perdí el conocimiento.

Ya entrada la noche, subieron a Bruno a una habitación. Le habían retirado el suero hacía un rato y parecía encontrarse bien.

- ¿No vas a dormir a casa?- le preguntó a Lúa-. Es tarde.

Se estiró en la cama con él y le dio un beso en el cuello.

- Prefiero quedarme contigo. Si no estuvieras malito me encargaría de quitarte todas las tensiones...

Bruno se giró hacia ella y la abrazó.

- Ya me encuentro bien, ¿sabes?- ella se rio en voz baja- ¿Lo has hecho alguna vez en un hospital?

- No, pero creo que voy a probarlo ahora mismo...

A la mañana siguiente le dieron el alta a Bruno sin más contratiempos y se marcharon a casa. Lúa insistió en que se tomara el día libre y se marchó a trabajar.

- Como me entere de que has ido al trabajo, te muerdo un ojo- le advirtió antes de irse.

Él se echó a reír y Lúa se marchó a disgusto. Le hubiera gustado quedarse con él y cuidarle como si fuera un bebé. Aquella tarde Bruno se presentó en el bar. Su taburete de siempre estaba ocupado, así que se tuvo que sentar un poco más allá. Los habituales le saludaron, como siempre.

- Hombre, Bruno, ¿cómo te encuentras?- se interesó Gaby.

- Estoy bien, gracias. Solo ha sido un desvanecimiento sin importancia.

- ¿Te has desmayado?- intervino un policía local que siempre pasaba por el bar a hacer un cafetito a aquellas horas- A ver si estás embarazado.

- Tiene muy buena cara, yo creo que se tropezó y todo lo demás ha sido cuento- dijo Gaby, sumándose al cachondeo.

Lúa salió de la cocina y puso los brazos en jarras.

- ¿No te dije que...?- comenzó.

- No he ido a trabajar, lo juro- Bruno levantó ambas manos como para defenderse-. Qué guapa te pones cuando te enfadas.

- ¡No me hagas la pelota, listillo!

- Oye, ¿cuándo tienes vacaciones?- dijo él para cambiar de tema.

Lúa miró fugazmente a Gaby.

- Pues no lo sé, todavía no lo hemos hablado. ¿A qué viene eso ahora?

- ¿Por qué no te coges el mes de enero?

- ¿Enero?- Lúa arrugó la nariz- ¡Si hace un frío que pela!

Bruno la miró con su mejor mirada de perro apaleado.

- Va, hazlo por mí. Te prometo que te mantendré calentita.

El policía se echó a reír y meneó la cabeza mientras le daba un trago a su café. Gaby le dio un manotazo flojo en el brazo.

- ¡No seas fisgón!- le reprendió.

Lúa se inclinó sobre la barra, enseñando un generoso escote a Bruno y, de rebote, al poli.

- ¿Tienes algo en mente?

Bruno le echó un vistazo al canalillo de Lúa y sonrió como un niño malo.

- Se me ocurre un par de cosas, sí- le cogió una mano y se la estrechó entre las suyas-. Va, di que sí. Por favor...

Lúa miró a Gaby otra vez.

- ¿Te parece bien si me cojo el mes de enero de vacaciones?

Gaby se apoyó en la mesa.

- No sé, Lúa, en enero esto se pone a tope... No es que quiera putear, pero yo sola me voy a morir aquí dentro.

- Va, Gaby, sé buena...- Bruno dirigió su mirada irresistible de pavo de navidad a Gaby, con ciruelas y todo.

- ¿No podéis esperar al menos a la segunda quincena?- aventuró ella.

- Por mí está bien- comentó Lúa-, tampoco tenemos tanta prisa, ¿no?

Miró a Bruno buscando su aprobación, pero él estaba erre que erre con su idea.

- ¿Y si viene alguien a ayudarte?- saltó él de pronto.

Gaby puso cara de desagrado, no quería que viniera otra persona, quería que Lúa estuviera con ella. Bruno se dio cuenta y la llamó con un gesto.

- ¿Podemos hablar un momento?- le dijo mientras señalaba el fondo del local.

Gaby le siguió con reticencia. Al salir de la barra, él le puso un brazo amistoso sobre los hombros y le dijo alguna cosa en voz baja mientras la zarandeaba levemente. Lúa les miró con curiosidad mientras hablaban en voz baja.

- ¡Pero bueno, al menos enrollaos cuando yo no esté delante!- les gritó cuando llegaron a la pared del fondo, lejos del alcance de sus oídos.

Después de un rato se abrazaron y volvieron junto a ella.

- ¡Ven, ven, ven!- la apremió él.

Lúa salió a su encuentro y Bruno la levantó en volandas y le dio una vuelta en el aire.

- ¡Vamos a irnos de fiesta por fin de año y podremos recuperarnos todo el mes!

- ¿Para eso quieres las vacaciones, gamberro?

Bruno negó con la cabeza y se acercó a su oído.

- Me voy a encerrar contigo en la habitación durante todo el mes y vas a necesitar otro para recuperarte.

- Uy, uy, menos lobos...

- ¿Cómo dices?- Bruno la cogió en brazos y miró a Gaby- Ahora venimos. Bueno, en un ratito.

- ¿Qué haces, loco?- le dijo Lúa cuando vio dónde la llevaba.

Bruno entró en el baño con ella y echó el pestillo.

- ¿No lo has hecho nunca en un baño público?- le dijo con media sonrisa.

En la barra, el poli se terminó su café de un trago.

- Bueno, Gaby, hago un poco de tiempo y cuando salgan ellos vamos nosotros, ¿no?

- Tú dedícate a poner multas, que es lo tuyo, chato- le dijo ella mientras le daba la espalda.

Lúa se llevó a Bruno a Lleida a pasar el día de navidad con su familia. Nada más recibirle en la puerta, su madre ya metió la pata.

- Encantada, Bruno. Me alegro de que te hayas decidido a venir, me hubiera gustado que pasaras la navidad con nosotros el año pasado.

Lúa se llevó una mano a la frente y quiso fundirse. Su madre, que probablemente todavía no se había enterado de que la Tierra giraba alrededor del sol, había confundido a Bruno con Dani. Sin embargo, él se lo tomó con naturalidad, como quien se bebe un vaso de pis porque es el no va más del reciclaje.

- Tenía un compromiso ineludible y no pude venir, os pido disculpas- dijo mientras le ponía una mano en la nuca a Lúa y se la masajeaba para tranquilizarla.

En aquel cuello se podían picar verduras.

- Relájate, mi vida, no pasa nada- le dijo al oído mientras pasaban al comedor.

- Es que no sé cómo se lo montan para cagarla siempre...

En el comedor les esperaba comida para veinte personas. La madre de Lúa se había pasado toda la mañana en la cocina y había preparado de todo: canapés, gambas a la plancha, sopa de navidad con pelota, cordero al horno, canelones... Era imposible comerse todo aquello. Sentados a la

mesa estaban sus tíos, que la recibieron con frialdad, y su abuela paterna, que apenas la reconoció.

- ¿Quién es este buen mozo?- preguntó nada más ver a Bruno.

- Es mi novio, se llama Bruno- le dijo ella.

- Encantado de conocerla- el chico se adelantó y le dio dos besos, aunque pinchaba un poco.

Él, en cambio, venía recién afeitado.

- ¿Tú eres el novio de mi Lúa? Qué tiarrón... Espero que sepas respetarla hasta que os caséis, jovencito.

- ¡Yaya!- la reprendió Lúa, roja como un tomate.

- No se preocupe, la trataré como a una princesa- le aseguró él.

La anciana le dio unos golpecitos aprobadores en la mejilla y se sentó de nuevo en su silla. Luego puso cara de mafioso.

- ¿Tú te crees que me chupo el dedo, chico?

- ¡Yaya!

A los padres de Lúa no les gustó Bruno, pero ella ya contaba con eso. Nadie era lo bastante bueno para ella, nunca. A pesar de que él estuvo encantador y gracioso, y de que aguantó estoicamente la brasa de una mujer acostumbrada a que la cortaran cuando llevaba tres palabras seguidas y que aprovechó para contarle la vida de su hija por capítulos, cuando Lúa comenzó a llevarse los platos a la cocina, su madre la siguió para hacerle saber que Bruno no le había robado el corazón.

- No me gusta ese pelanas, Lúa. No es trigo limpio.

Ella puso los ojos en blanco y se apartó un rizo de la cara.

- Resulta que ese pelanas que no es trigo limpio me trata como una reina y le quiero, así que...- se encogió de hombros mientras vaciaba un plato en el cubo de la basura.

Ajo y agua.

La madre de Lúa se había dejado crecer el pelo y ya no parecía un coronel del ejército, pero no le hizo ningún comentario al respecto.

- ¿A qué se dedica?

- Trabaja en una editorial.

La madre de Lúa apretó los labios en una fina línea.

- ¿Qué clase de trabajo es ése? ¿Por qué no te buscas un médico o un abogado? ¿O un dentista?

- ¿Por qué no lo hiciste tú, mamá?- le contestó Lúa de mala leche. En seguida se arrepintió de haberlo dicho y se llevó una mano a la frente mientras trataba de pensar con claridad- Es una buena persona y me quiere, deberías alegrarte porque sea feliz.

- Vamos a sacar los turrónes- contestó su madre, más seca que la mojama.

Cuando fue políticamente correcto, Lúa y Bruno se despidieron y se largaron pitando.

- Qué paciencia has tenido, yo les habría mandado a la mierda varias veces.

- Qué va, si son muy majos- dijo él, prudente.

- Bueno, ahora viene lo bueno, voy a presentarte a mis amigos. Han oído hablar tanto de ti que ya es como si te conocieran.

- A ver qué les habrás dicho...

- La verdad, que eres un actor porno y que me estás dejando seca.

- ¡Qué burra eres!

Los amigos de Lúa compensaron lo que quedaba de noche con un buen bailoteo y unas risas. Bruno se integró como un plastidecor en el estuche de un niño y juntos se lo pasaron de miedo.

De vuelta en casa, a las tantas, los dos se fueron a dormir hechos polvo.

- Madre mía, hoy te has ganado el cielo- comentó Lúa mientras se ponía el pijama, que consistía en una parte de arriba de chándal de Bruno y unas braguitas.

- No ha sido para tanto. Tus amigos son muy majos. Katia está como una cabra.

- Ya, es una de mis mejores amigas. Siempre me hace reír.

- ¿Y Willy?

Lúa pasó la cabeza por el cuello del pijama y se lo quedó mirando.

- ¿Qué pasa con Willy?

- ¿Por qué no le has dado una oportunidad nunca?- la cara de ella se desencajó un poco- Chechu me ha estado explicando que lleva toda la vida colado por ti.

Ella puso los brazos en jarras mientras Bruno se sentaba en la cama. Iba a colgar a Chechu por los pulgares de algún lugar muy, muy alto.

- ¿Es que quieres que te deje para irme con él o qué?

Bruno se agachó para descalzarse.

- No quiero que me dejes, pero me pregunto por qué nunca has salido con él.

Lúa se metió en la cama.

- Me siento un poco rara contándote esto a ti...

- No pasa nada, ahora estás conmigo, ¿no?- dijo él, agachado- Ya he visto que no le ha sentado demasiado bien.

- He estado con Willy, pero solo era sexo. Ahora que tengo pareja, obviamente eso se ha terminado.

- Por suerte para mí.

- ¿Qué estás haciendo ahí abajo?- preguntó ella estirando el cuello para verle.

Bruno volvió a incorporarse y se sentó en la cama. Llevaba un paquete en las manos.

- Feliz navidad, mi vida- dijo con una sonrisa.

- ¡Ah!- Lúa saltó fuera de la cama y corrió a coger otro paquete que tenía guardado en el armario- Se me olvidaba, qué burra... ¡Feliz navidad!

Los dos se intercambiaron los paquetes y Lúa esperó a que Bruno abriera el suyo primero.

- ¡Es que quiero ver la cara que pones!- dijo.

Bruno abrió su paquete, envuelto en papel de seda de color violeta, y dentro encontró una camisa de color negro y un sobre.

- ¡Qué camisa tan chula!- dijo poniéndosela por encima para ver si era su talla.

- Es como la que llevabas en mi sueño de psicópata. Y estabas muy bueno, la verdad.

- ¿Quieres que sea malo...?

- No, no, solo ponte la camisa, ¿vale?- exclamó ella levantando las manos como para defenderse.

Bruno dejó la camisa a un lado y abrió el sobre. Se quedó unos segundos mirando el contenido y luego levantó la vista.

- Un viaje a Roma...- dijo en voz baja.

- En Semana Santa- puntualizó Lúa con orgullo-. ¿Te gusta?

Bruno dejó el sobre a un lado y se pasó una mano por la cara. Estaba llorando. Lúa se acercó a él a cuatro patas, alarmada.

- Cariño, ¿qué te pasa, no te gusta?

Bruno levantó una mano pidiéndole unos segundos antes de hablar.

- Me encanta- dijo con la voz rota.

- Entonces, ¿por qué lloras?- ella le dio un abrazo y apoyó la cara de él en su pecho como si fuera

su madre.

- Me he emocionado, eso es todo. Los chicos también lloramos, a veces... ¡Oye, se me ocurre una cosa!- dijo, alegre otra vez de repente- ¿Por qué no cambiamos las fechas y nos vamos ahora, en vacaciones?

Lúa le dio un beso en la frente.

- ¿Roma en enero? Hará mucho frío, y yo lo que quiero es pasear contigo sin tener que subirme la bufanda hasta los ojos como si fuera una terrorista.

- Claro...- Bruno se quedó pensativo un momento- Muchas gracias por los regalos, Lúa. Me encantan. ¿No abres el tuyo?

- ¿Pero estás bien?

Él asintió y Lúa dejó de abrazarle para abrir su regalo. Tenía la cara expectante de una niña pequeña.

- Qué paquete más grande...- dijo mientras rompía el papel de regalo con entusiasmo.

Dentro había varias cosas. Lo primero que sacó fue un gorro muy gracioso con una borla en la coronilla que se puso en seguida.

- ¡Qué chulo! ¿Me queda bien?

- Parece hecho a medida para ti- dijo Bruno con una sonrisa.

- ¡Qué guay, nunca he tenido un gorro así, mira por dónde! Ya te digo yo que hasta junio no me lo quito.

- Lo peor es que te creo.

Lúa lo dejó a un lado y sacó un caballete y una caja con pinturas. Abrió la boca sin que le salieran las palabras.

- He pensado que podría gustarte pintar- dijo él mientras se encogía de hombros.

- Me encanta... Mañana mismo lo estreno, iré a comprar un lienzo y... ¡te haré un retrato!

Bruno se agachó y bajó la mano al suelo. Cuando la volvió a subir llevaba un lienzo en blanco en ella.

- Ya he pensado en eso. Piensa que voy a colgar todo lo que pintes, así que será mejor que te lo cures. No querrás torturar mi vista todos los días...

- Tú mismo, esto podría acabar como el museo de los horrores, nunca he pintado con pinceles.

- Seguro que lo haces muy bien.

Lúa se lanzó a abrazar a Bruno otra vez.

- ¡Muchas gracias!- le dijo dándole un largo beso.

- Anda, vamos a dormir...- Bruno despejó la cama de papel de regalo y los dos se metieron dentro abrazados.

Al cabo de un rato Lúa notó que algo no iba bien. Bruno suspiraba de vez en cuando mientras la acariciaba. ¿Qué le pasaba? Ella le dio un beso en la frente y le meció un poco.

- Bruno... Ey... ¿Qué te pasa, mi niño?

- A veces creo que no soy lo bastante bueno para ti- dijo él con voz queda.

Dentro de la cabeza de ella se encendieron todas las alarmas y luces rojas posibles. Lo sorprendente es que desde fuera no pareciera una calabaza de Halloween.

- ¿Por qué dices eso?- ella levantó un poco la cabeza para verle mejor. Bruno no contestó- ¿Hay... otra mujer?

Él la estrechó más fuerte.

- No, cariño, no hay otra mujer.

Lúa no se atrevía a preguntar más.

- ¿Otro hombre?- preguntó en voz baja.

Bruno se rio.

- Solo estás tú, Lúa. Solo te quiero a ti.

- ¿Entonces? ¿Eres un alien? ¿Un terrorista? ¿Un asesino?

Bruno la besó en la mejilla.

- No, mi vida. Olvida lo que te he dicho, ¿vale?

- ¿Cómo voy a olvidarlo? Al final va a ser verdad que eres un psicópata, la madre que me parió...

- Solo es que no creo que esté a la altura de tus expectativas. Tu regalo es tan especial...

Ella se echó a reír.

- ¿Va en serio? Venga ya, si eres tan bueno que a veces pienso que solo existes en mi cabeza. ¡Y tus regalos son los mejores que me han hecho en la vida! ¿Siempre te pones así de tontorrón en Navidad?

- Solo a veces... Va, duérmete, que es muy tarde.

Lúa se calló, pero no se quedó demasiado tranquila. ¿Había algo más que no le contaba?

Lúa no tenía ningún plan en especial para aquellos *cálidos* días de enero, pero Bruno se encargó

de llenarle la agenda. Para empezar, se apuntaron a un curso de bailes de salón. Ninguno de los dos había bailado en su vida y parecían dos patos mareados, pero se lo pasaban pipa en las clases. El segundo día, Bruno se presentó con botas de puntera de acero, provocando la hilaridad de todos sus compañeros de clase. No era especialmente por Lúa, ya que iban cambiando de pareja de baile cada cinco minutos para que no se acostumbraran a bailar siempre con la misma persona, era por todo el colectivo femenino en general.

- ¡Mira que eres bruto!- se rio Lúa- Ya te digo ahora que como me pises con esas botas, te voy a dar una patada en los cojones, espero que también te los hayas blindado.

Lúa se instaló en el piso de Bruno por insistencia de él. Decía que era tontería que pasaran el día juntos y luego durmieran separados.

- Si lo mejor del día es dormirme metiéndote mano...- dijo con una sonrisa.

- Míralo, que listillo.

Después de una noche de fiesta, Lúa se levantó y vio que Bruno no estaba en la cama. Qué madrugador... Fue estirándose hacia la cocina y le llegó el aroma del café recién hecho.

- ¿Me has hecho un cafelito, cielo?- preguntó antes de llegar.

Cuando se asomó por la puerta se encontró a Bruno en el suelo, tanteándose la nuca. Había una taza de café volcada en la encimera y todo su contenido había ido a parar al suelo, donde había una enorme mancha de aspecto estrellado.

- ¡Bruno! ¿Qué ha pasado?

Él la miró y esbozó una sonrisa.

- Nada, que me he tropezado. Tanto baile de salón no me ha servido de nada...

Lúa le tendió la mano para ayudarlo a levantarse, pero él le pidió unos instantes para recuperarse levantando un dedo.

- ¿Te duele algo?

- No, no, solo me he quedado un poco atontado. Me he dado un golpe en la nuca.

- Bueno, quédate ahí un momento mientras limpio el *cafecidio*.

Lúa secó el manchurrón y Bruno se levantó él solo.

- ¿Cómo te encuentras?

- Estoy bien, no te preocupes.

- Qué raro que no te haya oído caer, ¿no?- comentó ella mientras ponía otra cafetera en marcha.

- Bueno, es que a ti no te despertaría ni el tren de mercancías pasando por el pasillo. Menuda

dormilona estás hecha...

Bruno tenía planes para salir, pero Lúa prefirió quedarse en casa. Quién se lo iba a decir a ella... Le dio la impresión de que él no se encontraba muy bien, aunque lo negó hasta la saciedad. Al final, tuvo que decirle que era ella la que no se encontraba bien para que consintiera en pasar el día en casa. Lúa se encargó de todo: hizo la comida, luego vieron una peli, los dos tapaditos con una manta en el sofá, con dos tazones de chocolate deshecho... Bien mirado, fue un día muy bonito, aunque a Bruno le repateó no salir a dar la vuelta al mundo o, en su defecto, a la línea de metro.

El mes pasó en un abrir y cerrar de ojos y, aunque no se fueron de vacaciones a ninguna parte, le sacaron jugo a cada día como si fuera a terminarse el mundo.

- Qué pena que se acaben ya las vacaciones...- dijo Lúa mientras contemplaba el mar desde un mirador en la montaña.

- Bueno, aún nos quedan cinco días para disfrutar a tope. ¿Qué es lo que más te ha gustado hasta ahora?

- ¡Los karts!- exclamó ella con entusiasmo- ¡Qué subidón de adrenalina!

Habían ido con los compañeros de trabajo de Bruno, Gaby y Ángel, y se lo habían pasado de miedo.

Bruno sonrió.

- Y menuda loca estás hecha al volante... Miedo me das.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano.

- Bah, eso lo dices porque te gané.

Bruno se rio.

- Si te dejé ganar yo para no tener que soportar tus lloros...

- Qué mal perder que tienes.

Bruno hizo una bola con los envoltorios de los perritos calientes que acababan de comerse y los tiró a una papelera.

- Espero que nunca conduzcas un coche por la calle. Destrozarías las previsiones de la Dirección General de Tráfico.

- Qué gamberro eres... Oye, ¿qué quieres hacer esta tarde?

- Esta tarde no puedo quedar.

- ¿Y eso?

- Nada, tengo que ir al médico.

- ¿Al médico?- Lúa había intentado apartar la idea de que Bruno estaba enfermo de su mente, pero ahora volvió con más fuerza que nunca- Te acompaño.

- No hace falta, voy con mi tío- se encogió de hombros-. Tenemos unas reuniones familiares muy peculiares...

- Oh... ¿Y dónde es?

- En el hospital del mar, a las seis. Cuando salga, te llamo.

Si se pensaba que iba a quedarse en casa tejiendo un tapiz, lo llevaba claro. Lúa se plantó en el hospital del mar y estuvo recorriendo todos los pasillos y todas las salas de espera desde las cinco y media. La gente la ignoraba, todos sumidos en sus pensamientos o, a falta de ellos, en sus móviles. En un rincón, una mujer se peleaba con su hijo para que se comiera el bocadillo de la merienda, de momento iban tres a cero a favor del niño. Por fin encontró un cogote conocido. Bruno charlaba con un hombre que se le parecía muchísimo, pero unos treinta años mayor. Lo más natural habría sido darles una sorpresa y sentarse con ellos a charlar, pero Lúa se parapetó tras un ficus de plástico y les observó en silencio durante más de media hora. Solo le faltaban los prismáticos. Una enfermera salió y un montón de gente se arremolinó en torno a ella. Al parecer, leía la lista de pacientes para verificar que estuvieran presentes, y así cada uno sabía después de quién tenía que entrar. Otro cuarto de hora. Por fin, la puerta de la consulta se abrió y los pichones entraron en el nido, después de dejar salir a otro hombre. ¿Y ahora, qué? Vaya, se le había olvidado colocar un sistema de micros dentro de la consulta, qué despiste... Lúa se acercó a la puerta, sin saber muy bien qué hacer. La providencia quiso que el tío de Bruno no hubiera cerrado bien la puerta, así que acercó la oreja todo lo que pudo mientras hacía ver que se ataba una bota.

- ... Milagro que sigas vivo. Estas cosas no son matemáticas, pero todo el tiempo que pasa de navidades es un regalo. Aprovecha que te encuentras tan bien. Si notas que empeoras, que te encuentras mal, en la unidad de paliativos pueden darte lo que haga falta para el dolor. Es raro que no te den dolores de cabeza, el tumor es enorme...

Lúa comenzó a llorar como una magdalena. Lo sabía, Bruno tenía un tumor en el cerebro. No pudo seguir allí ni un segundo más, se marchó llorando a lágrima viva. Los de la sala de espera debieron de pensar que lloraba porque la bota no tenía cordones.

El viaje de vuelta a casa se hizo largo y penoso, Lúa lloraba sin parar, rota por dentro. Todas sus ilusiones y sus sueños se habían esfumado en un momento. ¿Qué iba a hacer ella sin Bruno? Él no quería que ella supiera que se estaba muriendo. Tal vez no quería ver compasión en su cara y quería disfrutar el tiempo que le quedaba con alegría. De acuerdo, pues no sería ella quien mencionara el tema. Lúa asintió para sí misma y tragó saliva con dificultad.

A pesar de poner todo su empeño en parecer alegre, era como echarle Chanel número 5 a una sardina podrida. Hay cosas que no se pueden disimular. Lúa se pasó todo el día llorando a escondidas, y el siguiente también. No quería hacer nada. Bruno no entendía nada, pero se notaba a la legua que Lúa no estaba bien. La trató con toda la dulzura de la que fue capaz, abrazándola, dándole besos... Se le veía muy preocupado por ella, aunque no tenía ni idea de por qué.

El tercer día Lúa recapacitó. Joder, cada día contaba y ella estaba malgastando su tiempo con Bruno llorando como una gilipollas. Ya tendría tiempo de llorar cuando él no estuviera. Por eso se levantó bien temprano y le llevó el desayuno a la cama.

- ¿Y esto?- preguntó él cuando le despertó con una taza de café con leche y croissants.

- Se acabó la tontería. ¿Quieres salir?

La acara de Bruno se iluminó.

- ¡Claro que sí! ¿Qué te apetece hacer?

- ¡Vamos a atracar un banco!- exclamó ella ante la mirada atónita de su novio. Lúa se echó a reír- Es broma, tonto. ¿Sabes qué me gustaría? Ya sé que hace un frío que pela, pero me encantaría volver al Tibidabo contigo. Me lo pasé tan bien allí...

- ¡Pues vamos!

Bruno se levantó y arrastró a Lúa en unos pasos de baile. Al final habían conseguido moverse con cierta gracia. Al menos, ya no tropezaban continuamente.

- ¡Mira, si ni siquiera me has pisado!- exclamó haciéndose el sorprendido cuando la dejó ir.

- Oye, que estás hablando con una profesional... ¿Tú sabes cuántas veces he visto *Dirty Dancing*?

Lúa se despertó en medio de la noche y vio que estaba sola en la cama. Con la levísima luz que flotaba en la casa solo alcanzaba a distinguir las formas de la habitación en blanco y negro. Bruno habría ido al baño. Ella le esperó entre la vigilia y el sueño pero no regresaba. Su lado de la cama estaba frío, hacía rato que se había levantado. Lúa se levantó llevada por un mal presentimiento. De repente le pareció que hacía mucho frío y se envolvió con la manta antes de salir. Solo le faltaban las cadenas para parecer un fantasma. Miró el suelo del lado de Bruno, por si se había desmayado al levantarse. No estaba allí. Lúa avanzó por el pasillo en penumbras y miró en todas las habitaciones, en la cocina, en el comedor, en el baño... Nada. Bruno se había esfumado. ¿Era posible que hubiera salido de casa a esas horas? Ya estaba a punto de ir a por el móvil cuando se le ocurrió asomarse al balcón del comedor. Al abrir la puerta, un viento helado le dio de lleno en la cara y tuvo que arrebujarse bien en su manta. Lúa salió al balcón largo y estrecho y vio a Bruno sentado en una silla, vestido tan solo con unos pantalones de chándal que iban a juego con la parte de arriba que llevaba ella. Estaba parcialmente de espaldas y no la vio salir, estaba contemplando el cielo, ensimismado.

- Bruno...

Él se giró sobresaltado.

- Uy, ¿qué haces tú aquí?- preguntó con extrañeza.

Lúa le tocó un hombro y comprobó que estaba helado.

- Vas a coger una pulmonía aquí fuera. ¿No tienes frío?

Bruno asintió.

- El frío me hace sentir vivo.

Ella se sentó encima de su regazo a horcajadas y les envolvió a los dos con la manta. Bruno tembló por el súbito cambio de temperatura y la abrazó.

- Qué calentita estás...- dijo aferrándose a ella con su cuerpo frío como un polo de limón-. Esto también me hace sentir vivo.

- ¿Qué te pasa, no puedes dormir?

- No, me desperté hace un rato y me desvelé. A veces me pasa.

Lúa miró el cielo oscuro y carente de estrellas que se extendía sobre su cabeza. En las grandes ciudades solo se ven las estrellas de los hoteles...

- ¿Nos vamos adentro y te preparo algo calentito? Un café con leche, un té, un chocolate...

- ¡Un chocolate bien espeso! Me encantaría. ¡Con magdalenas!

Lúa sonrió, se levantó y se llevó a su chico de hielo dentro.

El primer día de trabajo se le hizo un mundo a Lúa. Se había acostumbrado a pasarse las veinticuatro horas del día con Bruno, y ahora tenía el desagradable presentimiento de que podía pasarle algo en cualquier momento y ella no estaría a su lado. Por eso, durante el desayuno le cogió la mano con aire solemne mientras se limpiaba la comisura de los labios con la otra mano, por si le quedaban restos de migas de pan. Las migas de pan no son solemnes.

- ¿Vendrás esta noche a buscarme al trabajo?

- Claro, y cuando salga de la editorial también pasaré a verte.

- ¿Me lo prometes?

Bruno sonrió un poco.

- ¿Por qué no iba a hacerlo?

- Tú, promételo- insistió ella.

- Vale, te lo prometo.

Ella le señaló con un dedo amenazante.

- Lo has prometido, ¿eh?

Bruno le dio un beso en la mejilla.

- ¿Y si no cumpliera con mi promesa qué me harías, eh?

- Te pintaría bigote en todas tus fotos y luego... me quedaría con tu pantalón del pijama.

- ¡No, eso no!- dijo él llevándose las manos a la cabeza como si estuviera escandalizado. Luego sonrió- Tengo que irme ya a trabajar, te veré por la tarde.

Le dio otro beso a Lúa en los labios y se marchó, dejándola con un vacío en el estómago a pesar de que acababa de desayunar.

Gaby la recibió en el bar con gran alegría.

- ¡Qué bien que has vuelto!- exclamó dándole un gran abrazo- Te he echado de menos. ¿Las vacaciones, bien?

Lúa creyó que era mejor no mencionar el tumor de Bruno, si él no había querido decírselo ni a ella, seguro que no le haría ni pizca de gracia que otras personas lo supieran.

- Creo que han sido las mejores vacaciones de mi vida. Han sido mágicas.

- Joder, nena, ¿dónde te ha llevado? Venga, dame envidia.

Lúa comenzó a bajar las sillas de encima de las mesas.

- No nos hemos ido de viaje, pero cada día hemos hecho alguna cosa increíble.

Gaby preparó una ristra de platitos con vasitos de café encima, listos para cuando llegara la primera hornada de zombis somnolientos.

- O sea, que os habéis pasado todo el mes follando como conejos.

- ¡Qué bruta eres, Gaby!

Por la puerta entraron los primeros clientes, que se sentaron en la barra y cortaron su conversación.

El día se le hizo a Lúa larguísimo, no veía la hora de volver a ver a Bruno. Porque volvería a verle, ¿verdad?

A media tarde sus deseos se hicieron realidad cuando él entró y se sentó en su taburete de siempre. Lúa se puso tan contenta de verle que salió de la barra a darle un gran abrazo.

- Te he echado mucho de menos...- le dijo mientras lo estrujaba como si fuera un peluche.

- Pero tía, si llevas un mes entero con él, relájate un poco- la reprendió Gaby desde el otro lado del mostrador. Luego se volvió a Bruno-. Chico, ¿qué le das?

- Le he dado dinero para que hiciera ver que me echaba un poco de menos- dijo él con una sonrisa.

- ¿Te pongo una tónica?

- Vale.

- ¿Cómo te ha ido el primer día de trabajo?- se interesó Lúa.

- Pues entre las bienvenidas, explicar lo que habíamos hecho por vacaciones, decirles lo guapa que eres y cómo roncas... No he hecho ni el huevo.

- ¡Oye, yo no ronco!- le reprendió ella.

- Claro, lo que tú digas...

- ¡Que no ronco!- repitió ella dándole un manotazo en el brazo antes de volver tras la barra- Será que oyes tus propios ronquidos.

- Sí, va a ser eso- dijo él con sarcasmo y media sonrisa.

- Gaby, ¿estáis ordeñando la vaca, o qué?- se quejó un hombre en la barra.

- Hijo mío, desde que te jubilaste estás más puntilloso... ¡Si acabas de pedir ahora mismo!- Gaby sacó un periódico del revistero y se lo plantó delante- Anda, culturízate un poco mientras esperas.

- ¿Culturi... qué? Quitá, quita, a mí no me lées con esas tonterías- el hombre volvió a dejar el diario en el revistero como si tuviera un germen contagioso.

- Toma tu cortado, anda.

- ¿Qué pasa con el día del puro que pedí? Mira, mira lo que acabo de comprarme- el tipo sacó un puro de un bolsillo interior y aspiró su aroma pasándolo por debajo de la nariz.

No se podía ser más chusquero.

- Pasa que está prohibido fumar en los bares- dijo Gaby con cansancio.

No era la primera vez que tenían aquella conversación.

- ¡Y que no vamos a dejar que nos apestes el local!- agregó Lúa, todavía colgada del cuello de Bruno.

- Qué dices, no tienes ni idea. El olor del puro es...- el hombre aspiró ruidosamente- ah, un placer increíble. Mucho mejor que esos perfumes tan caros que os ponéis las mujeres.

- Ya, pues cástate con un puro.

- No hace falta, mi mujer se fuma unos caliqueños que me tiene *enamorado*.

Lúa iba a preguntarle si también se afeitaban juntos, pero se mordió la lengua. Gaby hizo el gesto de meterse dos dedos en la boca para vomitar cuando el hombre no miraba y provocó la risa de Bruno, que trató de disimular como pudo.

El mes de febrero pasó y llegó marzo, y Lúa estaba cada vez peor. Bruno parecía estar sano como una manzana, pero ella sabía que en el momento menos pensado se le escaparía la vida entre los dedos. Bruno no mencionaba el tema para nada y ella quiso respetarle. ¿De qué serviría decirle que sabía que tenía un tumor en el cerebro? Si no se lo había contado sería porque prefería que las cosas fueran así, y ella quería respetar su deseo. Cada vez dormía menos, a menudo se quedaba despierta hasta las tantas observándole mientras dormía, dolorosamente consciente de su calor, de su olor, de su tacto, de sus gruñidos de cerdito.

Aunque se esforzaba al máximo para que no se la notara triste y, de hecho, los clientes no se

dieron cuenta de que pasaba nada, a Gaby no podía engañarla.

- ¿Qué te pasa, cielo?- le dijo cuando ya no pudo aguantar más- Sé que no quieres hablar de ello, pero no estás bien, lo noto. ¿Pasa algo con Bruno?

- No, todo va bien.

- ¿Es por tu familia? No te ofendas, pero con familia como la tuya, ¿quién necesita enemigos?

Lúa sonrió por debajo de la nariz.

- Aparte de que mi padre ha cogido una gripe, todo bien. No me pasa nada, Gaby.

- Júralo.

- Va, no seas idiota, eso es de niño pequeño.

Gaby puso los brazos en jarras.

- Puede ser, pero no lo has jurado.

- Lo juro- Lúa puso los ojos en blanco con resignación.

Venga, otro motivo para ir al infierno. Gracias, Gaby.

- Bueno, si no quieres hablar, allá tú, pero ya sabes que me puedes contar cualquier cosa.

Gaby se vio asaltada por un abrazo de su amiga.

- Ya lo sé, guapa.

Gaby tenía razón, necesitaba a alguien con quien desfogarse, pero no quería decírselo para que no se comportara con Bruno de una forma distinta. Podría darse cuenta. Por eso fue providencial que se encontrara con Dani un mediodía al salir un momento del bar para hacer un recado. Se saludaron cordialmente y se preguntaron qué tal estaban con educación, pero Dani, igual que Gaby, notó que algo no iba bien.

- Te conozco y sé que no estás bien. ¿Quieres hablar de ello?

Lúa le miró, pensando si era buena idea que le contara lo de Bruno, y al final resolvió que no tenía muchas más opciones en Barcelona.

- ¿Quieres ir a tomar algo cuando salga? La verdad es que me vendría bien hablar.

- Claro, ¿te paso a recoger por el bar?

- No- dijo ella rápidamente. Solo le faltaba que Bruno también se presentara-. No, yo te llamo cuando salga, ¿vale?

- Bueno. Hasta luego.

- Adiós.

Lúa regresó al bar pensando qué le diría a Bruno cuando le viera. Cuando se presentó a media tarde, como siempre, con un palo de regaliz rojo colgando de la boca, ya tenía preparada una excusa.

- Bruno, hoy voy a quedarme a dormir en mi piso, me gustaría organizar algunas cosas.

- ¿Y eso?- preguntó él sacándose la gominola de la boca.

- Ya hace tiempo que quería hacerlo. Además, así le echo un ojo a mi piso, que lo tengo muy abandonado.

- No entiendo por qué no lo dejas, si estamos viviendo en mi casa. En *nuestra* casa.

Lúa se encogió de hombros. Cuando él ya no estuviera, ella volvería allí.

- Me gusta tener un rincón para mí, me siento más independiente.

Él se encogió de hombros.

- Tú misma. ¿Entonces no te veo esta noche?

Lúa negó con la cabeza.

- Así podrás descansar de mí por una noche- se acercó a él por encima de la barra y le dio un rápido beso-. Sé bueno, ¿eh?

- Yo siempre soy bueno- dijo él volviendo a ponerse el regaliz en la boca-. Es un rollo.

Lúa se sintió un poco culpable por dejarle solo toda la noche, pero no sabía a qué hora terminaría y así no tendría que estar mirando el reloj todo el rato. Además, no iba a pasar nada con Dani, de eso estaba segura.

Por la noche, al salir del bar, Lúa llamó a Dani por teléfono y quedó con él en la puerta de su casa. Dani la recibió con dos besos y juntos fueron calle abajo buscando un lugar donde tomar algo.

- ¿No vas a contarme lo que te pasa?- le preguntó él.

- Mejor hablamos de eso cuando estemos sentados. ¿Qué tal con Nora?

- Bien, vamos haciendo. Es posible que volvamos a vivir juntos dentro de poco.

- ¡Eso es una gran noticia, felicidades!

Dani siguió caminando sin mirarla.

- Espero que esta vez no se vaya a la otra punta del mundo...

Encontraron un bar abierto que estaba completamente vacío y se sentaron en una mesa a tomar una

cerveza.

- Bueno, cuéntame- dijo Dani bebiendo un trago de su cerveza directamente de la botella.

- No sé por dónde empezar...- Lúa comenzó a hacer girar su botella de cerveza entre las manos, aunque sabía que aquello solo podía terminar con toda la cerveza derramada.

- ¿Las cosas no van bien con aquel chico que me dijiste?

- Sí, va muy bien. Eso también es un problema, él es perfecto para mí.

- ¿Desde cuándo eso es un problema?

Lúa dio un largo trago a su botella y la dejó sobre la mesa con un gesto un poco teatral.

- Tiene cáncer.

- Hostia, Lúa, lo siento mucho- Dani alargó una mano y cogió la de ella, obligándola a dejar de mover la botella-. ¿Está haciendo quimio, le van a operar...?

Ella negó con la cabeza.

- No, es un tumor en el cerebro y no se puede hacer nada. Lo peor es que no quiere decírmelo, me enteré de rebote.

- ¿Por qué no hablas con él?

- Porque quiero respetarle, si no me lo quiere decir, que no me lo diga. Supongo que cree que me pasaría el día compadeciéndole o algo así. Yo solo quiero que se sienta cómodo.

- ¿Cómo puede ocultarse una cosa así?

Ella se encogió de hombros sin dejar de mirar su botella de cerveza.

- No tiene ningún síntoma, más que un par de desvanecimientos que tuvo. De hecho, hace unos meses que no ha vuelto a pasarle.

Dani sacudió la cabeza.

- No, quiero decir que cómo puede llevar una cosa así en silencio, no compartirlo con su pareja.

- No lo sé...- dijo Lúa con cansancio.

El camarero se acercó a ellos.

- Cerramos en un cuarto de hora, chicos- dijo mirando de reojo lo que les quedaba de cerveza, que era bien poco.

Dani le miró brevemente.

- Vale- luego se giró hacia su amiga-. ¿Y tú, cómo estás?

Lúa hizo girar la botella con más fuerza de la debida y volcó la cerveza sobre la mesa. Por suerte

ya quedaba muy poca. El camarero la miró como si fuera idiota y fue a buscar una bayeta con gesto cansino.

- Qué quieres que te diga, no lo llevo bien. Ni siquiera había tenido la oportunidad de hablar de esto con nadie hasta ahora. Tengo algo aquí que me está comiendo por dentro...- dijo mientras se llevaba una mano al estómago.

El camarero volvió con la bayeta y limpió la mesa sin mucho afán. Ellos se levantaron al unísono, como si fuera una señal para que se largaran. Dani pagó y salieron por la puerta. Ella caminaba cabizbaja, y al pasarle Dani un brazo por el hombro y zarandearla suavemente para animarla, se echó a llorar como una magdalena.

- Perdona, no quería que me vieras así...- dijo con un hilo de voz.

- No digas chorradas, tienes que desahogarte. Anda, suéltalo todo antes de volver a casa con Bruno, te sentirás mejor.

- No, si esta noche me quedaré a dormir en mi loft...

- ¿Está muy lejos?

- Que va, está aquí mismo...

Lúa rebuscó en su bolso y sacó un paquete de pañuelos de papel. Cogió uno y se sonó con fuerza.

- Te acompaño.

Lúa aprovechó el camino para hablar del miedo que le daba quedarse sin Bruno, de que cada mañana se despertaba pensando si todavía estaría vivo.

- Joder, no puedes vivir pensando en eso todo el rato.

- Ya, pero no puedo evitarlo- Lúa se paró en su portería-. Es aquí. Cuando se duerme, es el único momento del día que puedo ser yo misma, y entonces me pongo a llorar como una tonta...- miró hacia arriba un momento y luego cambió de tema- ¿Te puedo pedir un favor?

- Claro.

- ¿Subirías un ratito conmigo arriba, para hacerme compañía?

Dani sonrió y le hizo un gesto indicando que pasara ella delante.

Se pasaron la noche entera hablando, sentados sobre la cama de Lúa con las piernas cruzadas. Ella tenía un cojín abrazado con fuerza, como si pudiera defenderla de algo. Necesitaba tanto poder hablar con libertad, llorar, reír... Cuando se dieron cuenta se había hecho de día. Era temprano, pero Dani se levantó de un salto cuando vio la hora en el reloj de la mesita de noche de ella.

- ¡Madre mía, si son casi las ocho! Tengo que irme, Lúa.

Ella sonrió con cara de cansancio y se levantó también.

- Muchas gracias por esto. Lo necesitaba.

Dani le dio un gran abrazo y la besó en la frente.

- Mucho ánimo, y recuerda lo que te he dicho. Olvida que tiene un tumor, serás más feliz.

- Lo intentaré.

Dani cogió su chaqueta y se marchó.

Bruno se levantó por la mañana temprano y se vistió para ir a trabajar. Era increíble lo que podía llegar a echar de menos a Lúa, y eso que solo había estado lejos de ella una noche. Le había costado mucho dormir sin sentirla a su lado. De hecho, se había levantado antes de lo normal, pero no tenía sueño y pensó que podía ir al trabajo para adelantar faena.

Mientras conducía su moto hacia Sants, se lo pensó mejor y decidió ir a ver a su novia. Seguro que se llevaría una buena sorpresa. Era muy pronto y seguramente la despertaría porque ella no entraba a trabajar hasta las diez, pero no podía esperar a verla.

Mientras aparcaba la moto muy cerca de la portería, un tipo salió de ella y pasó por delante suyo sin mirarle, con las manos metidas en los bolsillos. Él no le dio más importancia. Bruno puso el candado a la moto, fue hasta la portería y llamó a interfono. Para su sorpresa, Lúa contestó en seguida.

- ¿Te has dejado algo?- la voz de Lúa sonaba metalizada a través del interfono. Bruno se quedó tan sorprendido que no contestó- ¿Dani?

Lúa se quedó esperando respuesta durante unos segundos e incluso creyó que el interfono se había estropeado.

- Soy Bruno- oyó secamente al otro lado.

- Bruno...- Lúa se quedó blanca como la leche.

Desde luego, con un saludo como aquel Bruno estaría pensando que le había engañado con Dani. ¿Por qué no se había limitado a decir “¿sí?”, como siempre? No, ella tenía que pasarse de lista. Al otro lado del interfono se hizo el silencio.

- Te abro- dijo ella, y pulsó el botón para abrir la puerta, que sonó como un pitido estridente.

Lúa todavía estaba vestida desde el día anterior, así que abrió la puerta de la calle y se asomó a la escalera. Bruno no estaba allí, se había pirado.

- ¡Mierda!- masculló mientras cogía el bolso y salía a toda prisa escaleras abajo.

Lúa salió a la calle y miró en ambas direcciones. En seguida vio a Bruno, le estaba quitando el candado a la moto.

- ¡Bruno!- le llamó mientras corría hacia él, pero ni siquiera se giró.

Cuando llegó a su lado, el chico estaba metiendo el candado en el espacio bajo el asiento de la moto.

- Bruno, no es...- comenzó.

- ¡No quiero hablar contigo!- le espetó él con la voz cargada de rabia- ¿No te dice nada que no haya subido a verte?- luego comenzó a hablar como para sí mismo- No puedo creerlo, es que no puedo. ¿Cómo has podido engañarme así, de qué vas? Serás hija de puta...

Bruno jamás la había insultado, fue como si le hubiera clavado un puñal en el pecho.

- No te he engañado con nadie- dijo Lúa con una voz que le sonó falsa hasta a ella misma-. Dani ha estado en casa, pero solo hemos estado hablando.

- ¿Me tomas por idiota? Es evidente que sí- Bruno había cogido el casco para ponérselo pero se paró un momento para mirar a su novia... o tal vez exnovia-. Joder, Lúa, ¿por qué? Yo...- se quedó pensativo un momento, visiblemente turbado, pensando las palabras que iba a decir- Una cosa que me gustaba de ti era que siempre me habías dicho la verdad. Cuando estuvimos en el barco, cuando te llevé al parque de atracciones, tú nunca me diste falsas esperanzas, siempre fuiste con la verdad por delante. ¡Joder, no pasó nada entre nosotros porque tenías pareja! Ah, claro, pero ahora es diferente porque tu pareja soy yo y Dani es el que quiere echar un polvo. ¡Siempre va a estar por delante de mí! Te he tratado lo mejor que he sabido, me he esforzado en

hacerte feliz...- bajó la vista con frustración- No hay nada más que yo pueda hacer para que me quieras, no sirve de nada lo que yo haga.

- ¡Pero si yo te quiero!- exclamó Lúa- Por favor, Bruno, hazme caso, te juro por mi vida que no ha pasado nada.

- Ya no confío en ti- diciendo esto se puso el casco.

Justo antes de que su cara quedara oculta pareció que se le escapaba una lágrima.

- ¡No te vayas! No quiero que estés solo, Bruno.

Bruno se volvió a quitar el casco y miró a Lúa con una ira que ella no había visto nunca.

- ¿Estabas conmigo *por pena*?- preguntó en voz baja. Luego subió el tono- No necesito tu compasión, ¿qué te has creído? ¡Ya puedes irte tranquila con tu Dani!

Bruno volvió a ponerse su casco con enfado.

- Bruno, yo nunca he sentido pena por ti, te quiero de verdad...

- ¡No quiero verte más!- dijo parapetado tras su casco.

Lúa le agarró del brazo mientras él se subía en la moto y él se la quitó de encima con un feroz tirón. Ella retrocedió un par de pasos del impulso.

- ¡Que no me toques!- le gritó desde la moto.

Lúa se sorprendió tanto de su gesto que no reaccionó a tiempo de detenerle antes de que se marchara con la moto.

- ¡Bruno, para!- gritó con todas sus fuerzas mientras él se alejaba calle abajo a toda velocidad.

Lúa se llevó las manos a la cabeza y se echó a llorar. ¡El móvil! Rápidamente rebuscó en el bolso y lo cogió. Ahora no lo cogería, pero podía mandarle un *whatsapp*.

*Bruno, te quiero, nunca me iría con otro que no fueras tú. Por favor, confía un poco en mí. Luego te llamo.*

Lúa miró el mensaje y le pareció patético. Lo borró.

*No puedo vivir sin ti, por favor, llámame. Te juro que no ha pasado nada entre Dani y yo.*

Lo borró.

*No me dejes, Bruno...*

Lo borró.

Lúa miró fijamente el móvil y se sintió tentada de lanzarlo por los aires. ¿Qué podía hacer? Pensó que tal vez Bruno se había ido a la editorial, aunque estaba tan trastornado que lo más probable era que se hubiera ido a cualquier otra parte a aclarar sus ideas. De todas maneras tenía que

intentarlo. Lúa echó a correr y no paró hasta llegar hasta la editorial *Síndria*. La moto de Bruno no se veía por ninguna parte. No, no estaba allí. Tal vez se había ido a la playa, o a la montaña, o a casa. Lúa salió corriendo hasta el metro y, ni corta ni perezosa, se fue a casa de Bruno. Por el camino no podía dejar de llorar, todo su mundo se estaba viniendo abajo. La gente que iba a trabajar a aquellas horas la miraba de reojo sin atreverse a decir nada. Ella estaba tan nerviosa que al final se encaró con una señora mayor que no le quitaba el ojo de encima.

- ¡Qué coño estás mirando!- le gritó, haciendo que el resto de la gente apartara la mirada de ella- ¡Métete en tus asuntos, cotilla!

- ¡Yo miro lo que me da la gana, niña! A mí no me dices tú lo que tengo o no tengo que mirar- le contestó la mujer.

Qué huevos tenía, la tía. Lúa se cambió de vagón en la siguiente estación para poder dejar de cruzar insultos con aquella vieja de lengua viperina.

Lúa llegó por fin a casa de Bruno y al abrir la puerta vio que estaba cerrada con llave. No estaba allí. Sin embargo entró y se fue al comedor. Allí miró un par de fotos de ellos dos que decoraban un mueble bajo y sollozó en voz baja. Con los ojos nublados, buscó papel y boli y se sentó en la mesa del comedor a escribir. Cuando llevaba tres o cuatro líneas, cogía el papel, lo arrugaba y lo tiraba a un lado de la mesa hecho una bola. Al final pudo hilvanar más o menos sus pensamientos y escribió una pequeña carta.

*Bruno*

*Si algo tengo claro en esta vida es que te quiero con locura. No quiero que pienses ni por un momento que no es así. Nunca te engañaría con otro, ni con Dani ni con nadie. Yo dejé a Dani por ti, ¿ya no te acuerdas? ¿Acaso no se me ve feliz a tu lado? ¿Por qué iba a volver con él? No tiene sentido.*

*Lo que ha pasado es que hay algo que me está destrozando por dentro. Algo de lo que no quieres hablar conmigo, pero vas a tener que hacerlo. Necesitaba contárselo a alguien y Dani me escuchó. Solo hizo eso, me he pasado toda la noche rayándole con mis problemas. Es la pura verdad. No había hablado de esto con nadie, ni con Gaby, y lo necesitaba. Pero lo que necesito de verdad es hablarlo contigo. ¿Querrás escucharme? Por favor, es muy importante para los dos.*

*Solo te pido que me dejes explicarme. Por favor.*

*Te quiero*

*Lúa*

Cuando terminó la nota la dejó en la cabecera de la cama, en el lado de Bruno. Allí seguro que la vería. Luego se duchó, se cambió de ropa y se fue a trabajar.

Estaba tan afectada que tiró tres cafés con leche al suelo, y terminó por contarle todo lo que le pasaba a Gaby. Cuando su socia oyó lo del cáncer se tapó la boca con una mano.

- Dios mío, Lúa, ¿cómo has podido llevar todo ese peso en silencio? Tendrías que haber hablado conmigo.

- Lo sé, pero como ves a Bruno cada día tenía miedo de que le miraras con compasión o que hicieras algo y él se diera cuenta de que lo sabías. Por eso se lo conté a Dani. No pasó nada entre nosotros, tienes que creerme.

- Claro que te creo, cielo. Tienes que conseguir hablar con Bruno cuanto antes.

Lúa se mordió el labio inferior.

- ¿Podrías llamar a la editorial, a ver si está?

- ¿Tienes el teléfono a mano?

Lúa sacó su móvil y le enseñó el número.

- Pero llama desde otro número para que no sepan que soy yo.

- No te preocupes- Gaby descolgó el fijo del bar y llamó.

Tras una breve conversación colgó y negó con la cabeza.

- Dicen que hoy no va a estar en todo el día.

- Voy a llamarle al móvil.

Lúa llamó durante todo el día a Bruno, insistente como una teleoperadora de telefonía móvil, pero él no cogía el teléfono. Aunque seguramente era porque estaba enfadado, ella no pudo quitarse el pensamiento de que tal vez se había desmayado en algún lugar y... No quería ni pensarlo.

Gaby dejó que Lúa se marchara a casa antes de cerrar. Ya le había dejado a Bruno más de treinta mensajes y no había recibido respuesta. Lúa fue a casa tan rápido como pudo y al llegar, vio que él no había aparecido por allí en todo el día. La nota que había dejado sobre la almohada seguía allí. La cama no se había conmovido con sus líneas... Lúa esperó que volviera, pero él no apareció. A medianoche llamó a todos los hospitales preguntando por él, en vano. Le envió un último mensaje casi sin ver nada por las lágrimas.

*Solo quiero saber que estás bien. Por favor, llámame o envíame un mensaje. Mándame a la mierda si quieres pero dime algo...*

Creó que no podría pegar ojo, pero al final se quedó dormida en el sofá.

Se despertó al día siguiente, sola. Bruno no había vuelto en toda la noche. Volvió a llamarle, sin resultado.

- Por favor, Bruno...- murmuró al móvil, como si pudiera darle alguna respuesta.

Lúa fue a trabajar y aguantó el tipo como pudo, aunque le echó a un cliente una bronca de espanto por tirar una servilleta de papel al suelo. El pobre hombre se quedó rubio. Estaba desquiciada. Gaby volvió a llamar a *Síndria* a media mañana y esta vez sí le pasaron con Bruno. Le pasó el teléfono rápidamente a Lúa, que no se esperaba localizarlo y se quedó en blanco.

- ¿Sí?- la voz de Bruno fue como un bálsamo para ella.

Estaba vivo.

- Soy Lúa. Estaba muy preocupada...

Clic. Bruno había colgado. Ella miró el auricular del fijo atónita, como si acabara de confesar que era un plátano. Luego colgó.

- Lo siento...- dijo Gaby poniéndole una mano en el hombro.

- Al menos sé que está vivo.

Aquella noche sí encontró a Bruno en casa. Cuando abrió la puerta y vio que no estaba cerrada con llave, respiró hondo y entró. Le encontró en el comedor con la tele encendida, pero no le prestaba atención. Lúa se apoyó en el marco de la puerta y los dos se miraron en silencio durante un rato. Cuando más necesitaba que se le ocurriera algo brillante, se quedaba bloqueada. Eso sí, las piernas le temblaban con maestría. Joder, tendría que haberse preparado una chuleta, como en el instituto.

- ¿Podemos hablar?- preguntó con voz suave.

Bruno se levantó, se le veía bastante afectado, aunque habló con voz contenida.

- No creo que tenga nada que hablar contigo. Has traicionado mi confianza y para mí, eso es lo peor. Tú y yo hemos terminado.

Lúa se tapó la cara con las manos y sollozó ahogadamente.

- Bruno, es que no ha pasado nada, te lo prometo. ¿Alguna vez te he mentido?

- ¿Como cuando me dijiste que te quedabas en tu piso para ordenar cosas, quieres decir?- dijo él con sarcasmo.

Lúa se enfadó de repente, toda aquella situación la había provocado él.

- ¿Y tú, qué?- dijo elevando el tono de voz- ¿No tienes nada que contarme? ¡Si hubieras sido sincero conmigo no habría tenido que ir a contarle mis penas a nadie!

- ¿De qué coño estás hablando? Mira, no me lées con tonterías, yo nunca te he mentido.

- ¿No?- los ojos de Lúa relampaguearon- Sé lo del tumor, Bruno- se cruzó de brazos en actitud ofendida- ¿Cuándo pensabas decírmelo, en tu entierro?

La cara de Bruno se descompuso.

- ¿Qué dices, qué tumor?- preguntó con incredulidad.

- ¡Pero cómo tienes tanta cara! Oí al médico decir que tenías un tumor inoperable en el cerebro y que podías...- se le rompió la voz y tuvo que tragar saliva trabajosamente para poder continuar- que podías morirte en cualquier momento. ¿Cómo has podido ser tan frío para no decírmelo?

Lúa se echó a llorar y se dio la vuelta para que Bruno no la viera así.

- ¿Por eso te acuestas con otro, porque me muero y te estás preparando el terreno?

- ¡Que no me he acostado con nadie, subnormal!- Lúa se marchó por el pasillo, pero él la alcanzó en tres zancadas y la sujetó del brazo.

- ¿Cómo puedo creerte, si ha pasado la noche contigo en tu casa? ¡Era tu novio!

Lúa se giró y le abofeteó.

- Tú tienes derecho a no decir nada de tu tumor. Si, total, ¿qué más da? A mí que me den por el culo, ya me encontraré tu cadáver en el suelo- si no estuviera tan enfadada no habría sido tan dura, pero no podía contenerse-. No te importa una mierda cómo pueda sentirme yo. ¡Hijo de puta...! Ni siquiera se lo había dicho a Gaby para que no la vieras distinta contigo. Necesitaba hablar con alguien, ¿te enteras? ¡Soy humana, joder!

Ella se puso a temblar violentamente y se dejó caer al suelo hecha un ovillo, llorando. Bruno se dio cuenta de que no estaba mintiendo... Se sintió como una mierda, se agachó a su lado y la abrazó con fuerza.

- ¿De verdad no ha pasado nada? ¿Ni un beso?

- ¡Que no! ¿Cómo tengo que decirlo?- exclamó ella con cansancio.

Bruno se relajó ostensiblemente.

- No estoy enfermo, Lúa. No sé de dónde has sacado eso.

- ¿No te estás muriendo?- preguntó ella en voz baja.

- ¡Claro que no! ¿Cómo iba a guardarme algo así? Tendrías que habérmelo dicho.

- Entonces, ¿por qué te pusiste tan triste la noche de navidad, desgraciado?

- Ya te dije que en navidad me pongo un poco tonto. Me hiciste un regalo tan bonito que sentí que no estaba a la altura.

Desde arriba Bruno solo veía el matorral de pelo de Lúa temblando entre sollozos y se agachó para ponerse a su altura. Le puso la mano en el brazo, pero ella le apartó negando con la cabeza.

- No, déjame. Necesito estar sola, lo he pasado muy mal.

- No tenía ni idea... ¿Qué te ha hecho pensar semejante tontería?

- Te seguí el día que fuiste al médico...

- ¿Cómo que me seguiste...? ¿Te refieres al hospital del mar? ¿Cuándo fui a acompañar a mi tío Ricardo?

El pelo de Lúa asintió. Bruno se lo acarició muy levemente.

- Oí lo del tumor desde fuera...

- Es mi tío quien tiene un tumor, Lúa. No yo. Tendrías que habérmelo dicho.

- Déjame...- dijo ella en un tono apenas audible.

Lúa se sentía infinitamente aliviada. Bruno no iba a morir, siempre que no le cayera un tiesto en la cabeza al salir a la calle. ¡Estaba sano como una pera!

También estaba rabiosa con él. Sabía que no tenía ningún motivo para estarlo, ¿cómo iba Bruno a decirle que *no* tenía un tumor? Era ridículo. La culpa era suya por no haber hablado las cosas con él, pero no podía evitar culpabilizarle por lo mal que lo había pasado. ¡Había estado llorando noche tras noche desde hacía dos meses, necesitaba enfadarse mucho con alguien que no fuera ella misma!

A pesar de haberle dicho dos veces que la dejara sola, Bruno se quedó a su lado sin decir nada, sentado en el suelo, con la espalda contra la pared. Los dos así, sentados en medio del pasillo, parecían un poco imbéciles. Al final, ella levantó la cara y le miró con los ojos rojos e hinchados como dos tomates de huerta.

- ¿Estás mejor?- le preguntó Bruno.

- Más o menos...- dijo ella con recelo. Él se levantó y la ayudó a hacer otro tanto- Me gustaría ir a dormir, estoy muy cansada. No quiero pensar en nada más.

Lúa caminó con pasos arrastrados hasta la habitación, pero se quedó paralizada en la puerta. Delante de ella, en el suelo, había dos maletas. *Sus* maletas. Sobre la cama estaba su mochila. Lúa cogió una de las maletas y al tratar de levantarla comprobó que estaba llena. Bruno se asomó por la puerta mientras ella iba a abrir el armario y puso los ojos en blanco.

- Lo siento, Lúa, lo hice esta tarde. Pensaba que te habías liado con Dani...

Lúa abrió el armario y encontró su lado completamente vacío. Desde luego, había sido exhaustivo.

- Con qué velocidad me borras de tu vida...- comentó con voz desapasionada y cansada mientras pasaba una mano distraídamente por las perchas vacías.

- Volveré a colocarlo todo en su sitio. Estaba muy enfadado. Lo entiendes, ¿verdad?

- Claro que lo entiendo...- Lúa se giró con una mirada que a Bruno no le gustó nada- No hará falta que deshagas las maletas, me voy.

- ¿Cómo que te vas? ¿Por qué?

Bruno trató de abrazarla, pero ella se deshizo de él con dureza. Se puso la mochila a la espalda y cogió una maleta con cada mano. Él se puso en la puerta de la habitación.

- ¡Perdóname, por favor! ¡Creía que me habías engañado con otro!

Lúa caminó hasta él y le empujó suave pero firmemente con una mano.

- Déjame, Bruno. Ahora mismo no quiero estar aquí. Me alegro de que no te estés muriendo, por cierto.

- Si quieres estar unos días en tu piso lo entiendo, pero no hace falta que te lo lleves todo, con la mochila es suficiente.

Lúa le dedicó una mirada fría como el hielo.

- No, así está bien, gracias.

- Lúa, estás haciendo una tontería. ¿Por qué no vamos a dormir?

Ella arrastró las dos maletas penosamente por el pasillo hasta la puerta de salida. Abrió la puerta y se paró a rebuscar en su bolso durante un instante. En seguida encontró lo que buscaba. Bruno oyó el tintineo de las llaves de Lúa al sacarlas del bolso.

- Ya no necesitaré esto- le dijo con una voz dura como el acero.

Lúa le tendió el manajo de llaves, pero él no lo cogió. Al final, lo dejó caer al suelo con indiferencia.

- ¿Podemos hablar? Antes yo te he dado la oportunidad de que habláramos.

- Yo no soy tú- dijo ella tirando otra vez de las pesadas maletas hasta el ascensor.

Aparentaba frialdad, pero Lúa estaba fuera de sí. No podía creer que Bruno fuera a plantarla de patitas en la calle así, sin más. Tanto que se le llenaba la boca diciendo que la quería. Tal vez estaba siendo injusta... No, sabía que estaba siendo injusta, pero en aquel momento no podía razonar. Lo había pasado muy mal, muy mal, y necesitaba dejar salir toda su rabia. Necesitaba estar sola.

La puerta del ascensor se abrió en el vestíbulo y Lúa se encontró otra vez con Bruno, que había bajado corriendo por las escaleras.

- ¿Te vas a ir de verdad? ¿Ya no me quieres?

La voz de Bruno resonaba por la escalera, pero le daba igual.

- Ahora mismo no lo sé- dijo Lúa con voz neutra-. Quiero irme a casa.

- Ya sabes que esta es tu casa.

Lúa miró sus maletas sin dejar de caminar hasta la puerta.

- Por lo visto, no lo es.

- ¡No seas injusta!

- No me hables de injusticias, ¿quieres?

Lúa abrió la puerta de la calle y salió con las dos maletas. Afortunadamente para ella, era una calle muy transitada y nada más acercarse a la calzada vio un taxi. Bruno fue junto a ella.

- Entiendo que ahora no voy a convencerte de nada. Mañana iré a verte al bar y hablamos.

- Preferiría que no lo hicieses- dijo Lúa mientras levantaba la mano para parar al taxi.

- Lúa...- Bruno fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y se volvió a casa.

Lúa se metió en el coche después de que el taxista cargara sus maletas en el maletero y se fue a su loft. No atendía a razones, solo quería estar sola en su casa.

Bruno se presentó en el bar a media mañana, tal y como había dicho. Gaby, que estaba al corriente de todo, se adelantó a recibirle en cuanto le vio.

- No es buena idea que hables con ella ahora, está muy alterada.

Bruno reaccionó como si no supiera de qué le hablaba.

- Solo vengo a tomarme una tónica, ¿puedo?

- Bruno...- dijo ella en tono de reproche.

- ¿Puedo o vas a echarme?

Gaby se encogió de hombros.

- Luego no digas que no te lo advertí.

Bruno tomó asiento en su taburete de siempre y vio a Lúa moverse entre las mesas con una bandeja cargada de vasos y platos vacíos. Cuando le vio se quedó parada un momento y luego retomó su actividad, regalando sonrisas a los clientes. Cuando regresó a la barra, él no le dijo nada, tenía la vista perdida en su vaso. Un poco sorprendida, Lúa comenzó a vaciar la bandeja.

- ¿No te dije que no vinieras?- le espetó.

Bruno no contestó. Cogió una servilleta del servilletero y comenzó a doblarla. Lúa resopló y volvió al trabajo. Después de varias idas y venidas se dio cuenta de que Bruno no la miraba en ningún momento. Estaba concentrado en la servilleta, las gafas se le habían resbalado hasta la punta de su nariz. Le recordó a los viejos tiempos, cuando él solo era un cliente más que de vez en cuando metía baza en la conversación. Cuando apuró su vaso, Bruno dejó el dinero de la consumición y una flor de papel sobre el mostrador y se fue, saludando a Gaby al pasar por su lado. Ella fue hacia Lúa en cuanto le vio salir.

- ¿Qué te ha dicho?

- No me ha dicho ni media. Qué raro, ¿no?

- O qué listo...- Gaby cogió la flor de papel y se la dio a Lúa- ¿No es encantador? Vamos, ¿por qué no le perdonas? Te hizo las maletas en un momento de ofuscación... Yo le entiendo. Vamos, yo es que te hubiera matado, Lúa.

Lúa cogió el dinero que había dejado Bruno en la barra y lo metió en la caja registradora.

- No es por eso, es que le he cogido manía por lo del tumor, me lo ha hecho pasar muy mal.

- ¡Por dios, Lúa, eso no ha sido culpa suya! ¡Tú eres la que debió hablar con él y no lo hizo!

- ¡Pero parecía que lo tuviera! ¿Por qué se empeñó en coger las vacaciones en enero? ¡Si hasta intentó que cambiara el viaje a Roma para irnos inmediatamente!

- Me dijo que en abril solían tener mucho trabajo y le iba mejor coger las vacaciones ahora, así no tenía que pelearse con sus compañeros para cambiar los días de fiesta. También me dijo que quería pasar contigo todo el tiempo del mundo y no podía esperar. Vamos, Lúa, estás siendo injusta con él.

- Ya lo sé, lo sé, pero no puedo evitarlo. Ya se me pasará, supongo.

- Bueno, mientras él no se cansa de esperar...

Bruno fue al bar cada día durante una semana. No le dirigía la palabra a Lúa, y ella tampoco le decía nada. Todavía estaba llena de rabia por el calvario que había vivido con el supuesto tumor de Bruno. Él se limitaba a tomarse una tónica y siempre dejaba una flor de papel al marcharse. Al fin ella se bajó del burro y le habló.

- ¿Por qué haces esto?- le soltó a bocajarro.

Bruno se llevó un dedo a las gafas para subírselas, era un gesto que siempre hacía cuando se sentía inseguro y le quedaba de lo más gracioso.

- ¿Qué hago exactamente?

- Venir aquí.

- Vengo aquí a tomarme una tónica cada día desde hace mucho tiempo. Se llama costumbre.

- ¿Y las flores de papel que me dejas?- Lúa señaló una que Bruno tenía a medio hacer entre las manos.

- Son un hobby, no las hago para ti, pero puedes quedártelas si te gustan.

Era evidente que mentía. Lúa apretó los puños por debajo de la barra.

- ¿Me vas a decir que no vienes por mí?

¿Pero por qué tenía que decir esas ñoñeces?, se preguntó. Se lo ponía a huevo para que le hiciera ¡zas!, en toda la boca.

- ¿Esa es la impresión que te da? No es el caso.

¡Zas!, en toda la boca.

- O sea, que tanto decir que me querías, que yo era lo más importante del mundo para ti, y ya no sientes nada- lo dijo con indiferencia, pero por dentro sintió una desagradable punzada en el estómago-. ¿Vas a fingir que no hemos estado viviendo juntos? Porque hablas como si no hubiéramos sido pareja nunca...

- Sí hemos sido pareja, pero tú te marchaste. Si quieres volver, podemos hablar de ello.

Cabronazo, qué bien se lo hacía venir. Como si solo Lúa pudiera tener algún interés en volver con él.

- No es necesario, estoy muy bien así- dijo ella, altanera.

- Bueno- Bruno le dio un trago a su tónica y se quedó mirando el vaso un momento.

Luego retomó su flor de papel y se concentró en doblar los pétalos. Cómo le odiaba... Sin darse cuenta Lúa se lo quedó mirando intensamente mientras retorció la punta de su jersey por debajo de la barra. Bruno levantó la mirada y clavó sus ojazos verdes en ella.

- Perdona, ¿quieres decirme algo más?

- Sí, que te vayas a la mierda- dijo ella marchándose a toda prisa a la cocina.

Cuando volvió a salir, él ya no estaba, sobre la barra había la flor de papel y el dinero de la tónica. Lúa la guardó con el resto.

Bruno iba cada día al bar e ignoraba Lúa, y eso la hacía rabiar. Incluso Gaby le preguntó al chico qué se llevaba entre manos, porque era evidente que la estaba chinchando a propósito, pero Bruno la miró con una cara de total inocencia.

- No estoy haciendo nada que no haga siempre. Si no quiere verme más, solo tiene que decirlo y me marcharé. ¿No quiere verme más?

Gaby le miró con desaprobación y se apartó un poco. Luego apareció Lúa, como siempre. Le sirvió su tónica sin mediar palabra y se quedó delante de él cortando rodajas de limón mientras imaginaba que era su pescuezo.

- ¡Hola!- saludó una chica al entrar.

Bruno se giró a mirarla y reconoció a la dependienta de la tienda de baños.

- Hombre, cuánto tiempo... ¿Cómo va la vida?

- Pues mira, tirandillo... Ponme una clara, por favor- la chica se sentó en la barra y se volvió hacia Gaby-. La tienda no va muy bien y es posible que... ¡Kjwack!- hizo un gesto como de rebanarse el cuello.

- Vaya, lo siento. Hoy en día las cosas están cada vez más complicadas. ¿Cómo te llamabas, por cierto?

- María.

- Yo soy Bruno.

- Ya me acordaba... Oye, ¿cómo fue todo aquel tema de las citas?

- ¡Au!- exclamó Lúa, y se llevó un dedo a la boca.

Los tres se volvieron a mirarla.

- ¿Te has hecho daño?- preguntó Bruno.

Ella negó con la cabeza sin dejar de chuparse el dedo. Se había hecho daño con el cuchillo al cortar el limón. Y porque había parado a tiempo, porque si no, habría hecho una preciosa loncha de Lúa. Se miró brevemente el dedo y al ver que seguía sangrando, volvió a chupárselo.

- Voy a por un poco de alcohol y una tirita- se ofreció Gaby yendo al almacén del fondo.

- ¿Me lo dejas ver?- Bruno extendió una mano para que Lúa posara la suya encima.

- No hace falta, no ha sido nada- dijo ella con hostilidad, guardándose su dedo en la otra mano como si fuera un polluelo moribundo.

Bruno se encogió de hombros y se volvió hacia María.

- Lo de las citas no salió todo lo bien que podría, pero qué se le va a hacer...

- ¿No conseguiste novia?

Lúa miró a Bruno con la visión de rayos X, pero él no pareció reparar en ello.

- Sí, pero al final me dejé- se encogió de hombros con una sonrisa encantadora.

- Pues qué tonta, la verdad...

Gaby regresó con el alcohol y tiritas y le curó la herida a Lúa, que no dejaba de mirar a Bruno de reojo.

- No es tonta. Sus razones tendría, aunque no alcanzo a entenderlas. Supongo que roncaba demasiado.

María se echó a reír.

- No tienes pinta de roncar...

- Tal vez no la traté todo lo bien que se merecía- dijo Bruno con la mirada fija en su tónica-. No lo sé.

Lúa no dijo nada, pero sintió que se le formaba un nudo en la boca del estómago. Nadie la había tratado nunca tan bien como él. Se dio cuenta de que, desde el punto de vista de Bruno, su reacción estaba fuera de lugar. Desde cualquier punto de vista, en realidad. ¿Todo aquello por lo de las maletas, cuando él creía que le había engañado? Bajó la vista y se sintió avergonzada. Él debió de percatarse de su reacción, porque se levantó en seguida y sacó la cartera.

- Gaby, cóbrame lo mío y lo de María, anda.

- No hace falta que me invites, hombre- dijo ella mientras echaba mano a su bolso.

- Va, por aguantarme un rato, qué menos que invitarte.

Gaby cogió el dinero que Bruno le tendía y fue a por el cambio. Cuando regresó, miró fugazmente a María, que se estaba levantando, y volvió a mirar a Bruno.

- ¿Hoy no haces una flor?- le preguntó.

- No, hoy no hay flor- Bruno miró a Lúa, que le devolvió una mirada distinta a la que le tenía acostumbrado los últimos días.

Por primera vez no estaba cargada de rabia, era la mirada de un perrillo al ser abandonado en la carretera, como si intuyera que él no fuera a volver más. Bruno fue hacia la salida con María.

- ¿Hacia dónde vas?- preguntó María antes de que los dos desaparecieran por la puerta.

Gaby se giró hacia Lúa.

- O dejas de hacer el capullo o vas a perderle, si no lo has hecho ya.

Lúa tuvo que contener una lagrimilla que pugnaba por salir.

Gaby estuvo toda la tarde dándole el tostón a Lúa para que hablara con Bruno. Ella no contestaba, se limitaba a asentir sin fuerzas, pero ya lo daba por perdido.

- Ya no recuerdo por qué estoy enfadada con él- dijo al fin mientras hacía pucheros como una cría y lavaba un par de vasos-. ¿Se habrá liado con la de los baños?

Gaby sonrió.

- No creo. Solo te está haciendo ver que podría estar con otra, si quisiera.

- ¡Yo también podría estar con otro! ¿Qué, me lío con un cliente delante de su cara?- Lúa resopló- ¿Tú la ves muy guapa, a María?

- Es normalita. No creo que le guste, en realidad.

Una especie de vaca muerta invisible se colocó sobre los hombros de Lúa, haciéndola caminar con los hombros caídos y la cabeza gacha el resto del día. Solo quería zamparse todo el helado que tenía en casa y meterse en la cama. No, tenía ganas de emborracharse. Tal vez hiciera las dos cosas. A la hora de cerrar se ofreció a hacerlo ella.

- Vete, Gaby, tú que tienes vida después del bar. Dale recuerdos a Ángel de mi parte.

Gaby hizo una mueca.

- No voy a dejarte aquí sola.

- Vete ya, anda- dijo Lúa fregando el suelo-. Pues no me habrás dejado veces salir a mí antes...

- ¿Estarás bien?

- Claro- aseguró Lúa, y sopló un rizo que le caía sobre los ojos.

- Gracias, cielo- Gaby le dio un beso en la mejilla, cogió su bolso y se marchó pitando.

Lúa terminó de fregar el suelo medio bailando, medio cantando, para animarse un poco y luego se fue tras la barra a prepararse... Después de mirar atentamente la extensa colección de botellas, se decidió por un mojito. Tenían lima de sobras, así que había que gustarla. La lima se echa a perder muy rápido, sí señor... Lúa machacó la lima, la hierbabuena y el azúcar a conciencia con una mano de mortero. Sí, a conciencia, como si fueran los higadillos de María... Era muy relajante hacerse un mojito vudú. Luego añadió un lingotazo de ron blanco bastante, bastante, bastante generoso, y una gotita de soda. Se sirvió su mojito sobre un posavasos y se sentó en la barra para ahogarse en él. Luego vendrían más, había machacado lima con hierbabuena para un regimiento. Cuando le dio el primer trago, arrugó el entrecejo mientras el alcohol bajaba por su garganta como si fuera fuego, y las lágrimas bajaron por su cara como si fueran alcohol. Toda ella temblaba, había sido tan tonta... El hombre de sus sueños se le había escapado por haber sido tan orgullosa. ¿Por qué no podía haberle perdonado y punto? Ahora estaría abrazadita a él como un koala. Se imaginó a Sebas pegándole la gran bronca por dejar escapar a un chico así y todavía lloró con más fuerza.

Un ruido en la entrada la sobresaltó. Mierda, la persiana estaba bajada a media altura y algún gilipollas se había pensado que era para entrar jugando al lingo.

- Está cerrado- dijo girándose hacia la entrada mientras se secaba las lágrimas con la manga del jersey.

Lúa deseó con todas sus fuerzas que fuera Bruno, pero solo se encontró con un capullo que balbuceó una disculpa y se largó. Reprimiendo un suspiro, le dio a su mojito un trago suficiente para hacer que un coche recorriera algunos kilómetros.

Bruno no se presentó en el bar los siguientes tres días. Ya estaba, lo había perdido definitivamente. Gaby no paraba de decirle que le llamara, que fuera a verle.

- ¿Por qué no te bajas del burro, tonta?- reprendió a Lúa mientras se hacía su habitual coleta para trabajar- ¿Es que ya no te interesa?

- Claro que me interesa pero...- Lúa se encogió de hombros- Es demasiado tarde.

- ¿Así es como luchas tú por un hombre?

- ¿No ves que ya no viene al bar? Ya no quiere verme. La he cagado... Ahora mismo debe de estar con María, haciendo vete a saber qué.

- Ya, o a lo mejor está trabajando, como todo hijo de vecino. Lúa...- Gaby le puso las manos sobre los hombros y la zarandeó un poco.

Ella se zafó y se fue a limpiar unas mesas.

Sin embargo, después de cerrar se armó de valor y fue a casa de Bruno. Sin avisar. Presentía que

si llamaba antes, él la mandaría a paseo. Nunca el metro había ido tan lento, ni los semáforos, ni la gente. Cuando llegó, el portero automático la miró con altivez y desdén con sus seis pares de ojos metálicos. Un vecino salía justo cuando iba a pulsar el botón y aprovechó para colarse dentro. Así se ahorra el mal trago de llamar. Cuando llegó ante la puerta de Bruno apoyó la cabeza contra la madera y permaneció así un par de minutos, sin atreverse a tocar el timbre. Al final se armó de valor y llamó brevemente. Al cabo de un poco se oyeron pasos al otro lado.

- ¿Sí?- la voz de Bruno le llegó algo amortiguada desde el otro lado.

- Soy Lúa. ¿Podemos hablar?

La puerta se abrió y apareció Bruno con un pijama de tela y el pelo revuelto. Estaba adorable.

- ¿Qué haces aquí?- preguntó en voz baja.

- Me gustaría hablar contigo- Bruno miró fugazmente hacia dentro del piso con reticencia y ella comprendió. Había alguien más dentro-. Oh... No vengo en buen momento. Tendría que haber llamado antes.

- Eh...-él dudó unos momentos antes de hablar- No te preocupes. Pasa, pasa.

Se apartó de la puerta para dejarla entrar. Lúa pasó por su lado y se dirigió al comedor, no sin antes echar una mirada fugaz a su cuarto y descubrir que estaba vacío, aunque la cama estaba deshecha.

- ¿Te he despertado?

- En realidad no. Perdona el desorden...

Lúa abrió la boca un palmo y medio cuando llegó al comedor. Estaba hecho un desastre. Había ropa de Bruno tirada por todas partes, vasos y platos con restos de comida en la mesita del sofá y pañuelos de papel arrugados por todas partes. Y no, no había nadie. Tal vez alguna colonia recién instalada de bicharracos asquerosos, nada más. Qué alivio...

- No importa.

Bruno se adelantó corriendo y al menos quitó los pañuelos y la ropa del sofá, porque, ¡milagro! ¡Debajo había un sofá! Los dos se sentaron de lado, cara a cara. Al no decir ella nada, Bruno la miró interrogativamente.

- ¿Cómo estás?- le preguntó Lúa.

- Bien- dijo él sin demasiada convicción.

- Quería pedirte perdón por cómo me he portado. Tú no tenías culpa de nada, pero estaba muy enfadada y lo pagué contigo.

Bruno suspiró y fijó la vista en el sofá, asintiendo.

- ¿Podrás perdonarme?- ella ladeó la cabeza para verle mejor la cara.

Bruno seguía asintiendo distraídamente, como si no la hubiera oído. Al final levantó la vista.

- No quiero que me hagas más daño, Lúa.

Esa no era la respuesta que ella esperaba. Su estómago se encogió un poco.

- Lo siento...- ella alargó una mano y cogió la de él- He sido una idiota integral.

Él no contestó y se hizo un silencio más largo de lo que a ella le hubiera gustado.

- ¿Puedo hacer algo para compensarte?- otro silencio- Ya no vienes por el bar...

- Me he pasado un montón de días por el bar solo para verte y me has tratado fatal- dijo él levantando la vista.

- Lo siento- susurró Lúa-. ¿Ya no me quieres?

Bruno se sentó recto en el sofá, dejando de mirarla, y se cruzó de brazos mientras fruncía el ceño.

- Es lo que te merecerías...

Ella avanzó hacia él y apoyó la cara en su hombro.

- ¿Entonces, todavía me quieres un poquito?

- Qué remedio...- dijo él, tratando de parecer impertérrito.

Lúa le dio un besito en el cuello y sintió cómo se estremecía.

- Yo te quiero muchísimo- dijo ella comenzando a acariciarle el cabello.

Bruno la miró, todavía con los brazos cruzados.

- Pues menos mal...- dijo con sarcasmo, aunque sus ojos la miraban anhelantes.

Sin hacerle el menor caso, Lúa le quitó las gafas con las manos y las dejó en la mesita, entre platos y vasos. Luego se sentó sobre él y le besó en la boca. Bruno respondió al beso pero no descruzó los brazos. Ella volvió a insistir hasta que la abrazó.

- No vuelvas a hacerme algo así- dijo Bruno mientras la estrechaba con fuerza.

- Te he echado mucho de menos...

- Yo a ti también. ¿Cómo se te ocurre hacérmelo pasar tan mal?- él apoyó su nariz contra la de Lúa- Eres una orgullosilla.

- ¿Cómo se te ocurre largarte con María?- replicó ella antes de darle un beso en la punta de la nariz.

- Bueno, fuimos juntos hasta la esquina y cada uno se fue en una dirección distinta. Si a eso le llamas largarme con ella... ¿Te pusiste celosa?- Bruno volvió a besarla.

- ¡Claro que no, qué te crees!- exclamó Lúa frunciendo el ceño y acariciándole el cabello.

Bruno se rio entre dientes.

- ¿Volverás a casa conmigo? No soporto estar aquí sin ti.

Lúa asintió.

- No solo volveré, si no que recogeré este desastre para redimirme.

- ¿Y me plancharás la ropa?

Ella le pellizcó en el brazo.

- ¡No te pases, listillo! Como mucho, pondré una lavadora.

- Me parece bien.

Bruno echó a Lúa a un lado, sobre el sofá, y se puso encima de ella.

- Mmm... Esto también lo echaba de menos- dijo Lúa con una sonrisa traviesa.

- Ya sé que solo me quieres por el sexo...

Lúa sonrió.

- Cuando sea viejecita y no me quede ningún diente, ¿todavía me querrás?

Bruno se echó a reír y le rozó la nariz con la suya cariñosamente.

- Claro, mi vida. Y tú, ¿me querrás cuando me quede calvo y me arrugue como una pasa?

- ¿Qué dices, que te vas a quedar calvo?- ella puso cara de sorpresa- ¡Entonces, nada!- luego se rio- Pase lo que pase, te seguiré queriendo.

- ¿Aunque me líe con otra?

- Aunque te líes con otra. Te mataré, por supuesto, pero desde el amor y el cariño- dijo ella con toda naturalidad.

Se miraron y se echaron a reír.